

Mi paso por el zapatismo (Un testimonio personal)¹

Octavio Rodríguez Araujo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. ACERCAMIENTO

- 1.1. De la sorpresa a la curiosidad**
- 1.2. Análisis y compromiso**
- 1.3. EZLN y gobierno. Diálogo de San Cristóbal**
- 1.4. Del NO a la Segunda Declaración de la Selva Lacandona**

2. INMERSIÓN

- 2.1. La Convención Nacional Democrática. Primera sesión**
- 2.2. Después de la primera sesión de la CND**
- 2.3. El Tribunal Electoral del Pueblo de Chiapas**
- 2.4. Segunda sesión de la CND**
- 2.5. Algunas reflexiones sobre el dilema planteado por los *ultras*, y mis propias dudas**
- 2.6. Después de Tuxtla Gutiérrez**
- 2.7. Tercera sesión de la CND**
- 2.8. El diálogo de San Andrés y los intentos por minimizarlo**
- 2.9. La Consulta Nacional por la Paz y la Democracia (y mi renuncia a la CND)**

3. ALEJAMIENTO

- 3.1. Entre la Consulta y la Mesa sobre derechos y cultura indígenas**
- 3.2. El FZLN y la Mesa *Democracia y justicia***
- 3.3. El *Intergaláctico***
- 3.4. El final: de zapatista a *zapatólogo* y algunos lances**

4. A MANERA DE EPÍLOGO

¹ Este libro fue publicado por la Editorial Océano en 2005 y posteriormente, una vez agotado, fue descatalogado. Por lo mismo el autor lo pone a disposición de los lectores de este sitio, en su versión original antes de correcciones de la editorial.

INTRODUCCIÓN

Atrás de los movimientos sociales y políticos, y más allá de lo que suele publicarse sobre ellos, hay otros aspectos que comúnmente no se conocen o de los que se habla en murmullos y en corrillos. Leemos las historias de revoluciones, de la gesta de un pueblo y de sus principales personajes, de la ideología de un movimiento y hasta biografías, pero rara vez de lo que piensan y sienten los participantes, algunos de éstos o un testigo en particular. Leemos también sobre las diferencias entre los protagonistas de un cierto proceso social, pero casi siempre enfocadas a lo político o a lo estratégico, como si se tratara de seres casi perfectos pero distintos entre sí, sólo distintos, y no de personas que tienen defectos, pasiones, preferencias, odios y querencias, mezquindades o altruismo.

Se mitifica a las personas, sobre todo a los líderes, o se les condena sin más, cuando que, como el resto de los mortales, tienen sus lados buenos y malos, sus aciertos y sus errores, además de sus sentimientos —los que casi nunca se dicen o se demuestran. Todos tenemos una careta, y a veces hasta una coraza. Las usamos para protegernos, al igual que las rejas de nuestras casas: creemos que son exclusivamente para que no entren en nosotros o en el yo, cuando que son también para encerrarnos, encarcelándonos, en lugar de salir y poder decir soy libre y me arriesgo, pues la vida sin riesgos es como el amor sin sufrimiento. No saben igual.

En este libro aspiro a narrar mi participación en el zapatismo como quien hace un viaje. La figura es apropiada. ¿Cuántas veces no nos ha pasado que estamos viendo una película o un documental referido a un país o una región, o que se desarrolla en un cierto lugar, y se nos antoja viajar y conocerlo? ¿Qué hago cuando esto me pasa? Normalmente investigo sobre el lugar, consulto algún libro, indago sobre su población y sus costumbres, me informo, en una palabra. Con esta información puede ser que intente el viaje o no, pero si lo llevo a cabo la información aprendida se convierte en vivencias, y éstas en experiencias y conocimientos del lugar y su gente, con sus virtudes y defectos más apreciables, con la subjetividad de la lente con la que observo, con mis reflexiones y las ideas asociadas a un cierto momento, lugar o persona.

Cuando uno regresa de su viaje y quiere compartirlo, puede uno decir muchas cosas: me fue bien o mal, me gustó o no, o uno cuenta lo que recuerda y lo que en ciertos momentos o lugares pareció importante (incluyendo anécdotas), y caracterizaciones de personas. Muchas cosas observadas se confunden con otras, se olvidan o pierden importancia al instante en que uno quiere transmitirlos. Si quiere uno ser más preciso, o al menos detallista, se echa mano de fotografías, notas, la guía de viaje, el menú de un restaurante sustraído subrepticamente, o un souvenir que terminó en el desván. Son indicios para enriquecer la narración, pero no son todos los indicios. Siempre faltarán algunos, los que se nos olvidan porque nos parecieron intrascendentes o los que queremos omitir porque no queremos hacer una historia, que supone rigor y método; o porque no queremos comprometer a otras personas o comprometernos a nosotros mismos más allá de la prudencia o de la última máscara o coraza que nos protege íntimamente.

La narración y la crónica son dos géneros específicos de transmisión de lo observado y vivido que tienen sus propias reglas. Pero en este libro no he querido usar reglas, salvo las necesarias para el relato de mi viaje, es decir para hacerlo comprensible y quizá interesante.

Dos personas que viajan al mismo lugar son dos versiones diferentes, aunque en ocasiones coincidan en su apreciación. Los dos vimos el Partenón pero los adjetivos que nos provocó pueden ser distintos y hasta contradictorios. La narración-crónica de mi viaje por el zapatismo es, obviamente, mi versión, como lo recuerdo, con todos los olvidos voluntarios o involuntarios, con mi subjetividad, con énfasis específicos, con precisiones e imprecisiones; con mi sello y con las características que quise darle. Lo que a mí me ha importado, en este caso, es mi versión de mi viaje, así en primera persona del singular. Y, como en todo viaje, al relatar mis vivencias también digo algo del lugar y el momento por los que viajé. Y algo de las personas. No es, por lo tanto, mi biografía entre 1994 y 1999, pero tampoco la historia del zapatismo en esos mismos años (tres, si quisiera ser preciso). Es un relato, libre y comprometido a la vez, y no me exigí más.

Este libro está motivado por muchas cosas que callé hace años o que sólo compartí con algunas personas, muy pocas. Algunos aspectos o sentimientos los escribí en su momento, otros son actuales, es decir provocados por lo que estaba escribiendo, por lo que estaba recordando al escribir. No es lo mismo reflexionar sobre lo que se ve, en el instante en que se ve, que diez años después, cuando las sombras del olvido o la distancia distorsionan la imagen o le dan otra dimensión. Y, políticamente —porque mi viaje tiene implicaciones políticas—, no es igual escribir lo que escribo ahora, que si lo hubiera hecho cuando estaba ocurriendo o un poco después. Los reporteros de la prensa hacen esto frecuentemente: viajan a un país gobernado por una dictadura, por ejemplo, y toman notas, pero escriben y publican hasta que están fuera de ese país o hasta que las personas que estarían en peligro con su reportaje y lo que éste revele dejan de estar en peligro. Hay tiempos para todo y hay tiempos limitados por la oportunidad o la prudencia.

El ritmo del libro es también parecido al de un viaje: me informo, llego, estoy y me voy. Una especie de curva de Gauss en la que la pendiente del final es más pronunciada que la del principio, como en casi todos los viajes. En esta curva hay puntos sueltos, que se refieren a ideas asociadas o desviaciones de ruta, igual que en un viaje: si no aprovecho que estoy cerca y lo dejo para después, nunca conoceré ese lago, bosque o monasterio que están próximos pero no en camino. Normalmente uno no regresa a un punto ya recorrido, y es imposible cuando se trata de algo que ya ocurrió.

El libro se divide en tres capítulos: *acercamiento*, *inmersión* y *alejamiento* (y una especie de *epílogo*), cada uno dividido en apartados referidos, casi en todos los casos, a momentos relacionados con la historia del zapatismo en el periodo principal de mi relato. La historia está ahí, y he procurado ser tan preciso como puede ser la memoria apoyada en algunas notas, documentos y periódicos. Pero no he tratado de escribir una historia que otros han hecho o harán, sino expresar cómo me relacioné con ella y cómo me afectó en muchos sentidos. Algunas personas son o fueron circunstanciales, otras son o fueron protagonistas. A otras más las omití deliberadamente, bien porque no quise comprometerlas en mi relato, bien porque quise ser recíproco con ellas.

Los personajes principales son, obviamente, los zapatistas, y el más nombrado es *Marcos*. Mi percepción de algunas personas y situaciones que aparecen en esta obra es tan subjetiva como mi opinión sobre un cuadro de Picasso, si es cubista no me gusta, si es de la época azul sí. Y alguien no estará de acuerdo conmigo. Pero estoy seguro de que muchos coincidirán conmigo, pues también padecieron a esas mismas personas y a otras, y vivieron esas mismas situaciones y otras semejantes.

En alguna ocasión *Marcos* le dijo al periodista Virgilio Caballero, en una entrevista televisada, que los intelectuales, si no son independientes y críticos no son intelectuales

(cito de memoria). Esta narración-crónica y mi ser intelectual tienen un común denominador: la crítica. Y como soy independiente —de partidos, cofradías y mafias de cualquier tipo—, mi crítica no tiene más límites que mis propios valores y la prudencia. Pero crítica, aclaro, no quiere decir para mí ausencia de evaluaciones positivas. Simplemente ejerzo mi libertad, y me arriesgo, no por temerario sino porque he querido contar una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida, mi paso por el zapatismo, mi testimonio personal.

AGRADECIMIENTOS

Cuando estaba redactando este libro solicité algunos datos a determinadas personas que fueron testigos de ciertos hechos y momentos. No todos quisieron darme información, unos porque dijeron no recordar lo que les preguntaba, otros porque simplemente no quisieron. No me sorprendió, de hecho lo sospechaba. Hubo en cambio otras personas que de inmediato me abrieron las puertas de su memoria y me aportaron datos que ya había olvidado. Entre éstas quiero destacar a José Gil Olmos, Edgard Sánchez, José Martínez Cruz y otros que me pidieron permanecer en el anonimato. Hubo también quienes, sin ser especialistas en el tema, y sin haber participado en el zapatismo, me hicieron el favor de leer los primeros borradores y de darme opiniones o sugerirme correcciones: Samuel Ramos Palacios, Teresa y Carmen Guitián, Carlos Melesio y Tamara Barra. Teresa, además de haber leído dos veces las primeras versiones y de soportar mi conversación monotemática, me animó a escribir el libro y me brindó todas las facilidades de la vida cotidiana para hacerlo. A todos quiero expresarles mi agradecimiento sincero y, como suele decirse en muchos libros, aclaro que ninguno de ellos es responsable de lo que escribí aunque haya atendido sus pertinentes observaciones.

*O. R. A.
En algún lugar del centro de México (un poco al sur),
1 de enero de 2005*

1. ACERCAMIENTO

1.1. De la sorpresa a la curiosidad

Hay ocasiones en que ocurren fenómenos inesperados y que en muchos sentidos afectan la vida de uno. Recién terminaba 1993, un año común y corriente, de no ser porque murió mi padre mientras yo estaba en el extranjero. Ya se sabía que su salud era muy delicada, por lo que su fallecimiento era esperado y en cierto modo deseado, pues a nadie le gusta la muerte en medio de sufrimientos y dolores, salvo a la mayoría de los médicos siempre y cuando ellos no sean los enfermos. Ese año trabajé mucho en asuntos poco productivos, intelectualmente hablando (estaba de año sabático), por lo que no fue excepcional ni satisfactorio. Pero siempre hay sorpresas que cambian el curso de las actividades personales.

El sábado 1° de enero de 1994, no me acuerdo a qué horas de la tarde o cerca de la noche, me estaba cambiando de ropa para ir a una reunión cuando pude ver en la televisión

que unos indios con pasamontañas y armas habían tomado San Cristóbal de las Casas (SCLC), en el sureño estado de Chiapas. Recuerdo que me surgió desde el estómago algo así como una emoción que no podría describir, pero parecida a la que suelo sentir cuando alguien me da una muy buena noticia inesperada. En la reunión no se habló de otra cosa, pero, al igual que yo, nadie sabía más de lo que habíamos visto en la televisión. Quise saber más, como aquella mañana del primer temblor del 19 de septiembre de 1985, que me despertó pero por falta de energía eléctrica permanecí en la ignorancia hasta que, en camino a una asamblea de *La Jornada*, comencé a ver destrucciones en algunos edificios antes de que ya no me dejaran seguir de frente hacia el centro de la ciudad.

Al igual que aquella vez, hablé al diario para enterarme más allá de lo que se decía en el muy poco confiable canal 2 de Televisa. Seguí en la ignorancia hasta la mañana siguiente, pues todo mundo estaba muy ocupado con los teléfonos y las computadoras ese sábado, día en el que, por ser el primero del año, no hubo periódicos (todavía no se inventaba *Reforma*, que no interrumpe su edición en los días oficiales y obligatorios de descanso).

El domingo en la mañana releí el artículo que ya había escrito para *La Jornada*, y que tenía que ver con el nuevo año y algunos temas sin mayor importancia, lo dejé archivado y abrí una nueva página en mi computadora, no sin antes hablar a la dirección del periódico para saber si me publicarían un artículo sobre el levantamiento, pues el día que tengo asignado es el jueves y no el lunes. Accedieron.

Después de leer con cuidado los diarios del día 2, llegué a la conclusión de que se trataba de una rebelión indígena y campesina, obvio, pero que resultaba extraña a finales del siglo XX, cuando nadie apostaba por la vía armada para cambiar el estado de cosas. No era una típica toma de tierras, por ejemplo, sino que intentaba ir más allá, tanto por las demandas planteadas en su declaración de guerra como por el hecho de portar uniformes y, en algunos casos, armas no comunes entre campesinos pobres. Revisé mi biblioteca, como casi siempre hago en estos casos, y encontré un libro que me recordaría datos sobre otras rebeliones campesinas en América Latina. Encontré el libro de Gerrit Huizer, y otros. Mi artículo apareció el lunes 3, con tan buena estrella que fue reproducido en *El País* el jueves 6 de enero en la sección internacional que el diario español tituló “Rebelión campesina en Chiapas”. (Normalmente no leo, y menos en papel, periódicos europeos, pero esa vez John Saxe-Fernández me regaló una copia.)

A continuación, algunos fragmentos de mi artículo. Se notará que en esos momentos el *Subcomandante Marcos* era mencionado en los medios como “Comandante”. Se sabía muy poco, y los interesados externos tocábamos de oído.

Rebelión (*La Jornada*, 3 de enero de 1994)

Hace 20 años, Gerrit Huizer publicó un libro que cobra hoy, esta misma semana, una enorme importancia. *Peasant rebellion in Latin America (Rebelión campesina en América Latina)*. En la contraportada se lee que el libro es una valiosa contribución para entender a una clase que no tiene nada que perder y todo por ganar con una revolución. El sociólogo Huizer destaca una palabra a lo largo de su estudio que comprende desde el zapatismo hasta los momentos de su investigación: *peasant distrust* (desconfianza campesina) en América Latina. Es decir, durante muchas décadas, siglos en algunos casos, los campesinos han

querido justicia en contra de los privilegios que se han permitido en la región latinoamericana para unos cuantos *hacendados*. Fueron, con las leyes en la mano, a reclamar sus derechos, como los zapatistas en Morelos; pidieron justicia y ley por las buenas, y les dieron represión y, en contrapartida, impunidad y protección a quienes eran privilegiados y expoliadores de los campesinos. Conclusión: se rebelaron en México, en Bolivia, en Centroamérica, en Chile, en Venezuela, en el noreste brasileño, en las montañas de Perú, en Colombia, en Cuba, en México de nuevo (Guerrero y otros estados); recientemente en el norte de Argentina, ahora, otra vez, en Chiapas.

Tenemos meses de leer en los diarios que en este estado de la República los hacendados (agrícolas, ganaderos y madereros) han sido protegidos por el gobierno central en contra de los derechos e intereses de los campesinos. En Chiapas se ha acusado de subversión a quien, incluso sin defender directamente a los campesinos, ha hecho causa común con ellos, igual se trate de civiles que de ministros religiosos. La represión contra los campesinos indígenas ha sido todavía mayor. Cuanto más miserables son, más se abusa de ellos. Ésta no es una hipótesis, es una realidad constatada. Pero, como bien se sabe, todo pueblo tiene un límite de paciencia, por analfabeto que sea.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, formado por varios miles de campesinos (no se sabe cuántos), en su mayoría indígenas, ha iniciado una franca rebelión en Chiapas, precisamente el día en que México entra de lleno en el Tratado de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos. Su forma de lucha no es una guerrilla en la definición del Che Guevara, publicada en *Granma* (edición en inglés el 3/12/67, citado en Pomeroy, William, *Guerrilla warfare and marxism*: “What is a guerrilla?”). Lo confirma el *Comandante Marcos* cuando declara: “No es el golpe clásico de la guerrilla que pega y huye, sino que pega y avanza (*La Jornada*, 02/01/94). Tampoco se inicia como la guerrilla en Venezuela, en distintos puntos del país (véase Gott, Richard, *Guerrilla movements in Latin America*, p. 140 y ss.), sino en una región perfectamente localizada, aunque su movimiento ya es noticia mundial gracias a la televisión, a la prensa escrita y a los turistas extranjeros en el área.

Se veía venir, nos recuerda Ricardo Alemán en su oportuno reportaje en este diario (02/01/94). “era un secreto a voces” al que no se quiso dar la importancia debida. Se pensó que con inversiones millonarias en hospitales y demás el asunto quedaría resuelto, pero no se tocaron los privilegios acunados por las autoridades desde la extraviada rebelión de los colgados de Traven. Para variar, se quiso esconder la realidad bajo la alfombra desde mayo del año pasado. Pero la realidad está ahí, con palacios municipales tomados, con muertos y heridos (por fortuna, pocos en el momento de escribir estas líneas), con armas, con organización y con dirección.

Falta mucho por saber sobre este movimiento. La cautela se impone para el análisis. Lo que sí sabemos es que, justificada o no, la rebelión de los campesinos responde a un hecho insoslayable: no han recibido la justicia que merecen y, por la vía legal, no han sido atendidos.

Puede notarse que en esos momentos el énfasis de mi artículo era sobre los campesinos, algunos indígenas y otros no. Nótese también que los llamé indígenas y ellos se llaman

indios, como lo descubrí después ya en contacto con ellos en Chiapas, aunque indígena es el originario de un país y los indios americanos son, o por lo menos así se ha aceptado (aunque no es preciso el dato), los originarios de este continente antes de que estuviera dividido en países, es decir indígenas. Posteriormente se aclaró que el *Comandante* era *Subcomandante*, y que al igual que los demás “neozapatistas” no tenía nombre ni rostro.

No era yo el único con confusiones, puedo decirlo en descargo. Tanto las enviadas de *La Jornada* (Rosa Rojas y Matilde Pérez) como el mismo Amado Avendaño del periódico *Tiempo* de San Cristóbal de las Casas, se refirieron al “autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional”. Se usa frecuentemente la expresión “autodenominado” cuando no se le reconoce legitimidad a un movimiento o a una organización: ellos se llaman así, nosotros no. La referencia a los rebeldes era “alzados” y, como ya mencioné, el *Sub* era presentado como Comandante; mestizo, se añadió. La nota estaba fechada el 2 de enero de 1994.

La noticia, porque era LA NOTICIA (con mayúsculas) y no que México formara parte del TLCAN, fue tema de conversación en todos los lugares a los que iba. Amigos y conocidos que eran funcionarios públicos en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari me dijeron, en corto, que ya era tiempo que alguien dijera “basta”. Me llamó la atención que incluso entre ellos, los funcionarios públicos, hubiera simpatías por los rebeldes. Y aquí quiero hacer una pausa.

Con mi artículo parecía haber tocado la flauta, como dicen del burro, pues lo titulé “Rebelión”, y me refería al levantamiento como tal. Varios años después, el sábado 10 de marzo de 2001 (a las 2 de la mañana), en una insólita entrevista del periodista Julio Scherer a *Marcos*, en Televisa (!!!), este último se definió y a los zapatistas como “un rebelde que quiere cambios sociales” y no como un revolucionario. De la entrevista, por su importancia, resalto los siguientes párrafos:

— *¿Es usted un rebelde que exige cambios profundos o un revolucionario que lucha por transformaciones radicales, otra manera de hacer patria?*

—Nosotros nos ubicamos más como un rebelde que quiere cambios sociales. Es decir, la definición como el revolucionario clásico no nos queda. En el contexto en el que surgimos, en las comunidades indígenas, no existía esa expectativa. Porque el sujeto colectivo lo es también en el proceso revolucionario, y es el que marca las pautas.

— *¿Si fracasara usted como rebelde, optaría por la vía revolucionaria?*

—El destino es diferente. El revolucionario tiende a convertirse en un político y el rebelde social no deja de ser un rebelde social. En el momento en que *Marcos* o el zapatismo se conviertan en un proyecto revolucionario, es decir, en algo que devenga en un actor político dentro de la clase política, el zapatismo va a fracasar como propuesta alternativa.

— *¿Por qué un revolucionario se convierte en político?*

—Porque un revolucionario se plantea fundamentalmente transformar las cosas desde arriba, no desde abajo, al revés del rebelde social. El revolucionario se plantea: Vamos a hacer un movimiento, tomo el poder y desde arriba transformo las cosas. Y el rebelde social no. El rebelde social organiza a las

masas y desde abajo va transformando sin tener que plantearse la cuestión de la toma del poder.²

¿Tuve intuición politológica? Nada de esto, sería pretencioso de mi parte. De hecho en otros artículos posteriores hablé de revolución, aunque muy pocas veces, pues conforme conocía los planteamientos del EZLN me surgían más dudas. ¿Era correcto hablar de una *rebelión* que avanzaría “hacia la capital del país venciendo al Ejército Federal Mexicano, protegiendo en su avance liberador a la población civil y permitiendo a los pueblos liberados elegir, libre y democráticamente, a sus propias autoridades administrativas.”³ ¿Rebelión o revolución? Esta declaración, que aludía más a una revolución (y a la toma del poder de los pueblos liberados por el EZLN a su paso hacia la capital) que a una rebelión, sonaba un poco exagerada y demasiado optimista. Exagerada porque el armamento del EZLN era pobre y, por si no fuera suficiente, de diversos calibres (que según los expertos es un inconveniente para la guerra), cuando no de palo simulando rifles (*Marcos* explicaría días después que la idea de cargar estas imitaciones era para que se acostumbraran a portarlos y luego sustituirlos por los rifles de verdad de los soldados vencidos. No muy convincente, debo decir). Demasiado optimista, porque se estaba asumiendo que los pueblos, como si estuvieran esperando una señal para la lucha y su liberación, saldrían a la calle a unirse a la rebelión hacia el centro del país. No digo que no pueda ocurrir, pero nunca se ha dado; no así. Se entiende el optimismo, pues de no haber correspondido a un estado de ánimo generalizado en los pueblos de donde surgió el EZLN, no se habrían levantado en armas; y un ejército popular, aunque sea reducido en número, sólo se puede dar si sus integrantes piensan en la victoria, sea ésta militar o política, o porque aceptan morir en el intento [que también ocurre, salvo en la película de Peter Sellers, *The mouse that roared* (*El rugido del ratón*, se llamó en México), dirigida por Jack Arnold en 1959, en la que se trataba de declarar la guerra a Estados Unidos y perderla para luego pedirle ayuda económica]. Como tuve muchas dudas sobre la caracterización del levantamiento y sus pretensiones estratégicas, me quedé con *rebelión* y no le di mayor importancia al problema. (Ahora, en 2004, pienso que quizá al principio el implícito era una revolución y que luego se optó por una rebelión como la caracterizó el *subcomandante* en la entrevista con Scherer.) Fin de la pausa.

El mismo día 2 de enero Cuauhtémoc Cárdenas, candidato a la presidencia de México por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), declaró que “la violencia, venga de donde viniere, sólo conduce al derramamiento de sangre, la destrucción y a un mayor atraso social” y añadió que “por más imperfectos y desacreditados que estén en México los procesos electorales, sólo mediante la acción civil y la participación activa en las elecciones podrá la energía y el coraje de la sociedad conducir al establecimiento de un régimen democrático de pleno derecho.” Dijo también que el Ejército Mexicano debía

² La entrevista completa puede leerse en <http://www.submarcos.org/scherer.html>. En mi opinión no sólo los revolucionarios se convierten en políticos, los rebeldes sociales también. *Marcos*, como se verá, también hacía política y actuaba frecuentemente como político. Político es el que hace política, diría Perogrullo.

³ *El despertador mexicano*, órgano informativo del EZLN, México, Núm. 1, diciembre de 1993. Firmaba *Comandancia General del EZLN*, Selva Lacandona, Chiapas, México, año de 1993. El discurso de la *Primera Declaración de la Selva Lacandona* y de los primeros comunicados fueron, a mi manera de ver, distintos en forma y contenido a los posteriores, es decir a los que siguieron a las grandes movilizaciones sociales. Como si hubieran sido redactados por personas diferentes o como si se hubieran planteado estrategias distintas al principio y después.

circunscribirse a la observancia de la ley y de los derechos humanos, proteger vidas y la integridad de las personas y de sus bienes.⁴ Como no conocía personalmente al ingeniero Cárdenas, le hablé a uno de sus amigos del que tenía su número telefónico, y le dije que el hijo del general Lázaro Cárdenas no podía decir eso. Su padre había participado en la revolución, aunque era muy joven entonces; el régimen en el que había sido presidente se autodenominaba revolucionario, el partido en el que habían militado los Cárdenas se llamaba revolucionario; en fin, la revolución, con toda su violencia, era la que nos había dado, mal que bien, el país en el que vivimos. Agregué, para que no hubiera duda, que la violencia de los pobres se justificaba por la violencia de los ricos y del poder que, sordamente, y a veces de manera muy abierta, se ejerce cotidianamente contra los campesinos y otros grupos sociales. En la tarde de ese día (3 de enero) me habló al teléfono celular el ingeniero Cárdenas en persona. Me sorprendió. Me invitaba a ir a su oficina en Las Lomas, para una reunión en la que se discutiría el caso. Como no sabía bien la ruta a seguir me fui desde temprano, y llegué antes. No tenía claro de qué se trataría la reunión, ni tenía seguridad sobre lo que, llegado el momento, tendría que decir. Le hablé, desde la calle, a un gran amigo chiapaneco cuyo nombre no menciono pues sigue siendo funcionario público. Le pregunté, casi en clave, cuidándolo por si su teléfono estaba intervenido, si sabía qué tan auténticos eran los zapatistas, si de veras se trataba de indios, si no era una guerrilla más como las que habían surgido en el pasado, y no recuerdo más. Mi amigo me contestó, también casi en clave, quizá pensando que a mi me preocupaba que mi teléfono celular estuviera intervenido, que todo era real y auténtico —hasta donde sabía— y, como ya me lo habían dicho otros funcionarios públicos, que le daba mucho gusto que en su patria chica se hubiera dado este levantamiento y el “Ya Basta”.

En la oficina de Cuauhtémoc (quien me propuso que nos habláramos de tu) estaban otras personas: Miguel Ángel Granados Chapa, Lorenzo Meyer, algunos colaboradores de Cárdenas que no conozco bien hasta la fecha, y otros intelectuales varios de ellos también periodistas. Cuando me tocó el turno de hablar, dije más o menos lo mismo que le había dicho a la persona con la que había hablado por teléfono esa mañana, y de quien no quiero acordarme ahora. Hubo consensos y muchos *rollos*. Cuauhtémoc tomaba notas, como suele hacerlo; es una persona que, en general, escucha, y de trato amable.

A veces creo que a los intelectuales nos gusta mucho oír nuestra propia voz, aunque no siempre decimos cosas que valgan la pena. En ese tipo de reuniones las redundancias son más comunes que las ideas originales, y no importa de quién sea la primera idea, es decir la original —si alguna—, pues la cuestión es que si se nos invitó a hablar, debemos hablar. Los intelectuales, valga la autocrítica, que no el arrepentimiento ni la idea de corregirnos, somos por lo general vanidosos, a veces menos y frecuentemente más, y nos gusta el reconocimiento. El resultado fue muy simple, en apariencia, pero muy importante —creo— para el futuro de la relación de Cuauhtémoc con *Marcos*. Esto es, Cárdenas matizó después su afirmación anterior. Hay de violencias a violencias, sería la síntesis que no recuerdo en qué términos se planteó. Fue esa reunión, me parece, en la que ya mostré un cierto apoyo a los rebeldes chiapanecos. La información de mi amigo me dio seguridad en mi intuición. Todavía me faltaba mucho por entender pero ya había tomado una determinación: estudiaría el tema y escribiría al respecto, que es una manera de expresar la toma de partido, de posiciones.

⁴ *La Jornada*, 3/01/94.

En esos días leía, con puntos y comas, y un lápiz en la mano (siempre de 3B), *La Jornada*, *Proceso* y *El Financiero*, que eran los tres medios de prensa escrita que más información tenían sobre el zapatismo, y los que publicaban los comunicados de *Marcos* (sobre todo el primero mencionado que, hasta la fecha —diciembre de 2004—, publica todo lo que se le ocurre a *Marcos*, no siempre, en los últimos tiempos, de buena calidad).

Prácticamente me volví un articulista monotemático. Al mismo tiempo inicié un libro que nunca terminé. Me quedé en unas 70 cuartillas que nunca concluí por mi inmersión en el zapatismo, desde fuera por supuesto (aunque a veces creía estar más o menos dentro). Lo único que sabía de Chiapas era resultado de un viaje turístico académico que hice muchos años antes. La Universidad de Chiapas nos invitó a mí y a Sergio Colmenero (que en paz descansa) a asesorarla para crear la carrera de sociología, y aproveché para conocer el Cañón del Sumidero, las cascadas de Agua Azul y Misol-Há, además de Palenque. Jamás olvidaré ese viaje, pues hubo de todo, es decir grandes y muy buenas experiencias. Me cautivó Chiapas, debo decirlo, pues pocos lugares en el mundo tienen esa gran riqueza natural y arqueológica, pero nunca más regresé sino hasta la Convención Nacional Democrática en agosto de 1994.

1.2. Análisis y compromiso

Poco a poco, por el libro que estaba escribiendo y por mis artículos sobre el tema, me fui involucrando con el zapatismo, aunque nadie me tomara en cuenta —o por lo menos eso creía hasta julio de 1994.

Debo decir que en aquel entonces yo era presidente del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, gremio de los egresados de estas disciplinas. Esta situación me obligaba a ser cauto, pues la mayoría de los miembros del Colegio era priísta, y muchos ligados al gobierno. Me eligieron a mi, un académico públicamente de izquierda, por una sencilla razón: en la sucesión presidencial se corría el riesgo de que el Colegio se dividiera pues unos eran partidarios de Manuel Camacho, otros de Luis Donaldo Colosio, otros más, por increíble que parecía entonces, de Ernesto Zedillo, los tres precandidatos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el último con la menor popularidad pues no era un político destacado. Yo garantizaba, teóricamente, que el Colegio no participara en política (la Ley de Profesiones lo prohíbe) y, desde luego, que no se inclinara por uno de los precandidatos del PRI. Por esta razón mis artículos tenían que ser tan cautelosos como fuera posible, debía cuidar que mis expresiones públicas no parecieran parciales, de oposición al gobierno, de defensa y apoyo a los zapatistas. Todos sabemos que una cosa es un cargo de representación y otra lo que uno escribe a título individual en un periódico, pero aún así es muy difícil que la gente deslinde ambas actividades. Como cabeza de un colegio profesional mis actividades públicas debían evitar la inconformidad de sus miembros. La salud del Colegio dependía mucho de cómo se desenvolviera su presidente. Si había sido seleccionado para evitar las divisiones mencionadas, no cabía que mi posición alimentara otras polarizaciones, en este caso la de un presidente pro zapatista y un gremio salinista y priísta en esencia. Me costó mucho esfuerzo mantenerme en el filo de la navaja y al mismo tiempo decir lo que quería decir de acuerdo con mis convicciones. Muy difícil, pero una buena práctica. Un modo suave, lo sé mejor ahora, es más efectivo que uno brusco y adjetivado. Crea menos prejuicios en los lectores que buscan más el razonamiento lógico y fundamentado que los calificativos y las

frases estridentes. Bueno, quizá en ciertos lectores, porque todavía los hay que disfrutan el insulto a los poderosos o al enemigo (supuesto o real), la frase dura y lapidaria o, peor, lo *políticamente correcto*, tema que no ha sido estudiado suficientemente, y que quizá deba retomar en estas memorias. (Lo haré, pues es uno de los puntos claves de la diferencia de estar *in* y estar *out*.)

Mi siguiente artículo pretendió dar una idea de cuáles eran los ánimos, influidos supongo por la televisión y la propaganda del gobierno, de los mexicanos no involucrados en el tema —en ese momento (5 de enero) todavía con muchas dudas. El tema me preocupaba pues varios de mis amigos priístas y funcionarios de gobierno ya no tenían las mismas simpatías por la rebelión que el lunes. La televisión oficial y oficiosa (Televisa, Canal 11 y TV-Azteca) había entrevistado, curiosamente, a las mismas personas el 4 de enero, supuestamente en Chiapas, y *todos* los entrevistados habían estado en contra: 1) de la violencia, y 2) de la rebelión y de los guerrilleros (así llamados por una entrevistada indígena) en ese estado del país. Sólo el Canal 13 entrevistó a personas distintas, una de ellas visiblemente atemorizada, cosa que explotó el entrevistador para contagiar el miedo. Yo quise hacer mi encuesta, en la calle y por teléfono. Como escribí en mi artículo del 6 de enero, martes y miércoles invertí parte de mi tiempo hablando con la gente en la calle, en Ecatepec, Nezahualcóyotl, Tlalpan, Contreras, Benito Juárez e Iztacalco (la mitad barrios y poblaciones de gente pobre, la otra mitad de clase media, añado ahora para los lectores no familiarizados con la ciudad de México y su área metropolitana en el estado de México). Obtuve respuestas de tres tipos: “Yo me iría a Chiapas”, “Los van a matar, no podrán con el ejército”, y, en Ecatepec y Nezahualcóyotl (zonas muy deprimidas económicamente): “se debería unir la población para que se extendiera la *revolución*.” Otros entrevistados tenían miedo y depositaban en el gobierno la posibilidad de su propia existencia.

En las encuestas por teléfono, marcado al azar por terminación del último número, las respuestas fueron distintas. En éstas ya se notaba el efecto de la propaganda oficial: son extranjeros que quieren perjudicar a México, no a la violencia, quieren desquiciar la paz y la estabilidad. Debería haber diálogo. Algunos mostraron vergüenza por la condición de los indios de Chiapas, y terminaba mi artículo con una referencia a Sartre en su prefacio a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, en el que nos recordaba que “la vergüenza... es un sentimiento revolucionario” y que “en esas regiones cuyo desarrollo ha sido detenido deliberadamente por el colonialismo, el campesinado, cuando se rebela, aparece de inmediato como la clase *radical*”, y añadí entonces: más que los trabajadores de la ciudad, privilegiados por comparación.

El tema favorito de la propaganda gubernamental fue la violencia, que el EZLN estaba manejado por extranjeros (de varios países, comenzando por Guatemala) y a partir de los atentados contra unas torres de energía eléctrica, un gasoducto, un coche bomba en una plaza comercial y un petardo en una oficina pública, supuestamente reivindicados por el Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP), se comenzó a hablar también de terrorismo. El EZLN se deslindó de esos atentados, uno de los cuales sólo había sido una falla técnica (según declarara Petróleos Mexicanos), pero para la opinión pública desinformada por los medios electrónicos de información, se estaba añadiendo un elemento muy peligroso: el terrorismo que, por lo general, afecta a inocentes y, por lo mismo, provoca miedo. Antes que Bush en su reelección, el PRI mexicano usó el miedo y el fantasma del terrorismo en su campaña electoral de ese 1994. Exhibía en televisión pequeños programas con películas de golpes de Estado, matanzas de población,

guerras intestinas, para concluir que el PRI había garantizado la paz por varias décadas así como la estabilidad que exige la población, y no como en otros países.

El 8 de enero comenzó esta ofensiva contra actos terroristas que bien a bien todavía no se sabe quién los cometió. Fue entonces que escribí un artículo en que diferenciaba la violencia revolucionaria del terrorismo, pronunciándome, obviamente, por la primera y en contra del segundo. Para suavizar mi artículo, condición que ya expliqué por qué tenía que hacerlo, encontré una oración del presidente Salinas: “El Estado mexicano, liberal y republicano, federalista, el de la igualdad ante la ley, tuvo que ser también justiciero. Cuando lo olvidó a principios del siglo XX, el pueblo, en revolución, se lo recordó.” A veces los mismos gobernantes, sin querer, nos dan elementos para usar en su contra. Hay que usarlos, así como las leyes que ellos mismos se dictan. De este modo, en mi siguiente artículo usé otra vez a Salinas, ahora de su quinto informe a la nación citado por un economista de derecha, en el que dijo que “Juárez simboliza a la República y Zapata a la justicia”. Reproduzco el artículo completo:

Zapata (*La Jornada*, 20/01/94)

Honor a quien honor merece. Sarmiento, en *Este País* (diciembre de 1993), citaba a Salinas de Gortari en su Quinto informe de gobierno: “Juárez simboliza a la República y Zapata a la justicia... De Juárez es la invocación liberal; de Zapata, la convicción social”. Y más adelante, sin sospechar cuánta razón tendría, añadió: “La declaración presidencial establece... uno de los temas que habrán de dominar el debate nacional durante la campaña electoral de 1994.”

Y, en efecto, no habrá campaña electoral sin referencia a lo ocurrido en Chiapas y, por más que se quiera disminuir al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el fantasma de Zapata, la “convicción social” del zapatismo y su reclamo de justicia, están y estarán presentes por un tiempo tanto en la campaña electoral como al margen de ella. Zapata renació en las conciencias de todos, de los que se han manifestado en contra del movimiento en Chiapas, de los que están a favor, por más que reprueben la violencia, y de los que son los indiferentes de siempre.

Pero Sarmiento no ha terminado, y añadió: “Parece haber un consenso amplio sobre el hecho de que las reformas liberales del sexenio han tenido éxito *macroeconómico*. Pero el gran cuestionamiento, *la fuente de casi todas las dudas y críticas*, es el sentido social de estas reformas” (los énfasis son míos).

“La economía mexicana —continúa Sarmiento, como profeta que no quiere ser— es hoy significativamente más libre de lo que era en 1988 y, ciertamente, en 1982. Pero no hay ninguna certeza de que sea más justa o de que se encamine a una mayor justicia social. En otras palabras —termina Sarmiento—, la presencia de Juárez se muestra con abierta claridad; pero nadie sabe a ciencia cierta por dónde anda Emiliano”.

Así era en diciembre del año pasado, ahora ya se sabe por dónde anda, aunque sigue sin conocerse por dónde más el espíritu zapatista ronda sacudiendo conciencias entre quienes no ven beneficios en los éxitos macroeconómicos ni en las promesas intrínsecas del Tratado de Libre Comercio

que, dicho sea de paso, no está diseñado para atender los añejos y acumulados problemas de la pobreza, como bien señala la estadounidense y anti-TLC Alianza para el Comercio Responsable (*Proceso*, 17/01/94).

El lema de los zapatistas era, primero, “Libertad, justicia y ley”, luego le agregaron “reforma”, antes de libertad. Nadie en las estructuras del poder les hizo caso. Peor aun, asesinaron a Zapata pensando quizá que con ese golpe traicionero se acabaría con el zapatismo. Grave error. Zapata se convirtió en un símbolo mientras Carranza era el Jefe del Ejecutivo y de quienes lo asesinaron. Y, por cierto, los asesores del presidente Salinas bien pudieron sugerirle que en su mensaje de amnistía del 16 de enero no tuviera como fondo un retrato de Carranza. En fin, la desafortunada imagen ya pasó, pero no la conciencia nacional de que los cuatro elementos del lema zapatista están pendientes no sólo en Chiapas sino para más de la mitad de los mexicanos.

Tanto las exigencias del zapatismo como las de quienes ahora se denominan zapatistas encierran asuntos sociales y económicos, por una parte, y políticos por otra. Los primeros son de orden estructural, por lo tanto difíciles de resolver, además de costosos por los privilegios que tendrían que afectarse. Los segundos son perfectamente posibles de atender ya, máxime cuando todo mundo pide y exige democracia, elecciones verdaderamente libres, legales y transparentes. Por aquí podrían iniciarse las negociaciones, pero la sinceridad de quien tiene la posibilidad de ofrecer sólo podrá demostrarse bien a bien después del 21 de agosto, aunque pueden darse pasos previos durante las campañas electorales, las listas nominales, la constitución de los órganos y de las casillas electorales y, para el caso concreto de Chiapas, con borrón y cuenta nueva en la esfera de la representación política.

En paralelo, la demanda de justicia puede atenderse en Chiapas con reformas agrarias, económicas, judiciales y fiscales, y, desde ahora, ya —aprovechando el impulso—, contra guardias blancas, caciques, mecanismos y personas que han permitido y usufructuado la corrupción y la arbitrariedad. El país todo debe ver que ciertamente se rectifica lo que “no funcionó”. El gobierno debe demostrar que la rectificación autocrítica es sincera y que, además, Chiapas es el inicio de reformas estructurales que habrán de extenderse al resto de México, en primer lugar a los lugares de mayores desigualdades e injusticias donde, se reconozca o no, Zapata ha sido asesinado mil veces.

En esos días ya se habían llevado a cabo grandes manifestaciones y marchas públicas que exigían el cese al fuego contra los zapatistas: Alternativa Socialista, Asamblea de Barrios, Unión Popular de Comerciantes, Consejo Estudiantil Universitario, Comunidades Cristianas de Base, el Partido de la Revolución Democrática del Distrito Federal (dirigido entonces por el ahora de moda René Bejarano⁵) y otras organizaciones y pueblo en general. El secretario de Gobernación era Patrocinio González Blanco Garrido, ex gobernador de

⁵ Bejarano formaría después la Corriente de Izquierda Democrática (CID) con el apoyo de varias de las organizaciones que conformaron el FAC-MLN del que hablaré más adelante. Se dice que fue Bejarano el que apoyó a Benito Mirón para que fuera diputado federal y ahora secretario del Trabajo en el gobierno del Distrito Federal, pero no tengo pruebas de esto. Véase al respecto la nota de Alberto Cuenca en *El Universal*, 6/03/2004.

Chiapas. El 8 de enero ya existían rumores de que sería quitado del cargo, costaba trabajo creer que el mismísimo responsable de la política interior hubiera declarado cinco meses antes que en Chiapas no había guerrillas (y en su caso no se trató de una confusión de términos). El 9 de enero el reportero de *La Jornada* Néstor Martínez pudo ver que en el automóvil del secretario estaba la novela de Aguilar Camín, *La guerra de Galio*. El reportero observó que el ejemplar se veía ya gastado, es decir leído y manoseado. ¿Serían novelas como esa las lecturas del secretario de Gobernación (ministro del interior como le llaman en otros países), para entender el levantamiento zapatista en Chiapas? No puedo decirlo, pero sí que Jorge Carpizo lo sustituiría y Diego Valadés ocuparía el lugar de Carpizo como Procurador General de la República. Dos universitarios que le entraron a un hueso muy difícil de roer, en un momento muy crítico y del cual no era fácil salir bien librado. Cuando los intelectuales se meten en política, decía el depuesto presidente dominicano Juan Bosch, las cosas no les salen bien: quedan mal con casi todo el mundo, con los de arriba y con los de abajo, pues lo que hagan siempre estará sujeto a la opinión pública, a veces criticado, otras veces incomprendido, y en el caso de Jorge y de Diego debe haber sido muy difícil pues Salinas de Gortari fue tan inteligente como malévol, además de autoritario y enemigo de negativas por parte de sus colaboradores. (Bosh era un profesor, además de escritor, y cuando murió el dictador Trujillo regresó del exilio para dedicarse a la organización del Partido Revolucionario Dominicano. Con este partido se lanzó a las elecciones para la presidencia de su país, en 1962, que ganó. A los siete meses fue derrocado por un movimiento civil y militar patrocinado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos. Los cambios que quiso hacer en República Dominicana eran demasiados para la oligarquía local y para los intereses imperiales de Estados Unidos.)

Zapatero a tus zapatos, dice el dicho popular. Pero no todo mundo le hace caso a la sabiduría popular. Muchos amigos míos, aquellos a quienes se les hizo fácil y quizá atractivo colaborar con el gobierno, padecieron una contradicción entre sus principios y convicciones, y las órdenes que tenían que cumplir. Hay quienes piensan que casos de este tipo se resuelven mediante la renuncia, y ya. Pero no saben que en ocasiones un *no* equivale no sólo a la muerte política, que es lo de menos para quien no piensa continuar en ésta, sino la marginación, el aislamiento y la descalificación con toda la fuerza del poder; es decir, incluso en el ámbito de actividades al que se regresa (como es el caso de los académicos) o al que se incorporan, así sea la iniciativa privada o un negocio propio. El poder se ejerce, y si el poderoso es egoísta y rencoroso, resulta peor que una persona despechada. Las cosas han cambiado un poco, porque el Partido Acción Nacional no tiene, ni de lejos, la implantación y los nexos que ha tenido el PRI, establecidos durante décadas, y también porque el presidencialismo ya no es lo que era.

Con Carpizo en Gobernación se quiso interpretar que habría un cambio en la política de Salinas, que era una señal. Y, en efecto, sí hubo cambios aunque no se interrumpieron los cercos militares en las zonas donde se suponía estaban los zapatistas, con todas sus consecuencias. *La Jornada* vivió estos cambios: mejoró su relación con la Secretaría de Gobernación, entonces todavía muy poderosa, a diferencia del presente que no se sabe bien a bien qué hace, aunque sí qué deja de hacer.

La cerrazón estaba en otro lado, por ejemplo en la Confederación de Trabajadores de México. Su líder por décadas, Fidel Velásquez, se manifestó a favor del “exterminio del llamado Ejército Zapatista, porque en México sólo hay un ejército, el Ejército Mexicano.” En esta misma lógica el viejo dirigente dijo que el diálogo entre el gobierno y los “alzados”

era innecesario. Al mismo tiempo el presidente nombraba a Manuel Camacho Comisionado para la Paz y la Reconciliación. El diálogo se veía como una posibilidad, a pesar de Fidel Velásquez y de reaccionarios que encontraron en la rebelión un pretexto para dar rienda suelta a sus “buenas conciencias”. Las grandes concentraciones populares y el hecho de haber “entrado” en el primer mundo con el TLCAN, según había dicho Salinas, requerían no una solución de fuerza, que quizá no hubiera sido muy difícil militarmente hablando, sino política y civilizada.⁶ Camacho, ex jefe del Departamento del Distrito Federal y ex académico del Colegio de México, se había caracterizado en su cargo público como un negociador y, todavía en esos momentos, un amigo personal del presidente (o quién sabe, pues hubo quienes interpretaron su nombramiento como el penúltimo paso al abismo que terminaría con las ambiciones políticas de Manuel: si fracasaba en el diálogo, que se creía lo más probable, quedaría *quemado*). El hecho es que, en la versión de Salinas, Manuel se lo había pedido y, además, sin sueldo y sin una oficina nueva.

También en paralelo, el gobernador sustituto Elmar Setzer, quien ocupara el cargo al dejarlo Patrocinio González Blanco Garrido para irse a Gobernación (1993), tuvo que renunciar el 18 de enero para que otro sustituto, Javier López Moreno, se hiciera responsable del puesto para terminar el periodo sexenal de gobierno. López Moreno, en mi opinión buena persona, se propuso de inmediato echar abajo algunos artículos del Código Penal de Chiapas, impuesto por Patrocinio, que tipificaban como delito grave impedir la libre actuación de la autoridad estatal o municipal, equiparable a sedición, asonada, motín y rebelión. Era otra señal de que habría cambios, demagógicos o no, pero cambios.

El 19 de enero se dio a conocer un comunicado del EZLN, fechado el 13, en el que exigía, entre otras condiciones, que fuera reconocido como “fuerza beligerante”, lo que nunca ocurrió. El texto lo leyó en SCLC una de las colaboradoras de Camacho, Alejandra Moreno Toscano. Como todos los comunicados, la mayor parte firmada por el *Subcomandante Marcos*, el texto iniciaba y/o terminaba diciendo Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Con esta forma se indicaba que la comandancia del EZLN era indígena, y el “mestizo”, como se dijo al principio, era subcomandante, jefe directo del ejército y vocero de los pueblos rebeldes. Era también intérprete, en el sentido de convertir las formas de expresión indígena (no me refiero a sus idiomas) en formas “occidentales” con pretensiones literarias a veces muy bien logradas (aunque no suficientes como para proponerlo para el premio Nóbel de literatura, como algunos *fans* de *Marcos* llegaron a sugerir). Conviene recordar que en el comunicado del 6 de enero el EZLN ya había mencionado las condiciones previas para tener un diálogo con las autoridades. Estas condiciones eran (cito de memoria): el cese al fuego y suspensión de los bombardeos a la población civil, que fueran reconocidos como fuerza beligerante y con representatividad como interlocutores válidos del gobierno.

Estos acontecimientos los seguía ávidamente en la prensa, particularmente en *La Jornada* que dedicaba muchas páginas al tema, razón por la cual fue llamada por sus

⁶ En esos días, en el Congreso de Estados Unidos, había representantes que estaban atentos a lo que ocurriera en Chiapas, pues parecía que algunos no descartaban la cancelación del TLCAN si la violencia se recrudecía. Al mismo tiempo, según recuerdo, se iniciaron actos de apoyo a los indios de Chiapas tanto en París como en Madrid. Estos elementos debieron influir en el ánimo del presidente Salinas para buscar una paz negociada, comenzando con la decisión de suspender el fuego, y su propuesta de amnistía que, obviamente, fue rechazada por el EZLN: “¿De qué tenemos que pedir perdón?” declaró el ejército rebelde. Hasta el Papa se manifestó en favor de la paz.

detractores *Ocosingo News*. Era, ciertamente, el periódico que más espacio le dedicaba al tema y este dato fue el que lo catapultó como nunca antes en sus casi diez años de existencia (en ese entonces) al ámbito internacional. Con motivo del décimo aniversario de *nuestro* periódico (“nuestro” no sólo porque ahí escribo desde 1984, sino porque soy socio fundador), escribí un artículo que quiero adelantar en este momento, aunque fue publicado el 20 de septiembre de 1994. El proyecto que significó *La Jornada*, y que a muchos no les gustó, sobre todo en el poder, fue el punto clave de su existencia. Citaré unos fragmentos del artículo.

El proyecto, que se ha mantenido por diez años, ha tenido, no a veces, sino todos los días, el reto del equilibrio; y lo seguirá teniendo. Me explico. Si un hecho social es interpretado de una manera, digamos por el poder, ¿cómo es interpretado por quienes no lo tienen o por quienes provocaron o hicieron el hecho? Esto ha sido, a mi entender, el arte de *La Jornada*, no sólo en el espacio de los artículos, sino en el más importante, en el espacio de las noticias. Pondré un ejemplo reciente: la rebelión en Chiapas. Para el sector oficial quienes se levantaron en armas fueron “transgresores de la ley” o, en el mejor de los casos, “el grupo armado”. Para otros ámbitos se trató de insurgentes, guerrilleros, rebeldes, alzados, revolucionarios, etcétera. *La Jornada* fue muy cautelosa. Sobre todo al principio se refirió al Ejército Zapatista de Liberación Nacional como “el autodenominado...”. Era claro por qué. No se sabía bien a bien de qué se trataba. Una vez que se supo más de ellos, sobre todo de por qué luchan y qué quieren, se les quitó “el autodenominado” y, mientras en otros medios se prohibía llamarlos por su nombre, en este diario no sólo se les llamó como ellos quisieron llamarse sino que se les dio espacio a sus comunicados, como también a los del gobierno. No haberlo hecho así hubiera sido desinformar, peor que no informar. Entonces sí se habría actuado parcialmente, sin equilibrio.

Esto fue criticado. Incluso hubo quienes llegaron a decir que *La Jornada* estaba fomentando la violencia o una actitud pasiva ante ella porque daba noticias, porque entrevistaba a los rebeldes y no sólo al general Godínez o al dirigente de los ganaderos de Altamirano. Sin embargo, como se reconoce en corto entre no pocos funcionarios públicos, si *La Jornada* (y otros medios para ser justos) no hubiera publicado todo lo que publicó sobre Chiapas y otros fenómenos críticos en México, ni ellos mismos estarían enterados de lo ocurrido. ¿De qué puede servir un termómetro que da la temperatura que quiero? Éste es, para mí, el valor principal de *La Jornada*...

Lo que quiero decir, además del papel jugado por *La Jornada*, es que mi trabajo de análisis era solitario, en casa o en mi oficina, con periódicos y casi sin comunicación con otros u otras analistas. Comencé, sin embargo, a buscar entre mis amigos de izquierda, antiguos espartaquistas, comunistas, trotskistas, maoístas y demás, mayor información, leí libros sobre Chiapas, sobre los indios de la región, y escribía mi libro al tiempo que descubría cosas. Quizá hubiera querido asistir al diálogo, pero aunque me hubieran invitado Manuel Camacho o Roberto Salcedo (el segundo, amigo de varios años), no hubiera aceptado. No iba a estar en la parte del gobierno, y en la otra parte no conocía a nadie, ni siquiera sabía quiénes eran, pues ciertamente no tenían rostro. Tampoco conocía a Samuel Ruiz quien, para entonces, era propuesto para el Premio Nóbel de la Paz por Pablo González Casanova,

Miguel Concha y otros. Algunos grupos organizados, los activistas de siempre o de casi siempre, los que promovían las manifestaciones o las caravanas con alimentos y frazadas a Chiapas, sí asistieron. Pero en general eran mucho más jóvenes que yo y, por lo mismo, no los conocía. Después los conocí, y unos se convirtieron en amigos, como Diego García de la UPREZ⁷ o Inti Muñoz del nuevo Consejo Estudiantil Universitario (y en aquellos momentos alumno mío), siempre activos, y otros que, debo decirlo, nunca me cayeron bien. Pero así son estas cosas, uno tiene que aceptar a todos los que participan del mismo lado, simpáticos o no, honestos o no... hasta que dejamos de aceptarlos.

En los movimientos siempre hay de todo, hasta policías encubiertos según mis antiguas experiencias. Vale decir que dos días antes de que iniciara el diálogo, la Caravana Ricardo Pozas (de estudiantes universitarios) que llevaba alimentos y ropa para los zapatistas del municipio de Altamirano fue detenida y despojada de su carga por ganaderos y campesinos *manipulados*, según se dijo. Los ánimos estaban encendidos, varios alcaldes eran cuestionados por sus pueblos. Pienso que había envidias porque sólo a los zapatistas los tomaba en cuenta el gobierno para un diálogo, en esos momentos muy próximo. En aquellos días se publicó una carta de Luis González de Alba a Carlos Payán, director de *La Jornada*. En esa carta Luis le preguntaba por qué, cuando se trataba de campesinos zapatistas, para el periódico éstos eran algo así como protagonistas de la historia y cuando se trataba de campesinos no zapatistas éstos era “manipulados” por uno o más ganaderos.

Me quedé pensando y todavía lo pienso que, en efecto, no sólo el periódico sino los intelectuales con frecuencia hacemos lo mismo: los buenos son los buenos, y tienden a ser *puros*, y los malos son los malos hagan lo que hagan. Y lo que digo sobre la aparente parcialidad de un periódico también lo digo sobre cualquier otro periódico y sus colaboradores. Si uno lee, sobre una misma noticia, de esas que se prestan a tomar partido, *El Herald de México* o *Reforma* por un lado, y *La Jornada* por otro, ciertamente hay diferencias. Las corrientes de pensamiento y acción, todavía y a pesar de quienes dicen que ya no hay izquierdas ni derechas, siguen inscribiéndose en una posición o en otra. Y en cada una de ellas, sobre todo entre las izquierdas, existe lo *políticamente correcto* y, por lo mismo, lo *políticamente incorrecto*, y a partir de ahí la descalificación, el *ninguneo*, un cierto grado de marginación o, simplemente, el típico “ya no te invito” (a una mesa redonda o a una cena o a dictar una conferencia). La pluralidad de la que se habla, tanto entre la derecha como entre la izquierda, es una fórmula hueca entre la mayoría de las personas.

No hace mucho escribí en un artículo que por defender mis posiciones había perdido amigos y muchos ya no me hablaban. Ese mismo día me habló Pablo González Casanova y me dijo que sí tenía diferencias conmigo pero que me invitaba a comer para ratificarme su amistad. No todos, comprobé, hablaban de pluralidad y de debate demagógicamente. Pablo me demostró que él sí hablaba con coherencia cuando defendía tanto la pluralidad como el debate serio. Pero no todos. El *ninguneo* es un deporte nacional, sobre todo en el medio intelectual.

Octavio Paz decía: “El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno.” Se disimula la existencia de los semejantes, decía en *El laberinto de la soledad*. “No quiero decir —añadía— que los ignoremos o los hagamos menos, actos deliberados y soberbios. Los disimulamos de *manera más definitiva y radical*: los ninguneamos.” (Las cursivas son mías.) El *ninguneo* se usa muy frecuentemente para quienes no están en lo *políticamente correcto*, como diciendo sin decirlo que están mal pero no vale la pena

⁷ Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata.

tomarlos en cuenta, con lo cual se rehuye todo tipo de debate. Y entre quienes son definitivamente intolerantes, el *ninguneo* es el menor de los castigos para los que no están en la lógica de lo políticamente correcto, porque puede haberlos mayores: la censura, el exilio, la prisión o la muerte. Pero aquí hay una paradoja: la censura, el exilio, la prisión o la muerte provocan mártires, el *ninguneo* no, por eso su práctica es un arma tan poderosa como sofisticada.

Lo políticamente correcto fue, por décadas y para la izquierda, haber convertido a la Unión Soviética en el paradigma del socialismo, lo incorrecto, obviamente, criticarla. Por esto fue perseguido Trotski hasta su muerte. Lo políticamente correcto, para la mayoría de la izquierda ahora, es la defensa de Cuba, y criticar algunas de sus características, como las muy limitadas libertades de tránsito, de asociación y de expresión, es políticamente incorrecto. Y así podría poner muchos ejemplos. Sé de lo que estoy hablando, pues lo he vivido. Hace muchos años, por ejemplo, quise publicar un artículo en el suplemento "Página Uno" del periódico *unomásuno* en contra de Hernández Juárez, dirigente sindical de los telefonistas, ni más ni menos que por haber usado golpeadores contra la disidencia democrática del gremio. Mi entrañable amigo Rodolfo F. Peña, ya fallecido, no quería, argumentaba que no era oportuno. Lo convencí recordándole que Trotski había dicho que la verdad siempre es revolucionaria y él me dijo que sí, que estaba de acuerdo (pues simpatizaba con el revolucionario ruso), pero que no era el momento correcto. Me publicó mi artículo, finalmente y, en efecto, molestó a muchos, pero era necesario según yo. Hernández Juárez había encabezado a mediados de los 70 un movimiento en contra de Salustio Salgado porque llevaba muchos años (cerca de 13) en la dirección del sindicato. ¡Quién lo diría! Hernández Juárez ha estado más del doble de tiempo del que estuvo Salgado al frente de los telefonistas, y no hay indicios de que quiera dejar el cargo. Va para 30 años como dirigente "indiscutible" de su organización. A veces lo políticamente incorrecto es correcto, y esto no debería olvidarse. Soy enemigo de usar varas distintas para medir fenómenos semejantes.

En fin, retomando el hilo, sí es correcto afirmar que los campesinos pueden ser manipulados, como todo mundo, y estoy convencido de que en el caso de los que asaltaron la caravana Ricardo Pozas eran manipulados por los ganaderos a partir de las necesidades propias de esos campesinos que, al igual que los zapatistas, eran pobres y requerían alimentos y ropa. Incluso en las elecciones, con todo y las nuevas leyes y los consejeros electorales, en los medios rurales y de extrema pobreza se siguen manipulando y explotando las necesidades de la gente: si no votas por el partido X tus hijos no podrán entrar a la escuela o dejarás de recibir leche subsidiada o no tendrás créditos. Otra cosa, pienso, es cuando los campesinos asumen que en su lucha pueden morir si no logran la satisfacción de sus demandas. Cuando de una acción depende la vida de una persona es difícil pensar que está manipulada, pero acepto que también puede ser. Por lo que viví en Chiapas puedo afirmar que los campesinos zapatistas, indios o no, vivían convencidos de lo que estaban haciendo y que creían y creen en sus líderes que, hasta la fecha, no los han traicionado. Pero volvamos a la secuencia de los hechos.

1.3. EZLN y gobierno. Diálogo de San Cristóbal

Cuando el 20 de febrero llegaron a San Cristóbal 19 delegados zapatistas, incluido el *subcomandante Marcos*, yo me enteraba por la televisión, ahora sí muy activa alrededor de

la Catedral. Pude ver también que se formaron cinturones de protección para el diálogo, que algunos llamaron “negociaciones” infundadamente. Hubo tres cinturones: Cruz Roja, sociedad civil, formada por gente de ONG pero principalmente por indígenas tan pobres como estoicos, además de disciplinados, y policía militar (desarmada). Horas y horas de protección, y así todos los días, pues ahí dormían, comían y trabajaban todos, tiros, troyanos y la mediación: Samuel Ruiz, obispo de la diócesis de SCLC, y su formidable equipo que procesaba las condiciones favorables para el diálogo, Camacho y su equipo, y los delegados zapatistas, con sus pasamontañas y sus armas. El cuadro general era muy original, sobre todo en un país como México donde la Iglesia y el Estado conviven separados desde la Reforma (siglo XIX): en un templo católico, un diálogo entre civiles del gobierno y rebeldes armados, con un obispo como mediador. Insólito, único. Vale decir que los zapatistas se desprendieron de las armas en el interior de la catedral, y las pusieron sobre una mesa en un rincón. Pero fue una señal de buena voluntad, pues nadie se los exigió —que yo sepa— como condición para iniciar el diálogo. (Alguien me contó que el obispo Ruiz era calificado en ciertos círculos gubernamentales como el *comandante* Samuel, quizá queriendo dar a entender que él estaba al frente del EZLN. En el gobierno se pensaba y se piensa, sin duda, que los indios son maleables al gusto, como ciertos metales, que no piensan ni razonan. Sólo les falta concluir, como en el caso de algunos conquistadores del siglo XVI, que no tienen alma ni merecen ser tratados como seres humanos. Posteriormente, cuando se dio el diálogo en San Andrés Larráinzar (San Andrés Sacam’chen de los Pobres), la delegación del gobierno comenzó, estúpidamente, con la misma actitud racista y discriminatoria. Pero ya me extenderé sobre ese segundo diálogo.)

El diálogo no podía ser fácil. El gobierno buscaría paliativos y piedras de colores para los indios. Éstos, en cambio, habrían de defender sus planteamientos de la *Primera Declaración de la Selva Lacandona* que, para las condiciones de Chiapas, significaban otro modelo de país: no el socialismo, pero casi⁸.

En los días del diálogo me hicieron una invitación muy sorprendente, que tomé con curiosidad y un poco de temor. El secretario de la Defensa, general Antonio Riviello Bazán, quería conversar conmigo en su oficina. Después me enteré que otros intelectuales habían sido invitados en diversos días y horas, pero en el momento, repito, estaba muy sorprendido. La entrevista fue puntual. El general me ofreció un café. Me expuso su “teoría” sobre el EZLN, curiosamente coincidente con la revista que dirige Lyndon H. LaRouche en Estados Unidos: *Executive Intelligence Review*, y que yo ya había leído. La tesis de esta revista era que el EZLN era Sendero Luminoso Norte y que su papel era desestabilizar América Latina, en este caso México, atacando al Ejército Nacional para debilitar una de las fortalezas del nacionalismo mexicano y que Estados Unidos se pudiera apoderar del país. Se decía también que había una alianza de Sendero Luminoso con la Teología de la Liberación, los comunistas y las fuerzas anglosajonas del gran capital mundial, junto con el narcoterrorismo, Lula de Brasil y Cárdenas de México.⁹ Leer eso en la revista mencionada no me llamó la atención. Los *laborales*, como los conocimos en México (organización a la que perteneció Cecilia Soto, la candidata a la presidencia —

⁸ El periódico *Excelsior* publicó una nota, en los primeros días de enero, de un supuesto zapatista que dijo que el levantamiento era por el socialismo. No recuerdo otra declaración pública en ese sentido, pero sí sé que algunos zapatistas indígenas estarían más de acuerdo con un sistema socialista que capitalista, por reformado que éste pueda ser.

⁹ *Executive Intelligence Review* (EIR), *Surge en Chiapas ‘Sendero Luminoso Norte’* (*Avanza el complot narcoterrorista para aniquilar a las naciones de Iberoamérica*), Informe Especial, enero de 1994, 86 pp.

1994— por el Partido del Trabajo, de creación salinista), siempre hacían análisis tan descabellados como el que acabo de resumir.¹⁰ Pero que ni más ni menos que el secretario de la Defensa me explicara un razonamiento similar me pareció fuera de toda proporción. Si el ejército regular estaba “informado” de esta manera, ¿qué podía esperarse de su posición ante el EZLN? Le dije al general que no estaba de acuerdo con él, le mencioné de quién eran esas interpretaciones demenciales y que LaRouche estaba, en esos momentos, preso por fraude. Me dijo que tenía gente de confianza en San Cristóbal (¿espías?) y que los zapatistas estaban armados, cosa que no era novedad: todos los vimos en la televisión. Al margen de esto le dije que el ejército había actuado anticonstitucionalmente pues no se habían cumplido los requisitos legales para su intervención en diferentes puntos de la geografía chiapaneca. El general Riviello se quedó callado y me preguntó la dirección de mi oficina. Terminó la reunión, y si bien había entrado con temor, salí satisfecho. El general se había portado como un caballero, y no como uno imagina que son los militares. Era un jefe del ejército preocupado por la imagen de su organización ante la opinión pública, y por eso, pienso, me invitó a mí y a otros articulistas, pues se supone que nosotros influimos entre nuestros lectores.

Unos días después recibí un sobre blanco sin membrete con una cinta roja pegada en diagonal que decía “estrictamente confidencial”. En el sobre había una copia de un fax. De ahí, y con base en ese documento, escribí un artículo que fue publicado el 3 marzo. *Noblesse oblige*. En el artículo dije, por lo cercano de los sucesos, que *encontré* el documento que acreditaba, hasta donde se podía leer, la intervención *legal* del ejército, porque sospeché, con muy pocas dudas, que fue el general Riviello quien me lo envió; y a diez años de ocurrido pienso que ya puedo decirlo. Hasta donde sé, ningún otro Secretario de la Defensa se ha preocupado en México por su imagen y la del ejército, menos su sucesor durante el gobierno de Zedillo, el general Cervantes Aguirre.

Por su posible interés, transcribo el artículo a continuación:

El Ejército en Chiapas (*La Jornada*, 3/03/94)

Desde el tercer día de enero me preguntaba con qué base legal había intervenido el Ejército Mexicano en Chiapas. Lo que leí entonces y después, no me satisfacía. Unos han dicho que no hubo fundamento legal para tal intervención, otros que sí. Esta última opinión ha sido sostenida, por supuesto, por los militares y por los gobiernos estatal y federal, pero sólo se afirmaba sin demostrarse.

El artículo 29 constitucional no me era suficiente para interpretar la intervención del Ejército en Chiapas pues, en los casos contemplados por dicho artículo, el presidente de México necesitaba 1) previo acuerdo de los titulares de las Secretarías de Estado, los Departamentos Administrativos y la Procuraduría General de la República, y 2) la aprobación del Congreso de la Unión y, en los recesos de éste, de la Comisión Permanente. Nada de esto ocurrió.

¹⁰ No sorprende, por lo tanto, que Cecilia Soto siempre se negara a ir a la zona zapatista o a expresar su apoyo a los rebeldes, en tanto que muchos de los militantes del PT sí fueron y algunos hasta se comprometieron con aquéllos en acciones concretas.

De aquí deduje, sin ser jurista, aclaro, que tendría que ser otro el fundamento. Llegué, así al artículo 122 de mi Constitución en una versión que debe ser de 1991 (la cual no sé si todavía es vigente, después de tantas reformas sufridas). Este artículo dice que los Poderes de la Unión tienen el deber de proteger a los estados contra toda invasión o violencia exterior. Y, curiosamente por su redacción, añade: “En cada caso de sublevación o trastorno interior, les prestarán igual protección, *siempre que sean excitados por la legislatura del Estado o por su Ejecutivo, si aquella no estuviere reunida*”.

Si el primero de enero de este año la legislatura de Chiapas no estaba reunida, pues esa fecha es día de descanso obligatorio, entonces tendría que ser el gobernador el que solicitara los apoyos de los Poderes de la Unión, en este caso del Gobierno Federal, para enfrentar la rebelión y la declaración de guerra del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

De ahí tuve que conocer la Constitución Política del Estado de Chiapas, y encontré, que el artículo 42, fracción III, establece que es facultad y obligación del gobernador “solicitar la protección de los Poderes de la Unión en caso de sublevación o trastorno interior” (p. 37 de la versión que conseguí en fotocopia). Es decir, la redacción coincidente con el anterior artículo citado de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Concluí que, finalmente, toda interpretación de la norma resultaba irrelevante si no localizaba el punto de inicio del proceso que llevó al Ejército a intervenir en la zona de beligerancia; esto es, el oficio del gobernador solicitando la intervención del Ejército Mexicano. E inicié la búsqueda de un documento, si existía, que fundamentara legalmente la intervención militar y no sólo policíaca contra el EZLN.

Lo encontré (Me fue enviado. Nota de 2004). Pude ver fotocopia de lo que supongo fue un fax de un original firmado por Elmar Setzer M., al C. Gral. de Div. D. E. M. Miguel Ángel Godínez Bravo, Comandante de la VII Región Militar en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, fechado en enero 1 de 1994 (las abreviaturas son copiadas textualmente). En este documento aparece un sello de recibido de la VII Región Militar con fecha de enero de 1994 y una rúbrica. El día de recepción está borroso, pero no el resto del sello.

En este oficio el gobernador Setzer llama a los zapatistas “grupos subversivos” y “vándalos agresores” que “portan armas de grueso calibre y tienen instrucción paramilitar”. Añade que las fuerzas policiales del estado “se encuentran en desventaja” y que, por lo tanto, y con base en la fracción III del artículo 42 de la Constitución de Chiapas, ya citada, solicita “muy respetuosamente la intervención del Ejército Nacional, toda vez que grupos armados han trastornado la armonía y paz en algunos municipios” (no dice en cuáles).

Debo suponer que el Gral. Godínez se comunicó con el Secretario de la Defensa Nacional y éste a su vez con el Presidente de la República, Comandante supremo de las fuerzas armadas de México, para que se cumplimentara el proceso militar contra los “vándalos agresores” que resultaron ser guerrilleros y suficientemente representativos para que el gobernador Setzer se viera obligado a retirarse, al igual que el Secretario de Gobernación. Suficientemente representativos, también, como para que el presidente Salinas

enviara a un comisionado a dialogar con ellos desde el 21 de febrero de este año.

En síntesis, el Ejército Mexicano intervino en Chiapas, por lo que se refiere a la “sublevación o trastorno interior”, con fundamento legal.

Dije “legal”, no otra cosa. El dato es también interesante porque un año después hubo otra intervención del ejército a la que se le quiso dar una apariencia de legalidad, pero no fue tal. A Zedillo le interesó menos el cumplimiento de las formas legales, como también a su secretario de Defensa.

Manuel Camacho mandó dos señales desde el principio: la primera diciendo que los zapatistas eran todos mexicanos, que no había extranjeros y que —se interpretó— no se trataba de una conjura contra México ni su soberanía (conspiración, le llamaron prominentes políticos del PRI). La segunda señal, de mayor significado mediático, fue la extensión de la bandera mexicana por el *subcomandante Marcos* y tomada de una esquina por el Comisionado para la Paz. Otra señal interesante, me parece, fue que en la víspera del diálogo Luis Donaldo Colosio, candidato del PRI a la presidencia, afirmó que daría “todo su respaldo a los acuerdos que se alcancen en el diálogo por la paz en Chiapas”, entre el EZLN y la representación del gobierno federal.¹¹ Su declaración contrastaba con la de otros priístas, pero sobre todo con las de los panistas. Felipe Calderón Hinojosa, en esos momentos secretario del Partido Acción Nacional (y ahora precandidato a la presidencia de la República), sostuvo que sólo que el EZLN se convirtiera en una fuerza política (debe entenderse: no armada), su partido podría mantener un diálogo con aquél. Los panistas fueron muy reacios a cualquier tipo de acercamientos con los zapatistas. Algunos de ellos, como Diego Fernández de Cevallos, tuvieron actitudes incluso racistas y muy despectivas.

Pero así como hubo señales positivas de parte de Camacho, también las hubo negativas. La principal, si mi memoria no me traiciona, fue la declaración que recogió, uno o dos días antes del inicio del diálogo, uno de los articulistas influyentes de *The Wall Street Journal*: que Manuel seguía con la idea de ser presidente del país. Si acaso fue cierta esa confesión al periodista estadounidense (nunca desmentida, que yo recuerde), era obvia la torpeza, pues no había indicios, hasta ese momento, de que la candidatura de Colosio quisiera ser cambiada por otra persona, no por lo menos antes del 6 de marzo por la noche. Una vez más los académicos metidos en política demuestran poco tacto. Recuerdo que dijo algo así como que su capacidad negociadora (que no era el caso, pues no se iba a negociar nada) aumentaría si era visto como candidato y no como simple comisionado del presidente. Tuve muy buena relación con Camacho cuando fue jefe del Departamento del Distrito Federal, de hecho le dio al Colegio (que yo entonces presidía) el edificio que ocupaba, en comodato por 20 años, acto de muy buena fe que hasta la fecha le agradezco, no por mí, sino por el gremio. Pero aquí estamos hablando de otra cosa: de sus aspiraciones políticas que respeto y respeté, pero que me parecieron poco realistas. Pienso que para todo mundo era claro que el delfín que había preparado Salinas para sucederlo era Colosio,

¹¹ Nota de José Gil Olmos, *La Jornada*, 21/02/94. La declaración de Colosio era también —interpreto— un mensaje a Camacho, pues era obvio que el ahora Comisionado para la Paz, aspirante a la candidatura del PRI para la presidencia desde antes, se había molestado cuando el *dedo del presidente* no lo señaló a él y de hecho lo sacó de la política interna al nombrarlo secretario de Relaciones Exteriores. Es pertinente recordar que Camacho, en todo el tiempo que duró la campaña de Colosio, jamás tuvo alguna expresión de apoyo a su candidatura.

aunque quizá algo cambió después de su discurso del 6 de marzo, puesto que fue asesinado 17 días después.

La apreciación de Camacho era equivocada. Al EZLN no le importaba ni le importa quién sea el presidente del país, no buscaba reconocimiento (salvo como “fuerza beligerante”) ni mucho menos negociaciones, sino solución a sus demandas. El problema de muchos políticos, y no sólo del PRI, es que piensan que todo se puede negociar y, como están acostumbrados al *futurismo* propio y de la gente que los rodea, que siempre busca quedar bien colocada, quizá Manuel discurre que si el EZLN veía en él al futuro presidente diría algo así como “vamos bien, lo que no se pueda lograr con Salinas será con Camacho”. Error; que podría explicarse porque Salinas y su grupo fueron grandes cooptadores: jalaban a mucha gente de la oposición, incluso a trotskistas y maoístas, a las filas del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Pero al parecer no tomaron en cuenta que la condición para cooptar es que la gente quiera ser cooptada y, ¡sorpresa!, no todo mundo quiere ser cooptado.

El diálogo terminó el 2 de marzo, con 34 demandas del EZLN y con una propuesta de 34 puntos por parte del gobierno. Las propuestas del Comisionado al EZLN eran para ser consultadas con los pueblos indígenas. Camacho fue muy optimista, y así fue el tono que le imprimió a la conferencia de prensa que dio al terminar el diálogo. Los zapatistas no eran tan optimistas. Como siempre, de acuerdo con su larga experiencia de tratar con gobiernos, desconfiaban de las intenciones no tanto de Camacho, quien fue elogiado por su actitud, sino de Salinas y del conjunto de su gobierno, incluido el ejército. Las palabras del *Comandante Juan* en la conferencia de prensa permiten deducir que el diálogo fue real, verdadero. “No hubo dobleces ni mentiras”, señaló, y según mis notas de entonces, añadió que “no hubo compra y venta de dignidades” (frase que me gustó). No fue una conferencia de prensa común y corriente, fue en realidad un acto solmene, muy solemne, en el que había tensión incluso entre los muchos periodistas, de televisión, radio y prensa escrita ahí expectantes. Algunos reporteros amigos me contaron después que la emoción les llegaba a la garganta, que el ánimo era muy positivo, quizá demasiado optimista, no sólo porque parecía que la paz se había logrado sino porque la gente tiende (tal vez tendemos, aun los no creyentes) a creer en milagros y que, por lo tanto, los gobiernos federal y estatal terminarían con las injusticias de siglos en que han vivido los indios mexicanos (y de toda América), y que los latifundistas (finqueros los llaman en Chiapas) dejarían de ser explotadores y abusivos. Se habló de “jalón de la historia”, de un hecho histórico sin precedentes (sobre todo por el tiempo transcurrido: 60 días y el desenlace hasta ese momento), casi el principio de un nuevo México. Ahí fue conocida la *Comandante Ramona*, pequeña y tiempo después muy delicada de salud, enternecedora y que arrastró millones de simpatías cuando viajó a la ciudad de México, en octubre de 1996, como representante del EZLN al Congreso Nacional Indígena. De ella, deberá recordarse, fue la expresión en el Zócalo de la capital “Nunca más un México sin nosotros”, síntesis de las esperanzas de los indios de México y de los explotados y marginados de todo el mundo.

Esa vez (me refiero a la conferencia de prensa) Camacho no quiso ser protagónico. Los 34 compromisos fueron leídos por Roberto Salcedo. *Marcos* tampoco quiso figurar en primer plano, los comandantes *Ramona*, *Juan* y *Humberto* estaban al frente. La modestia y el cansancio reflejado en el rostro del obispo Samuel Ruiz, por primera vez vestido de blanco y con solideo púrpura, le imprimieron mayor solemnidad al acto. Lo importante no eran las personalidades, sino los contenidos, parecía ser el mensaje. Gonzalo Ituarte, miembro destacado de la diócesis de SCLC (vicario general), estuvo atento a las

expresiones de quienes estaban en la mesa y atrás, y de los periodistas. Observaba la tensión, él mismo estuvo tenso según me dijo meses después. Quizá pensaba que éste era un primer paso, no la solución, como quería interpretar mucha gente por su entusiasmo y buenos deseos. Pienso, ahora, que la delegación del gobierno era la más optimista, en buena medida por desconocimiento de los indios, siempre subestimados por sus vestidos, su pobre manejo del castellano, su modo de hablar suavemente, educado, respetuoso (salvo cuando se enojan en serio), diplomático, diría. Que quede claro que yo tampoco los conocía y que durante años de marxismo y leninismo los campesinos (y entre éstos los indios) no estaban entre mis preocupaciones teóricas ni mucho menos revolucionarias (con o sin comillas). Pero yo no representaba a nadie ni era un interlocutor de los rebeldes. Lo que aprendí de los indios zapatistas, que no fue poco aunque diste mucho de ser experto, lo aprendí después, leyendo y conversando con ellos (con los que se dejaron, pues son muy silenciosos y desconfiados), oyéndolos, viendo cómo se manejaban en las mesas de diálogo. Pero los delegados gubernamentales, creo, llegaron sin preparación sobre el tema, y peor los que fueron después encabezados por Marco Antonio Bernal con Jorge del Valle como principal “asesor”.

1.4. Del NO a la Segunda Declaración de la Selva Lacandona

Los zapatistas regresaron a sus comunidades, y sometieron a su consideración la propuesta gubernamental. En ésta se planteaban plazos para la solución de problemas. Para algunos 90 días, para otros seis meses, como fue el caso de la tenencia de la tierra. Otros puntos serían proyectos a ser sometidos a los zapatistas. Había esperanzas. Camacho se quedó en San Cristóbal.

En tanto el EZLN consultaba a las comunidades de la región bajo su influencia, en el otro extremo del país era asesinado Luis Donaldo Colosio Murrieta. La percepción del EZLN sobre este crimen es interesante y coincide con las sospechas que nos surgieron a muchos ciudadanos comunes. Para mí es obvio que las evidencias del crimen fueron ocultadas, y siguen ocultas. El mero día del asesinato fue entrevistada la médica que atendió a Colosio en el hospital, y ella declaró que se trataba de dos balas de diferente calibre. Nunca más volvió a ser entrevistada y quizá tampoco fue localizada. No sabemos nada de ella después de esa entrevista. El caso, que era del fuero común y por lo mismo de la competencia de las autoridades locales¹², fue atraído por la Procuraduría General de la República (PGR) y luego se inventó a un asesino que, según entiendo, sigue preso sin habersele comprobado la culpa y sin haber explicado cómo fue que disparó dos balas de distinto calibre y con diferentes trayectorias. Mucho se ha dicho y especulado sobre el tema y no creo que aporte nada con más especulaciones.

El EZLN, en un comunicado sobre el homicidio, expresó algunas reflexiones que vale la pena recordar. En primer lugar insinuó que el crimen fue cometido por la misma “clase gobernante”, y sugirió que fue la línea dura del gobierno federal la que hizo posible ese hecho de sangre. En segundo lugar, destacó que Colosio siempre se refirió al

¹² El asesinato de un ciudadano no es un delito federal, sino local, del lugar donde ocurre. Comenzó a hablarse de “magnicidio”, pero obviamente no lo fue, pues Colosio era candidato a la presidencia, es decir una persona distinguida por su candidatura para un cargo público, pero un ciudadano común, legalmente hablando. La expresión “magnicidio” es reservada en México y en otros países para un presidente o un monarca. En una palabra, no era asunto de la PGR.

movimiento zapatista con respeto y prudencia. En tercer lugar, y no menos importante, mencionaba que el candidato asesinado había tomado “clara distancia del régimen salinista y sus políticas económica y social”, lo que muchos priístas que simpatizaban con Colosio también pensaron y dijeron, aunque no muy públicamente. Obviamente, el EZLN vio en ese crimen una señal de peligro y, desde luego, un motivo más para desconfiar del gobierno con el que había mantenido el diálogo. Se declaró “alerta roja” y se suspendió la consulta en las comunidades. Aquí quiero hacer un paréntesis sobre Colosio. Gracias a mi amigo y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM) Edmundo González Llaca, entonces delegado de la Secretaría de Desarrollo Social en Querétaro, me entrevisté con Colosio en su oficina. Éste era el titular de esta Secretaría. Mi asunto era sencillo: necesitaba la renovación de unas becas con las que el Colegio de Ciencias Políticas contaba para promover investigaciones y que habían sido reducidas por un burócrata de pequeña estatura y de apellido Ávila. Me atendió, en primer lugar, Alfonso Durazo, su secretario particular que años después lo sería del presidente Vicente Fox (nunca entendí por qué). De esa conversación, que fue positiva, Colosio dispuso que uno de sus colaboradores viera en detalle el asunto de las becas. Ese colaborador fue Marco Antonio Bernal, precisamente quien coordinaría a la delegación del gobierno en el segundo diálogo con el EZLN, el de San Andrés Larráinzar. Cosas curiosas. Mi impresión personal de Colosio fue positiva, al margen de que fuera priísta y en esas fechas gente de Salinas de Gortari. Era un hombre preparado y cordial en su trato; fue fácil llamarnos por nuestro nombre desde el primer momento. Esa reunión debió haber sido en 1993, mucho antes de que fuera designado candidato a la presidencia por Salinas y su partido.

Ernesto Zedillo, coordinador de campaña de Colosio, fue designado en un *fast track* nuevo candidato del PRI a la presidencia. Sólo los grupos financieros, de México y Estados Unidos, se pusieron contentos. Mientras tanto, en San Cristóbal de las Casas, los *auténticos coletos*, como son llamados los habitantes blancos o mestizos y con relativo poder económico o político, recrudescieron sus tradicionales posiciones racistas, como queriendo hacer pagar a los indios de la ciudad y alrededores, todos sin pasamontañas ni paliacates en el rostro, los costos que, según aquéllos, les representaba el levantamiento. Igual pasó con ganaderos, madereros y productores de café y sus *guardias blancas* en las comunidades donde se suponía que no estaban los zapatistas. Me parece recordar que incluso el obispo Ruiz fue agredido, si no él, sí su familia y su vivienda a un lado de la catedral. El ambiente, una vez que se fueron “los intrusos”, era hostil y denso. En el Centro de Convenciones del Carmen los *auténticos coletos* amenazaban con organizarse contra el obispo, los indios y el Comisionado para la Paz (contra encapuchados, sotanas y políticos, dijeron). El ambiente estaba muy enrarecido y por parte de los ganaderos había mucha hipocresía: atrás de Camacho, querían que se fuera y que se abandonara el diálogo con los rebeldes, cuando se reunían con Camacho le pedían que resolviera el problema de la invasión de tierras y hasta le llegaron a solicitar que arreglara una entrevista con el EZLN para dialogar.

Mientras tanto, en la ciudad de México, una vez que el asesinato de Colosio dejó de ocupar las primeras planas, leíamos pocas noticias relevantes de Chiapas. Era como una espera, tiempo que aproveché para escribir el libro iniciado e inconcluso y sobre el proceso electoral en curso. Pienso que es interesante mencionar que en este proceso comenzó a cambiar el lenguaje de muchos de los simpatizantes de la rebelión indígena. Se incorporaron al vocabulario expresiones tales como “hombres verdaderos”, “los más pobres entre los pobres”, y otras, la mayor parte retomadas de los comunicados del EZLN. Igual

ocurrió con las cifras: datos sobre analfabetismo, nutrición, vivienda, distribución de la riqueza, número de fallecimientos por enfermedades curables o por desnutrición, etcétera, fueron datos que comenzaron a repetirse en muchos análisis de la situación de Chiapas por comparación con otros estados del país y con otros países. Para decirlo con propiedad, descubrimos a Chiapas y a los indios que antes del levantamiento eran tema de antropólogos e historiadores. Autores de los que sabíamos poco, si acaso, se volvieron fuentes necesarias para entender lo que estaba pasando. Aprendimos a pronunciar, más o menos, los nombres de las etnias: tzotziles, tzeltales, tojolabales, choles, y la expresión “inditos” que usaban frecuentemente las damas de la alta sociedad de la ciudad de México, para referirse a los pueblos originarios, se hizo más intolerable y de mal gusto de lo que ya era antes, signo de desprecio y equivalente a *nigger* en referencia a la población de ascendencia africana en Estados Unidos.

La incorporación de expresiones tomadas de los comunicados zapatistas, vale decir, era como un signo de identidad entre quienes nunca antes las habíamos usado. Era como portar una credencial de pertenencia, equivalente al vocabulario que usábamos cuando en los años 60, por lo que a mi se refiere, queríamos ser identificados como marxistas y no como “pequeño-burgueses” o reaccionarios que eran, más que calificativos, insultos que ponían en duda nuestra nueva identidad como marxistas. En un artículo referido al debate televisivo entre Cárdenas, Fernández de Cevallos y Zedillo, escribí que lo que se quería en la presidencia, “para decirlo en lengua tojolabal, ahora de moda, es a un *Tojol Winik*, hombre recto, verdadero, y *Tojol Ab'al*, de palabra genuina y correcta” y añadí entre paréntesis: “según Antonio García de León, porque yo apenas conozco mi idioma”.¹³ Con estos *deslices* —quizá pensé entonces, inconscientemente—, demostraría que estaba no sólo a la moda, sino compenetrado del espíritu indígena que, dicho sea de paso, nunca me invadió aunque sí me hizo cambiar de opinión respecto de los indios que, como ya dije, no estaban entre mis referentes revolucionarios. Cuando en clase hablaba de la rebelión y de Chiapas, me sentía muy satisfecho de poder pronunciar, por ejemplo, *Quiptik ta Lecubtecel* que según Alonso Carreón y José Luis López quería decir en tzeltal “fuerza y progreso”. El libro que estaba escribiendo me sirvió mucho para estar informado, pues lo primero que quise saber fueron las razones estructurales que permitían entender el levantamiento más allá del hecho en sí. Alonso y José Luis, por cierto, me fueron presentados como personas que tenían tiempo, quizá años, viviendo en comunidades tzeltales y que, por lo mismo, conocían varios de los antecedentes de organización en la zona ahora conocida como zapatista. Mi larga conversación con ellos me permitió entender el papel de Línea Proletaria en la Selva de Chiapas, antes de que fuera expulsada por las comunidades indígenas y de que el obispo Samuel Ruíz desestimara públicamente su trabajo de organización para el que había sido invitada a mediados de los años 70. Intenté también saber algo del origen del EZLN, y fueron mencionadas las Fuerzas de Liberación Nacional, pero no más, por discreción o por desconfianza.

Por deformación profesional estos aspectos me interesaban sobremedida: el origen y la orientación político-ideológica del grupo que habría de formar el EZLN, para lo cual había que hacer una relación de las organizaciones sociales y políticas que operaban en Chiapas. En aquellos meses escribí, para mi libro, un capítulo del cual, ahora, no estoy muy seguro de su precisión. Pero para mí todo esto era nuevo y, diré en descargo: por algo había de empezar. Un año después, en 1995, fui a la prisión de Cerro Hueco en Tuxtla Gutiérrez a

¹³ *La Jornada*, 12/05/94.

entrevistarme con Javier Elorriaga, quien compartía celda con Jorge Santiago Santiago, si mal no recuerdo. Le dije que me interesaba conocer los antecedentes político-ideológicos del EZLN y la historia de las “F” como algunos de sus antiguos militantes llamaban a las Fuerzas de Liberación Nacional, supuesta organización a la que perteneció el *subcomandante Marcos*. Elorriaga me dijo que él era historiador y que él pensaba escribir sobre el tema (lo que, hasta donde sé, nunca hizo). Es decir, me dejó igual que como estaba antes de visitarlo. No me cayó muy bien (y tengo la impresión de que era recíproco), pero aún así fui al aeropuerto de la ciudad de México a recibirlo, junto con otros compañeros y compañeras, cuando fue excarcelado (6 de junio de 1996), y hasta participé en la presentación de su libro *Ecos de Cerrohuaco* (México, 1996), en la Plaza Loreto del DF (el 11 de junio de 1996), junto con el periodista Paco Ignacio Taibo I (padre del II) y con el escritor José Agustín. Y no me cayó bien porque no me diera información que supuse conocería (pues por algo había sido *correo* entre Zedillo y *Marcos*¹⁴), sino por algunas de sus actitudes, para mi gusto un tanto prepotentes (*mamonas*, decimos en México en referencia a la gente muy pagada de sí misma).

Se atravesó el día del trabajo, que en todas partes se conmemora el 1° de mayo, salvo en Estados Unidos que es el país donde se originó con la matanza de obreros en Chicago. El desfile del primero de mayo en la ciudad de México fue peculiar: hubo dos marchas. La primera, fue la oficialista de siempre (Congreso del Trabajo y sus centrales y sindicatos afiliados), en apoyo al gobierno y al candidato del PRI, en tanto que la segunda, también con el Zócalo como destino, fue de los trabajadores independientes, que hacía unos diez años no se manifestaban unidos. Los trabajadores independientes lanzaron vivas al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y mueras al gobierno, a su candidato y a los yanquis. Primer cambio observable en el seno de la clase obrera desde el levantamiento indígena. Pienso que mis referencias al zapatismo, al EZLN en particular, no eran sólo porque mi inconsciente me estaba llevando a un compromiso personal y relativamente solitario con la rebelión, sino porque —al igual que a mucha gente— cada día que pasaba me parecía más importante el fenómeno, como se siente en alguna parte de la columna vertebral cuando en la historia hay ciertos jalones de cambio de los que uno es testigo. Yo me preguntaba entonces por qué el EZLN había ganado en tan poco tiempo tantas simpatías entre la población y entre los normalmente difíciles intelectuales. Los partidos políticos, en cambio, perdían apoyos. El Partido de la Revolución Democrática (y Cárdenas otra vez como su candidato a la presidencia) no provocaba mucho entusiasmo. Escribí en mayo que esto se debía a las pocas diferencias entre los partidos competitivos, a un discurso poco comprometido con las causas populares, a pérdida de credibilidad, en tanto que el EZLN, sus demandas, la ausencia de ambigüedades en su discurso, su deslinde de los poderosos y la miseria en que vivían (y viven todavía) los hizo creíbles. Los indios de Chiapas conmovían (en el buen sentido del término) al mismo tiempo que eran admirados y entusiasmaban. Los aparentemente más débiles, y ciertamente más vulnerables, habían dicho ¡basta!, y habían provocado grandes manifestaciones de apoyo y, por si no fuera suficiente, habían obligado al gobierno a sentarse a dialogar con ellos. Estaban haciendo

¹⁴ El 31 de marzo de 1996 los abogados defensores de Elorriaga reconocieron por primera vez que su defendido había sido *correo* entre el presidente Zedillo y el *Subcomandante Marcos*, según nota de Juan Balboa en *La Jornada* del 7/06/96. Este dato yo ya lo conocía desde tiempo atrás, gracias a la información de un amigo de Javier que me decía no entender por qué Zedillo, que bien había aprovechado el enlace para intercambiar cartas con Marcos cuando era presidente electo, ahora lo apresaba.

historia, aunque en el mensaje a Cuauhtémoc Cárdenas cuando fue a la Selva a entrevistarse con *Marcos* (15 de mayo de 1994), dijeron no estar luchando por unas líneas en los libros de historia. Y, por cierto, en esa entrevista *Marcos* le dijo a Cárdenas y a sus acompañantes, que su partido no se diferenciaba mucho de los otros y que internamente no era democrático a pesar del nombre. Y tenía razón, pero pienso que fue impolítico (como si yo invito a alguien a casa y en la comida le digo que su esposa es fea y vulgar, aunque lo sea).

Un punto que quisiera rescatar del mensaje zapatista a Cárdenas, que he consultado para no equivocarme, es el siguiente: “La única fuerza capaz de llevar a cabo el tríptico libertad, democracia y justicia, y de cambiar el mundo entero, es la fuerza del pueblo, la de los sin partido ni organización, la de los sin voz y sin rostro.” Y añadió a continuación: “*Quien gane con verdad esta fuerza, será invencible.*”¹⁵ La cita es, para mí, muy interesante, porque exactamente no es una manifestación en contra de los partidos, aunque parezca, sino una advertencia: partido (u otro tipo de fuerza) que no gane *con verdad* (es decir honestamente y convenciendo) al pueblo, no conquistará la libertad, la democracia y la justicia para todos. La política de elites, en otros términos, de partidos desligados del pueblo y de los sin partido ni organización (que son la mayoría en casi cualquier país), no conducirá a ese tríptico del que habló el EZLN ni a cambiar *el mundo entero* (¿el “otro mundo es posible” de los foros sociales de Porto Alegre y Mumbai?). No es esta declaración una apología al partido vanguardia o algo semejante (porque en el discurso zapatista está dicho explícitamente que no creen en los partidos vanguardia ni en la toma del poder para desde éste cambiar el estado de cosas), pero tampoco me queda claro a que se refiere con “quien gane... esta fuerza, será invencible”. Si no se trata de un partido, ¿de qué tipo de fuerza se estaba hablando en esa cita? ¿Estarían pensando en la fuerza moral que ya en ese momento tenía el EZLN? ¿En la fuerza de las ideas? De verdad no lo sé, pero me pareció y me parece que es una idea que está presente en el discurso zapatista y que en aquel 1994 tuvo que ver con la Convención Nacional Democrática y luego con el Frente Zapatista de Liberación Nacional y, antes, con la Consulta nacional e internacional de 1995. Pienso que en esos momentos ya era claro para el EZLN su enorme influencia en ciertos ámbitos sociales. Muchas personas de la izquierda iban a San Cristóbal de las Casas en los momentos del diálogo, y quizá se entrevistaron con los miembros de la delegación zapatista. El diálogo sirvió también para esos encuentros. Y así como muchos “descubrimos” a los indios, los indios y el mismo *Marcos* deben haber “descubierto”, antes y durante el diálogo, a la gente que comúnmente es llamada progresista, que los apoyaba, en México y en el extranjero. Alguna vez me dijo *Marcos* que ellos se habían sorprendido de esos apoyos, que nunca imaginaron que gente de muchos países fueran, por ejemplo, a pasar semanas en los campamentos de paz que se organizaron en diversas comunidades a partir de marzo de 1995. Eso no estaba planeado, me dijo. Y en efecto, las reacciones de personas y organismos no gubernamentales (ONG), fueron muy espontáneas y prometedoras. Aunque tampoco se debe exagerar, como a veces ha ocurrido.

Cuando el 12 de junio el EZLN dijo NO a las propuestas del Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas (como resultado de las consultas), lanzó su *Segunda Declaración de la Selva Lacandona*, en la que se convocó a la sociedad a la Convención

¹⁵ EZLN: Mensaje del 15 de mayo de 1994 a Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del Partido de la Revolución Democrática a la Presidencia de la República, en *EZLN. Documentos y comunicados* (1° de enero/8 de agosto de 1994), México, Ediciones Era, 1994, p. 238. (Las cursivas son mías.)

Nacional Democrática y a organizarse para lograr un tránsito pacífico a la democracia. Se enfatizaría el concepto “sociedad civil”. Y así se dijo: “Llamamos a la Sociedad Civil [nótense las mayúsculas] a que retome el papel protagónico que tuvo para detener la fase militar de la guerra y se organice para conducir el esfuerzo pacífico hacia la democracia, la libertad y la justicia. El cambio democrático es la única alternativa de la guerra.” Poca gente se percató, me parece, que el NO y el llamamiento a la CND eran señales de lo mismo, dos aspectos tomados de la mano. Me explico, el NO fue no sólo porque no se confiara en el gobierno o porque la propuesta de Camacho fuera insuficiente, sino también porque esa propuesta era para Chiapas y no para todo el país, y el EZLN no se había levantado en armas sólo para demandar soluciones a los problemas de una treintena de municipios en ese estado (cuatro para el gobierno), sino a los problemas de los pobres, los explotados, los marginados del país. De aquí la convocatoria a la *Convención Nacional* (subrayo nacional). Elemental, mi querido Watson, el EZLN, en su nombre, hablaba de *Liberación Nacional* (vuelvo a subrayarlo por si quedaron dudas). Y traigo esto a cuento porque mucha gente en la CND no lo entendió, como se verá después.

Nuevamente se tocó el tema de los partidos políticos: se necesitarían partidos de nuevo tipo y estos nacerían a partir de una nueva cultura política, sólo posible si se replantea el problema del poder en un marco de democracia, libertad y justicia para todos. Menciono este aspecto de la *Segunda Declaración*, porque mucha gente interpretó que el EZLN estaba en contra de los partidos, así nada más, sin matices.

En el momento de estar escribiendo el párrafo anterior leo en *Rebelión.org* una entrevista de *Indymedia Perú* a James Petras fechada el 2 de diciembre de 2004. Desde hace tiempo he pensado que James, viejo amigo de muchos años, ha perdido el paso y se ha vuelto un tanto exagerado o, si se prefiere, poco cuidadoso en sus comentarios. En esta entrevista se dice que en 1996 estuvo en la Selva Lacandona “intercambiando ideas con el *Subcomandante Marcos* y los zapatistas”. Además de que la redacción sugiere que unos son unos y *Marcos* es otro, hay, hasta donde sé, una imprecisión que no es atribuible a Petras sino a quien lo entrevistó. Lo que yo recuerdo es que James y su compañera llegaron a SCLC y ahí Abelardo Palma, compañero de Diana Damián en ese entonces, lo llevó a diversos pueblos en su Volkswagen. Pero no me comentaron, a su regreso, que hubieran visto al *Subcomandante*, quien no solía estar por los rumbos de San Cristóbal. Al margen de esto, quiero citar una parte de la entrevista, que si bien me parece desproporcionada revela una visión poco precisa y tergiversada del pensamiento zapatista o, si se prefiere, de lo que al respecto se dijo en la *Segunda Declaración* que estoy comentando. Cito (las cursivas son de *Indymedia*):

- *La negación de la búsqueda del poder del zapatismo en el discurso del Subcomandante Marcos, nos hace dudar a muchos, que sea cierto y pensamos que es sólo una estrategia de Marcos, hasta que tenga más fuerza militar y política. ¿Usted a qué cree se deba este discurso de construir poder desde abajo con pequeñas islas?*

- *“Marcos quiere ser el alcalde de unas provincias de Chiapas. Lo que pasa es que como no puede tomar el poder del Estado, quiere consolidar el poder que tienen los zapatistas en las regiones de Chiapas y quedarse como una referencia política generalizada por las fuerzas fuera de la influencia del gobierno. Sus declaraciones son más folclóricas, es convertir una necesidad en virtud. ‘No*

podemos tomar el poder, no debemos tomar el poder'. No deben proyectar su situación, que es realista, como un proyecto para otros países y otros movimientos. Estas frases que él tira, la están aprovechando algunas ONGs y algunos intelectuales, como el inglés John Holloway, que ha construido toda una teoría sobre cambiar el mundo: 'El antipoder versus el poder'."

En nuestro país el ex militante trotskista y líder campesino Hugo Blanco coincide con el discurso antipoder de Marcos. El profesor Petras también lo interpreta. "Conozco a Hugo desde los sesenta. Me parece una simple reflexión de la debilidad de la izquierda, realmente lo que significa no es que niegue la toma de poder, es presionar sobre el poder. Y volveremos a la política de presionar a los gobernantes, que no es realmente un paso muy avanzado, es una política muy reformista, de dejar que ellos manden desde el Estado y nosotros presionamos para que nos tiren algunas concesiones".

Independientemente de que Holloway no es inglés y del disparate (o la broma) de que "Marcos quiere ser el alcalde de unas provincias de Chiapas" (cuando, según toda evidencia, quiere ser novelista¹⁶), el planteamiento de la *Segunda Declaración* era por "una nueva política cuya base no sea una confrontación entre organizaciones políticas entre sí, sino la confrontación de sus propuestas políticas con las distintas clases sociales, pues del apoyo real de éstas dependerá la titularidad del poder político, no su ejercicio. Dentro de esta nueva relación política, las distintas propuestas de sistema y rumbo (socialismo, capitalismo, socialdemocracia, liberalismo, democracia cristiana, etcétera) deberán convencer a la mayoría de la Nación de que su propuesta es la mejor para el país. Pero no sólo eso, también se verán 'vigilados' por ese país al que conducen de modo que estén obligados a rendir cuentas regulares y al dictamen de la Nación respecto a su permanencia en la titularidad del poder o su remoción. El plebiscito es una forma regulada de confrontación Poder-partido político-Nación y merece un lugar relevante en la máxima ley del país."

Cuando más adelante, en un comunicado a quienes participarían en la primera sesión de la Convención Nacional Democrática, el EZLN se refirió a su demanda por un gobierno de transición, se dijo que éste sería un gobierno que permitiera la participación democrática para que las "distintas fuerzas políticas, *partidarias o no*, puedan manifestarse, *presentar sus propuestas a la sociedad y competir*, en igualdad de circunstancias, *por el apoyo popular*." Y luego se dijo que "la lucha por la transición democrática *incluye la lucha electoral*" y todo lo que esto implica.¹⁷ Éste era el mensaje, dijeron, que llevarían para discusión a la CND.

En resumen, en esos momentos, según interpreté entonces, la idea política del EZLN se planteaba en dos planos. Por un lado, no se rechazaba a los partidos políticos sino que éstos se presentaran como vanguardias iluminadas que, una vez en el poder, decidieran por todos y sin consulta previa el rumbo de la nación y la situación de sus habitantes. Se proponía un partido u organización semejante que, con la verdad, ganara la fuerza del pueblo, de los sin partido, sin voz y sin rostro y que, una vez en el poder, mandara

¹⁶ Ha escrito, o está escribiendo, al momento, una mala novela policíaca junto con el hijo de Paco Ignacio Taibo I, "a cuatro manos". Véase *La Jornada* (12/04).

¹⁷ Comunicado del 27 de julio de 1994, en EZLN, *op cit*, pp. 295-300. (Las cursivas son mías.)

obedeciendo, para lo cual debía incorporarse en la Constitución la figura del plebiscito (el principio de revocabilidad). Por otro lado, se proponía la organización de la sociedad, plural y heterogénea como es, no sólo para que votara por tal o cual partido sino para que el que se ganara su confianza gobernara para el bien de todos y de la nación, rindiendo cuentas de su labor, es decir no sólo para influir en la toma del poder sino para que el ejercicio de éste fuera democrático, transparente y propiciatorio de la justicia social y de la participación ciudadana. ¿Democracia radical? Puede ser, pues ya estaba de moda en esos momentos, y la democracia radical, en términos muy apretados y esquemáticos, sugiere una suerte de autogestión política que permita la creación de espacios de democracia en las prácticas sociales, incluyendo la transformación del Estado en sí, más que su control.

No estaba seguro de que mi interpretación fuera correcta, pero sí de que no me convencía del todo, quizá por mi formación (o deformación) marxista. Pero el planteamiento era interesante y atractivo en muchos sentidos.

Después de la *Segunda Declaración de la Selva Lacandona* del 12 de junio recibí un telefonema de Socorro Valadez. Socorro es un pilar de *La Jornada*, no me imagino el diario sin ella. Es amiga muy querida desde que estábamos en *unomásuno*. Por una extraña razón siempre ha trabajado de noche, y creo que nadie sabe más del periódico que ella, pero es muy hermética: nunca dice algo que no deba decir, y ella sabe muy bien qué debe callar u omitir. Cuando me habló fue misteriosa. Sólo me dijo “tienes que venir al periódico, hay un documento muy importante para ti”. Conociéndola como la conozco, fui de inmediato. Confieso que no tenía idea de qué se trataba. Me entregó un sobre cerrado tamaño media carta con un escrito doblado a la mitad. Era un original firmado por el *Subcomandante Marcos* invitándome a la CND. Otros amigos habían recibido una invitación (yo mismo) de la Comisión Nacional Organizadora de la CND, que, si mi memoria no me traiciona, estaba formada por el EZLN (así en general), la Convención Democrática del Pueblo Chiapaneco y la Caravana de Caravanas, pero yo tenía dos, “la buena” y “la muy buena”. Si dijera que no me importó la invitación firmada por *Marcos* sería un hipócrita. Me dio mucho gusto y me sentí muy distinguido. Cuando fui a acreditarme a una oficina pequeña en la Colonia Roma del DF, en un piso superior, no conocía a nadie. La mayor parte de la gente que estaba haciendo las acreditaciones era de sexo femenino, y entre ellas estaba Margarita González de León, viuda de un viejo amigo que había sido diplomático y también profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. [Tiempo después conocí (en realidad reconocí) a Antonio hijo, con quien también he establecido amistad y que es director de la revista *Este País*]. Llegué a la oficina y dije “vengo a registrarme”, me pidieron la invitación y una tarjeta de identidad, mismas que entregué. Alguien comentó “mira, es de los especiales”, y yo hice como que no había oído, pues la verdad no sabía cómo interpretar nada. Había escuchado que todo mundo quería ir pero que no todo mundo sería aceptado. Ya comenzaban los rumores de que había algo así como *comisarios del pueblo* (la expresión es mía, por analogía con los habidos en los países llamados socialistas), es decir los “de adentro” (y los “de afuera”, entre los que estaba yo), los que habían estado yendo en las caravanas, los que ya habían hablado con *Marcos*, y, por otro lado, los que sólo habíamos sido espectadores y, en el mejor de los casos, simpatizantes del movimiento, para colmo, sin organización y, por lo mismo, sin representación de nada ni de nadie.

A un lado de los individuos que no representábamos a nadie, estaban las organizaciones, unas no gubernamentales (en su mayoría formadas por personas de clase media tanto del Distrito Federal como de otras ciudades del país) y otras campesinas e

indígenas, como el Consejo 500 años de Resistencia Indígena, El Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC), la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI) y la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA). También estaban las organizaciones estudiantiles, como el Consejo Estudiantil Universitario (CEU, o lo que quedaba de éste pues se había formado en el movimiento de 1986-87), y varias de las caravanas, en su mayoría compuestas de estudiantes, algunos profesores y jóvenes no estudiantes, pero también de trabajadores que impulsaron la Caravana “Arturo Albores”¹⁸. Asimismo, había organizaciones de trabajadores como el Movimiento Proletario Independiente (MPI) que, según entiendo, era parte de la Coordinadora Nacional de Acción Cívica para la Liberación Nacional (Conac-In). Esta última organización se hizo conocer al instalarse en el Zócalo de la ciudad de México el 15 de marzo de 1994. Su intención inicial manifiesta fue sistematizar pliegos petitorios de todos los sectores de la población para hacérselos llegar tanto al EZLN como al gobierno federal. Lo interesante de esta Coordinadora era su composición y el hecho de que tenía la representación legal del EZLN tanto en el país como en el extranjero. El EZLN había solicitado a la Comisión Jurídica de la Conac-In apoyo legal desde febrero. En un comunicado del EZLN del 2 de noviembre de 1994 fue desconocida por haber promovido actividades al margen de la Convención Nacional Democrática queriéndose apropiarse, junto con otras organizaciones, de la representatividad del “auténtico espíritu de la CND”, provocando la división de ésta. Pero más adelante me referiré a ese grupo divisionista que yo llamé *ultra/sectario*, puesto que la expresión “ultra”, sola, no era suficiente para calificarlo (indistintamente los llamaré sectarios, ultras o ultras/sectarios, ya que el concepto adecuado es irrelevante por sí mismo pues lo que importa es lo que hicieron y cómo actuaban). También participaron, y merecen mención especial, *las rosarios*, entusiastas mujeres organizadas en un grupo llamado “Rosario Castellanos” que cargaron sobre sus espaldas una gran parte del difícil trabajo de organización y logística. No quiero dejar pasar que en ocasiones me molestó el trato hacia ellas, como si intelectual y políticamente no pudieran aportar nada, y este error imperdonable se dio entre compañeros *muy* zapatistas y entre algunos de los enlaces del EZLN con la llamada sociedad civil.¹⁹ En fin, cuando solicité mi inscripción para asistir a la CND, ya había mucha gente, por decirlo de alguna manera, familiarizada y hasta conocedora de la nueva Chiapas, la Chiapas con retenes militares, con solicitudes (exigencias en realidad) de identificación por parte de soldados y policías, con inseguridad... y con indígenas rebeldes.

Con mi inscripción, sin saberlo, una parte de mi vida daría un vuelco, y yo haría cosas que no imaginé que pudiera hacer.

Antes quiero mencionar por qué fue tan importante para mí recibir la invitación personal y personalizada de *Marcos*. En esos momentos, mediados de 1994, yo veía a los zapatistas como una especie de materialización de muchas esperanzas: una rebelión armada que había enfrentado al gobierno y a sus fuerzas armadas y que, en lugar de ser derrotada había logrado sentar al gobierno en un diálogo singular, no varios años después de haberse levantado, como en El Salvador, sino antes de que se cumplieran dos meses de su

¹⁸ Esta caravana estuvo formada por trabajadores del Sindicato Independiente de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana, por el Bloque de Fuerzas Proletarias, militantes del Partido del Trabajo agrupados en Convergencia Democrática, la Unión de Solicitantes y Servicios de Vivienda, la Central Unitaria de Trabajadores, el Frente del Pueblo y la Unidad Obrera y Socialista.

¹⁹ Algunas de *las rosarios* tuvieron problemas familiares por su entrega *voluntaria* al zapatismo. La mayoría de ellas, vale añadir, eran o son de clase media alta y con títulos y grados académicos.

declaración de guerra. A la vez, veía un ejército popular-indígena que aunque no había triunfado militarmente (no siguió su avance a la capital venciendo al Ejército Federal, como dijeron que harían en el único número de *El despertador mexicano*), sí habían triunfado ante la opinión pública ganando simpatizantes insospechados no sólo en México sino en el extranjero. Y el artífice de este fenómeno sorprendente era, y así me lo parecía entonces, el *Subcomandante Insurgente Marcos*, un personaje visible a la vez que invisible, que estaba haciendo historia y, además, con un gran sentido del humor, aunque a veces, para mi gusto, se le pasaba la mano cayendo incluso en la vulgaridad. Pienso, y quizá debería meditarlo más tiempo, que la rebelión indígena se expandió en los medios y removió conciencias gracias a *Marcos*, sus entrevistas y sus escritos. Pero igualmente pienso que *Marcos*, sin los indios y su rebelión, no hubiera tenido ninguna repercusión.

Entonces no sabía quién era *Marcos* en realidad. Tiempo después, cuando lo supe, gracias a la insistencia de su padre por decirlo públicamente, pensé que su invitación y el trato que me dio en nuestro primer encuentro se debió a que yo había sido profesor de uno de sus hermanos mayores, quien también fuera mi ayudante de cátedra y de investigación por varios años, además de amigo y colaborador en uno de mis libros más exitosos.

2. INMERSIÓN

2.1. La Convención Nacional Democrática. Primera sesión

Debo decir que mi decisión de asistir a la CND no fue fácil. Por un choque muy fuerte que tuve en 1974, del que, por cierto, no fui culpable, me resultaron problemas en las cervicales. Los médicos me dijeron que no debía dormir con almohadas altas ni cargar más de cinco kilos de peso. Por otro lado debo confesar que toda mi vida he sido urbano y que mi condición física no es envidiable para nadie pues además de que he sido fumador desde la pubertad nunca he hecho ejercicio, y menos deporte. Soy sedentario, no me gustan las incomodidades, y disfruto mucho una buena comida con un buen vino, y tomo el mejor café que se pueda conseguir en el mercado. En pocas palabras, no me imaginaba en la selva durmiendo en el suelo y comiendo galletas con agua, para no hablar de otras incomodidades propias de la vida al aire libre. Ni siquiera me han gustado los llamados días de campo. ¡Y menos en agosto!, época de mucho calor y de lluvias torrenciales comunes en las zonas tropicales. En esos momentos yo contaba con más de 50 años, 53 para ser precisos. Mi ex compañera y yo hicimos una lista de lo que debíamos llevar, lo mínimo, y fuimos a comprar el equipo: dos mochilas, una bolsa para dormir, cantimploras, botas especiales para tierra, lodo y agua, y mi sombrero (de lona con una cinta blanca que fue tornándose gris) que usaría durante todo el tiempo en que estuve yendo a la selva. Luego el repelente para los mosquitos, latas de comida en frío, café (infaltable), una pequeña estufita para campamento y, muy importante, agua embotellada. Mi mochila pesaba, ya llena, 14 kilos, que en ese momento parecía poco. Lo que es no saber.

En un artículo que publiqué a finales de julio de 1994, me quise referir al contexto en el que se desarrollaría la CND y, de paso, informaba a mis lectores que asistiría al “evento”, que en este caso sí era tal (a diferencia de los que organizan banquetes y conferencias que le llaman “evento” a todo, incluso a un suceso que ya pasó), pues se trataba de algo cuya realización era incierta, aunque ya programado. Cito el artículo, pues resume, como ya dije, el contexto, y porque la intención al publicarlo era motivar a quienes

tenían dudas para asistir (los articulistas de los periódicos, por vanidad o por lo que sea, siempre pensamos: 1) que tenemos lectores y 2) que influimos en ellos. Parece que los directivos de periódicos y revistas piensan lo mismo, si no, no nos pagarían por el espacio que ocupamos en sus publicaciones).

¿Casualidades? (*La Jornada*, 28/07/94)

Las resistencias al cambio sólo tienen una interpretación: la defensa de los intereses creados, pequeños o grandes. En función del tamaño de los intereses defendidos suelen darse las respuestas a las amenazas de cambio.

En Chiapas los intereses defendidos no son muy grandes, comparados con los de la gran burguesía nacional y extranjera en el país, pero para quienes allá se sienten amenazados por lo que supondría una inversión de la pirámide social o una verdadera transición democrática que le diera el poder estatal a un representante de la sociedad mayoritaria, los posibles cambios son inaceptables, por lo que cualquier acción en su contra es para ellos, los miembros de la oligarquía chiapaneca, moralmente aceptable. Y más si saben, como es el caso, que las soluciones a los problemas planteados por el EZLN y sus simpatizantes (CEOIC a la cabeza) necesariamente les afectarían, como el conflicto en sí ya les ha afectado, especialmente a los menos ricos de la región. Si a ese sentimiento se agrega la incapacidad de los gobiernos federal y estatal para de verdad encontrar soluciones a tan añejos problemas, la desesperación de ganaderos, finqueros, comerciantes, caciques y *auténticos coletos* debe ser mayúscula.

La rebelión de Los Altos y la Selva, iniciada como una guerra armada de original duración y demandas, se ha convertido, quiérase o no, en una verdadera revolución, tan revolución como las habidas en los últimos años en Europa del Este y, antes, en Portugal. Se inició en una zona específica, como todas las revoluciones, pero se ha extendido a todo el país aunque no a todas las capas sociales ni a todos los segmentos ideológicos (también como en todas las revoluciones). De ahí que la Convención Nacional Democrática, convocada para los días 6 al 9 de agosto, sea tan temida por quienes detentan el poder y sus empleados y publicistas. De esta Convención, en vísperas de las elecciones programadas para el 21 de agosto, saldrán enormes cuestionamientos al sistema que vivimos y propuestas para un nuevo país que, con excepciones, todos quisiéramos. Y tales cuestionamientos y posibles propuestas serán influencia decisiva y marco de referencia en las elecciones, tanto en las estatales (en primerísimo lugar) como en las federales que, por sí mismas, no serán como antes: ganadas fácilmente por el PRI.

Provocar temor para que no vayamos a la Convención (hablo en plural pues, como a muchos, me han invitado a asistir, y voy a ir), ha sido parte de la estrategia seguida por quienes defienden el *statu quo*. El atentado sufrido por Amado Avendaño y sus compañeros, las intimidaciones de los militares contra la población civil, el clima de inseguridad que se vive en casi todo el país, las distintas formas de represión ejercidas contra militantes del PRD y activistas sociales independientes; todo esto no puede interpretarse como un conjunto de

casualidades. No parece casualidad que sólo los miembros, simpatizantes y candidatos del PRD sean detenidos, desaparecidos, asesinados o embestidos por tráileres conducidos por choferes de “largo historial de infracciones de tránsito”, aparte de los indios y campesinos sospechosos de ser zapatistas, es decir opositores. ¿Por qué a los del PAN o del PPS o del PARM²⁰, por ejemplo, nunca les pasa nada, ni siquiera un resbalón en la calle?

La oposición a lo existente parece ser, hoy más que antes (entre otras razones porque ahora es mayor), motivo de intolerancia y de acciones extremas, irracionales y desesperadas para frenarla. ¿No se darán cuenta quienes defienden lo establecido que entre más golpeen a la oposición más crecerá ésta?

El ambiente, sobre todo en Chiapas, fue tenso desde que la delegación zapatista regresó a sus comunidades para la consulta de las propuestas de Manuel Camacho. El Comisionado mismo fue testigo de la hostilidad de los poderosos chiapanecos, y después del NO del EZLN renunció. La población de los Altos y la Selva fue, más que testigo, víctima de la agresión de *guardias blancas* con entrenamiento, según se dijo, de algunos de los militares que ocuparon la zona a raíz del levantamiento indígena. El candidato a gobernador propuesto por los zapatistas y presentado por el PRD (Amado Avendaño Figueroa, abogado y dueño junto con su esposa del modesto pero importante periódico local *Tiempo*), había sufrido “un accidente” de carretera (el 25 de julio de 1994) en el que hubo tres muertos y tres heridos, uno de éstos Amado, quien prácticamente perdió un ojo, aparte de severas contusiones de las que nunca quedó bien. Amado, un hombre bueno y que recibiera el *bastón de mando* de los indios (su gobernador *en rebeldía*), murió el 29 de abril de 2004, a los 65 años, de un derrame cerebral, después de 45 años de hacer periodismo por la verdad y por la vida de su pueblo. Amado sería un gobernador de transición durante el cual convocaría a un Congreso Constituyente que cambiara las leyes, y a nuevas elecciones en un marco tan democrático como se pudiera, para entregar el bastón de mando a quien resultara electo. Ese era el plan, consecuente con las propuestas zapatistas que él aceptó con relativo entusiasmo. No ganó, ni perdió, como meses después se resolvió en el Tribunal Electoral del Pueblo Chiapaneco (tratado más adelante).

Llegamos a Chiapas en un vuelo a la capital, Tuxtla Gutiérrez. De ahí en taxi a San Cristóbal y luego en esta ciudad a un hotel en el centro. Caminando por ahí, después de dejar la mochila en el hotel, me encontré a alguien conocido: Priscila Pacheco, quien estaba acompañada de otras mujeres que no conocía, en la cafetería de un hotel. Creo que nos dio gusto vernos. Pero cuando le pregunté a Priscila cómo iba a estar la cosa, el programa de actividades y todo eso que casi todos necesitábamos saber, se portó —creo— deliberadamente misteriosa, como diciendo “yo sí sé, pero tu tendrás que averiguarlo”. Me habló de disciplina, de reglas, etcétera, casi como diciéndome “mejor no vayas”. (Tiempo después Priscila cambió su actitud conmigo, una vez que dejé de ser “zapatista de tercera”.) Me sentí como cuando, años atrás, había ido a la oficina de turismo de la Unión Soviética,

²⁰ PAN: Partido Acción Nacional, derechista, ahora en el poder con Vicente Fox en la presidencia del país. PPS: Partido Popular Socialista, ni popular ni socialista. Su candidata a la presidencia fue de las que opinó que los indios de Chiapas eran manipulados y comandados por extranjeros. PARM: Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, pequeño partido desprestigiado desde su fundación. Los dos últimos desaparecerían del espectro partidario tiempo después.

en París, y la empleada me empezó a explicar las condiciones para entrar en su país y por dónde podía viajar y por dónde no. (No fui, entre otras cosas porque me costaba mucho menos ir a cualquier país capitalista, por lejano que estuviera, que a Moscú y Leningrado y, además, sin restricciones para conocer los lugares que me diera la gana.)

Empecé a sospechar que había zapatistas de primera, segunda, tercera y más categorías, y que yo era de las últimas, pues además tenía el estigma de ser intelectual, urbano y con chamarra y botas nuevas. Me sentí fuera de lugar. Más tarde encontré a otros amigos (Federico Campbell, por ejemplo), igual de norteados que yo y con las mismas dudas. El ánimo me cambió. En el hotel me encontré con Mayán Cervantes y su hija Ina Larrauri. Nos prometimos despertarnos como a las tres de la mañana para ir al lugar de donde saldrían los vehículos que nos llevarían a *Aguascalientes*. Esa promesa, para mí era muy importante, porque muchos años antes, cuando estuve en San Cristóbal de turista académico, pedí que me despertaran a las siete y no lo hicieron. Reclamé en la administración del hotel y al día siguiente me despertaron a las seis de la mañana. Les volví a reclamar y al día siguiente me despertaron a las ocho. Nunca me despertaron a las siete, que era la hora en que tenía que levantarme para atender mis obligaciones con la universidad. Quizá no les caemos bien los turistas, pero entonces ¿para qué tienen hoteles? No lo sé.

Antes, en la tarde del día en que llegamos, fuimos a acreditarlos. Era una casa pequeña con un patio central y techos bajos. Las filas eran larguísimas. No recuerdo bien, pero me parece que me ahorré una larga espera haciendo cola en la fila de prensa. Una fotografía, la preinscripción que me habían dado en México, mi credencial de *La Jornada*. Otra vez los *comisarios del pueblo* cumpliendo su papel de inspectores que, vuelvo a decir, me recordaron mis viajes por los países que años atrás todavía se llamaban socialistas. Un papelito con reglas a observar (copia de la convocatoria) y advertencia de no llevar armas, drogas ni alcohol. Esto me pareció muy bien, pues hubiera sido un desastre una reunión de miles de personas ebrias y drogadas, un festival de Woodstock (1969) en lugar de una convención de gente de izquierda simpatizante de los zapatistas.

El 6 de agosto, a partir de las diez de la mañana, se instalaron en SCLC cinco mesas de trabajo en cinco lugares diferentes. En cada una de las mesas había alrededor de mil delegados y observadores. En la que yo asistí había una mesa al frente con más de una docena de coordinadores o de representantes de no sé qué y en las sillas de la gran sala un poco más de mil participantes. No dejaba de ser curioso ver a Superbarrio Gómez, con su ropa de luchador más que de súper héroe, y su máscara (todo en amarillo y rojo), junto a profesores universitarios, serios y circunspectos. Así era la concurrencia. Dispareja social y económicamente, unos que habíamos llegado en avión, otros en autobús desde lugares lejanos, por falta de dinero. Unos con huaraches y ropa de trabajo muy usada, otros, en cambio, bien vestidos para la ocasión. La ley del desarrollo desigual y combinado, expresada en personas individuales que representaban al México simpatizante de los zapatistas y, como supe después, también turistas, curiosos y provocadores profesionales sospechosos de ser agentes del gobierno. El campo y la ciudad, el norte, el centro y el sur, blancos, mestizos e indios. Un mundo multicolor. Algunas de las “personalidades” terminaron después en el gobierno, en el del PRD en la ciudad de México, en el del PRI en Chiapas (Eraclio Zepeda) o en el de Fox (Mariclaire Acosta). Pero así ha sido siempre, unos son consistentes, otros se mueven en función de ambiciones personales, otros más simplemente regresan a sus actividades anteriores (por motivos diversos que ya mencionaré).

En las mesas reunidas en SCLC se concretaron algunas resoluciones que, desde mi punto de vista, no tuvieron mayor significación, salvo una: que se concluyera que se rechazaba al PRI y al PAN, pero que no se dijera que la Convención apoyaría al PRD. Alguien me dijo, semanas después, que tal resolución era para evitar que los sectores no precisamente de izquierda se asustaran y no votaran por este partido, y también para impedir que los grupos más izquierdistas, que no simpatizaban con el PRD y que estaban invitados a la CND, se escindieran de ésta. Yo sólo observaba y trataba de entender esa, para mí, extraña ambigüedad. Al día siguiente, 7 de agosto, saldríamos a *Aguascalientes*, en la madrugada.

Todavía de noche (madrugada), medio dormidos y después de un baño incómodo, nos fuimos hacia no recuerdo dónde, en taxi, a buscar los autobuses que nos llevarían a nuestro destino. Alguien que dijo estar enterado, y que sí estaba enterado según supe después, nos sugirió que tomáramos uno de los de adelante. No eran autobuses sino microbuses en su mayoría, de techo bajo y asientos angostos y duros. Nos subimos en el 26, de unos 300, es decir en uno de los primeros. Y ahí, a esperar a que dieran la orden de salida. Más de una hora, pero bajarse era un riesgo: perdías tu lugar pues obviamente todo mundo quería ir al frente del convoy. En esos momentos, todavía de noche, la cosa parecía muy emocionante. Después fue una pesadilla. Los que íbamos adelante tardamos unas 20 horas en llegar. Los que iban al final tardaron hasta 36 horas: incluso en la mañana del 8 de agosto seguían llegando. Si comías, menguabas tus existencias necesarias para “la selva”, si no comías sentías el estómago vacío, pues el restaurante del hotel estaba cerrado a la hora en que nos levantamos. Grandes pausas, pues había que esperar a los demás; frío al principio, mucho calor después, y junto con éste todo el polvo de los primeros vehículos, pues ya entonces la carretera era de tierra con baches descomunales (cerca de cien kilómetros). Se descompusieron varios vehículos y el autobús de los del CLETA²¹ se volcó, precisamente por ser autobús, demasiado grande para las pronunciadas curvas, y demasiado pesado para las subidas y las bajadas. Mayán Cervantes, finalmente antropóloga con experiencia en prácticas de campo, me salvó del agujero que ya se me estaba haciendo en el estómago, pues yo acostumbro a desayunar todos los días. Me dio una lata de un brebaje que no conocía y que se volvió mi alimento en mis siguientes viajes a la selva (que en realidad no era la selva según me explicaron, sino la ceja de ésta, es decir menos espesa que la selva propiamente dicha). Ese brebaje se llama *Ensure* y tiene un montón de vitaminas y minerales que equivalen a una comida ligera (líquida, por supuesto). Un gran descubrimiento para viajes de este tipo, pues es un suplemento nutricional que, por lo menos, quita el hambre. En el trayecto, no recuerdo en qué punto, ocurrió algo muy curioso que, pensé, sólo en México podría suceder: en un retén militar subió un oficial a cada uno de los vehículos en que íbamos y, muy amablemente, se dirigió a nosotros para desearnos un feliz viaje y una fructífera estancia en nuestra convención, ¡una convención en territorio controlado por un ejército rebelde que le había declarado la guerra al gobierno y al Ejército Mexicano! Extraño país, qué duda cabe.

²¹ CLETA: Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística. Es un grupo artístico marginal de no muy buena fama en los medios universitarios, porque durante varios años se apoderaron de la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México. En la Casa del Lago, conviene recordar, fue donde se realizó el primer acto de apoyo al EZLN en el mundo, precisamente el 2 de enero de 1994. El dirigente del CLETA es Enrique Cisneros, alias *El llanero solitario*, o por lo menos así se le conoce.

Llegamos a *Aguascalientes* después de la una de la mañana. Al bajar me di cuenta de que mi mochila ya no pesaba 14 kilos, sino muchos más. Así era el cansancio. Pero ahí no terminó la tortura. Antes de que “nos permitieran” bajarnos de los vehículos subieron jóvenes *comisarios del pueblo*. En el que yo estaba el *comisario* hablaba con tono de “chico de la Ibero” (descripción exclusiva para mexicanos), es decir niño bien y una de las cosas que nos dijo fue que no podíamos bajar la cámara fotográfica. Le dije que la convocatoria no decía eso. El diferendo se arregló preguntándole a un zapatista vestido con su uniforme y cubierta la cabeza con un pasamontañas. Fue a preguntar y regresó para decir que no estaban prohibidas. El joven *comisario del pueblo* perdió su primer *round*, pero como era igual a los demás pareció que cobrarían venganza, como diré después.

Una vez abajo, el mismo zapatista me revisó. Sólo le faltaba un aparato *Garrett*, de esos que usan en los aeropuertos para detectar metales. Pasé la revisión. Hasta ahí no había problema. El problema fue volver a cargar la mochila. Confieso humildemente que ya no podía. Otro zapatista, joven y de muy baja estatura, se apiadó de mí y se la echó al hombro. Subimos una pequeña loma y me preguntó qué edad tenía. Se la dije y me comentó que ya estaba viejo: “con razón”, añadió. Y sí. En Chiapas la expectativa de vida, por desnutrición, pobreza, enfermedades y todo lo que ahora ya sabemos, es muy baja. Una persona de 53 años ya es vieja. Me dejó frente a un gran foco de esos que se usan para iluminar grandes espacios (creo que son de cuarzo) y unos andadores con alambre de púas clavado a pequeños postes de ramas de árbol. Los andadores eran angostos y la mochila se enganchaba en las púas. Mi chamarra también. Había piedras y hoyos en el piso. Carlos Monsiváis se torció un tobillo y el resto del tiempo se ayudó de un bastón (que no era de mando) para caminar. Y ya que hablo de Monsiváis, me cuentan que llevaba un paquete de libros para la biblioteca de *Aguascalientes* y que impedido para caminar cómodamente y por el cansancio, los tiró. Su desgracia fue que un joven atento pensó que se le habían caído y le dijo: “señor Monsiváis, se le cayeron sus libros”, y Carlos tuvo que volverlos a cargar. Yo mentaba madres, debo decirlo. Con el foco intenso que me encandilaba cada vez que veía hacia delante, las púas metálicas de *redil* (pues no parecía otra cosa), y el peso de la mochila, no me hicieron sentir que llegaba a tierra prometida, sino más bien a un campo de concentración nazi. Me acordé de la Lista de Schindler, la película de Spielberg de 1993. Algo debo haber dicho en tono de queja que Pablo González Casanova, hijo de Pablo González Casanova (el primero médico el segundo sociólogo e historiador), y quien trabajaba en Chiapas desde hacía tiempo, me dijo: “no te quejes. Lo que ocurre es que para los zapatistas tu eres un *caxlan*.” Creo que me enojé más, pues recordaba del libro que estaba escribiendo que según los tojolabales el hombre rico, el llamado hombre de oro, que era muy pesado, era el *caxlan*, “el hombre rico cuyo peso tendrían que soportar de ahora en adelante” los hombres de maíz.²² Le contesté indignado que yo no había explotado a nadie en mi vida, y menos indios, y con voz de quien comprende a los necios, me explicó que eso no importaba, que los blancos habíamos (*sic*) tratado así a los indios, y ahora ellos nos trataban de igual manera. A las dos de la mañana o la hora que fuera, después de todo lo que había pasado, su explicación provocó que comenzara a arrepentirme de haber ido. “Y tu qué haces aquí, pinche Octavio”, creo que pensé o lo dije. Para colmo, la gente comenzó a aplaudir. Y le pregunté al de atrás a qué le aplaudían. “Es el señor Payán, director de *La Jornada*”. ¡Y qué!, le dije, además llega muy fresco vestido de beige y se baja de un jeep. Claro, yo no sabía que Carlos, Epigmenio Ibarra y otros habían llegado antes para la

²² Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, tomo 1, México, Era, 1993, p. 34.

filmación de *Viaje al centro de la selva. Memorial zapatista, enero-agosto 1994*, producido por Argos, empresa de ambos y en la que trabajaba Javier Elorriaga. Pero en ese momento no me hizo gracia. Me los imaginé viajando en camionetas Suburban y con aire acondicionado, mientras yo y miles más, en microbuses. Según yo, ya empezábamos mal con una Convención, subrayo, *democrática*, para discutir sobre libertad, justicia, democracia y los problemas del país. Siempre he sabido que hay clases sociales, pero en estos casos, de todos modos, se podía haber disimulado un poco, aunque fuera sólo para no hacer que los demás se sintieran chinchas o *caxlanes* que, para el caso daba igual. Tiempo después se lo dije a Carlos Payán, pues era y es un entrañable amigo, y a él le debo la oportunidad que me dio para entrar en *unomásuno* y luego ser fundador de *La Jornada*. Pero en esos momentos de irritación y cansancio, en lugar de aplaudirle le silbé.

Finalmente llegué al término del ofensivo *redil*, para pasar a una pequeña explanada cubierta de hojas de árbol. Tengo la fotografía de las hojas en el piso. Ahí los jóvenes *comisarios del pueblo*, ninguno conocido y todos con voz de “chico o chica de la Ibero”, metieron sus manos en mi mochila, como guardias aduanales, y me hicieron disparar mi cámara contra el suelo para “comprobar que no se trataba de una simulación con una bomba adentro”. No les menté la madre porque ya estaba muy cansado y quería llegar a un refugio donde pudiera acostarme y comer algo. Por eso guardo la fotografía. Es un recuerdo del final de un suplicio que pudo no serlo si los organizadores, quienes hayan sido, no lo hubieran dispuesto como tal. Encontré a mi ex, porque —no lo había dicho— nos habían separado, como en la llegada a los campos de concentración: hombres por un lado y mujeres y niños por otro. ¿No habrá sido todo, idea de un nazi? ¿Un nazi en una convención democrática? Sí puede ser, o más bien, tiene que haber sido. Lo mismo hemos visto en decenas de películas sobre el tema. No estoy exagerando, lo que ocurre es que son cosas que no suelen decirse, pero de esto se trata este libro: de dar mis impresiones, por subjetivas que puedan parecer y por molestas que resulten para algunos. Fue planeado, estoy seguro, pues el regreso fue mucho más rápido... con los mismos microbuses y, supongo, con los mismos choferes. En unas seis o siete horas estábamos en San Cristóbal, luego de una parada acordada, democráticamente, por todos los del microbús y el chofer (pues veníamos de una convención *democrática*), donde nos tomamos una deliciosa cerveza fría con una torta. (Tiempo después, en mis sucesivos viajes, pude comprobar que en un vehículo en buenas condiciones se invierten 4 horas, y hasta menos, en el mismo recorrido.)

El día siguiente, es decir el primer día en *Aguascalientes* fue de sorpresas: muchos amigos y conocidos, y una construcción notable donde iba a ser la reunión. Omito los detalles pues el lugar ha sido muy conocido por fotografías y documentales filmados, pero menciono la fuente de inspiración: la película de Werner Herzog, *Fitzcarraldo*. Se trata de una película del director alemán realizada en 1982 en la que un personaje, Brian Sweeney Fitzgerald/Fitzcarraldo (Klaus Kinski, el padre de Natasja Kinski), amante de la ópera, está obsesionado con llevar a la selva húmeda de la Amazonia peruana a Caruso con todo y orquesta. La parte más importante de la película, que francamente no me gustó, fue el traslado de un barco de vapor de más de 300 toneladas a través de las montañas selváticas. Según los conocedores, esta epopeya fue llevada a cabo sin trucos cinematográficos, con tales sacrificios que después de filmarla todo mundo odió a Herzog. Un dato interesante, que tomo del crítico de cine Josh Ralske, es la contradicción en Herzog, pues al mismo tiempo que tenía un profundo respeto por la cultura de los indios del Amazonas los hizo sufrir lo indecible para la filmación del traslado del barco. Pero era un sueño del director

alemán, y él llegó a decir: “Si abandono este proyecto, yo podría ser un hombre sin sueños, y no quiero jamás vivir así. Yo vivo mi vida o la termino con este proyecto.”²³ Es decir, lo hago o me muero en la raya. No se murió y siguió dirigiendo películas hasta la fecha, pues apenas tiene 62 años.

Aguascalientes quiso ser algo parecido a la nave en la selva, pero en lugar de transportarla la construyeron en 27 días, según se dijo entonces. Cientos de sillas plegadizas de madera, y otras de plástico, y una gradería al fondo formada por bancas de árboles partidos a lo largo por la mitad. Al frente, un escenario para muchas personas y un como púlpito en medio y no a un lado como en las iglesias cristianas. Atrás del escenario, como telón de fondo, unas enormes banderas dispuestas de manera semejante a las de la Cámara de Diputados (en San Lázaro). El techo, que duró poco por una tremenda tormenta que lo arrancó de sus amarres, era increíblemente grande y ciertamente parecía una nave antigua (dijeron que la obra la dirigió el *Comandante Tacho*). A los lados del escenario unas gigantescas bocinas. Todo un espectáculo, surrealista. Atrás del escenario, en los bajos de éste, era donde se hacía *la grilla*. Me fijé que José Álvarez Icaza jugaba el papel de líder, o por lo menos daba órdenes. Nunca supe por qué. Él era director de Cencos (Centro Nacional de Comunicación Social), una asociación civil fundada a principios de los años 60 y que publicaba interesantes folletos sobre movimientos sociales. José (Pepe para los amigos) había sido un católico anticomunista en su juventud (“Cristianismo sí, comunismo no”), luego fue militante del Partido Mexicano de los Trabajadores, el de Heberto Castillo. Era un hombre de izquierda con un pasado de derecha y que terminó, en los momentos de la CND, aliado a la ultraizquierda, lo cual no es común, pues casi siempre ocurre al revés. En un momento dado Pepe tuvo la aparente ocurrencia de decir por el micrófono, un día antes del que estaba planeado para que terminara la Convención, que iba a llover y que todo mundo se alistara porque en pocas horas saldrían los camiones de regreso. Como parecía que él era importante, pues incluso era miembro de la vicepresidencia colectiva de la CND, junto con Luis Javier Garrido y Antonio Hernández, casi todos le hicieron caso y se alistaron para salir, no sin dejar atrás objetos que les podrían ser útiles a los zapatistas, como tiendas de campaña (que luego se quejaron un poco en broma de que no supieron armar o que las piezas quedaron desperdigadas), bolsas de dormir, botas, ropa, cantimploras, etcétera.

Debo mencionar que se acreditaron alrededor de 750 periodistas de todos los medios imaginables, desde compañías transnacionales de televisión y agencias noticiosas de varios países, hasta revistas estudiantiles de escasa circulación. Fue vetado, a pesar de que ya estaba en *Aguascalientes*, el corresponsal de Univisión (EUA), porque —se dijo— había facilitado a Televisa materiales fílmicos que se le habían cedido con la condición de usarlos sólo en Estados Unidos. Que yo me haya enterado, fue el único veto a un medio de información, aunque me parece que también fue “castigada” Televisa.

Otro aspecto que con frecuencia fue soslayado es que habría obispos de la Iglesia católica que, habiendo sido invitados, estuvieron de acuerdo en asistir, aunque no me consta que lo hayan hecho. El arzobispo de Oaxaca, por ejemplo, declaró que el episcopado debería estar representado de manera formal como observador, algo semejante dijo el obispo de Xalapa, pero fue más enfático al decir “Todos debemos estar. No están en juego intereses personales, sino de toda la nación.”²⁴

²³ Josh Ralske, en <http://www.allmovie.com/cg/avg.dll?p=avg&sql=A7569>.

²⁴ *Proceso*, número 926, 1/08/94.

Durante el día del 8 de agosto la mayor parte de los asistentes nos aburrimos, y los que teníamos silla al frente no nos queríamos levantar, por aquello de que “el que se va a la villa pierde su silla”. Y no era lo mismo estar adelante que en gayola. Junto a mi estaba un antiguo director del Instituto Mexicano del Café (organismo público que dejó de existir en 1993, si mal no recuerdo), y que había sido un priísta destacado. Vaya que era plural la CND, pues a dos filas atrás había dos ex guerrilleras que conocía desde los años 70. Los que no se aburrieron fueron los que estaban haciendo *grilla*, es decir los activistas de partidos políticos, de organizaciones políticas que nunca fueron partidos, de organizaciones campesinas y de trabajadores, los que encabezaron algunas de las caravanas más activas, etcétera. Unos eran de la que fue llamada ultraizquierda, otros del PRD (sobre todo ex comunistas), otros trotskistas del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), otros más del Partido del Trabajo. La mayor parte de ellos eran los que ya habían ido a la selva, los que, digamos, estaban dentro, los que conocían a *Marcos*. Tengo casi la seguridad de que ellos decidieron quiénes formarían parte de la presidencia colectiva de la CND, me refiero a los que no serían representantes de las entidades de la Federación, sino a las “personalidades”. Mis amigos del PRT me buscaron y casi en secreto me preguntaron si aceptaría formar parte de esa presidencia colectiva. De golpe no supe si decir sí o no, pues no tenía idea del compromiso que estaría asumiendo ni qué es lo iríamos a presidir. Lo medité por unos minutos y dije sí. Seguí esperando, como todos los presentes ajenos al reparto de cuotas para el máximo organismo de la inauguración de la Convención. Ya en la tarde, casi de noche, desde “el púlpito”, el *Subcomandante Marcos* inició para darle al *Comandante Tacho* la palabra, pero antes dijo algo muy importante que a mucha gente le pasó desapercibido o se le olvidó: sería la presidencia “de esta *primera sesión* de la Convención Nacional Democrática”. Hubo muchos que no lo entendieron o no lo quisieron entender, quizá porque quisieron pensar que era vitalicia.

Tacho leería la propuesta de los miembros de la presidencia, 36 “personalidades” (que insisto en entrecomillar pues nunca me ha gustado el término) y 64 representantes de los 31 estados y el Distrito Federal. Comenzó la lectura de los nombres, y de repente oí el mío. No fui vetado, pensé. A muchos de los mencionados los conocía, otros eran mis amigos y otros más no sabía entonces quiénes eran. Cuando *Tacho* se atoró fue con el nombre de Rodolfo Stavenhagen, entró al quite *Marcos*. Luego siguió hablando *Tacho*. Su discurso fue memorable, muy conmovedor (para mí), en algunas de sus partes. Cuando dijo “Queremos que sepan que nos da mucho gusto tenerlos aquí con nosotros, sabemos que han sufrido mucho para venir hasta acá y como quiera no se ha desanimado su corazón y lograron llegar hasta este lugar que nosotros los zapatistas construimos con mucho cariño para ustedes”; cuando dijo esto, repito, ya no me importó el viaje ni el alambre de púas ni todo lo que inventó (supuestamente por seguridad) la Comisión Nacional Organizadora. (Seguro que muchos de los *comisarios del pueblo* pertenecían a esa Comisión o colaboraron con ella.)

Se nos dijo que pasáramos al *presídium*, ese gran escenario con las banderas detrás, donde había cien sillas. La entrada era por la parte posterior del escenario, con una escalera de por medio donde se arremolinaban los nuevos protagonistas. A mi me dio pena ajena pues veía a gente muy seria tratando de llegar primero, quizá para ocupar las sillas del centro. Aunque soy vanidoso, no lo puedo negar, me pareció que el hecho de formar parte de la presidencia era suficiente, mucho más de lo que yo imaginaba. Subí al último, y al entrar entre las banderas, Carlos Payán me dijo, con ese afecto que lo caracteriza, “qué bueno que viniste”. Me tocó, obviamente, el último lugar a la izquierda (menos mal), junto

a las enormes bocinas que flanqueaban el escenario. Enfrente, más de seis mil personas emocionadas, pues en esos momentos comenzaron a desfilar las bases de apoyo del EZLN mientras *Tacho* decía:

“Estos compañeros son las bases de apoyo de los pueblos en lucha, son estos compañeros, estas compañeras, que ven acá, son y fueron y siguen siendo, el sustento del EZLN, ellos fueron quienes nos alimentaron, desde las montañas, desde las lomas en que se desarrolló el EZLN. Son las bases de apoyo de todos y representan ahora a todos los pueblos en lucha, son igual que ustedes [...]. Esos compañeros, esas compañeras, esos niños, esas niñas, son las que sostuvieron, mantuvieron en la clandestinidad los secretos más profundos de la historia de México y el EZLN...” y así nos presentaron a los civiles que hicieron posible la subsistencia del EZLN y de la Comandancia General. De verdad conmovedor. Había que verlo, pues yo no sé describir este tipo de sensaciones.

Después, el mismo *Tacho* nos hizo un regalo: *Aguascalientes*, un lugar para ustedes, de ustedes, de la Convención Nacional Democrática. Y antes dijo algo que fue la línea prevaleciente en el discurso zapatista de esa solemne ocasión: “Nosotros queremos decirles que aquí estamos levantados en armas, esto es territorio zapatista, que quiere decir territorio rebelde contra el mal gobierno. Pero nosotros no estamos contra el pueblo mexicano, nosotros estamos muy *dispuestos a obedecer* lo que diga el pueblo mexicano. Nosotros hemos recibido mucho apoyo del pueblo mexicano, sobre todo hemos recibido mucha comprensión del pueblo mexicano. Entonces nosotros queremos decirles, les queremos dar las gracias y les queremos dar un regalo de agradecimiento.” (Las cursivas son mías.) Después de *Tacho* volvió a hablar *Marcos*. Un buen discurso, sin duda. Los ánimos estaban encendidos.

Quiero resaltar dos pequeños párrafos del discurso de *Marcos*: uno en el que dijo que esperaba de la CND “*la madurez para no convertir este espacio en un ajuste de cuentas interno, estéril y castrante.*” El otro en el que dijo “No es nuestro tiempo, no es la hora de las armas, *nos hacemos a un lado, pero no nos vamos.*” Al terminar su discurso tomó una bandera doblada y soportada en sus brazos, y se dirigió a la presidencia colectiva. Pablo Gómez medio extendió la mano, como pensando que la recibiría, pero *Marcos* se siguió de largo y se la entregó a Rosario Ibarra. En el documental de Epigmenio (*Viaje al centro...*) no salió esa escena, quizá porque es amigo de Pablo Gómez. El hecho se comentó en los corrillos, pues parece que Pablo no era muy popular entre la tropa, como suele decirse.

La presidencia colectiva quedó como sigue, y discúlpeame por el aburrimiento, pero el lector puede brincar la lista y seguir después su lectura.

Personalidades: Elena Poniatowska, Concepción Villafuerte, Carlos Payán, Antonio García de León, Armando Bartra, Octavio Rodríguez Araujo, Manuel Nava, Jorge Fernández Souza, Francisco Jiménez, Arnoldo Martínez Verdugo, Raúl Álvarez Garín, Ramón García Arias, Alejandro Cornejo, Sergio Zermeño, Enrique González Rojo, Elba García, Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, Oscar Oliva, Pablo Gómez, Guillermo Briseño, Estanislao Tapia Chávez, Félix Serdán Nájera, Luz Rosales, Rodolfo Stavenhagen, Héctor Díaz Polanco, Carlota Botey, Axel Didrickson, David Huerta, Mercedes Olivera, Enrique Semo, Pablo González Casanova.

Aguascalientes: Benjamín Pérez Aragón y Gabriela Ruiz Guillén

Baja California: Raúl Ramírez Baena y Silvia Beltrán Goldsmith

Baja California Sur: Teresa González y Patricia López

Campeche: Marcos Suárez González y José Casanova Domínguez

Chiapas: Antonio Hernández y Manuel Hidalgo
Chihuahua: Juanita Batista y Jesús Jiménez
Coahuila: Carlos García López y Manuel Laborde Cansino
Colima: Efraín Erasmo Cortés y José Ramón Vargas Valle
Distrito Federal: José Fernández García Guzmán y Arturo López Cándido
Durango: Carlos Berumen y Francisco Javier Delapisuato
Guanajuato: Juan Manuel Ramírez Fuentes y Guillermo García Romero
Guerrero: Gaudencio Mejía Morales y Anabel Casarrubias
Hidalgo: Juanita Cazuela Flores y León Mejía Ortiz
Jalisco: Mario Alberto Nájera y Carlos Sepúlveda Luna
México (estado): Manuel Albores Florencio y Artemio González González
Michoacán: Abelardo Torres Cortés y Filemón Acosta Aguirre
Morelos: Armando Soriano Jiménez y Emilio García
Nuevo León: Bernabé Saldívar de la Cruz y Héctor Camero A.
Oaxaca: Leopoldo de Gyves de la Cruz y Evangelino Mendoza González
Puebla: Héctor Bolaños Herrera y Pedro Rodríguez Vega
Querétaro: Pablo González Loyola y Sergio Jerónimo Sánchez Sáenz
Quintana Roo: Sara Puj May y Gervasio May Tuc
San Luis Potosí: Guadalupe González Gómez y Primo Doti
Sinaloa: Mercedes Murillo y Ernesto Pérez
Sonora: Eulalia Saldívar y Fausto León
Tabasco: Audárico Hernández Jerónimo y Gualberto García
Tamaulipas: Salvador Cavazos García y Noé García Marín
Tlaxcala: Luz Rivera y David Contreras
Veracruz: Abelardo Márquez y Monserrat Díaz
Yucatán: Julio Macosai y Gisela Rodríguez
Zacatecas: Juan José Quirino y Juan Antonio Naranjo Cevallos.

Varios de los mencionados, sobre todo de la lista de “personalidades” dejaron de asistir a las siguientes reuniones. Entiendo que así era el acuerdo, es decir, que sólo formarían parte de la primera sesión de la CND²⁵. Hasta ahí su compromiso. Otros más, que asistieron a la primera sesión de la presidencia en la ciudad de México, donde también había varios que no eran de la presidencia colectiva, dejaron de participar pues, por parte de dirigentes urbano-populares y otros, hubo actitudes muy hostiles hacia los intelectuales. Recuerdo que una compañera del estado de México, Mónica Jiménez, me dijo que nosotros estábamos muy lejos de los movimientos sociales, que no teníamos nada que enseñarles y, además, que siempre sacábamos argumentos muy complicados que no podían rebatir. Tuve que pedirles a Rosario Ibarra y a José Álvarez Icaza que ilustraran a la compañera desde cuándo había estado activo en movimientos sociales, ya que ella era muy joven. Fue mi primera victoria contra el anti-intelectualismo, pero habría muchas más discusiones en el mismo sentido, algunas muy rípidas, como se verá después.

Al terminar el acto inaugural de la CND alguien dijo que había que nombrar una presidencia ejecutiva, una vicepresidencia y una secretaria. Muchos de los presentes se bajaron del escenario, otros nos quedamos. Entre estos últimos hubo quienes querían que

²⁵ Nunca me quedó claro si ser presidente de una sesión de la CND significaba que sólo se sería durante el tiempo de la sesión o hasta que comenzara otra sesión, pues hubo dos más.

fuera Álvarez Icaza, otros que fuera Rosario Ibarra. Ahí comenzaron, para mí (pues yo no estuve en las discusiones para nombrar a la presidencia colectiva, como ya dije), las pugnas entre grupos. Me pareció percibir que los llamados *ultras* querían que quedara Pepe, y todos los demás, incluso algunos perredistas, que quedara Rosario. Ganó Rosario, pero luego vino la pelea por la vicepresidencia, que si tres, que si cinco. Tres. Y ahí quedó Pepe, además de Luis Javier Garrido y el chiapaneco Antonio Hernández. Luego la secretaría, con menos discusión, y fueron nombrados Mariclaire Acosta, José Fernando García Guzmán y Pablo González Loyola. A los dos últimos no los conocía. De García no me acuerdo y de Pablo sí, y pienso que era buena persona pero un poco conservador, a diferencia de Sergio Jerónimo Sánchez Sáenz, también de Querétaro, que por su activismo y un enfrentamiento con la policía cuando fue atacado el autobús del presidente Zedillo, terminó en la cárcel junto con José Anselmo Pérez Robles (detenidos en febrero de 1998) con sentencias de diez años o algo así.

Esa misma noche, ya tarde, estábamos todavía en el escenario mientras se leían los “resolutivos” de las mesas de San Cristóbal, cuando de golpe se soltó una tormenta que debió parecerse al diluvio universal. Eran tan fuertes la lluvia y el viento que, de pronto, como un latigazo amplificado, se rasgó el techo y se desprendieron algunos de sus amarres. El techo, de un material semejante al de los costales de plástico para granos, comenzó a sacudirse como las aletas de una manta enfurecida (me refiero al pez llamado manta, muy parecido a la raya pero más grande). Como suelo tener buen volumen de voz, tomé el micrófono para tratar de calmar los ánimos, pues la mayor parte, con toda razón, salió corriendo presa del pánico. No era para menos. Llegó un momento en el que Rosario Ibarra fue arrastrada por una esquina suelta del techo, y la tuve que abrazar para evitar su caída desde el estrado. Después me hacía el chiste de que me quise aprovechar del momento. Luis Javier Garrido perdió sus lentes, sin los cuales, sobre todo de noche, no ve nada más que sombras. Se deshizo la reunión de esa noche. El lodo se adueñó de todos los espacios, varias tiendas de campaña fueron arrastradas por la improvisada corriente de agua, la gente se amontonó en los lugares cerrados, todos corrieron a ponerse en resguardo. Las lluvias de la ciudad, pensé, eran nada comparadas con aquélla. Guíé a Luis Javier a la barraca donde estaban nuestras cosas pues de verdad no veía nada. Mis lentes, aunque llenos de agua y salpicados de lodo, todavía estaban conmigo, puestos y útiles. Esa noche supe que Luis Javier no había llevado camisas extra. Le presté una camiseta, aunque ya no estaba muy limpia. Ya en México me la quiso devolver y, como gesto de amistad, le dije que la guardara de recuerdo de esa noche. Lástima que después me enojé con él a partir de que tuvo el mal gusto de acusarme, sin fundamento, de componendas con el rector de la UNAM durante el movimiento estudiantil de 1999-2000. Acepto que me critiquen mis errores, pero no que me insulten con acusaciones gratuitas. Pero durante la huelga estudiantil Garrido tomó partido con los *ultras* del CGH, de los cuales fue asesor junto con Enrique González Ruiz, Alfredo Velarde e Iván Zavala, que recuerde ahora. Y como ultra analizó mi actuación en el Consejo Universitario del cual yo formaba parte. Error, pero no hay problema, nos ignoramos mutuamente y el mundo sigue dando vueltas como si nada. Pero en la CND estábamos del mismo lado, pese a que los *ultras* de entonces lo trataron de jalar a su grupo en la Convención de Tuxtla Gutiérrez.

El día 9 de agosto, y como ya lo mencioné, Pepe dijo que iba a llover, y comenzó el éxodo, interrumpiéndose, creo, la continuación de las lecturas de los “resolutivos”. Cuando a las 2 de la tarde Marcos dio una conferencia de prensa, quedábamos pocos en *Aguascalientes*, pienso que no más de mil. Por lo que supe después y lo que viví en la

CND, no sería descabellada la hipótesis de que los *ultras*, que en Tuxtla acusarían a *Marcos* de ser reformista y tibio, hayan acordado sabotear la Convención anunciando una lluvia que nunca llegó ese día. Usaron la táctica del miedo: después del huracán selvático de la noche anterior, la gente prefirió no correr el riesgo de una repetición. *Marcos* se molestó mucho, obvio, y eso lo diría meses después, creo que a finales de octubre. Lo que fue más grave, y así lo comenté con algunos compañeros, fue que en ese momento 1) no era claro para todos qué sentido tenía la CND, 2) para qué era la presidencia colectiva, 3) cuál era nuestra responsabilidad, 4) qué seguía a continuación.

Los que acordaron que se dijera al medio día que iba a llover y que se disolviera la convención sabían lo que estaban haciendo, aunque cuando lo dije no faltaron los que me acusaron de paranoico. Si la CND quedaba suelta, como cuando se desfonda una bolsa de papel húmedo, sólo los activistas de tiempo completo, que por supuesto existían, tendrían mayores probabilidades de conducirla. Y vaya que lo intentaron, de ahí que lo primero que quisieran hacer fuera deshacerse de los intelectuales, que en buena medida lograron, y de los “políticos”, es decir de los militantes de partidos políticos, siempre bajo el supuesto de que las “organizaciones sociales” no hacían política, lo cual ha sido un supuesto falso pues las asociaciones campesinas y urbano-populares, por ejemplo, hacen política, tienen dirigentes y éstos, por cierto, a diferencia de un ciudadano común, tienen un sueldo como tales y, por lo mismo, pueden dedicarse de tiempo completo a la actividad política. De eso viven, mientras otros (me incluyo) tienen que trabajar o atender otras actividades, para sólo dedicarse a la política en los ratos libres.

El “no nos vamos, sólo nos hacemos a un lado” tuvo varias interpretaciones, según me pareció entonces. La más conveniente para unos fue aprovechar la circunstancia para montarse sobre el movimiento zapatista y llevar agua a su molino, esto es, especular con el capital político de la rebelión indígena y su éxito logrado hasta ese momento, para engordar sus organizaciones y para usar éstas para sus fines *políticos e ideológicos*. En todo movimiento social de buena fe y sanas intenciones, los activistas de tiempo completo terminan por imponerse, precisamente porque la mayoría no está organizada (ni tiene tiempo completo para entregarse al movimiento) y está actuando de buena fe, que en política, quiere decir actuar con un cierto grado de ingenuidad. La ley de las oligarquías establecida por Michels es posible precisamente porque las bases de una organización terminan por transferir a los dirigentes lo que ellas no pueden hacer cotidianamente en política. Éste es el principio escondido de la teoría de la representación, razón por la cual es criticada pero no sustituida. No todo mundo puede dedicarse a la política, de aquí que se delegue en otros e incluso se les pague por hacerla. Ya me extenderé sobre esto.

La conferencia de prensa que dio *Marcos* fue muy buena, y hubo un detalle gracioso. Cuando un periodista le preguntó a dónde se iría si eran derrotados o si el gobierno aceptaba sus demandas (o algo así), las mujeres, cientos de ellas y como si se hubieran puesto de acuerdo, gritaron: “a mi casa”. La carcajada general. Luego nos fuimos y en Comitán, como ya dije, nos tomamos una cerveza fría con una torta. Para mí, *urbanícola* de tiempo completo, era como el regreso a la civilización, a la que estoy acostumbrado (no se me malinterprete).

En *Aguascalientes* todo mundo quería ver a *Marcos* y tomarse una foto con él. Entre paréntesis, nunca me tomé una foto con el *Subcomandante*, no porque íntimamente no hubiera querido tener un recuerdo, sino porque me parecía ridículo pedir tal cosa, como cuando los turistas se toman fotografías junto una persona famosa, junto a un elefante en el circo o ante la torre Eiffel. Cuando Priscila en una reunión muy posterior, en *petit comité* y

de noche, nos quiso tomar una fotografía, salió totalmente fuera de foco y oscura, pero la iniciativa fue de *Marcos* o de Priscila, no mía. Todo mundo quería ver a *Marcos* —decía—, enviarle un libro, pedirle un autógrafo, lo que fuera.²⁶ Mi ex compañera y yo queríamos darle un sobre misterioso, y cuando el enlace, siempre presente por ahí, le dijo a Rosario que lo acompañara, usamos sus buenos oficios para que, dentro de un libro, le hiciera llegar a *Marcos* el sobre. En una de las pocas cartas que me envió el *Subcomandante*, en la fechada el 15 de septiembre de 1994, me pidió que saludara a mi ex y dijo, al final, antes de su conocida firma: “Recibí también, con la discreción debida, el regalo anexo en el libro. A ambos les aseguro que será usado debidamente en la noble causa que nos anima...”

Me sentí contento, y mucho le agradecí a Rosario que fuera portadora de ese sobre. No era para soltárselo a cualquiera.

2.2. Después de la primera sesión de la CND

El mismo día en que llegamos a la ciudad de México tenía que asistir a una cena en no recuerdo qué hotel de la elegante zona de Polanco. Después de un baño a profundidad y de un merecido descanso me vestí para la ocasión. Mis obligaciones como presidente del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública tenían que continuar. La cena era en honor (que no apoyo, aunque quién sabe) de Fernando Solana, candidato del PRI al Senado de la República. Fui porque Fernando es mi amigo desde los años 60, miembro distinguido (de número) del Colegio que yo presidía, y también por algo muy poco conocido: cuando, siendo estudiantes editamos una revista (muy izquierdista para la época) junto con Manuel Aguilar Mora, Daniel Molina y otros compañeros, hubo un momento en que nadie nos quería imprimir un siguiente número, y Fernando, que entonces era director de la revista *Mañana*, lo hizo, y gratuitamente, a pesar de que él ya era del PRI entonces. Lo interesante para mi relato fue lo que ocurrió en la cena. Había, como es lógico, una mesa principal para el homenajeador, que no era donde yo estaba. Fernando me invitó a que me sentara en esa mesa y lo curioso fue que toda la conversación giró en torno a la Convención Nacional Democrática y al levantamiento zapatista. Hubo mucho interés entre los participantes, muchas preguntas y, lo más sorprendente, simpatías expresas por el EZLN, y *Marcos*, debo añadir. Lo menciono porque ese era el ambiente en algunos medios políticos oficiales, pero no en todos.

Al día siguiente asistí a una comida igualmente peculiar. En aquellos momentos era también consejero de la revista *Este País*, dirigida por Federico Reyes Heróles. Federico acostumbraba a hacer una comida después de cada sesión del Consejo de Administración, y por lo general se buscaba que a la comida asistiera algún personaje interesante: a veces era el rector de la UNAM, otras un empresario, otras un político, etcétera. Esa vez fue Miguel de la Madrid Hurtado, ex presidente de la República y, en esos momentos, director del Fondo de Cultura Económica. Más por curiosidad que otra cosa, pues siempre fui un feroz crítico de su gobierno, asistí. El ambiente fue diferente al de la cena del día anterior, aunque el tema fue el mismo: el zapatismo y la CND. La diferencia fue que la discusión se puso

²⁶ Tiempo después, en 1995, regresábamos en avión de Tuxtla Gutiérrez. En el vuelo venía Jaime Martínez Veloz, diputado del PRI, miembro del Grupo Exhorto, con nexos estrechos con Zedillo, y miembro de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa). Jaime estaba feliz porque *Marcos* le había autografiado “para su hija” una fotografía tamaño carta en blanco y negro. La foto nos la enseñó a todos en el avión. Así las paradojas y el interés por *Marcos* que yo hubiera tenido más por la *pretty woman*, digo.

tensa, pues el ex presidente tenía una posición *dura* en relación con el EZLN. Tuvo interés y muchas preguntas sobre el zapatismo, pero su posición fue que debió aplicarse la ley ya que se trataba de una declaración de guerra por parte de un grupo subversivo. No todos los presentes, debo decirlo, y mucho menos yo, estuvimos de acuerdo con De la Madrid. Me dio gusto saber que el director de una editorial no tenía poder de decisión sobre cuestiones tan delicadas como la relación del gobierno con el zapatismo. Entendí mejor que nunca la ventaja del sistema político vigente en aquellos tiempos y de la regla no escrita de que los ex presidentes, por el hecho de ser *ex* no intervienen más en política. No es casual que en otra comida del mismo Consejo de Administración con el ex presidente nadie conversara con él, después de las primeras fórmulas de cortesía. Siempre me pareció un hombre limitado y gris, como fue su gobierno, aunque éste fue más bien un desastre.

Dos reuniones con personajes del mundo oficial, dos posiciones muy contrastadas. Obviamente se trataba de diferentes índices de coeficiente intelectual, pero también de diferencias en el PRI. Este partido no es tan monolítico como mucha gente pensaba (ahora ya nadie lo piensa, debo acotar).

Antes de continuar con mi relato, quiero mencionar algo que podría omitirse, por su escaso significado, pero que debo mencionar para dar una mejor idea del ambiente en esos momentos. Poco después del NO del EZLN, renunció Camacho como Comisionado para la Paz y la Reconciliación, y fue sustituido por Jorge Madrazo Cuéllar, otro académico del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM y que en esos momentos era presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos.²⁷ Dije escaso significado pues Jorge, pese a sus buenas intenciones (envió 12 comunicados a *Marcos*, y obtuvo muy pocas respuestas), nunca pudo reunirse con los zapatistas y él y sus colaboradores deambularon en SCLC por un buen tiempo. Las posibilidades de diálogo eran cada vez menores. Alguna vez, estando yo hospedado en el Hotel Casa Vieja de la antigua capital de Chiapas, me encontré con Felipe Bracho, un sabio en computación y uno de los colaboradores del nuevo Comisionado. Me preguntó si por casualidad conocía algún “puente” para entrevistarse con el EZLN. Me dio pena, pues para entonces ya llevaban varios meses esperando una señal, y nada. Sólo aburrimiento. Le dije que yo no tenía los nexos ni la influencia suficientes. Siguieron esperando hasta finales de diciembre en que Jorge Madrazo se reintegró a la CNDH. El no diálogo debía significar algo, pero en esos momentos no lo entendí.

Por estar en México poco me enteré de lo que siguió ocurriendo en Chiapas. Sin embargo, supe que José Álvarez Icaza había dado una conferencia de prensa en SCLC el 11 de agosto. En esa conferencia se dieron a conocer los “resolutivos” de la CND, que fueron los que se recabaron de las cinco mesas de trabajo en San Cristóbal y leídos en la plenaria de *Aguascalientes*, interrumpida por la tormenta que desmanteló *la nave* (por alusión al barco de Fitzcarraldo que ya se usaba como analogía, aunque muy pocos habían visto la película).

Por iniciativa del mismo Álvarez Icaza, al que debe reconocérsele que tenía muchas iniciativas, se invitó a los miembros de la presidencia colectiva, *con la presencia de algunos miembros de las comisiones que habían participado en la organización de la CND y al frente de las mesas de trabajo en SCLC*. Algunos de estos miembros fueron muy importantes para la consolidación del grupo que después conoceríamos como *ultra*. Ahí destacó una compañera que hacía lo que se supone deberían de haber hecho los miembros

²⁷ Jorge Madrazo, siendo presidente de la CNDH, fue comisionado, con licencia por cinco meses (a partir del 28 de junio), para desempeñar la función de Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas.

de la recién nombrada Secretaría de la CND: tomar notas y elaborar las minutas de las reuniones. Esa compañera fue Violeta Vázquez Osorno, muy apoyada, según algunas evidencias, por el eficiente Pepe Álvarez Icaza (ambos, según me dijo alguien, habían participado en el Partido Mexicano de los Trabajadores, y ella había sido la que promovió la expulsión de Demetrio Vallejo por “acoso sexual”, acusación poco creíble para un hombre nacido en 1910). Pepe contaba con un punto a su favor. Como ya lo mencioné, era el director de Cencos, en la calle de Medellín, Colonia Roma. Aunque muy deteriorado, con humedades muy grandes y butacas en no muy buenas condiciones, el local de Cencos contaba con un pequeño auditorio, con sala de juntas y con algunos escritorios con máquinas de escribir y teléfonos. No fue difícil, por lo tanto, que las reuniones de la CND se hicieran en Cencos. Los demás no contábamos con un local semejante, ni mejor ni peor. Eficiencia y local, era más de lo que se podía pedir. Eso estaba muy bien, pero también permitía que las *grillas* se hicieran con más facilidad en el “campo” de Pepe. Vale decir que en esos momentos todo estaba muy bien, hasta diría que había armonía (en lo que cabe para un conglomerado de personas muy politizadas).

Las reuniones eran, por lo general, largas y tediosas por momentos. Muchos de los compañeros y compañeras estaban convencidos de que tenían que demostrar que habían asimilado muy bien el discurso zapatista, que entendían mejor que otros las consignas apropiadas para el momento. Pero no sentí que hubiera avances de organización, es decir que se discutieran estrategias para avanzar y hacer crecer la CND. Estaba bien elaborar documentos políticos, dar conferencias de prensa (para difundirlos), pero no era suficiente. Pensé, y así lo dije en alguna ocasión, que discutíamos mucho, que al final sólo quedábamos unos cuantos en las reuniones y que esto, en lugar de sumar, restaba. Hubo gritos en mi contra. No insistí, pero descubrí que no estaba solo. Otros pensaban lo mismo, y también que la idea de la CND no era repetir como loros los documentos del EZLN, ni discutir interpretaciones a veces dogmáticas, sino realizar un trabajo de organización por todo el país, que finalmente no se hizo, no a la altura de las expectativas de quienes convocaron a la sociedad para que no fuera la voz de las armas la que hablara.

Dos días antes de las elecciones federales de 1994 se llevó a cabo la primera reunión de la presidencia colectiva de la CND. Fue muy concurrida, asistió gente de casi todos los estados, y nos declaramos en sesión permanente para discutir varios puntos y evaluar los resultados electorales. Ahí comenzaron las discrepancias: unos querían que en un documento político de la presidencia se destacaran ciertos aspectos y otros querían otra cosa. Se hizo un borrador y se le pidió, si no recuerdo mal, a Luis Javier Garrido que lo redactara para que se publicara en *La Jornada*. A unos les pareció que lo acordado en la reunión no correspondía con lo publicado y a otros no les importó. Nuevas discusiones. Entendí al pavo real de Agustín Lara, que se aburría en la tarde. Era el hastío. Sin embargo había que seguir.

Las diferencias comenzaron a polarizarse, y en el pequeño pero útil auditorio de Cencos pasó más o menos lo mismo que en la Convención montañesa, donde todos eran de izquierda, sí, pero unos seguidores de Danton, otros de Robespierre y otros más de Hébert. Adelante a la izquierda (si se ve desde la presidencia de debates) se sentaban Efrén Capíz, Carlota Botey (a veces también se sentaba en la derecha, para terminar del otro lado), Carlos Ramos, Benito Mirón, José Jiménez, Carlos Berumen, Violeta Vázquez, Mónica Jiménez, José Santos y otros. En la parte media Emilio García, Genaro Domínguez, Félix Serdán, Diego García y otros. En la derecha Edgard Sánchez, José Martínez, María de la Paz Quintanilla, Juan Aguado, Sergio Rodríguez, Nuria Fernández, Luis Javier Garrido,

Paz Carmona, Luz Rivera, Priscila Pacheco, Guillermo Briseño y otros más. Puedo equivocarme, pero ésta era más o menos la distribución y las personas, entre muchos otros cuyos nombres no recuerdo bien o largo sería citar. Yo estaba, obviamente, en este último grupo, aunque al principio tenía buena relación con los demás y en ocasiones pude mediar entre las distintas posiciones. A los *ultras* yo los llamé *ultras/sectarios*, pues para muchos yo era ultra, pero, independientemente de si era o no ultra, no era ni he sido sectario. De hecho, varios del ala izquierda (en el auditorio, aclaro) me invitaban a sentarme con ellos en las comidas donde conversábamos con camaradería. Fue así como me enteré, en la primera reunión del Consejo Nacional de Representantes (otro invento dentro de la CND), llevada a cabo en Durango a finales de noviembre (1994), que sólo les faltaba Nuria Fernández para deshacerse de los militantes del PRD (*sic*). Y ciertamente la hicieron ver su suerte, y hasta fue agredida verbalmente, para que dejara de asistir. Nuria se sintió muy incómoda y comenzó a faltar a las reuniones. Más adelante me referiré con mayor extensión al Consejo Nacional de Representantes, que fue un gol en nuestra cancha por parte de los *ultras/sectarios*.

Uno de los personajes que fue destacando por su teatralidad y “radicalismo” fue el “abogado” Carlos Berumen, según él, delegado de Durango (aunque vivía en el DF), y que era tan brillante que afirmaba categóricamente que la Procuraduría General de la República dependía del Poder Judicial (*sic*). Por quién sabe qué razón hacía mancuerna política con Violeta Vázquez, y ambos distaban mucho de provocar confianza política entre los “convencionistas”. Mucho tiempo después, en marzo de 1995, Violeta y Carlos se presentaron ante el gobernador interino de Chiapas, Julio César Ruiz Ferro, como representantes de la CND, negando en los hechos el reconocimiento de ésta al gobernador de transición en rebeldía Amado Avendaño. Ruiz Ferro, quien fuera impuesto en febrero de 1995 en sustitución de Eduardo Robledo Rincón, tenía fuertes nexos, como se demostró luego, con los grupos paramilitares en la región, como fue el caso del grupo “Desarrollo, Paz y Justicia” fundado por el diputado del PRI Samuel Sánchez. La entrevista de Violeta Vázquez y Carlos Berumen con el gobernador fue ampliamente difundida por la prensa local. Es claro, así, que las sospechas sobre ambos personajes no eran gratuitas.²⁸ En aquella ocasión, dicho sea de paso, Álvarez Icaza se ofreció como mediador cuando no había nada que mediar: las diferencias políticas (evidentes) y la usurpación de una representación que no existía (y menos para reconocer al gobernador de Chiapas a nombre de la CND), no requerían de mediación alguna.

Quiero insistir, para no dar una mala impresión de muchos compañeros, que con la mayor parte de los que llegaron a autodenominarse *ultras* había posibilidades de diálogo, entendimiento y hasta negociación. Por lo menos así me lo parecía hasta la Segunda Sesión de la Convención Nacional Democrática, en Tuxtla Gutiérrez, los días 4, 5 y 6 de noviembre de 1994 (para decepcionarme completamente en la Convención de Querétaro en febrero de 1995).

Hubo, desde luego, muchas más reuniones del Consejo Nacional de Representantes, pero no es mi intención escribir (o rescribir) la historia de la CND, aunque si no existe quizá valdría la pena hacerlo. Yo sólo tengo algunas notas que tomaba de vez en cuando y una buena cantidad de documentos y periódicos que, la verdad, me da pereza leerlos pues

²⁸ Carlos Berumen, tiempo después, el 16 de agosto, declaró al periódico *Victoria de Durango* que la CND no participaría en la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia. Y él se ostentaba como representante, razón por la cual Tatiana Coll y César Navarro tuvieron que hacer el trabajo que Berumen no hizo.

son muy repetitivos. Una reunión que no quiero dejar de mencionar fue la de Morelos, en Cuernavaca (en el local de Sindicato Mexicano de Electricistas). En esa reunión me ocurrió algo que me hizo pensar sobre el contenido de mis artículos periodísticos. Varios de los delegados estatales, sobre todo del norte, y del mismo Morelos, me dijeron que ellos no tenían divisiones internas, que todos estaban muy unidos y que mis artículos, que leían en *La Jornada*, alentaban la división de la Convención en sus estados, aunque obviamente no fuera ese mi propósito. Les prometí que sería más cuidadoso en ese tema. Otra cosa curiosa fue que un día me habló Diana Damián para informarme que un compañero del CEOIC, es decir zapatista, de la zona norte de Chiapas, iría a mi casa para que de ahí lo llevara a la reunión en Cuernavaca. ¿Y cómo va a llegar?, le pregunté. En avión, y en el aeropuerto tomará un taxi. ¿A qué hora, más o menos? A las 11 de la mañana. Bien. Eran las 2 de la tarde y el compañero no llegaba. Sonó el teléfono y me habló un taxista que me dijo que tenían más de dos horas dando vueltas en San Jerónimo, que traía a un pasajero que no hablaba español (el compañero era chol) y que en un papel sólo decía San Jerónimo y un número, pero que luego de recorrer toda la avenida San Jerónimo no encontraban el número (San Jerónimo es una colonia del DF, pero también es una calle). A Diana se le pasó escribir el nombre de la calle en la que yo vivía y puso sólo el número y la colonia. Llegaron y nos fuimos a Cuernavaca en mi automóvil. Me acordé de muchas cosas, entre otras de que los zapatistas nos presumían que nosotros, los urbanos, no podríamos orientarnos en la selva, y esa vez me pregunté si ellos podrían orientarse en la ciudad de México. Pero también pensé que yo nunca me aventuraría en la selva solo y sin guía, mientras que un compañero chol, que vivía en la selva, que no conocía siquiera Palenque y que nunca había visto una casa de más de dos pisos, se había venido en avión por primera vez en su vida, había tomado un taxi, también por primera vez en su vida, y llegó a su destino con trescientos pesos que le juntaron en su pueblo. Mis respetos. Pensé también que con gente así los zapatistas nunca serían derrotados. Ratifiqué que valía la pena apoyarlos y, por lo mismo, me enojaban mucho los intentos divisionistas de los *ultras/sectarios* y el lamentable papel que jugaron algunos de ellos, como Carlos Berumen y Violeta Vázquez, y otros que en el camino terminaron en otro lado.

Regreso al momento de mi narración, es decir antes de la Sesión de la CND en Tuxtla. Para mediados de septiembre los enterados informaban que el cerco del Ejército Nacional sobre el EZLN era mayor y que los finqueros, después del triunfo del PRI, incluso en Chiapas, habían devenido más agresivos que antes de las elecciones. El EZLN había decretado “alerta roja”, y denunció que más de 50 mil efectivos del Ejército Federal estaban en Chiapas ocupando, incluso, las cabeceras municipales de Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas. De ahí, o por esas fechas, surgió la consigna: “Entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Ejército Federal, ESTAMOS NOSOTROS” (así con mayúsculas). Es decir la sociedad civil como se usaba decir de manera generalizada. (En mis tiempos bastaba decir sociedad, pero la moda en el lenguaje también cambia, como en tantas cosas.) Otro aspecto que quisiera destacar era el esfuerzo de muchos compañeros para asistir a las reuniones de la presidencia de la CND y de la CND misma. Personas de buena fe, que no tenían atrás de ellas organizaciones con cierto poder económico, asistían desde lejanos puntos del país, a veces en viajes de más de 15 horas en autobús. El entusiasmo y el compromiso adquirido pueden mover muchas cosas, qué duda cabe. Existía la convicción auténtica, entre mucha gente, de que el gobierno debía entender que los zapatistas no estaban solos, que amplios sectores sociales estaban dispuestos a luchar por la paz con dignidad y por la solución a las demandas del EZLN. Todo esto al margen de las fisuras

que ya se percibían en el interior de la CND, fisuras que eran de verdad lamentables, pues las circunstancias eran suficientemente graves como para estar peleando por hegemonías y protagonismos inútiles para la causa. Mi impresión general era, aunque ya dije algo antes, que las organizaciones, unas más y otras menos, quisieron aprovechar el movimiento social generado por el EZLN para provecho propio. Esto ha ocurrido en todas las revoluciones, desde la francesa hasta la más reciente, la nicaragüense, pero no tendría que ser una fatalidad. Y aunque el EZLN no había iniciado formalmente una revolución, según sus propias palabras, el fenómeno se repetía: montañeses y girondinos, y luego facciones entre los primeros; mencheviques y bolcheviques, y luego facciones entre éstos; zapatistas y carrancistas, y luego facciones entre los que derrotaron a Zapata; y así sucesivamente. Por eso, a diferencia de lo que decía el historiador François Furet, las revoluciones nunca son *un bloque*, son varias revoluciones en una, y entre los revolucionarios termina por confundirse al enemigo con los adversarios internos, desviándose la lucha de su objetivo principal. Quizá no se entendió que la idea del EZLN con la CND era que ésta encabezara “el vacío de una izquierda en México”²⁹ y no que repitiera los vicios y las viejas experiencias de las izquierdas que se acostumbraron, sin darse cuenta del peligro para ellas mismas y como si fuera algo que tenía que ocurrir, a comerse entre sí. Es probable que nunca se haya entendido una extraña ley de la *física política* (si se me permite la *innovación*): que los vacíos que deja la izquierda son ocupados por la derecha, pero nunca ocurre al revés, pues la izquierda persiste en dejar vacíos, en desmembrarse en lugar de sumar y reconstruirse.

Lo anterior no es irrelevante, de ninguna manera. Mientras el EZLN enfrentaba nuevas ofensivas gubernamentales y un mayor cerco militar en su zona de influencia, en la CND los *ultras/sectarios* insistían en querer imponer sus posiciones, aun a riesgo de una seria división. En pocas palabras, la CND le estaba fallando al EZLN, lo cual no es poca cosa pues era un problema estratégico, parte de un plan acordado —explícitamente con un segmento importante de la sociedad— que estaba en peligro de abortar en tiempos muy difíciles en los que el EZLN debía luchar contra el aislamiento.

La política de Salinas de Gortari en esos momentos era doble: por un lado hacía como que tendía una mano amistosa para restablecer el diálogo, y por otro lado promovía tácticas de contrainsurgencia mediante movimientos militares, con la clara intención de intimidar a la población de Los Altos y La Selva para aislar, en su lógica, al EZLN. Al mismo tiempo, y desde el otro flanco del conflicto, los pueblos zapatistas expresaban su inconformidad creciente con los resultados electorales. Por primera vez en su historia habían decidido participar en elecciones con un candidato propio, registrado por el PRD, y su voluntad en las urnas había sido burlada. Esta inconformidad presionaba también al EZLN, por lo menos en un sentido: planteaste la posibilidad de que tuviéramos un gobierno de transición para que se formara un nuevo constituyente y de ahí una nueva constitución, y nuestros votos han sido escamoteados, convertidos en votos para Robledo. Algo salió mal, parecía insinuarse. Y, para colmo, Amado Avendaño, el candidato de los pueblos zapatistas, se había ido a Europa, como si nada estuviera ocurriendo. El *comandante Tacho*, según me dijeron los enterados, no salía de su estupor: Amado desaparecía del terreno político cuando el EZLN estaba dispuesto a reconocerlo como gobernador electo y cuando la sociedad civil lo reclamaba para defender su pretendido triunfo electoral. Inexplicable,

²⁹ EZLN, “La larga travesía del dolor a la esperanza”, en *EZLN. Documentos y comunicados* (15 de agosto de 1994/29 de septiembre de 1995), Ediciones Era, 1995, p. 68.

pero Amado, un hombre sin duda de buenas intenciones, parecía carecer de sensibilidad política. (Personalmente creo que no la tenía en absoluto.) La Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco, amplia y representativa, estaba también confundida.

Los equilibrios en Chiapas estaban a punto de perderse. Algo debía hacerse, y rápido. Me imagino que Samuel Ruiz, uno de los hombres más enterados de lo que ocurría en la zona zapatista (su diócesis) y en Chiapas, llegó a la conclusión de que había que fortalecer las posibilidades de diálogo entre el gobierno y los rebeldes. Si había diálogo la paz tendría mayores garantías. Y supongo que fue por eso que tomaría la iniciativa de formar la Comisión Nacional de Intermediación (Conai), una nueva instancia con miembros representativos de la sociedad y ajenos a los partidos para coadyuvar a la reanudación del diálogo entre el gobierno y el EZLN. Así surgiría la Conai, en la que participaron, los primeros meses, Concepción Calvillo viuda de Nava, Juana María de García Robles, Juan Bañuelos, Oscar Oliva, Pablo González Casanova, Alberto Székely, Raymundo Sánchez Barraza y Eraclio Zepeda Ramos.

(Eraclio renunció para incorporarse al gobierno del priísta Robledo Rincón en Chiapas. Este cambio de Eraclio, quien había manifestado ciertas simpatías por el EZLN — pero sobre todo por el levantamiento indígena—, no fue comprensible. Todavía como miembro de la Conai me hablaba por teléfono para pedir mis opiniones políticas sobre escritos que pensaba presentar, pues teníamos una buena relación de muchos años. Székely tampoco duró mucho tiempo.)³⁰

La Conai, por su fuerza moral indiscutible, jugaría un papel muy importante de distensión, más que necesaria en esos momentos en los que, además, se daría el cambio de gobierno, tanto en el país como en Chiapas. Su tarea no fue fácil, y menos con Zedillo en la presidencia, pues el nuevo gobernante se negaba a reconocerla como instancia mediadora. El obispo, sin embargo, estuvo dispuesto al sacrificio personal cuando, como resultado de los malos manejos de Salinas, se hizo evidente la bancarrota de la economía pública el 19 de diciembre de 1994, al mismo tiempo que se burlaba el cerco militar en Chiapas con la aparición, a espaldas de las fuerzas armadas, de miles de zapatistas que, con el rostro cubierto, parecían decir “aquí estamos, ahora rodeando al Ejército que cree rodearnos”. La aparición de las fuerzas zapatistas se dio en 38 municipios, con lo que se le demostró al gobierno que el conflicto no se circunscribía a 4 municipios, como quería hacer creer.

El obispo inició ese día un ayuno por la paz, secundado por diversos grupos en 23 entidades del país, y cinco días después, el 24 de diciembre, el gobierno se vio obligado a aceptar a la Conai como instancia mediadora. ¿Los tres hechos ocurridos al mismo tiempo (el 19 de diciembre) fueron meras coincidencias? No lo sé. Lo que sí sé es que el descalabro económico, que se tradujo en una abrupta devaluación del peso, no fue planeado, en tanto que la ruptura del cerco militar por los zapatistas sí fue planeado y preparado con anticipación. Quizá sí fueron coincidencias.

(El 7 de junio de 1998 la Conai se disolvió, entre otras razones, porque llegó a la conclusión de que la voluntad del gobierno federal para continuar el diálogo con el EZLN no era sincera, sino todo lo contrario. Es mucho lo que se le debe a la Conai, y bien valdría la pena conocer su breve pero significativa historia.)

³⁰ Como Secretario General de Gobierno, Eraclio Zepeda fue responsable del fortalecimiento de los grupos paramilitares en Chiapas, tales como Los Chinchulines y Desarrollo, Paz y Justicia, y de finqueros. También fue responsable de las acciones de la Policía de Seguridad Pública y, por lo mismo, de desalojos violentos de campesinos en muchas poblaciones, desalojos que significaron también asesinatos de indios y campesinos.

Retomo el punto de la inconformidad electoral en Chiapas, en la llamada zona de conflicto, pues a mi juicio fue un momento particularmente importante y revelador de lo que estaba ocurriendo (y ocurriría después).

2.3. El Tribunal Electoral del Pueblo de Chiapas

La Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco (AEDPCh) no se cruzó de brazos. Propició una investigación de las elecciones del 21 de agosto y, para el efecto fue ideado un proceso realmente interesante y original. Habría, en primer lugar, una Procuraduría Electoral del Pueblo Chiapaneco (PEPCh), luego un Tribunal Electoral del Pueblo Chiapaneco (TEPCh) y finalmente un Jurado Popular que analizaría la información y declararía culpables o inocentes a los acusados, es decir a los que presuntamente habían alterado la voluntad popular trucando los resultados del voto.

Quiero hacer un paréntesis sobre las elecciones en la zona controlada por el EZLN, pues se trató de un proceso inédito en la entidad y posiblemente en el país. Debe aclararse que en las zonas predominantemente indígenas de Chiapas por lo general no había elecciones, ni formales ni por usos y costumbres de los pueblos. Allá el PRI obtenía siempre cerca del 100 por ciento de los votos (y a veces más) y los ciudadanos no votaban. Cuando se hizo la elección que voy a describir sucintamente, la mayoría de la gente no había visto jamás una boleta electoral, las mujeres nunca había votado y, por supuesto, no existía un padrón ciudadano confiable. La primera condición para que hubiera elecciones era que el EZLN no interviniera, ni a favor ni en contra del proceso, lo cual fue cumplido cabalmente. La segunda era que el Instituto Federal Electoral y la Comisión Estatal Electoral dieran todo su apoyo para la preparación y realización del proceso. La tercera condición fue que la llamada sociedad civil se hiciera cargo del mismo, que los partidos pudieran entrar a la zona de conflicto para hacer su propaganda y para participar en la vigilancia de los comicios, y que hubiera observadores electorales, tanto nacionales como extranjeros. Estas condiciones fueron también aceptadas tanto por el EZLN como por el Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas.

Todas las condiciones se cumplieron. El IFE autorizó la creación de una Oficina municipal con sede en Guadalupe Tepeyac, municipio Las Margaritas y una Subcomisión estatal electoral. La coordinadora de la Oficina municipal fue la actriz Ofelia Medina, y el coordinador de la Subcomisión fue el poeta Juan Bañuelos. El papel que hicieron ambos, junto con sus colaboradores, fue notable, pero también difícil, pues el personal era insuficiente y había lugares donde el acceso sólo era posible por avioneta. Se convocó a voluntarios de todo el país, y llegaron desde Baja California y otros estados lejanos para participar en el proceso. Alianza Cívica y otras ONG también coadyuvaron al éxito de ese experimento. Hubo también traductores tzeltales que hicieron posible la capacitación de los funcionarios de casilla y los necesarios intercambios entre las autoridades electorales (todas de la sociedad) y los electores. Obviamente se buscaron adecuaciones a la Ley electoral, pues el ejercicio que se estaba realizando no tenía antecedentes. Pero estas adecuaciones fueron absolutamente apegadas a derecho. La participación fue muy alta y la gente estaba muy animada. Se pronosticaba un triunfo total de Amado Avendaño. Pero no sucedió así. Algo había fallado, y había que investigarlo.

Fue por esto que se formó la Procuraduría Electoral ya mencionada, al frente de la cual estaba Ofelia Medina³¹. Yo la conocía, desde luego, pero nunca había trabajado con ella y, debo confesar, no sabía de la enorme energía y entusiasmo en su trabajo. No descansaba nunca, estaba muy delgada y ojerosa. Creo que nos hicimos amigos, una mujer extraordinaria, aunque a veces un poco extravagante, *pour épater la bourgeoisie*.

Fui invitado a formar parte del Tribunal Electoral, como Magistrado. Tanto la Procuraduría como el Tribunal fueron por mandato de la Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco. Cuando llegamos a SCLC ya había una gran cantidad de trabajo adelantado. Algo que me llamó poderosamente la atención fue la justificación legal, con referencia a artículos específicos de diversos códigos pertinentes y de la misma Constitución mexicana, tanto de la Procuraduría y el Tribunal como del Jurado Popular que habrían de conformarse. Buenos juristas debieron trabajar en ello. No había improvisación. Pienso que quien fundamentó legalmente estas instancias fue Enrique Flota, abogado que conocí en esas circunstancias y que era otra máquina de trabajo. Si dormía lo disimulaba muy bien, pues en la mañana del día siguiente ya tenía resueltas nuestras dudas legales, escritas y fotocopiadas. En la actualidad, según entiendo, es asesor de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, cuyo titular es Bernardo Bátiz (bien para Bernardo).

El Tribunal Electoral lo formamos Mariclaire Acosta, Gustavo Esteva, Carlos Martínez Assad, Luis Nava Calvillo, Paulina Fernández, María Elena Torres, Diana Damián, Gloria Aidé Rojas Avendaño y quien esto escribe. Contábamos también con Clara Jusidman Bialostozky que estaba pero formalmente no quiso estar, supongo que por su trabajo. Elegimos a Gustavo presidente del Tribunal, y en honor a la verdad lo hizo muy bien, con toda la solemnidad que se requería.

Yo llegué primero que los demás pues quería hacer algunas entrevistas para pulsar el ambiente en Chiapas en relación con la CND y los conflictos internos de ésta y de la Asamblea Estatal. Me fui con mis ayudantes, para las cuales conseguí los boletos de avión con algunos amigos, y nos hospedamos en el Hotel Casa Vieja. Este dato parece irrelevante, pero no lo es, no para mí. Este hotel, cuyo dueño es Javier Espinosa Poo, fue muy importante por muchas razones. En primer lugar, era el centro de todos los chismes políticos relacionados con el zapatismo, los gobiernos federal y estatal, la Diócesis, los militares y los diversos protagonistas de la llamada sociedad civil. Ahí se hospedaban todos los periodistas, de *La Jornada*, de *Excélsior*, de *Proceso*, etcétera, y de la televisión, principalmente de Televisa, Televisión Azteca y Multivisión. El ingeniero Espinosa, según yo, tenía simpatías por la rebelión, aunque no lo decía en voz alta. Me daba descuento en el hospedaje, me conseguía habitación aunque su hotel estuviera lleno y, lo más importante, me dio llave del restaurante para que, cuando llegara muy noche, pudiera comer algo que yo mismo preparaba y hasta tomar una copa de vino. Al día siguiente yo le decía lo que había consumido y al final de mi estancia pagaba el total, con un considerable descuento que, por cierto, nunca pedí. Rosario Ibarra, Sergio Rodríguez, Priscila Pacheco y otros compañeros se hospedaban a la vuelta, en el Hotel Don Quijote, y cuando llegábamos de madrugada, que era común, se quedaban con hambre, pues todo estaba cerrado a esa hora, como ocurre en las ciudades pequeñas. Siempre les estaré agradecido al ingeniero Espinosa y a su familia, pues me sentía como en casa a la vez que usaba el comedor como oficina

³¹ Los otros miembros de la Procuraduría fueron Carlos Jurado (subprocurador), Guillermo Samperio, Amalia Zavala y Maricela Salazar. Ofelia tenía, además, un grupo de colaboradoras muy eficientes y animosas.

para las muchas entrevistas que tuve durante el largo periodo en que iba frecuentemente a Chiapas.

Mis ayudantes, entre las cuales destacó Julieta Marcone, ahora profesora en la Universidad de la Ciudad de México, me acompañaban a mis entrevistas y tomaban nota de todo. Gracias a esas notas es que he podido reconstruir partes importantes de estos testimonios, por lo menos entre octubre de 1994 y marzo de 1995.

En la primera junta del Tribunal, en las oficinas de Ofelia Medina (La Casa de las Imágenes), conocí a Concepción (Conchita) Villafuerte, directora del periódico *Tiempo* de SCLC y esposa de Avendaño. También conocí ahí a Diana Damián, chiapaneca del sur, creo que de Motozintla, pero que vivía en San Cristóbal, y a Aidé Rojas, también chiapaneca pero de Las Margaritas donde vivía. Conchita me pareció una mujer de trato difícil y muy poco amable. Creo que nunca nos caímos bien. Aidé vestía casi como una monja: recatada y discreta, era una mujer tímida, pero firme en sus convicciones, además de amable. Diana me pareció agresiva y desconfiada en su forma de ser. Al principio me trató como si yo fuera un enemigo de los zapatistas o un miserable *caxlan* (aunque ella no se veía precisamente como india, y menos por el color de su piel). Sin embargo, como yo sabía que era ideológicamente cercana al PRT, y los dirigentes de ese partido eran en su mayor parte amigos míos, conversando la convencí de que no era lo que quizá pensaba y, cosa curiosa, nos volvimos muy amigos con el tiempo. De hecho descubrí que, a pesar de ser del grupo cercano a Avendaño en la Asamblea Estatal, no coincidía con las posiciones de Conchita, quien junto con Mercedes Olivera (en la CND) y Hugo Trujillo (de la ONG “Chiltak”), sostuvieron posiciones extremistas e irreales. Conchita llegó a sugerir la pertinencia de dar “*un golpe de Estado civil*”, cualquier cosa que esto significara para ella, e incluso habló de una *necesaria revolución*. La expresión “golpe de Estado”, aunque fuera civil, si es que son posibles los golpes de Estado civiles, me parecía un exceso y fuera de toda proporción. Y la idea de convertir una rebelión en una revolución, en las condiciones en que estaba Chiapas en ese momento, me pareció más que un exceso, una gran irresponsabilidad. Era obvio que no podíamos simpatizar, y nunca lo intentamos.

Yo estaba preocupado no sólo por lo que mi oposición a cualquier tipo de golpe de Estado pudiera significar para el Tribunal, sino sobre todo para la CND, pues Conchita, junto con Patricia Fuente, María Guadalupe, Hugo Trujillo³², Juan González y Jesús Sánchez, se presentaron como dirigentes y voceros de la Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco, y esta Asamblea era algo así como el máximo organismo de representación de la sociedad que apoyaba al EZLN, además de ser la instancia que había propuesto la existencia del Tribunal. A mi me pareció que la presencia de la señora Villafuerte en la primera reunión de lo que sería el Tribunal, en la que sólo estábamos Esteva y yo (además de los miembros de la Procuraduría), era como para dar su visto bueno o algo semejante, o quizá para convencernos de que la única salida aceptable para el conflicto era el reconocimiento, sin más, de Amado Avendaño como gobernador, y si no..., pues la insurgencia civil de la que se hablaba en voz baja en ciertos círculos de SCLC. Pero ya no supe, pues en las siguientes reuniones no estuvo. Llegué a pensar que tanto ella como Avendaño estaban en contra del EZLN, pero luego descubrí que no, que en realidad

³² Hugo Trujillo, según las notas textuales de mis ayudantes, llegó a decir algo que me pareció demencial: “la insurgencia civil planteada, *forzosamente* estaría respaldada por el EZLN, previendo que el gobierno se vería imposibilitado por la opinión pública para reprimir el movimiento.” Qué fácil es opinar, sobre todo si no se está en la guerra.

estaban, o por lo menos ella, en contra de *Marcos*, como quedó muy claro en la reunión de “representantes”, previa a la Segunda Sesión de la CND. Posteriormente, dos o tres días después, supe que Conchita y su gente, especialmente Trujillo, no representaban nada, que eran parte de la AEDPCh, pero no sus dirigentes principales ni mucho menos sus voceros.

En esa ocasión conocí a Gloria Muñoz, reportera del semanario *Punto*, periódico dirigido por Benjamín Wong, y en el que durante un tiempo, luego de salir de *unomásuno*, escribí hasta que me censuraron y dejé de colaborar ahí. Wong me dijo que no me habían censurado, sino que recortaron mi artículo por razones técnicas; y se supone que yo le tenía que creer, como si fuera novato en el medio. Fue censura, y el autor de ésta fue Miguel Ángel Granados Chapa, según me dijo el propio Wong al explicarme por qué habían cambiado mi texto. Esto ocurrió hace unos 20 años. Censuras aparte, Gloria era una periodista muy profesional y muy metida en las comunidades de La Selva, como se les llamaba para simplificar, pues no todas eran de la selva. A Gloria se le conocía, en el medio de los corresponsales de prensa, como la “Reina de la selva”, precisamente porque era aceptada en todos lados, al igual que José Gil Olmos y Herman Bellinghausen de *La Jornada*. Mis conversaciones con ellos fueron enormemente útiles y les estoy muy agradecido hasta la fecha. Gloria y José, por separado, me aclararon algunos aspectos fundamentales. No lo dijeron exactamente, por lo cual no los responsabilizo de mi interpretación, pero en el contexto de sus conversaciones se podía desprender que el CEOIC era, para fines prácticos, el EZLN (en su versión civil). También entendí (sin responsabilizarlos, repito) que el EZLN aceptaba a Avendaño como legítimo gobernador de transición y en rebeldía de Chiapas, pero que tal aceptación sólo formaba parte de una estrategia de presión, ya que los zapatistas, como sabe todo mundo, no estaban ni están interesados en el poder o en que tal partido tome el poder. Su estrategia ha sido otra. De ahí el hecho de que la asunción de Avendaño como gobernador legal no fuera una condición para reiniciar el diálogo. Y hubo alguien a quien no le gustaba esto, lo cual me obliga a una pequeña reflexión: se puede estar en favor o en contra de la estrategia del EZLN, pero lo que no se puede es pedirle, sin más y desde fuera, que cambie su estrategia. Es su estrategia, punto. Con mis dudas y desacuerdos, que sí los tenía, ese era mi criterio.

También conocí a un personaje clave: Raymundo Sánchez Barraza, miembro de la Conai, asesor —entiendo— de Samuel Ruiz y director del Centro Don Bosco, una escuela de capacitación de oficios para los indios de la región. Raymundo sabía todo lo que era necesario saber: estaba enterado de todos los grupos políticos (supuestamente sociales) en Chiapas, del quién es quién en el estado, y seguía con puntual interés (y análisis) el conflicto, tanto desde el punto de vista del EZLN como del gobierno, incluyendo los avances militares. Una de sus habilidades especiales era intentar, en todo momento, incluso en situaciones de gran tensión, la pluralidad en la composición de los órganos derivados de la Asamblea Estatal. Tengo la impresión de que el EZLN también le tenía mucha confianza, pues por momentos Raymundo sugería acciones que luego, como si fuera coincidencia, sugerían los zapatistas en un comunicado. Conviene llamar la atención de que los comunicados del EZLN tenían una fecha de emisión y otra de publicación, pues por lo visto su envío a los periódicos no se daba en el mismo día. Creo que Raymundo facilitaba las cosas para que los documentos del EZLN, y no sólo los de la Conai, llegaran a su destino. No estoy diciendo, que quede claro, que él fuera correo del EZLN o algo similar (lo ignoro), pero sí que estaba enterado de cuándo era necesario que yo, por ejemplo, fuera a recoger algún documento en algún lugar de la selva. No se confiaba en el fax telefónico, y las razones eran obvias.

Tengo la impresión de que Raymundo, con su enorme capacidad para aspectos logísticos, tuvo mucho que ver para conseguir los transportes y la gasolina para ir a la Primera Sesión de la CND. El EZLN, por vía directa o indirecta (no lo sé) se apoyó por mucho tiempo en él, siempre eficiente, hermético y, al mismo tiempo, hábil para movilizar personas y recursos. Su cualidad principal, además de su inteligencia, fue el profundo conocimiento que tenía de la realidad de Chiapas, de los grupos existentes, de las corrientes políticas, y de todo junto, perfectamente ordenado en su mente, como lo demostraba al exponer, siempre ayudado de diagramas. Me dolió mucho cuando el EZLN le retiró el saludo (para decirlo metafóricamente), e hice un viaje especial a San Cristóbal para expresárselo (a Raymundo), entonces ya con un bebé de su encantadora esposa, Gabriela, una de las antiguas colaboradoras de Ofelia Medina en su encomiable labor de ayuda a los niños indígenas de Chiapas. Uno de los problemas del EZLN o de *Marcos*, o de ambos, no lo sé, es que ha(n) aprovechado a mucha gente y luego le da(n) la espalda, normalmente sin explicación alguna. Pienso que es más bien parte de la personalidad de *Marcos*, quien en su soberbia no ha sabido nunca matizar sus juicios ni reprimir sus rencores personales. Recuerdo que pensé que, con el tiempo, se quedaría solo pues es del tipo de personas que sólo se acercan a la gente con fines utilitarios. La inteligencia también puede servir para ser humilde sin renunciar a la dignidad, pero puede ser fácilmente opacada por orgullos mal manejados y por ciertos rasgos de temperamento.

Contra lo que mucha gente pudiera pensar, los trabajos de la Procuraduría Electoral y los del Tribunal correspondiente fueron muy serios. Ofelia y sus muchachas, como se decía entonces, fueron a lugares lejanos a investigar los datos de las elecciones. Recabaron firmas (y en su caso huellas digitales) de los ciudadanos indígenas inconformes con los resultados oficiales, así como denuncias contra funcionarios públicos que modificaron las actas en provecho de su partido, el PRI. La Procuraduría le entregó al Tribunal datos precisos, originales de documentos, relaciones detalladas, etcétera, de todo el proceso electoral. El Tribunal declaró, entre otras consideraciones, lo siguiente:

En uso pleno de nuestros derechos constitucionales, evitando cuidadosamente toda forma de usurpación de las funciones públicas que competen a los poderes establecidos en el estado y en el país, examinamos con todo rigor el notable testimonio que recogió la Procuraduría Electoral del Pueblo Chiapaneco. No conocemos precedente comparable. Refleja una sociedad activa y llena de decisión, que fue capaz de organizar una forma novedosa de expresar pacíficamente su inconformidad, cuando los cauces legales e institucionales le fueron cerrados por quienes tienen la obligación de mantenerlos siempre abiertos.

Al recibir la documentación de la Procuraduría pudimos llegar a la conclusión de que hubo irregularidades y delitos electorales en más de la mitad de las casillas de la zona zapatista. Y se documentaron los hechos. Después de ahí éstos se presentaron a un Jurado Popular, compuesto por hombres y mujeres de las diferentes etnias que viven en la zona llamada de conflicto. La traducción fue fascinante. Pondré un ejemplo: la expresión “robo de urnas” llevaba unos quince minutos de traducción al tzotzil y al tzeltal, pues las dos palabras juntas no existen en estas lenguas. Robo sí existe, pero sólo se entiende para gallinas u otros animales, no para una caja con votos. Horas y horas se iban presentando todos los casos acumulados por la Procuraduría y analizados por el Tribunal. A los presuntos autores de la

irregularidad o del delito se les declaraba culpable o inocente según las pruebas presentadas. Fue, como dijimos en nuestro informe, “un impecable ejercicio de sabiduría popular y compromiso social y político que realizó el Jurado, combinando sin dificultad prácticas ancestrales con diseños políticos y jurídicos estrictamente contemporáneos”.

Pero, además, y éste fue el punto más importante, se resolvió “convocar de inmediato a *un diálogo* entre los principales actores sociales y políticos de Chiapas, en el que se acuerde ese gobierno de transición (planteado en la tercera resolución) en el marco de un programa mínimo común que pueda conducir a la creación de condiciones legales, sociales y culturales que permitan la realización de elecciones libres y auténticas.” Una lección que debería escribirse con detalle para ejemplo de las muchas otras inconformidades electorales que se presentan en el país, sobre todo en el medio rural. Pero no sólo era una lección. Había o se adivinaba un trasfondo político de singular importancia por sus posibles consecuencias.

Con el argumento de las elecciones y de la inconformidad de muchos de los pueblos de la zona zapatista, había gente interesada en aprovecharse de la situación para potenciar la inestabilidad latente y promover condiciones que hicieran muy difícil, si no imposible, el diálogo del EZLN con el gobierno. Tal vez los *ultras* pensaban que el diálogo ya no era posible, que el ejército regular seguía intimidando a las comunidades, al igual que las *guardias blancas* de los finqueros (lo cual sí era cierto), y que, en consecuencia, lo correcto sería relanzar la rebelión (quizá para ellos revolución) para tomar el *palacio de invierno*.

Quizá los *ultras* pensaban también que *Marcos* era un impedimento para que la *Revolución* (así con mayúscula) estallara en Chiapas (y que por supuesto se extendería a todo el país), que él era el elemento moderado (reformista, le llamarían) que estaba deteniendo el avance de un pueblo furioso y decidido a morir en las trincheras. Es probable que también pensaran que la CND, como una instancia intermedia entre el gobierno y el EZLN, fracasaría (de no tener el dominio ellos, los *ultras*) y que, por lo mismo, lo único viable era radicalizar el movimiento, y terminar con lo que, a su juicio y en su interpretación, se había empezado el 1 de enero de ese año.

Por todo esto es que estimo que el papel del Tribunal, con el concurso del Jurado Popular, compuesto casi exclusivamente por representantes indígenas, tenía un papel muy importante: restablecer la lógica del diálogo entre la latente insurgencia civil que amenazaba con romper el precario equilibrio, pero equilibrio al fin, en que se encontraban las fuerzas en conflicto, y el EZLN en particular, al ser amenazado constante y crecientemente por el Ejército federal. En mi modesta interpretación, no era cualquier cosa lo que estaba en juego. Puedo estar equivocado, pero así pensaba en esos momentos, y lo ratifico ahora, diez años después. Fueron momentos particularmente delicados, y había que evitar que ciertas variables se dispararan sin control.

El Jurado Popular sesionó el 30 de octubre de 1994 y emitió veredictos para cada una de las acusaciones. La sentencia del Tribunal (presentada el 31), fue de ocho páginas a renglón seguido, y resolvió desconocer los resultados del proceso electoral, sin poder reconocer, fuera de toda duda, si ganó Avendaño o Robledo. Hubo quienes hubieran querido que se declarara vencedor a Avendaño (y así nos lo manifestaron), pero no encontramos forma de demostrarlo, como tampoco de demostrar que hubiera ganado Robledo, pues, entre otras dificultades, estaba el hecho de que no había sido analizado ni juzgado el proceso en todo el estado. Fueron tantas las irregularidades que el proceso electoral debió anularse en la zona de conflicto. Pero no se solicitó así desde el Tribunal, pues de haberse repetido hubiera duplicado los mismos vicios, con el riesgo de que,

entonces sí, se potenciara la inconformidad social y de que la dinámica iniciada y desarrollada estratégicamente por el EZLN fuera rebasada con quién sabe qué consecuencias. Aprendí mucho de esa experiencia, debo decirlo. Una guerra no es lo mismo que una huelga estudiantil o que una toma de tierras. Se deben tomar muy en serio lo que se hace y sus posibles consecuencias. La vida de miles de personas depende de muchas variables, donde no caben los voluntarismos de los acelerados, sino el cálculo, frío y objetivo en una estrategia global.

Si la Asamblea Estatal quedó satisfecha o no con nuestra sentencia, no lo sé, ni tuve forma de averiguarlo, aunque creo que sí, por lo menos la fracción mayoritaria (la del CEOIC), pues tiempo después, ya con Zedillo como presidente, Diana Damián me invitó a una asamblea de la Asamblea (permítaseme la necesaria repetición del término), y luego de poner a consideración mi presencia y mi derecho a voz, fui admitido y pude hablar. Y ya que lo menciono quisiera narrar esa experiencia, por lo terrible que fue, al menos para mí.

Se estaba discutiendo el papel de Dante Delgado Ranauro, enviado del presidente Zedillo a Chiapas (1995) para “ayudar” a las comunidades. El papel real de Delgado no era ayudar, sino comprar conciencias aprovechando la necesidad de la gente. Me dicen sus amigos que él no quiso hacer lo que estuvo haciendo, y que por eso le renunció al presidente (e incluso se salió del PRI), pero lo que hizo sí lo hizo, y en esa asamblea a la que asistí fue lo que se discutió. Es decir, los representantes de los pueblos reunidos en la Asamblea Estatal Democrática, tenían que decidir si aceptaban las dádivas del gobierno o no. En el receso estuve conversando principalmente con las mujeres, y ellas me dijeron que si sus niños se morían por falta de ayuda, ni modo, pero que no aceptarían el dinero ni los bienes que estaba ofreciendo Dante Delgado. Lo dramático fue que los hombres sí los aceptaron (por oportunismo o por corrupción), fueron la parte débil de la asamblea, y la AEDPCh comenzó su declinación. Quisiera recordar la fecha, pero no tengo apuntes de ese día. Lo que sí recuerdo (y no quiero olvidar³³) es que las mujeres, una vez más, dieron muestras de una firmeza a toda prueba.

Regresé a la ciudad de México, atendí mis obligaciones laborales y me preparé para regresar a Chiapas, cuatro días después, un viernes por la mañana.

2.4. Segunda sesión de la CND

Antes de viajar a Tuxtla Gutiérrez alguien me mostró en el aeropuerto de la ciudad de México *La Jornada* de ese día (4 de noviembre). Había un comunicado del EZLN a la CND. No era un comunicado más, sino una propuesta a los miembros de la Convención. Al leerla supe que iba a haber problemas con los ya famosos *ultras/sectarios* y con los compañeros del PRD.

En este documento el EZLN puso los 20 votos de sus delegados a favor de determinadas personas mayoritariamente de este lado, es decir de los no *ultras/sectarios*. Pero no sólo invirtió sus 20 votos en esta propuesta, sino que llamó “a todos los convencionistas sin partido a que se sumen a esta propuesta *de integración de la presidencia y la apoyen con su voto.*” (Las cursivas son mías.)

³³ En la AEDPCh estaban representadas cuatro grandes fuerzas: el CEOIC independiente (pues se había dividido), la Convención Estatal de Mujeres (CEM), el Movimiento de la Sociedad Civil (Mosoci) y el PRD local.

La propuesta incluía dos propietarios y dos suplentes por entidad federativa, igual por cada sector de la sociedad civil y luego la propuesta directa del EZLN, unos por organización concreta y otros con nombres y apellidos. Ahí fue cuando pasé de zapatista de tercera a *primera bis* (porque había otros que eran de primera y que siempre se mantenían con un bajo perfil, hablaban más bien en corto que públicamente y se movían con discreción pero casi constantemente). Los que teníamos nombres y apellidos fuimos los siguientes:

- Por los intelectuales de la CND: Luis Javier Garrido, Antonio García de León, Octavio Rodríguez Araujo y Paulina Fernández C.
- Por los defensores de derechos humanos de la CND: Rosario Ibarra de Piedra, Mariclaire Acosta, Carlota Botey y Emilio Krieger.
- Por los artistas de la CND: Guillermo Briseño y un miembro de Teatro Campesino de Tabasco.

Como puede apreciarse, salvo Carlota que a veces estaba en un lado y a veces en otro, y no por indefinición sino por sus antiguas ligas con varias organizaciones campesinas, la *ultra* quedó excluida. Ese día Garrido me comentó cómo lo abordaron miembros de ésta para tratar de convencerlo de que firmara un documento, que nunca conocí en su totalidad, pero que en síntesis decía que *Marcos* era reformista en tanto que el CCRI-CG era de izquierda. Algo así, se podía interpretar, como que *Marcos* y la comandancia indígena ya se habían dividido. Esta versión corrió con tanta fuerza entre los telones de la CND y otras esferas, que el 17 de noviembre de 1994, 11° aniversario del EZLN, el CCRI le dio el bastón de mando al *Subcomandante Marcos* para ratificar al portavoz del grupo armado como jefe militar. Si la idea del bastón de mando era otra por parte de quienes se lo dieron a *Marcos*, todo mundo interpretó que era una ratificación de éste y una demostración de que los rumores de división carecían de sustento.

En la plenaria de la CND se armó una muy fuerte discusión. Hubo incluso un conato de golpes que evitaron, entre otros, Edgard Sánchez y una intervención verbal de Rosario Ibarra. La principal oposición era, por supuesto y para variar, a los intelectuales. Paradójicamente intelectuales como Armando Bartra y otros hablaron en contra nuestra. Tanta fue la presión que Rosario intervino para decir algo así como, ciertamente los intelectuales son medio raros y a veces elitistas y vanidosos, pero cuando se trata de elaborar un documento o un manifiesto siempre recurrimos a ellos. Los necesitamos y el EZLN confía en ellos, dijo más o menos, o así lo recuerdo. Álvarez Icaza, Ramos, Jiménez, Capíz, Mirón y muchos más no estuvieron conformes, pero mi impresión fue que perdieron, si vale el término, pues no era una competencia o, mejor, *no debió* ser una competencia. (Capíz, por cierto, que siempre anda vestido como campesino, con sombrero de paja y un zarape al hombro, es abogado, y como él otros con el mismo tipo de ropa. Mirón, también abogado, viene de una familia de terratenientes en Veracruz, y no se podría decir que sea pobre. José Jiménez, conocido en el medio como *El frijol*, fue mi alumno en la Facultad de Ciencias Políticas, aunque no sé si se tituló. Pero nunca falta la gente que cree que el hábito hace al monje y que, en estos casos, adoptan el vestido y el estilo que se supone deben tener.)

Como para evitar dudas, en paralelo con el comunicado citado apareció otro, en el que el EZLN anunciaba su rompimiento con la Conac-In, donde estaba una parte de los *ultras/sectarios* urbanos. Si mi memoria no me traiciona Benito Mirón era de los principales dirigentes de esta organización, cuyos miembros eran contrarios a los partidos y

a las elecciones. Sin embargo Benito aceptó ser candidato a diputado por el PRD, y diputado de la LVII Legislatura, y en la actualidad secretario del Trabajo del gobierno del Distrito Federal, también del PRD. Nunca se distinguió, según mi percepción de él en el tiempo en que lo traté con frecuencia, por su consistencia entre lo que decía (y prometía) y lo que finalmente hacía. Varios de los dirigentes de las organizaciones que en aquellos momentos se caracterizaban por su intransigencia y sectarismo, tenían esa misma característica. Quizá estudiaron en la misma escuela, o así les convenía ser.

En el comunicado de referencia, que vuelvo a citar por su importancia en la coyuntura, se dice que “desde el mes de junio de 1994, la llamada Comisión Jurídica de la Conac-Ln no ha hecho contacto alguno con el EZLN a pesar de que las necesidades de asesoría legal continuaban. Después de la primera sesión de la CND, la dirigencia de la Conac-Ln tomó distancia frente a la CND y *estuvo promoviendo actividades al margen de la CND, reclamando para sí misma, junto a otras organizaciones, la representatividad del ‘auténtico espíritu de la CND’; provocando, en lugar del debate interno y la crítica fraternal, la división y la ruptura al interior de las filas de la CND*” (Las cursivas son mías.)

El mensaje era claro, así como el apoyo implícito a la corriente con la que yo más me identificaba. Lo que no sabía en ese momento es que mi vida iba a dar otro vuelco, satisfactorio en muchos sentidos pero de gran actividad. El “rayo de Zeus”, como se decía entre bromas y veras, había caído sobre los *ultras/sectarios*, y “las guirnaldas” sobre nuestras modestas cabezas, pero no eran gratis: teníamos mayores responsabilidades y mucho más trabajo. Pensé y pienso que valió la pena, como experiencia y por el trabajo realizado, modesto pero que alguien tenía que hacer.

2.5. Algunas reflexiones sobre el dilema planteado por los *ultras*, y mis propias dudas

La división evidente en el interior de la CND fue la confirmación de algo que se sospechaba desde la masiva reunión de *Aguascalientes*. Era también un aviso de lo que vendría. El dilema era claro: acelerar las contradicciones sociales y militares en Chiapas o buscar una salida política, democrática y pacífica a la situación del estado, como escribí en mi artículo de *La Jornada* el 3 de noviembre de 1994. Nuestra interpretación, es decir la interpretación del grupo con el que estaba identificado, era que la salida política era la mejor. No estábamos en abril de 1917, ni tampoco en Rusia. Sólo pensarlo pudo haber conducido a una gran equivocación con saldos desastrosos. Los que querían “avanzar en la revolución”, en el más puro espíritu leninista de abril del 17, estaban pasando por alto muchas otras variables, entre éstas la enorme desigualdad de las fuerzas en conflicto, en Chiapas, para no hablar del resto del país donde la oposición, pequeña y dispersa, carecía (y carece) de organización o tan siquiera de una cierta identidad común. La gente que simpatizó con el EZLN y su levantamiento quiso, desde los primeros días de enero de ese año, paz —paz digna, se agregó—, además de la satisfacción a las justas demandas de los indios y de muchos otros pobres y miserables del país. Y era de suponerse que para eso se había creado la CND que, dicho sea de paso, en algunos estados de la República sólo contaba con algunas decenas de simpatizantes (y creo que exagero). Se había creado, es conveniente insistir, para que la sociedad, con sus formas de lucha ajenas a las armas, negara éstas como alternativa. Esto se había dicho muy claramente en *Aguascalientes*.

Debo aclarar que, ya para esos momentos, yo tenía serias dudas de la estrategia del EZLN y todo eso de que no querían el poder. Pero en este caso tenía dudas, en tanto que sobre los planteamientos de los *ultras/sectarios* no las tenía. Lo que éstos estaban planteando o proponiendo, ya no de manera tan velada como al principio, no era para provocar dudas, sino carcajadas cuando no una profunda preocupación (estoy hablando por mí). Una cosa es que nos ilusionara una rebelión indígena en la remota esquina sur-oriental del país y otra que pudiera pensarse con seriedad que era posible convertirla en una revolución social para tomar el poder. Era como ignorar la historia de los movimientos guerrilleros en México y su voluntarismo normalmente fuera de la realidad, voluntarismo que desgraciadamente los llevó no sólo al fracaso sino a la muerte, la desaparición forzosa o la cárcel, sin antes haber logrado su primer propósito: atraer al pueblo a su causa, engrosar de verdad sus filas. Revolución que no se hace con el pueblo, no es revolución. Y “pueblo”, en este caso y en el de cualquier revolución, no quiere decir toda la población, pero sí muchos de los habitantes de un país, y no precisamente por el llamado sincronizado de campanas al vuelo, es decir sin preparación previa y suficiente. Varios compañeros y compañeras que habían formado parte de movimientos guerrilleros, particularmente de la Liga 23 de Septiembre, sabían de qué se trataba, y no me parece casual que estuvieran de este lado en la CND y no con los *ultras/sectarios*. De hecho, me dijeron, una de las razones de su fracaso en los años 70 se debió precisamente al maximalismo de sus planteamientos, ajenos a la realidad del momento, pues en lugar de ganarles adeptos los dejó aislados.

La cuestión era muy sencilla, a mi manera de ver. Si se atendía la convocatoria del EZLN era para apoyarlo, si no, muy fácil, no se atendía. No era obligatorio estar ahí. Es, guardando toda proporción, como si alguien me invita a cenar a su casa y en lugar de comer lo que me sirven tomo el teléfono y pido una pizza porque a mi me gusta la pizza y, además, quiero obligar a todos a que se la coman en lugar de la cena a la que fuimos invitados. Los anfitriones tendrían todo el derecho a expulsarme de su casa. Querer que la CND sirviera para fines distintos a los que motivaron su convocatoria era, para decir lo menos, irresponsable.

Mi posición, vuelvo a decirlo, no era de apoyo incondicional al EZLN, pues tenía dudas sobre la *filosofía* de su estrategia y sus objetivos. Pero quise participar y las reglas de juego habían sido establecidas por los zapatistas. ¿Quién era yo para querer cambiarlas? Lo que hice, al mismo tiempo que apoyaba, era discutir, a veces en serio y otras, preferiblemente, en broma, pues hay gente difícil para aceptar cuestionamientos, como cuando uno le dice a un cristiano que dios no existe (siempre se molestan o tratan de convencer de que la creación no admite duda). Recuerdo una vez en SCLC, en un restaurante. Esa vez yo dije algo así como que me parecía que había algunos planteamientos zapatistas cercanos al anarquismo, y Lucinda Nava, antigua militante trotskista, ex directora de la revista teórica del PRT, me dijo: pues si tenemos que ser anarquistas por ser zapatistas, seremos anarquistas, ¿y qué? Pues nada, contesté, simplemente que no simpatizo con los anarquistas. Desde luego, ni ella ni yo estábamos hablando en serio (yo no), yo sólo estaba pensando en voz alta, y se me ocurrió que había algo de anarquismo en el planteamiento del EZLN. No pienso, ni pensé seriamente que el discurso del EZLN fuera o sea anarquista (aunque sí tenga algunas semejanzas aisladas), pero tampoco es casual que muchos anarquistas, tanto mexicanos como de otros países, apoyen con tanto entusiasmo a los zapatistas. Pero lo mismo se puede decir, si somos objetivos, de muchos marxistas que hemos apoyado y apoyamos al EZLN, y no somos precisamente pocos. Lo que era y es más importante es que los zapatistas se levantaron en

armas, buscaron el diálogo para convencer con la palabra y no con las armas, usaron la modernidad tecnológica para dar a conocer su lucha y sus propuestas, y han elaborado un lenguaje con un contenido novedoso que ha tenido amplias repercusiones y ha conmovido muchas conciencias. Pero, lo principal, fue que lograron que el mundo viera a los indios mexicanos en su verdadera dimensión y no como personajes de tarjetas postales o de carteles turísticos sobre el folklore nacional.

Recuerdo algunos momentos en los que tuve que explicar esto. En algunos casos fracasé, pero en otros no. Y aquí doy un brinco en el desarrollo más o menos cronológico de mi exposición. En el verano de 1995 fui invitado por Alberto J. Pla al II Seminario Internacional “El nuevo orden mundial a fines del siglo XX. El socialismo como pensamiento y perspectiva”, que se llevó a cabo en Rosario, Argentina, del 19 al 21 de octubre de 1995. Mi conferencia era sobre el EZLN, y se iba a desarrollar en una sala de la Universidad como todas las demás mesas. Fue tal la cantidad de gente, que se tuvo que trasladar al patio central del edificio. Se pusieron sillas, cerca de mil, una pantalla gigante y una mesa que me tocó compartir ni más ni menos que con los delegados del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil. Un éxito total y muchas preguntas. La ultra argentina tenía las mismas preocupaciones de la mexicana, con la diferencia de que no podía tratar de imponer sus posiciones en México. Y los marxistas argentinos no coincidían tampoco con la idea de cambiar el estado de cosas sin tomar el poder. El papel que asumí fue el de explicar lo que ya entonces se llamaba “pensamiento zapatista”, como en una clase en la universidad en la que tengo que enseñar a Weber aunque no esté de acuerdo con él en muchas de sus posiciones. Ahí contacté a mucha gente que luego vino al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo que se llevó a cabo el año siguiente. Entre las personas contactadas, y que vinieron, quisiera mencionar a Liliana Huljich, videoasta y apasionada estudiosa del zapatismo en la ciudad de Rosario. Pero hubo muchas más.

Cuando terminé mi conferencia sugerí que se formara allá el primer *Agua Calientes* argentino. Se formó, aunque nadie (ni yo) sabría para qué serviría. De ahí Stella Calloni (brillante corresponsal de *La Jornada*), me organizó conferencias y reuniones en Buenos Aires. Una de estas reuniones fue con el Partido Comunista de Argentina. Me quedé con el ojo cuadrado. Su interpretación del EZLN era parecida a la de Marcela Lombardo, candidata a la presidencia del Partido Popular Socialista (de México): los zapatistas estaban financiados por fuerzas oscuras entre las que no se descartaba a la CIA, y así por el estilo. Discutí con ellos horas y algo logré, pero no los convencí. Por contraparte, en junio de 1996, Fernando Matamoros, que entonces vivía en París, me organizó una comida-reunión con directivos del Partido Comunista Francés: Jean Hermet, del sector de política internacional del PCF, Danièle Bleitrach, del comité nacional del mismo y Obey Ament, especialista de cuestiones sobre México y América Latina. El ambiente fue amable y hasta uno de los franceses hizo un chiste que transcribo a continuación: $\frac{1}{4}$ de Marx en el Manifiesto + $\frac{1}{4}$ del Che Guevara + $\frac{1}{4}$ de García Márquez + $\frac{1}{4}$ de Woody Allen = *Marcos*. El resultado de la reunión fue que Danièle Bleitrach vino a México al Encuentro Intercontinental, y no sólo eso, sino que su partido ofreció algo, no recuerdo qué, para una planta eléctrica en algún lugar de la zona zapatista. Yo lo único que hice en San Cristóbal, antes de irnos al Encuentro, fue presentarla con la persona adecuada, para que hablaran con la discreción debida.

Cuando estaba en Buenos Aires se me ocurrió ir a Montevideo, pues no conocía esa ciudad. Pregunté por la oficina de los Tupamaros y ahí me presenté. Pedí hablar con Julio Marenales. Horas de conversación también. Me dijeron que no coincidían con las

posiciones del EZLN, pero finalmente, luego de largas explicaciones, acordaron que enviarían a un miembro al Encuentro Intercontinental, y vino precisamente Julio, a quien presenté con el *Comandante Tacho* y hablaron de los problemas de la ametralladora (plateada) que éste portaba, que si era muy delicada, pero que limpiándola bien y frecuentemente era muy buena, etcétera. Los dejé hablando, pues no me interesan las ametralladoras, y creo que simpatizaron.

Finalmente (y otra vez en París), mi estimado amigo Michael Löwy me organizó una conferencia en la Casa de América Latina en París, donde conté con la estupenda traducción de Robert March, pues mi francés es pobre. Y ahí ocurrió algo que me parece interesante (estoy refiriéndome a junio de 1996). Al terminar mi conferencia uno de los dirigentes de los anarquistas parisinos (aunque ellos dicen que no tienen dirigentes) me dijo que *Marcos* no debía invitar a Danielle Mitterrand (presidenta de *France Libertés*) al Encuentro Intercontinental, pues ella era una burguesa reformista y no sé qué más. Le dije que él no podía condicionar al anfitrión la lista de sus invitados. Si él no quería ir, que no fuera, pero que entonces no hablara de pluralidad y, además, que Danielle era más importante que su grupo para la difusión del zapatismo. En tanto que el libro de ella³⁴, que me había regalado el día anterior en sus oficinas del Palais de Chaillot, había vendido medio millón de ejemplares en una semana, la hojita (llamada *¡Ya basta!*) del grupo de anarquistas que me estaba increpando tenía un tiraje de 800 ejemplares por semana. Había diferencia, y sin embargo, tanto ellos como Danielle, estaban invitados. Así era el zapatismo, rematé. Y así son los sectarios, remato ahora en referencia al anarquista parisino.

Narro estas pequeñas experiencias, para no hablar de los mítines en los que participé con simpatizantes zapatistas de otros países, porque he querido demostrar que, en muchos casos, cuando la gente tiene cabeza y no un ladrillo, puede apoyar al EZLN y su lucha sin necesidad de estar totalmente de acuerdo. Y éste es un punto clave, a mi manera de ver. El problema surge cuando los que deberían acompañar los movimientos sociales, apoyándolos, los quieren dirigir o convertir en otra cosa, a imagen y semejanza de sus esquemas mentales y proyectos estratégicos.

2.6. Después de Tuxtla Gutiérrez

En la Segunda Sesión de la CND no perdimos, pero en mi opinión tampoco ganamos. Había una diferencia importante entre *nosotros* y los *ultras/sectarios*. Éstos, con algunas excepciones, era representantes de organizaciones “de masas”, es decir organizaciones campesinas, urbano-populares y algunas de trabajadores como el Sindicato de Ruta-100 (autobuses urbanos de servicio público). Nosotros, en mayoría, éramos individuos, algunos con militancia en partidos, principalmente del PRD, del PT y del PRT. Esta diferencia era notable incluso en las reuniones del llamado Consejo Nacional de Representantes de la CND. Entre nuestro grupo había muchas personas que tenían que trabajar en empresas o instituciones donde había que cumplir con horarios fijos o, en algunos casos, con otras

³⁴ El libro de Danielle Mitterrand se tituló *Ces hommes sont avant tout nos frères* (Esos hombres son ante todo nuestros hermanos), Paris, Éditions Ramsay, 1996. La dedicatoria que me escribió dice así: “A Octavio Rodríguez Araujo, en témoignage d’une espérance commune que nous rassemblera à la Realidad. Amitié.” Cito la dedicatoria pues me siento muy honrado de haber conocido a una mujer que, siendo influyente, es sencilla de trato y una luchadora por el pueblo kurdo, entre otras causas que ha defendido.

obligaciones, algunas tan simples como recoger a los niños de la escuela, pero obligaciones al fin. Entre los miembros del otro grupo, en cambio, se trataba de cuadros profesionales de dirección de sus organizaciones, la mayoría con salarios para hacer lo que estaban haciendo. (Es práctica común que los miembros de una organización social, aun compuesta por gente de muy bajos ingresos, paguen una determinada cuota y que con ésta vivan los dirigentes, aunque sea con salarios modestos. Entre más numerosa sea la organización mayor es el monto total de las cuotas, y si además los trabajadores tienen ingresos más o menos altos, comparativamente hablando, los dirigentes pueden vivir muy bien, como ocurre en los principales sindicatos del país y de otros países. Algo semejante ocurre con los dirigentes de los partidos políticos, sea que éstos tengan registro oficial y, por lo mismo, financiamiento público, o que sin registro sus militantes paguen cuotas.)

Un viejo truco del *asambleísmo* ha sido siempre la toma de decisiones a partir de reuniones de muy larga duración en las que, al final, sólo permanecen los que no tienen otras ocupaciones y los que tienen como virtud una paciencia infinita para escuchar, una y otra vez, discusiones con frecuencia estériles y necias. Al final, cuando se deben tomar ciertos acuerdos, sólo quedan los cuadros profesionales y unos pocos que pueden disponer con holgura de su tiempo. Es la diferencia, para decirlo con sencillez, entre los políticos profesionales y los que no lo son. Éstos, para colmo, eran unos en una reunión del CNR y otros en otra reunión, es decir a veces podían asistir y a veces no. Es por esto que en las asambleas, que se supone que son democráticas y horizontales (donde cada persona representa un voto igual que el de las demás), terminan por imponerse los que actúan de manera organizada y con todo el tiempo del mundo para quedarse hasta el final, final al que a veces se llega más por cansancio que por razones lógicas y por consensos. En las asambleas es frecuente que el diálogo sea suplantado por el aplastamiento del interlocutor mediante la mayoría de votos o por las agresiones verbales que a muchas personas, con poca experiencia en estos terrenos, las intimidan.

Es pertinente hacer un paréntesis sobre el Consejo Nacional de Representantes (CNR). Éste fue creado después de la Segunda Sesión de la CND en Tuxtla, y explica mejor por qué dije antes que no perdimos pero tampoco ganamos. Un sector de la Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco nos metió un gol en nuestra cancha, como ya lo mencioné arriba. La idea de su propuesta fue marginar a los miembros de la Presidencia Colectiva *sin representación*, es decir a las llamadas personalidades tanto de la Primera Sesión (agosto) como de la Segunda (noviembre), según la iniciativa del EZLN. En un documento sin firmas, que discretamente me dio una persona perteneciente al grupo de *ultras/sectarios* de Chiapas, y que he guardado hasta la fecha por su importancia, se dice textualmente:

Así, en la Dirección Colectiva, no habría miembros *sin representación*. Sin embargo se piensa en la constitución de un Consejo Directivo que incluya a intelectuales y técnicos distinguidos, que *en forma honorífica* representen a la CND a nivel nacional e internacional y que *tengan voz* en las reuniones de la dirección. [La redacción original la he respetado. Las cursivas son mías.]

¿Más claro? Esa dirección colectiva fue el CNR, que no era otra cosa que una sustitución de la Presidencia Colectiva de la CND y de la voluntad del EZLN. El argumento fue que así se hacía más ágil la toma de decisiones y la coordinación con las Convenciones Estatales y las organizaciones de masas. No se excluía a las personas propuestas por el EZLN en la

sesión de la CND en Tuxtla, simplemente se nos quitaba el derecho de voto. Se nos dejaba hablar; menos mal.

Quizá por no discutir más o porque en esos momentos pensamos que era conveniente un órgano de dirección más pequeño, lo aceptamos. No recuerdo bien. Sin embargo, muy pronto pudimos percatarnos de la maniobra: el CNR permitía la sobre representación de una de las corrientes (la *ultra/sectaria*), es decir de la que contaba con el mayor número de organizaciones sociales, independientemente de su tamaño e importancia. Quien controla la dirección y la instancia que convoca *o no* a sus miembros, controla la organización en su conjunto.³⁵

Hubo otras reuniones del CNR, una en Durango, a finales de noviembre de 1994, que fue particularmente difícil y otra, no recuerdo dónde, en la que se nos trató de dar una especie de golpe de Estado, pues fue convocada sin información para todos.³⁶ Gracias a alguno de los indecisos que a veces estaba con unos y en otros momentos con otros, nos pudimos enterar de que ya no existíamos y que la CND había sido expropiada por una facción. Recuperamos nuestro espacio después de muy ríspidas discusiones en Cencos (donde llegamos sin invitación), y tratamos de coexistir una vez más, aunque no sin problemas. Los intentos de unidad eran importantes. El diálogo gobierno-EZLN estaba roto desde octubre, la hostilidad militar y paramilitar estaba en ascenso. La Conai no lograba sus objetivos pese a los intentos realizados, que no fueron pocos.³⁷ El 1 de diciembre se llevó a cabo el cambio de los poderes federales, el 8 del mismo mes tomaría posesión Robledo Rincón. Por su parte, el EZLN hizo esfuerzos por conciliar las diferencias en Chiapas y por ampliar las bases de apoyo no sólo para sí en el estado, sino también para formar un amplio frente opositor en todo el país. Interpreto que, como señal de reconciliación en Chiapas, y luego de que le fuera otorgado el bastón de mando a *Marcos*, el EZLN habría de reconocer, una vez más y a pesar de los desencuentros, al gobierno de transición y en rebeldía de Amado Avendaño quien, por cierto, según mi apreciación, parecía entender mejor sus responsabilidades que antes. Para formar el frente amplio opositor el EZLN se dirigió a la CND y a Cuauhtémoc Cárdenas (no al PRD), invitándolos a que sumaran fuerzas. La *Tercera Declaración de la Selva Lacandona*, conocida por quienes estábamos en la ciudad de México en un mitin en la Columna de la Independencia (*El Ángel*), fue una ratificación a la formación del frente amplio opositor que habría de llamarse Movimiento para la Liberación Nacional (MLN). Sospeché que tendría más trabajo, pues se acercaba la fecha para la Tercera Sesión de la CND en la ciudad de Querétaro, a principios de febrero de 1995.

³⁵ Para un mayor detalle de la estructura de la CND y el CNR, véase *El Despertador Ciudadano*, órgano de difusión de la CND-DF, 14 de noviembre de 1994, p. 16.

³⁶ Un segundo intento de “golpe de Estado” en el CNR fue el 28 de febrero de 1995, días después de la fallida Sesión de la CND en Querétaro. Este segundo intento también fue resuelto, pero quedaron heridas profundas.

³⁷ El 23 de noviembre de 1994 la Conai convocó a “personalidades” y organizaciones civiles y religiosas a una reunión en unas oficinas ubicadas en Patricio Sanz, en la colonia del Valle del DF. En esa reunión, además de los miembros de la Conai, estuvieron Cuauhtémoc Cárdenas, Miguel Concha, Demetrio Sodí, Ofelia Medina, Carlos Martínez Assad, Pablo Latapí, Sergio Zermeño, Amalia García, Antonio García de León y muchos más. Ahí resolvimos pronunciarnos por una salida política al conflicto “que creemos hoy pasa por exigir la instauración de un gobierno de transición en Chiapas” y “por el establecimiento de un verdadero estado de derecho y de democracia en la nación”. Además de organizaciones sociales estuvieron representados el PRT y el PRD.

El reto que teníamos enfrente permitió lo que yo llamaría “una tregua” entre los *ultras/sectarios* y los que ya entonces éramos llamados, nunca supe si peyorativamente, “los democráticos”.

El 8 de diciembre quise expresar mi visión de lo que estaba ocurriendo, una síntesis de lo que veníamos arrastrando en función de la situación de ese momento. Cito a continuación mi artículo de ese día, que, obviamente, escribí antes de que Robledo tomara posesión. Este artículo estaba dirigido a los miembros de la CND (ultras y no ultras) con un cierto sentido autocrítico pero también como una llamada de atención sobre lo que estaba pasando y podría ocurrir. Entre paréntesis, para esas fechas yo ya había dejado de ser presidente del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública y, por lo tanto, ya podía escribir con más libertad, pues la UNAM siempre, incluso en momentos difíciles, ha aceptado no sólo la pluralidad de sus miembros, obvia, sino la libre expresión de todos los universitarios. Enfatizo lo anterior pues, lamentablemente, no todas las universidades públicas y “autónomas” han permitido o permiten esa libertad. Las privadas, menos.

La guerra, el EZLN, la sociedad y Zedillo (*La Jornada*, 8/12(94))

Contra lo que pudiera pensarse, por los comunicados y cartas del *Subcomandante Marcos* publicados ayer, el EZLN no quiere la guerra, aunque está dispuesto a ir a ella y morir —porque “nulas son las posibilidades de éxito” en un enfrentamiento armado entre fuerzas militares tan desiguales (carta de *Marcos* a Zedillo, 3 de diciembre).

El EZLN no quiere la guerra, pero considera que la toma de posesión de Robledo como gobernador de Chiapas sería, de hecho, la formalización de la ruptura del cese al fuego por parte del gobierno federal, ya que se interpretaría como una imposición “en contra de la voluntad popular expresada en grandes movilizaciones y acciones de resistencia civil” (comunicado al pueblo de México y a los pueblos y gobiernos del mundo, 6 de diciembre en la tarde); y tal imposición, como ya fue advertido desde el 26 de agosto, significaría, para el EZLN, la guerra (declaración de *Marcos* en conferencia de prensa, registrada por Gil Olmos y publicada ayer en este diario).

El EZLN no quiere la guerra aunque se considera libre de su compromiso de mantener el cese al fuego unilateral decretado por la Comandancia General el día 12 de enero de 1994 y ratificado el día 10 de junio del mismo año. No la quiere, ya que les pide a los hombres y a las mujeres de la Convención Nacional Democrática y a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano que, *unidos* y al margen de “las posiciones claudicantes que hoy reinan en la oposición legal en México”, convoquen a un amplio frente opositor para reinstalar la legalidad, la legitimidad, el orden y la soberanía nacionales, y para que actúen para “hacer desaparecer los dos extremos de esta lucha: por un lado un gobierno ilegal y vende patrias, y por el otro un movimiento armado rebelde igualmente ilegal” (carta de *Marcos* a la CND y a CCS, 4 de diciembre). Esto es, confianza reiterada en la sociedad civil organizada en la CND y en el liderazgo de Cárdenas, como me permití sugerir en mi artículo del 1 de diciembre en estas páginas, y no, enfatizo, confianza en las posibilidades que pueda brindar el

reavivamiento de la guerra. (En mi artículo de la semana pasada escribí: “la única alternativa que tiene la sociedad mayoritaria del país es organizarse en una suerte de *movimiento* nacional y revolucionario, civil y sin armas, amplio y plural, para el cual, en la tradición cultural mexicana, se requiere de un liderazgo, no de un partido, que tenga credibilidad, confianza y un proyecto claro de lo que debe ser el país, producto quizá de un gran foro nacional en el que todas las corrientes democráticas y progresistas se expresen.”).

Zedillo, por su parte, dijo también que no quiere la guerra, que “se abstendrá de utilizar la fuerza en este conflicto”, pero también espera “que quienes se han inconformado en Chiapas también se abstengan de utilizar la violencia” (declaración de Zedillo ante industriales el 6 de diciembre en la noche). Pero al mismo tiempo, por lo menos hasta el momento de escribir este artículo, todo indica que la imposición de Robledo será una realidad, es decir la provocación de una guerra en la lógica del EZLN y, desde anteayer, también de Amado Avendaño (misma nota de Gil Olmos).

Pero el hecho de que nadie quiera la guerra no significa que ésta no pueda estallar. Hay conciencia, más o menos generalizada, de que los cambios necesarios en Chiapas y en el resto del país no serán resultado de supuestas buenas intenciones de los gobernantes surgidos del mismo aparato de poder que ha generado los grandes problemas que ahora se tendrían que solucionar para garantizar una paz duradera, justa y digna.

La sociedad, por otro lado, esa sociedad que fue capaz de detener la guerra el 12 de enero, está ausente, como esperando que los indios y los campesinos pobres de Chiapas luchen por ella sin aportar a esta lucha siquiera sus propias propuestas y acciones que empujen al gobierno —sin respaldarlo— a mantener la convicción de que la guerra, gane quien gane, pierda quien pierda, no es solución para el país, como tampoco la necedad y la prepotencia de actuar al margen y por encima de la misma sociedad. Esta sociedad ha olvidado que los cambios que inicie o haga el gobierno serán siempre pequeños, para mantener el *statu quo* (es decir el régimen de privilegios que ha auspiciado), si no participa la sociedad de manera decidida por cambios verdaderos a su favor. La no participación de la sociedad significa dejar todo en manos de quienes tienen el poder, o peor todavía —por la responsabilidad moral que ello significa—, en las manos exclusivas de quienes se han levantado en armas por vergüenza y dignidad aunque en ello les vaya su propia existencia.

El EZLN, desde la primera sesión de la Convención Nacional Democrática, quiso hacerse a un lado, “aunque no nos vamos”, dejando a la sociedad civil la responsabilidad no sólo de la paz sino de los cambios por los que se levantó en armas. La CND, y no me excluyo, no supo ponerse a la altura, ni entonces ni ahora; el PRD, como partido con mayores posibilidades de autonomía ante el poder, tampoco; los ultras, que también existen, más bien han actuado como abogados del diablo que en la lógica de lo que dicen defender. Los pleitos de familia y los intereses mezquinos de personas y grupos entre las llamadas fuerzas democráticas y progresistas, con todo el lastre de vicios arrastrados por décadas, se han impuesto sobre las propuestas y la acción que no sólo conduzcan a una paz digna, justa y duradera sino a evitar que quienes dieron el ejemplo el primero de enero terminen por ofrendar sus vidas para sacudir la

conciencia necesaria para que la sociedad se auto reconozca como tal y actúe en consecuencia.

La sociedad (incluyendo a muchos convencionistas de la CND), entendió a medias tanto el “no nos dejen solos” como “consigan por medios pacíficos los cambios necesarios que explican el levantamiento del EZLN”. Hubo confusión y quizá todavía la hay. Han sido importantes la solidaridad con la lucha del EZLN y los apoyos en especie al pueblo chiapaneco, pero más importante hubiera sido y será que la sociedad más consciente del país aceptara o acepte la estafeta ofrecida por el EZLN de luchar por medios pacíficos y civilizados por la paz, en primer lugar, pero también por la democracia, la justicia y la dignidad de todos los mexicanos. Es decir, sustituir al EZLN, pero sin armas, y obligarlo, por los logros conseguidos, a desaparecer como fuerza armada. Esto, en los hechos, no se entendió o si se entendió no se asumió responsablemente como una tarea que, si somos rigurosos, de haberse iniciado hace años hubiera evitado el estallamiento de la violencia en México, de la violencia cotidiana institucional y de la violencia revolucionaria que puede reavivarse en cualquier momento.

El gobierno tampoco ha entendido bien. Quiere parar una confrontación armada con promesas, ofrecimientos y propuestas de negociaciones privadas, sin dar nada concreto y duradero a cambio. ¿Tanto valdrá la cabeza *política* de Robledo? Peor aún, ¿tanto valdrá el reconocimiento de que las elecciones en Chiapas fueron tramposas y manipuladas, más obviamente que en el resto del país? Todo parece indicar que el nuevo presidente no quiere rechazar la herencia de su antecesor, y no lo digo sólo por su gabinete sino porque Salinas y su equipo no quisieron resolver a tiempo, antes de las polarizaciones actuales, lo que estuvo en sus manos evitar. Le dejaron la papa caliente a Zedillo, y peor: con una mano atada a la espalda. Porque lo menos que puede hacer un presidente es demostrar que tiene la autoridad que le otorga la Constitución, y esta autoridad podría ejercerse sin pérdida de decoro con el simple expediente de no avalar lo que no se hizo en su gobierno que apenas empieza. Ganaría en grados de credibilidad y sentaría las bases para una solución en Chiapas sin recurrir a las armas. Las intenciones de Zedillo, su propio estilo, no coinciden, como se demostró en la comida con los legisladores en San Lázaro, con el de sus compañeros de partido. Si se habla de separar al gobierno del PRI bien podría comenzarse enderezando lo que está chueco, precisamente por la acción reiterada y *rinocerónica* de los priístas. Como está la situación no vale la pena esperar cinco años para tener que reconocer que las cosas no funcionaron.

Al parecer este artículo y el trabajo que había realizado en el seno de la CND sirvieron para que, después de la *Tercera Declaración* (de final de año), se me pidiera la redacción del documento que la CND habría de presentar en la reunión de Querétaro. Lo hice, y siguiendo la tradición de los planes de los ejércitos revolucionarios de principios del siglo, lo denominé Plan de Querétaro y seguí el formato, más o menos, del Plan de Ayala. En una reunión, en la que estaban los *ultras/sectarios* mayoritariamente, lo leí. Se me hicieron algunas observaciones, pequeñas, y éstas fueron atendidas. José Álvarez Icaza me felicitó, cosa que me sorprendió. Mi papel sería entonces llevárselo a Cuauhtémoc, reunión a la que me acompañó Priscila. Cuauhtémoc se llevó el borrador y de puño y letra le hizo algunas

modificaciones, la mayor parte de éstas pertinentes. Lo quiso conocer Porfirio Muñoz Ledo, y tuvimos que estar de acuerdo pues Cárdenas insistió en que si él lo suscribía tendría que avalarlo también su partido (Porfirio era el presidente del PRD en ese momento). La versión final fue impresa y distribuida con anticipación. Hasta ahí todo iba bien.

2.7. Tercera sesión de la CND

Esta sesión se llevó a cabo en la ciudad de Querétaro del 3 al 5 de febrero de 1995. Al principio se trabajó en 12 o 13 mesas, no recuerdo bien, en las que se eligió un moderador, un secretario de actas y dos escrutadores para el caso de que hubiera votaciones. Además de la discusión del Plan de Querétaro, que todo mundo tenía en sus manos, hubo otras ponencias de diversas personas. En cada mesa de trabajo pudo observarse la división que venía arrastrándose desde la primera sesión de la CND, más evidente a partir de la segunda en Tuxtla Gutiérrez. Yo pensaba que después del reconocimiento de Avendaño como gobernador de transición en rebeldía, por parte del EZLN, y de que los *ultras/sectarios* habían estado de acuerdo con el Plan en la lectura del borrador, la sesión iba a desarrollarse positivamente. Error.

En cada mesa estaban miembros de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), de la Coalición Obrera-Campesina-Estudiantil del Istmo (COCEI), del Frente Popular Francisco Villa (FPFV), de la Central Única de Trabajadores (CUT), del Movimiento Proletario Independiente (MPI) y otras más que largo sería citar. Un segundo grupo estaba formado por representantes de cada uno de los estados de la República, entre los cuales había miembros de ONG, líderes naturales de movimientos sociales (incluso de cristianos), pero también de las organizaciones ya mencionadas. El tercer grupo estaba formado por individuos, algunos intelectuales y otros políticos (sobre todo del PRT, PRD y PT). Hubo un fenómeno que observé con interés: entre los representantes de las organizaciones sociales (que he identificado como *ultras/sectarios*) había dirigentes y miembros de base, campesinos muchos de ellos que, lamentablemente, apenas sabían leer y escribir. Lo curioso no es esto, sino que los dirigentes les enviaban por escrito sus intervenciones, además de la instrucción de que pidieran la palabra. Pensé, y lo pude constatar después, que esas organizaciones que decían luchar, entre otras cosas, por la democracia, estaba muy lejos de practicar ésta en su interior, con sus miembros de base. Daba pena ver a esos campesinos manipulados por sus líderes y tratando de leer, con muchas dificultades, lo que les habían escrito éstos, pues ni siquiera era su letra. A pesar de todo, los que estábamos a favor de la idea de la construcción del Movimiento para la Liberación Nacional y con el Plan de Querétaro, ganamos en todas y en cada una de las mesas. Personalmente estaba satisfecho, pues la composición de la CND en esa sesión permitía suponer que podríamos perder.

Del trabajo en mesas pasamos a la plenaria, en la que había alrededor de mil personas o quizá más. Cuando se leyeron los resultados de las votaciones en las mesas los *ultras/sectarios* exigieron que se votara otra vez el Plan de Querétaro. Era una provocación, pues si los delegados estuvieron en las mesas, los mismos que ahora estaban en la plenaria, y en cada mesa de trabajo se había votado y habían perdido, un simple razonamiento matemático sugería que los resultados no se alterarían (la suma de las partes de un todo no puede ser mayor al todo). A gritos trataron de imponer su voluntad, sentados estratégicamente en diversos puntos del auditorio, para dar la idea de que eran muchos (la

vieja táctica para tratar de manipular asambleas). Nos reunimos algunos de nosotros con los líderes de la oposición, intentamos algunas negociaciones: quitar tal punto, agregar tal otro, sin cambiar lo esencial del Plan. Finalmente hubo acuerdos y les pedimos que hablaran con su gente en un breve receso que se estableció. Terminado el receso se puso a votación, para evitar más gritos y, como era lógico y matemáticamente probable, perdieron otra vez. Entonces los líderes con los que habíamos negociado tomaron la tribuna y el micrófono y volvieron a insistir en los puntos que ya habían cedido en la negociación. Pedí la palabra y, por primera vez en mi vida, hablé muy enojado y sin que me temblaran las manos (pues soy muy nervioso para hablar en público. Pánico escénico le llaman algunos). Vlady, el famoso pintor y buen amigo, me dijo que le había recordado a Trotski arengando a las masas. Fue muy amable, pero sin duda exagerado, muy exagerado. Lo que sí fue cierto es que denuncié la traición de esos líderes, leí los acuerdos a los que habíamos llegado y los riesgos de una división. Finalmente, después de otras intervenciones, los ánimos se fueron calmando.

Mientras todo esto ocurría, en un restaurante vecino al auditorio estaban Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y otros dirigentes del PRD, probablemente esperando que la asamblea se pusiera de acuerdo para entonces llegar y suscribir el Plan de Querétaro. Cuando las cosas se calmaron en el interior de la CND llegó la plana mayor del PRD, y en lugar de que Cuauhtémoc leyera su adhesión al Plan, leyó el mismo discurso que había leído la mañana de ese día, con motivo del 5 de febrero (día de la Constitución), en la ciudad de México. No dijo que no al Plan de Querétaro ni al Movimiento para la Liberación Nacional, pero tampoco dijo que sí. En una palabra, el MLN se frustró, por lo menos como lo habían ideado y preparado los zapatistas desde antes de la *Tercera Declaración de la Selva Lacandona* cuando ya habían hablado de formar un frente amplio opositor. Alguien me explicó, a manera de disculpa (y no tenía que hacerlo), que en las condiciones internas de la CND, donde había todo menos unidad, era claro que Cuauhtémoc no entraría al proyecto del MLN. Lo entendí, obviamente, pero me sentí decepcionado, como si hubiéramos tenido una derrota, y no nosotros, sino lo que estábamos defendiendo junto con el EZLN y buena parte del pueblo chiapaneco. Los *ultras/sectarios* nunca quisieron entender el significado de un frente *amplio* opositor propuesto por los zapatistas. No quisieron entender algo que era elemental: que no se trataba de crear un frente clasista, sino plural de todos los mexicanos que estuvieran de acuerdo con las demandas planteadas en la *Primera Declaración de la Selva Lacandona*. Tampoco quisieron entender que en un frente amplio las organizaciones no se disuelven, ni dejan de existir.

Escribí un artículo sobre mi balance de esa reunión. No les gustó a los *ultras/sectarios*, y me reclamaron. Pero no entraron en polémica. Lástima, me frustraron el gusto de derrotarlos por escrito en las páginas de *La Jornada*, que sin duda habría acogido la polémica.

La CND va... a pesar de (*La Jornada*, 9/02/95)

“Y antes de Aguascalientes, ellos dijeron que las insalvables diferencias que nos fragmentan y enfrentan unos contra otros nos impedirían voltear hacia un mismo punto... Y antes de Aguascalientes, ellos dijeron que no habría problema, que la convocatoria a un diálogo entre un grupo de transgresores de la ley y una masa informe desorganizada y fragmentada..., la llamada sociedad civil, no tendría eco ni causa común, que la dispersión reunida sólo puede

causar una dispersión potenciada hasta la inmovilidad... Y antes de Aguascalientes, ellos dijeron que no había que oponerse a la celebración de la Convención Nacional Democrática, que abortaría por sí sola, que no valía la pena sabotearla abiertamente, que era preferible que reventara desde dentro, que se viera en México y en el mundo que la inconformidad era incapaz de ponerse de acuerdo entre sí...

“A eso apuestan, a eso, por eso dejaron correr la convocatoria, por eso no impidieron que ustedes llegaran hasta acá; el previsible fracaso de la CND no debe ser atribuido al poderoso; que sea evidente que el débil lo es porque es evidente que es incapaz de dejar de serlo; es débil porque lo merece, es débil porque lo desea.

“Y antes de Aguascalientes, nosotros dijimos que no había problema... que la dispersión reunida y dialogando bien puede provocar un movimiento que dé por fin vuelta a esta página de vergüenza, a esta página de historia mexicana.

“Por eso los invitamos..., por eso esperamos que la madurez y la sapiencia los lleve a descubrir que el enemigo principal..., no está aquí sentado entre ustedes.

“Por eso nos dirigimos con todo respeto a esta CND para pedir... que no les den la razón a todos los que predican el fracaso de esta convención, que busquen, que encuentren lo que nos une, que hablen palabra verdadera, que no olviden las diferencias que los separan... que las guarden un momento... suficiente para descubrir al enemigo común.”

Todo esto y más del magnífico discurso de *Marcos* el 8 de agosto de 1994, parece haberse enfrentado al muro de la sordera, y de la intolerancia de grupos sociales y políticos y de personas que han querido ver en la CND un espacio para engordar sus organizaciones o sus ansias de protagonismo (tratándose de individuos) o, peor aún, para hegemonizarla por mayoriteos y gritos por debajo, muy por debajo del entendimiento, del diálogo, de votaciones honestas, de la democracia que deben tener como punto de partida quienes aspiran o dicen aspirar a la democracia.

Desde la primera sesión de la CND, hasta la tercera llevada a cabo el pasado fin de semana en Querétaro, ha habido quienes han querido ganar presencia y dirección en las mesas de debate, en las plenarias, en el Consejo Nacional de Representantes, en la Comisión Coordinadora de la CND, no por el convencimiento de sus posiciones, no mediante el diálogo y la búsqueda de lo que es común a muchos, no mediante la democracia, sino por intransigencia, por el grito y la intolerancia para anular al contrincante confundido frecuentemente con el enemigo. Su característica principal ha sido negar en los hechos aquello por lo que dicen luchar: la democracia.

Así no. Sin espíritu democrático, sin humildad para reconocerse en el otro, a pesar de las diferencias, no podrá llevarse a buen puerto la nave de la CND ni, mucho menos, a un movimiento más amplio en el que participen todos aquellos que ven en el actual régimen algo que debe cambiarse. Todos tenemos posiciones y qué bueno, lo que no se vale es quererlas imponer a los demás e impedir incluso que los demás expresen las suyas. Esto ha ocurrido en las grandes sesiones de la CND. No debe continuar. Lo democrático es hablar y dejar hablar, tratar de convencer y estar dispuesto a ser convencido. Sólo con

democracia se puede construir la democracia, sólo con honestidad se puede desterrar la cultura de la que en México llamamos *transa*.

Por fortuna quienes no oyen, quienes quieren imponer sus posiciones, quienes rehuyen el diálogo y el entendimiento, quienes han demostrado no ser democráticos, son minoría. Y gracias a que son minoría la CND avanza y el principio de lo que podría ser un gran movimiento para la liberación nacional y la democracia es ya un hecho, tanto que ha provocado reacciones adversas del gobierno y declaraciones elípticas en su contra desde el más alto nivel político.

El *Plan de Querétaro*, documento aprobado por mayoría de votos en las mesas y en la plenaria de clausura, es perfectible y sin duda será enriquecido por quienes lo lean y lo discutan, incluso por la minoría que estuvo en su contra. Esta minoría, que hasta ahora ha manejado sólo consignas, algunas inviables, reflexionará y quizá, si de veras quieren avanzar en el movimiento, lleguen a presentar otra propuesta, razonada, fundamentada y amplia, para que la muy grave situación en Chiapas y en el país entero encuentre vías de solución por la participación real y responsable de la sociedad mexicana.

Ese desastre descrito fue el 5 de febrero, domingo. Y ese mismo día, también en la ciudad de Querétaro, donde se conmemoraba oficialmente el aniversario de la Constitución, Zedillo le puso un ultimátum al EZLN. El jueves 9 por la noche el presidente apareció en la televisión, en cadena nacional, anunciando que había girado órdenes de aprehensión contra presuntos dirigentes del EZLN. Curiosamente, entre los nombrados, no figuraba ninguno de los miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General, que habían estado en el diálogo de San Cristóbal del 20 de febrero al 2 de marzo de 1994. Ellos formaban la Comandancia del EZLN, superiores de *Marcos* en la jerarquía y, sin embargo, fueron ignorados, como si se tratara de órdenes de aprehensión racistas en sentido inverso: sólo blancos y mestizos, los indios no, ni valen la pena de ser detenidos —parecían decir. Sin decirlo, Zedillo estaba repitiendo la versión del Ejército Mexicano de principios de 1994: se trataba de indios dirigidos (en realidad manipulados) por blancos y mestizos, incluso extranjeros, porque los indios, se insinuaba, son incapaces de pensar por sí mismos y mucho menos rebelarse. Los *inditos*, acostumbrados a la obediencia y la sumisión, que se bajaban de las banquetas en San Cristóbal cuando pasaba un *auténtico coleto*, no iban a rebelarse. Era cosa de extranjeros enemigos de México y de su soberanía, protegida tanto por el Ejército federal como por los *nacionalistas* gobiernos neoliberales.

El origen de las detenciones, de los descubrimientos de *arsenales* y *centros de propaganda* zapatistas, y de las órdenes de aprehensión de *Marcos* y otros, escribí en *La Jornada* el 16 de febrero de 1995, se localiza en la averiguación previa 1125/D/95 (relacionada con el acta 39/I/95 en Tuxtla) en la que el compareciente fue J. Salvador Morales Garibay.

Morales Garibay, hasta donde se ha sabido, sin que quiera decir que haya certidumbre, era un dirigente de las Fuerzas de Liberación Nacional que desertó y desapareció. Hasta la fecha no se sabe en dónde está, si está vivo o está muerto, o si está en algún programa de protección de testigos como esos de las películas estadounidenses y el FBI. Según la copia de la deposición de este sujeto, el 8 de febrero de 1995, se trata de una delación que incluye no sólo a sus supuestos compañeros de militancia sino al obispo Samuel Ruiz y a uno de sus colaboradores (Jorge Santiago Santiago). Vale decir que el tal Morales Garibay, además de que nunca más se supo de él, nunca fue consignado. De

haberlo sido estaría en alguna prisión del país, y no está. Como consecuencia de esa delación, María Gloria Benavides Guevara, entonces compañera de Javier Elorriaga, fue detenida en la madrugada del día 9 de febrero, sacada de su casa en la colonia Narvarte de la ciudad de México donde encontraron un “peligrosísimo arsenal” compuesto por un revólver de 9 milímetros y un cuchillo de cocina, o algo así. El día 10 fue detenido en Chiapas su compañero, Elorriaga, acreditado no sólo como productor de la empresa Argos de Televisión (de Payán e Ibarra) sino, como se supo posteriormente, como correo aceptado por Zedillo y por *Marcos* en su breve intercambio epistolar del otoño de 1994. En el caso de Gloria Benavides hubo dos deposiciones, una a las 9 de la mañana y otra a las 15 horas. Una de ellas, según dijo, fue bajo tortura y con los ojos vendados. Es evidente que no eran sus palabras, como lo demostré en mi artículo ya citado, ni podían serlo en boca de una militante de izquierda. Todo era forzado, y algo que resultó obvio fue que las órdenes de aprehensión no eran producto de una investigación, como decía la Procuraduría General de la República. A partir de ese momento “los que se inconformaron”, como les había llamado Zedillo antes, pasaron a ser “delincuentes políticos y penales”.

Todo el asunto lo quiso presentar Zedillo como policiaco, pero no fue tal, sino la cobertura que quiso darle para no evidenciar que estaba violando la Constitución. ¿En qué sentido estaba violando la Constitución? En que usó al Ejército para invadir la zona, destruir poblados y provocar la huida de la gente con el riesgo de morir en la selva. La participación de los militares correspondió a un operativo propuesto, según asesores militares que consulté, desde los primeros días de diciembre del año anterior. No es casualidad que entre los candidatos que le ofreció el Ejército Mexicano al nuevo presidente de la República para nombrar al secretario de la Defensa, Zedillo haya escogido al que mayor experiencia tenía en contra insurgencia (precisamente en Guerrero en la época de Lucio Cabañas y en otros lugares): el general Enrique Cervantes Aguirre. El nuevo secretario de Defensa Nacional había sido también agregado militar en la Embajada de México en Washington y condecorado por las fuerzas armadas de Estados Unidos. La hipótesis que elaboré entonces, sobre todo como resultado de mis entrevistas de asesores militares (del ejército estadounidense) fue que el Ejército Mexicano preparó el operativo iniciado el 10 de febrero en Chiapas y que esta fecha fue escogida cuando estaba en condiciones de llevarlo a cabo.

¿Fue coincidencia que tres días después del fracaso de la formación del Movimiento para la Liberación Nacional haya sido “detenido” Morales Garibay y que el 9 de febrero se hayan dictado órdenes al Ejército para invadir brutalmente la zona zapatista? Yo digo que no. Más bien elaboraría otra hipótesis: que si se hubiera formado el MLN hubiera sido menos probable que 1) se dictaran las órdenes de aprehensión, y 2) que el operativo militar se hubiera llevado a cabo. Si esta hipótesis fuera correcta, y no hay forma de demostrarla, ni entonces ni ahora, eso querría decir que fue un desacierto de los *ultras/sectarios* impedir la formación del MLN entre la CND y Cuauhtémoc Cárdenas y sus millones de seguidores en 1995. La duda se me quedó pegada y sigue ahí hasta la fecha.

Zedillo quiso hacer creer, como ya lo mencioné, que la intervención del Ejército era legal. Para ello presentó a las fuerzas armadas como *coadyuvantes* de la Procuraduría General de la República. Nada más falso. Los militares fueron invasores, destruyeron pueblos, como ya dije, mataron a los animales domésticos de los campesinos (ni siquiera se los comieron), evacuaron sus intestinos en la ropa de la gente, violaron mujeres, cortaron con machete las mangueras para el agua de uso, y acciones por el estilo (todo ello documentado). La operación militar se llamó *Operación Arco Iris*. Destruyeron

Aguascalientes, incluso el entortado de cemento que se había construido para la primera sesión de la CND, destruyeron la biblioteca y la escuela y, por si no fuera suficiente, convirtieron el lugar en un cuartel militar, cercado con alambre de púas y con letreros de “peligro, no se acerque”. Cuando un grupo de nosotros fuimos a “rescatar” *Aguascalientes*, pues era un regalo a la CND, pudimos observar varias cosas: 1) que los miembros del Ministerio Público (MP) de la PGR eran los mandaderos de los soldados, 2) que el general Guillermo Martínez Nolasco (hoy diputado federal del PRI), en aquellos momentos encargado de la zona tomada (y destruida), era el jefe (el Comandante de Agrupamiento de la Fuerza de Tarea Arco Iris en Chiapas) y que el agente del MP hacía lo que se le ordenaba, y 3) que para entrar a verificar lo que había en el *ex Aguascalientes* se tuvo que hablar con él y no con los elementos de la PGR. (Pudimos hablar con él porque entre nosotros iban Rosario Ibarra y Edgard Sánchez, ambos diputados en esos momentos y, dijo el general, porque tenía un gran respeto por Rosario, lo que a ella, según me pareció, no le hizo gracia alguna.)

La PGR, para lo único que sirvió, además de transmitir nuestros mensajes al general Martínez Nolasco, fue para que le entregáramos, en su calidad de MP, una denuncia contra el Ejército Mexicano por 1) impedir la libertad de tránsito garantizada por la Constitución, y 2) por violar la Ley agraria al haber invadido y destruido un ejido sin la autorización de las autoridades ejidales. Nuestra denuncia/demanda, por supuesto, no prosperó. Lo más que obtuvimos fue una declaración de la Zona Militar diciendo que en los archivos de Tuxtla Gutiérrez estaba la aprobación de las autoridades ejidales, cosa que nunca comprobamos pues no valía la pena. El Ejército Mexicano, a diferencia de otros países, es intocable. Dicho sea de paso, la denuncia/demanda, redactada por Gilberto López y Rivas y quien esto escribe, fue filmada en todo el proceso por diversos periodistas de televisión y registrada por corresponsales de prensa incluso de agencias noticiosas trasnacionales, como fue el caso de Trina Kleist, de *Associated Press*, quien prácticamente vivía en SCLC y quien me prestó su cuaderno para escribir la demanda.

Para despejar las dudas que todavía pudieran quedar en el lector, me permitiré citar a Javier Ibarrola, quien escribía la columna titulada “Fuerzas Armadas” en *El Financiero*, y que no era sospechoso de ser crítico sino más bien de ser vocero de las fuerzas armadas. Dos años después, casi exactamente, escribió: “Las fuerzas armadas *han sido llamadas para hacer frente a la subversión, primero en Chiapas* y luego en otros estados de la República, donde las capuchas campean con desesperante libertad...”³⁸ Con esta afirmación Ibarrola parecía haber olvidado, o nunca se la creyó, que el papel del Ejército Nacional no era acabar con la subversión sino *coadyuvar con la PGR para aprehender a los presuntos dirigentes del EZLN*. Si Ibarrola estaba interpretando libremente el papel de las fuerzas armadas, cabe señalar que una afirmación tan delicada como la citada nunca fue desmentida por la Secretaría de la Defensa Nacional.

No rescatamos *Aguascalientes*, pero nos sentimos muy satisfechos de haberlo intentado.

Inmediatamente después de que se giraron las órdenes de aprehensión mencionadas, amplios sectores de la sociedad, otra vez, se movilizaron en la ciudad de México y en otras ciudades y, significativamente, uno de los gritos más oídos en tales manifestaciones fue “Todos somos Marcos”, con lo que se dio a entender que a nadie le importó la supuesta

³⁸ *El Financiero*, 19/02/97. (Las cursivas son mías).

media filiación que dieron la PGR y el presidente Zedillo y que si se iba a apresar a *Marcos* pues que se apresara también a todos los manifestantes.

Por estas manifestaciones, pero también por la severa crisis que atravesaba el país en esos momentos, fue que Zedillo promovió un periodo extraordinario del Congreso de la Unión para que pudiera aprobarse la llamada ley del Diálogo y que creaba la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa). Por esos días Robledo Rincón pidió licencia al Congreso local con el argumento de que no quería obstaculizar un nuevo diálogo entre el gobierno y los rebeldes. Lo sustituyó Julio César Ruiz Ferro, gobernador interino. La situación en Chiapas era muy compleja. Una vez más los ganaderos, los comerciantes, los finqueros y los *auténticos coletos* comenzaron reclamar la devolución de tierras y hasta la salida de Samuel Ruiz de la diócesis y de SCLC en particular.

Al presidente Zedillo, como ya lo he mencionado, no le simpatizaba la idea de que la Conai mediara entre el EZLN y el gobierno, de ahí que propiciara la formación de la Comisión Legislativa de Diálogo y Conciliación para el estado de Chiapas con senadores y diputados de los cuatro partidos representados en el Congreso de la Unión (rechazada por el EZLN). A mediados de febrero de 1995, por iniciativa de Zedillo, la Comisión Permanente del Congreso convocaría a un periodo extraordinario de sesiones en el que se aprobaría la Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz digna en Chiapas que contemplaba la existencia de la Cocopa, formada por la Comisión ya existente más un diputado local de Chiapas y un representante del gobierno del mismo estado.³⁹ La Cocopa fue producto de una iniciativa conjunta del Ejecutivo federal y de la Comisión de Diálogo mencionada. La Cocopa y el EZLN, reunidos en el Ejido San Miguel, municipio de Ocosingo, Chiapas, el 9 de abril de 1995, establecieron acuerdos necesarios para hacer posible el Diálogo del EZLN con la delegación gubernamental en San Andrés Larráinzar (Sacam'chén de los Pobres) al norte de San Cristóbal de las Casas. Vale decir que los miembros de la Cocopa, empezando por Heberto Castillo, no aceptaron que el diálogo, como proponía el EZLN, fuera en la ciudad de México. Heberto dijo, el 30 de marzo, que era correcto rechazar que el diálogo fuera en la capital del país porque se trataba del lugar más politizado y "militarizado" del país (porque ahí estaba el Campo Militar número uno). Sin comentarios.

2.8. El diálogo de San Andrés y los intentos por minimizarlo

Después de la Sesión de la CND en Querétaro tuve poca actividad relacionada directamente con los zapatistas. Mi vinculación fue más bien a través de mis artículos, en los que intenté interpretar lo que estaba ocurriendo.

Con Zedillo hubo cuatro secretarios de Gobernación. El primero fue Esteban Moctezuma Barragán, un joven muy cercano al presidente de la República, y que terminó como presidente ejecutivo de la Fundación Azteca (de TV-Azteca) y articulista de *El Universal*. Dicen los que estuvieron en el encuentro de Moctezuma con *Marcos* (enero de 1995) que al parecer se trataron con simpatía mutua, y que hasta se hicieron bromas. Pero atrás de esas apariencias estaba la ubicación de ambos: en lados opuestos.

Zedillo no siguió la estrategia de Salinas de nombrar un comisionado para la paz y la reconciliación, sino que hizo descansar esta responsabilidad en la Secretaría de Gobernación, es decir en el encargado de la política interior del país. Quiso desconocer a la

³⁹ *Diario Oficial de la Federación*, 11/03/95.

Conai como instancia mediadora, para luego aceptarla, y propició que el Congreso de la Unión nombrara una Comisión *ad hoc* que terminaría siendo la Cocopa (senadores y diputados de los cuatro partidos representados, más un diputado local y un funcionario de gobierno, ambos de Chiapas). Cuando se planteó, en el marco de la llamada Ley del Diálogo, una nueva “negociación” con los zapatistas, la Secretaría de Gobernación designó a cuatro funcionarios de medio rango y a un general del Ejército para que la representaran. Estos cuatro funcionarios fueron Marco Antonio Bernal, Gustavo Iruegas, Jorge del Valle y Javier Zenteno. El militar fue el general Tomás Ángeles Dehuahare, cuya presencia fue interpretada como la voz y los oídos de la Secretaría de la Defensa, pues era, ni más ni menos, el secretario particular del general Cervantes Aguirre.

En paralelo, Zedillo nombró a Dante Delgado coordinador del Programa de Bienestar Social y Desarrollo Sustentable para Chiapas cuyo papel, como ya lo mencioné, consistiría en comprar conciencias aprovechando las muchas necesidades de los pueblos de la *región en conflicto*, como se decía en los medios oficiales. Dante tuvo éxitos, sin duda, y más que por sus ofrecimientos, que en muchos casos fueron sólo ofrecimientos, por el oportunismo y la corrupción de muchos compañeros de la AEDPCh que se vendieron y dejaron casi solo al gobernador en rebeldía, por lo menos al principio. Entre los pocos que se mantuvieron, y lamento haber olvidado sus nombres, debo mencionar a quienes mejor conocía: a Abelardo Palma y a Diana Damián, firmes en sus convicciones. Hubo una carta muy dura contra los miembros “débiles y corruptos” de la Asamblea Estatal de Chiapas, que firmó Marcos por órdenes del CCRI-CG (20/05/95). Recuerdo que ese texto fue un golpe muy fuerte para quienes todavía no habían caído en el cinismo pero que sí habían titubeado ante las tentaciones ofrecidas por el gobierno federal. En esos días tuve una entrevista con Amado para recordarle que no estaba solo, pues ya había observado que no pocos de los indecisos habían confirmado su lealtad a la lucha. No sé si me creyó.

El ejército, por otro lado y desde el 10 de febrero, se había apoderado de diversas zonas en una táctica de contra insurgencia conocida como la creación de *aldeas estratégicas* (utilizada en Vietnam), para aislar y cercar a los rebeldes y a sus simpatizantes. Esta táctica significó fuertes migraciones en las comunidades cercadas, es decir una situación peor de la que ya de por sí tenían esos pueblos. Era moralmente repugnante lo que estaban haciendo los soldados, pero también un genocidio, según la tipificación del delito establecida en el artículo 149 bis del Código Penal federal vigente. El artículo dice: “Comete el delito de genocidio el que con el propósito de destruir, total o *parcialmente a uno o más grupos nacionales* o de carácter étnico, racial o religioso, perpetrare por cualquier medio, delitos contra la vida de miembros de aquellos...” (las cursivas son mías). Y cuando el Ejército Mexicano tomó Guadalupe Tepeyac, en Chiapas (febrero de 1995, para no mencionar más ejemplos) y obligó a su población (más de seis mil personas, incluidos niños y ancianos) a emigrar a la selva en condiciones de existencia peligrosas para su integridad física, total o parcial, se cometió delito de genocidio, como ha quedado establecido, pero no reconocido por ningún fiscal hasta la fecha.

En estas condiciones se escogió una población con sólo dos líneas telefónicas, sin hoteles ni restaurantes suficientes, como sede del diálogo. La única ventaja de San Andrés Larráinzar fue que estaba a 25 kilómetros de San Cristóbal. Las pocas veces que fui en esos días a SCLC, solía encontrarme en las noches a la delegación gubernamental. A Iruegas lo conocía poco, pero él quiso recordarme que nos habíamos visto en la Facultad de Ciencias Políticas quién sabe cuando. Debo reconocer que quiso ser amable conmigo y que yo fui un poco grosero con él. A Marco y a Jorge, en cambio, y sobre todo a Jorge, los conocía

mejor. Jorge había sido simpatizante del trotskismo en sus años de juventud, cuando recién regresaba de estudiar en Francia, pero luego se volvió, para mi gusto, muy cínico, que es una característica de las personas que llegan a la conclusión de que “hay que poner los pies en la tierra” y dejar de pensar en utopías. *Realistas*, se autodenominan, lo cual no es otra cosa que la justificación de su oportunismo. Teníamos que coincidir cuando llegábamos relativamente temprano a San Cristóbal, pues a esas horas el único restaurante abierto era el Tizoncito (creo que así se llamaba) que, por cierto, era un lugar considerado peligroso para hablar con libertad pues —se decía— el dueño era de los *coletos* enemigos del obispo Ruiz y, por supuesto, de los simpatizantes del zapatismo. Nunca supe si el rumor tenía bases reales o era simple paranoia de quien lo haya inventado.

Mi presencia en San Andrés era externa, en los llamados cordones de paz a los que iba con Rosario Ibarra, Sergio Rodríguez, Priscila Pacheco y otras personas. Ahí conocí a una compañera que había militado en las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), pero siempre fue muy hermética y nunca me enteré de nada que no supiera por publicaciones existentes a la fecha. Lástima, porque yo todavía estaba interesado en escribir esa historia. En esos días, por cierto, apareció un artículo de Carlos Tello Díaz, en la revista mensual *Nexos*. Pobre, creyó que estaba diciendo algo original y, sobre las FLN no tenía más información que las delaciones de Morales Garibay y lo que se había publicado en informes de “inteligencia” militar del general Arturo Acosta Chaparro, tiempo atrás (informes que conseguí y que están plagados de imprecisiones). Cuando se publicó su libro, editado obviamente por Cal y Arena, la editorial del grupo *Nexos*, nadie le dio importancia, pues era evidente que se trataba de una denuncia policiaca basada en los archivos del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), cuyo titular era tío del autor. (El libro apareció en agosto de 1995). Algunos de los datos son correctos, pero no otros muchos ni las correlaciones que hizo el autor de sucesos ocurridos en tiempos muy distintos. Las coincidencias que forzó el autor en su libro fueron para sustituir su falta de fuentes y de datos, quiero pensar, aunque también podría deducirse que las estableció para involucrar, fuera de toda lógica, a personas que nada tuvieron que ver con las FLN, el EZLN o la rebelión. Carlos Monsiváis me dijo, en alguna conversación telefónica en que hablamos del artículo, que lo mejor era ignorarlo (*¿ninguneo?*), pues yo había escrito un artículo en *La Jornada* (27/04/95) rebatiendo el texto de Tello en *Nexos*. La misma opinión tuvo Antonio García de León, quien en el artículo y en el libro fue presentado como uno de los instigadores y cómplices, junto con Samuel Ruiz, Jorge Santiago y Gonzalo Ituarte, del levantamiento del EZLN. A Antonio le dio mucha risa, pues tiene un gran sentido del humor.

El Diálogo de San Andrés se llevaba a cabo por pequeños periodos de unos cuantos días (llamados fases del diálogo), y luego otra vez, después de que los delegados zapatistas consultaban con sus comunidades. Las propuestas del gobierno no resultaban aceptables para los zapatistas, pues entre líneas leían que lo que se les estaba pidiendo era una suerte de rendición y no, como estaba planteada en la agenda acordada, la disminución de las tensiones en Chiapas (el problema de la *distensión* y de lo que cada parte quería entender por ella). Vale recordar que en este diálogo no estuvo el *Subcomandante Marcos*, sólo los miembros del CCRI-CG, que la delegación gubernamental desestimó todo el tiempo, quizá porque pensaba que los indios son limitados, no tienen un manejo amplio y preciso del idioma español, y, bueno, porque no son blancos ni tienen títulos universitarios. Pero se equivocaron. Un año después tuve la suerte de ser uno de los asesores del CCRI-CG para definir la nueva agenda del diálogo. Y recuerdo muy bien que los comandantes nos

plantearon un problema de implicaciones estratégicas. Varios de los asesores teníamos grado de doctor, en antropología, sociología, economía, ciencia política y no recuerdo qué más, sin embargo nos equivocamos, y esos indios con pasamontañas que, en efecto, no usan correctamente el español, nos dieron una lección al demostrarnos nuestro error, no regañándonos, sino de manera suave y muy diplomática. Recuerdo también que esa vez pensé que el *Comandante David* podría hacer un mejor papel que Gurría en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Y a propósito de José Ángel Gurría, el 25 de abril de 1995 fue el que dijo que, desde el 10 de enero de 1994, “la guerra en Chiapas ha sido una guerra de tintas, de palabra escrita, una guerra de Internet”, frase célebre que provocó la risa de millones de personas en el mundo. Luego se ve que los funcionarios de gobierno viven en otro planeta. No puedo olvidar que Antonio Carrillo Flores (quien había sido Secretario de Hacienda y de Relaciones Exteriores, fundador de la Comisión Nacional de Valores, director del Fondo de Cultura Económica y muchos cargos más), cuando fue candidato del PRI a una diputación federal (casi al final de su vida) declaró que nunca se había dado cuenta de la pobreza que había en la ciudad de México, que estaba escandalizado y que, lamentablemente, desde su domicilio particular a su oficina —en los muchos años en que había sido funcionario público—, nunca había visitado los barrios marginales de la ciudad ni se había enterado del precio de lo que en su casa se consumía. Igual que Gurría, quien nunca visitó Chiapas, y que, por lo mismo y porque no leía los periódicos, nunca se enteró que miles de indígenas seguían siendo víctimas de la guerra de contra insurgencia también llamada de “baja intensidad”, y no de Internet.

La intención del gobierno, para decirlo sin eufemismos, era que el EZLN abandonara el camino de las armas, y que se convirtiera en una fuerza política, en una fuerza legal, pero también, al mismo tiempo, quería deslegitimarlo. Por otro lado, en esos momentos quizá el EZLN tenía claro que el reinicio de la lucha armada, dada la correlación de fuerzas, no tenía futuro, y que su estrategia anterior (alianza con la Conac-In, luego la idea de la CND y del MLN) no le había producido los resultados esperados. De aquí que en junio, en los primeros días, los zapatistas tal vez concluyeron que debían organizar su propia fuerza política y civil, y para el efecto propusieron una gran consulta nacional e internacional sobre lo que debería ser el EZLN. El 18 de mayo publiqué un artículo que se llamó “Legalidad y legitimidad”, y en él decía:

Si el objetivo de la distensión es esa conversión [la de los zapatistas, de la ilegalidad a la legalidad], algo no va a funcionar. El levantamiento del EZLN no es legal, por más legítimo que sea —y vaya que lo es. Del gobierno podría decirse lo mismo, pero al revés: por más legales que sean sus acciones, que no todas lo son, no son legítimas. No es casual que los zapatistas se planteen, como condición para la distensión, que el gobierno se convierta de legal en legítimo, aunque no lo hayan dicho así. Pero de la misma manera que el EZLN no podrá ser legal, el gobierno no podrá ser legítimo, si nada cambia. Para que el EZLN sea legal, tendría que abandonar la vía de las armas, pero esto sólo podrá ocurrir cuando el gobierno acepte convertirse en legítimo, cuando inicie un proceso de legitimidad. Y éste sólo podrá darse cuando el gobierno acepte gobernar y gobierne para todos los mexicanos y no exclusivamente para los minoritarios sectores financieros nacionales y extranjeros y algunos de sus socios involucrados en otras empresas económicas.

En una de nuestras visitas a San Andrés, pues como ya dije, el diálogo fue en varias fases, convencí a mis compañeros, Rosario Ibarra, Sergio Rodríguez y demás, que alquiláramos, en el aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez, una camioneta Suburban para no depender de nadie en nuestros viajes de San Cristóbal a San Andrés y viceversa. No estuvieron muy de acuerdo pues el alquiler por día era muy costoso, pero yo ya había hecho cuentas de lo que, de haber ido solo, me hubiera costado el transporte de Tuxtla a SCLC y de regreso, más los taxis de la antigua capital del estado a San Andrés y los regresos. Como estuve dispuesto a pagar ese equivalente, a los demás les salía más barato el alquiler, pues éramos unas ocho personas. El problema fue que, en nuestro primer viaje a San Andrés, una compañera se mareó, pues iba sentada en la parte de atrás de la camioneta, donde suelen ir las maletas. La sinuosa carretera, para alguien que no esté acostumbrado, puede, ciertamente marear a una persona. Nos detuvimos en la desviación hacia San Juan Chamula, y por las prisas para abrir la parte de atrás, y no se manchara el interior del vehículo, Sergio rompió la llave, pues sólo servía para las puertas delanteras y para encender el motor. Para colmo, había que sacar el pedazo de llave de la cerradura, cosa que no fue fácil. Sergio montó en cólera, pero así y todo se fue en un taxi a SCLC para hacer una copia de la llave partida en dos. Mientras, yo me quedé a cuidar la camioneta. Obviamente, el objeto de todos los reclamos fui yo, por mi brillante idea de alquilar una Suburban. La llave salió muy cara, no sólo porque abusó el cerrajero sino por los taxis que tuvieron que tomar los demás, Sergio a San Cristóbal, el resto a San Andrés. Eran situaciones como ésta, que después nos daban risa, las que hacían que nuestros viajes no resultaran tan cansados, pues estábamos todo el tiempo, aburriéndonos, en los cinturones de paz formados alrededor del diálogo. A veces ya no sabíamos de qué conversar, pues no es divertido estar bajo el sol todo el día y luego con mucho frío y lluvia en parte de la noche. Un día, recuerdo, encontré a Carlota Botey pálida, muy pálida, en el cinturón de paz. Le dije que se saliera, que se fuera a sentar bajo alguna sombra y se tomara un refresco. No quería, como si estuviera cumpliendo alguna manda insistía en estar ahí las cuatro horas que todo mundo se había fijado, entre descanso y descanso. “Si los compañeros indígenas aguantan, yo también”, creo que me dijo. Le hice la broma de que, si quería algunos nopales para ponérselos en la espalda, se los conseguía. No se rió, pero sí aceptó irse a descansar un rato, quizá con un poco de remordimiento. Debo decir que yo iba, pero nunca estuve más de media hora en los cinturones de paz, por tres razones fundamentales: 1) porque no tengo gusto por sensaciones de martirio (sólo de niño fui religioso), 2) porque no aguanto el sol más de media hora, y 3) porque tengo los pies medio planos y nunca he soportado estar mucho tiempo de pie sin moverme. No tengo vocación para el estoicismo, confieso sin ningún rubor, ni problemas de conciencia. Creo que mi actitud poco sacrificada fue motivo de críticas entre ciertos compañeros, pues se supone que si alguien sufre todos debemos sufrir. Un concepto, a mi juicio, equivocado de la solidaridad y muy religioso. Vuelvo a decirlo, no soy religioso y cuando abandoné las creencias inculcadas en la familia yo tenía 13 años de edad, y fue una decisión muy consciente y razonada.

Cuando en enero de 1997 fui invitado a Galicia, España, a dictar conferencias sobre el zapatismo, y a una mesa redonda en la televisión de allá, mi amigo Carlos Vázquez, ex cura obrero durante el franquismo y miembro de Comisiones Obreras de ese país, siempre decía, al presentarme ante los distintos auditorios, que una de las razones por las que me habían invitado era porque yo, en la zona zapatista (donde nos habíamos conocido) me alimentaba con *Ensure* y porque me hacía café en una muy pequeña cafetera italiana (algunos compañeros mexicanos me criticaron, pero otros hicieron fila, más de una vez,

para tomar uno de mis cafés). Eso les había caído bien —decía Carlos— pues mi “actitud en la selva (que en realidad fue en Oventic) no era de abnegación sino de solidaridad y trabajo”, además de que “cuidaba mi estómago”. No era extraño que dijera eso, ya que los gallegos son de muy buen comer, aunque sean comunistas, y porque los europeos, en general, le tienen pavor a la salmonelosis, desgraciadamente muy común en México.

2.9. La Consulta Nacional por la Paz y la Democracia (y mi renuncia a la CND)

El diálogo entre el gobierno y el EZLN estaba estancado. Pasaba una fase, y otra, y otra más, y no se llegaba a ningún acuerdo. Mientras tanto, en la CND se polarizaban las posiciones. Por un lado Álvarez Icaza criticaba a *Marcos* de promover la división de la Convención y de estigmatizar a los *ultras/sectarios* en lugar de estimular la participación social, y por otro lado Rosario Ibarra declaraba que la CND se había convertido en un reflejo de la vieja izquierda, sus pugnas y fracasos, en lugar de responder a las expectativas del EZLN y de quienes querían la paz con dignidad y justicia, además de la libertad y la democracia. La CND, dijo Rosario (si mi memoria no me traiciona), debía convertirse en un espacio de diálogo de la sociedad y en una red con ramificaciones en todo el país. Me adelanto a decir que Álvarez Icaza no usó la expresión *ultras/sectarios*, pero era obvio que las baterías del *Subcomandante* estaban dirigidas contra éstos.

Quizá por esa polarización fue que la Convocatoria del EZLN de junio de 1995, a la Consulta Nacional, y que recibimos en San Luis Potosí (donde estábamos en reunión del CNR de la CND), estuvo firmada no sólo por *Marcos*, sino también por los comandantes *David* y *Tacho*. En un país donde existe la costumbre de interpretar señales y símbolos, tal vez el mensaje era, que en este caso, firmaban no sólo el “reformista” *Marcos*, sino los comandantes indígenas que los *ultras/sectarios* siempre se cuidaron de criticar. Es decir, en el EZLN, una vez más, se quiso hacer patente, ante la opinión pública, que no había división interna, como querían hacer creer ciertos voceros de la corriente *ultra/sectaria*.

Para confirmar su interés por la unión de la CND, el EZLN hizo tres propuestas (20/06/95) para las instancias encargadas de promover y organizar las consultas nacional e internacional, no sin antes recomendar que se *pospusieran las diferencias* como una necesidad para garantizar las consultas. De aquí que, hábilmente, creo, los zapatistas propusieron nombres de personas de ambas corrientes (de la ultra y de la nuestra, para simplificar) para la conformación de cada instancia. Para la organización de la consulta internacional el EZLN propuso a Álvarez Icaza, David Villarruel y Carlota Botey, del sector ultra, y a Rosario Ibarra, Patria Jiménez y Flora Guerrero del sector no ultra, para poner algunos ejemplos, cuidando, según yo, que los *ultras/sectarios* no fueran mayoría. Para el Comité Directivo Promotor de la Consulta Nacional el EZLN siguió más o menos el mismo criterio: por la ultra Benito Mirón Lince, Higinio Muñoz y de alguna manera Manuel Fernández Guastí, quien si bien no estaba con los *ultras* tampoco parecía ubicarse con nosotros. Manuel, inteligente y activo, era para mi gusto un poco caprichoso y no aceptaba fácilmente el trabajo en equipo si él no estaba al frente. Del otro lado, del llamado grupo *democrático*, estábamos Antonio García de León, quien a veces servía de puente diplomático entre las dos corrientes, Inti Muñoz también estudiante como Higinio del mismo apellido, Luis Javier Garrido, Nuria Fernández, Priscila Pacheco, Raúl Jardón y quien esto escribe. Otra vez los *ultras/sectarios* en minoría.

Finalmente, para la tercera instancia, que era el Consejo General de la Consulta Nacional, en la que habría cinco representantes del Consejo Directivo, cinco de Alianza Cívica Nacional y uno del EZLN (que sería el *Comandante David*), fuimos propuestos Manuel, Antonio, Benito, Inti y yo. Aquí el reto eran Benito y Manuel, uno por estar claramente en la otra corriente, y Manuel por no pertenecer a ninguna pero sabedor de que, sobre todo en el pasado, tenía contacto más frecuente con *Marcos* y supongo que con alguno de los *Comandantes*, quizá *Tacho*, pues había sido de los dirigentes de caravanas y de la Comisión Organizadora de la CND. De este grupo quizá yo era el único que no conocía, salvo en fotografía, al *Subcomandante Marcos*. Manuel, además, tenía muy buena relación con Calderón Alzati de Alianza Cívica, ambos físicos, creo recordar. Esta cercanía entre ambos, o si se prefiere, buen entendimiento, se notaba en las reuniones que teníamos en las oficinas de Alianza Cívica y por las coincidencias ante ciertas propuestas. Yo, debo confesar con toda humildad, tuve que hacer esfuerzos descomunales para no enfrentarme, como acostumbro hacer, tanto a Benito como a Manuel. Nunca he sido precisamente diplomático, y menos en un debate. Pablo González Casanova, en otro momento y en otro lugar, me decía con frecuencia que luego se notaba que yo no era del altiplano, que no estaba acostumbrado al lenguaje elíptico y que, en suma, era muy directo y, por lo mismo, agresivo. Estuve y estoy de acuerdo con él. No soy muy paciente y me acostumbré desde joven a ser muy directo, a veces cáustico, a veces hiriente, sobre todo en debates. No soy violento, que quede claro, no por lo menos físicamente, sólo en la palabra, oral o escrita, y esto molesta a mucha gente. Pero esta vez los zapatistas nos pidieron públicamente que pospusiéramos nuestras diferencias para no hacer fracasar, por éstas, las consultas nacional e internacional. Tenía que contenerme, pues. Y así lo hice. De hecho en la reunión del 29 de junio, según mis notas, acordamos formalmente posponer nuestras diferencias hasta después de la consulta.

En San Cristóbal, en las oficinas de Raymundo Sánchez Barraza (donde nos reuníamos para la planeación de consulta y para coordinarnos con organizaciones sociales de otros estados, que convocaba Raymundo), se planteó una especie de rivalidad entre Manuel y yo. Como él estaba de primero en las listas del Comité Directivo y del Consejo General de la Consulta Nacional, interpretó que era algo así como el coordinador de todos nosotros. Quizá tenía razón en términos de los “usos y costumbres” de los comunicados del EZLN, siempre con símbolos y señales comúnmente indirectas, pero tuve la sensación de que Raymundo no opinaba lo mismo. Como a Raymundo se le atribuían contactos celestiales y terrenales, en realidad selváticos, lo que decía o hacía no solía discutirse entre los simples mortales como nosotros. Era el de la voz, y quizá por eso convocaba, o al revés, como era el que convocaba nosotros asumíamos que era el de la voz. El hecho es que Raymundo me asignó ciertas responsabilidades, creo que sobre todo porque yo ganaba suficiente para poder viajar muy seguido a SCLC. Y viajaba con mucha frecuencia no por que fuera rico, sino porque no suelo faltar a mis clases en la universidad y tenía el ingreso suficiente para hacerlo. Esto me obligaba a tomar un avión en la mañana temprano para dictar mi curso a las 11 a.m. y luego regresar en el vuelo de las 17 horas a Chiapas. A Manuel, según mi impresión entonces, no le cayó muy bien que me hicieran encargos, o quizá las cosas eran más simples: no simpatizábamos uno con el otro. Es curioso cómo en ocasiones un esfuerzo común puede verse entorpecido por razones tan subjetivas y secundarias como la antipatía mutua. Pero lo superamos y logramos el esfuerzo común. Cuando terminó la Consulta y se dieron los resultados en Oventic, dejé de ver a Manuel Fernández, y no lo extrañé mucho (él tampoco a mí, seguramente). Sólo le hablé por

teléfono alguna vez para preguntarle sobre un problema de refracción de luz solar en las ventanas de mi departamento, con triple vidrio para aislarme del ruido del Periférico, pues él es físico especializado en óptica cuántica y egresado, *of course*, de la Universidad de Oxford.

Quien hizo muy buen trabajo de mediación entre Manuel y yo fue Guillermo Briseño. Con su enorme simpatía y buen humor resultó muy buen mediador. Creo que nunca se peleó con alguien en todo el tiempo que coincidimos en el movimiento zapatista. Otro hombre bueno y, además, un músico muy imaginativo que sorprendía a los indígenas de las comunidades zapatistas con sus conciertos de rock y jazz, que incluía composiciones tuyas referidas a la CND y al EZLN. A mi me parecía como surrealista, pues algo me decía que no era la música del gusto rural, a diferencia de las cumbias y unos boleros muy deslavados con los que solían bailar (además, obvio, de música de marimba).

La preparación de la consulta no fue tarea fácil. Además de las convenciones estatales (de la CND) y las convenciones sectoriales (por sectores sociales), había que capacitar a miles de promotores en todo el país, mismo que dividimos por zonas o regiones. Antonio se encargaría de Morelos, Veracruz, Puebla y Tlaxcala. Yo de Chiapas, Nuevo León, Coahuila y Colima. Inti de Chihuahua, Jalisco, Sonora, Sinaloa y Guerrero. Higinio de Durango, Jalisco, Querétaro, y también Sinaloa. Manuel de Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo. Priscila de Baja California, Baja California Sur, estado de México y Nayarit. Raúl Jardón de Zacatecas, Tamaulipas, Oaxaca y Aguascalientes. Nuria Fernández también de Guerrero además de Michoacán, Guanajuato, Hidalgo y Distrito Federal. Este reparto obedeció a los contactos que tenía cada quien para hacer más fácil la comunicación y el trabajo de coordinación con los representantes estatales y sectoriales. Alianza Cívica, sobre todo Martha Pérez, nos ayudó mucho para organizar todo lo que teníamos por hacer. Pues si bien Alianza Cívica se encargó de la organización y nosotros de la promoción de la Consulta, necesitábamos una buena coordinación, así como también intercambios con el EZLN.

Las preguntas propuestas por el EZLN para la Consulta Nacional, fueron las siguientes:

1. ¿Estás de acuerdo en que las principales demandas del pueblo mexicano son: tierra, vivienda, trabajo, alimentación, salud, educación, cultura, información, independencia, democracia, libertad, justicia y paz?
2. ¿Deben las distintas fuerzas democratizadoras unirse en un amplio frente de oposición y luchar por las 13 demandas principales?
3. ¿Debe hacerse una reforma política profunda en términos que garanticen: equidad, participación ciudadana, incluidas la no partidaria y la no gubernamental, respeto al voto, padrón confiable y reconocimiento de todas las fuerzas políticas nacionales, regionales o locales?
4. ¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política independiente y nueva?
5. ¿Debe el EZLN unirse a otras fuerzas y organizaciones y formar una nueva organización política?

Pensamos entonces que las preguntas 4 y 5 eran las más difíciles, pues para alguien no muy familiarizado con la política podían ser muy sutiles. Se nos preguntaba cuál era la diferencia entre fuerza política nueva y organización política nueva, y no era fácil explicarlo. También nos preguntaban si el EZLN se desarmaría para ser una fuerza o una organización política. Cuando se preguntaba de la unión del EZLN con otras fuerzas y organizaciones quedaba claro que no eran la misma cosa, pero, entonces, ¿una organización

política con la cual se uniría el EZLN podría ser, digamos, el PRD? ¿Y de qué se estaba hablando de la unión del EZLN con otras fuerzas políticas para formar una nueva organización política? ¿Cuáles serían esas fuerzas políticas? Y así por el estilo. Finalmente, ¿una nueva organización política en la que participara el EZLN sería un nuevo partido? Y si el EZLN no quiere el poder, ¿para qué el partido?, pues los partidos aspiran al poder por definición. ¿Y qué tal que sí aspiraban al poder pero con una estrategia distinta a la de otros movimientos y partidos de la izquierda tradicional, aunque igualmente utilitarista (me eres útil, ahora ya no, etcétera)? Las preguntas sugerían otras muchas preguntas, y éstas muchas discusiones entre nosotros y con los representantes de los estados y de los sectores. Muy complicado. ¿Deliberadamente complicado? No lo supe ni lo sé, pero sí supe que una de las intenciones del EZLN fue promover un diálogo nacional, y éste se dio, aunque no estoy muy seguro de que haya sido un diálogo y no un debate. Pero diálogo o debate eran muy importantes, y lo siguen siendo, pues una de los problemas de la época que vivimos es que casi no hay debate, sobre nada (que es lo peor).

Las preguntas fueron modificadas y se añadió una sexta. A la primera pregunta se le añadieron “seguridad, combate a la corrupción, defensa del medio ambiente”. En la segunda se cambió “un amplio frente de oposición” por “un amplio frente ciudadano, social y político de oposición” y en lugar de 13 demandas fueron 16 por las tres añadidas. La pregunta 3 quedó de la siguiente manera: “¿Los mexicanos debemos hacer una reforma política profunda que garantice la democracia? (respeto al voto, padrón confiable, organismos electorales imparciales y autónomos, participación ciudadana libre —incluida la no partidaria y la no gubernamental—, reconocimiento de todas las fuerzas políticas, nacionales y regionales, y equidad para todos). Y, los cambios más importantes, porque había muchas dudas, fueron en las preguntas 4 y 5. La 4: “¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política independiente y nueva, *sin unirse a otras organizaciones políticas*?” La 5: “¿Debe el EZLN unirse a otras organizaciones y, juntos, formar una nueva organización política?” La 6ª, añadida por solicitud de los movimientos de mujeres, fue: “¿Debe garantizarse la presencia y la participación equitativa de la mujer en todos los puestos de representación y responsabilidad en los organismos civiles y en el gobierno?”

Con estos cambios se esperaba que las preguntas fueran más fáciles de entender, pero la 4 y la 5 siguieron provocando dudas, especialmente la 4. Y aquí hago un pequeño paréntesis, a manera de pregunta que me planteó un viejo militante de la izquierda: el EZLN como fuerza política independiente y nueva, *sin unirse a otras organizaciones políticas*, ¿podía interpretarse como una organización aparentemente *no organizada* basada en un conjunto, tan grande como se pudiera, de círculos concéntricos de configuración piramidal, de los cuales el centro y la cúspide fueran los altos mandos y así hacia abajo y hacia fuera según el grado de confianza (o incondicionalidad) de los militantes? ¿Era ésta la intención para el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), del que escribiré más adelante? ¿Una organización relativamente abierta, legal y sólo unida al centro por vínculos tan sutiles como confiables? No sabría decirlo, pues la pregunta sólo tiene sentido para alguien del verdadero círculo interno, para la gente del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General que, obviamente, no darán respuesta; por algo le han llamado Comité *Clandestino*. Igual podría tratarse de un esfuerzo más para organizar a la llamada sociedad civil. ¿Cómo saberlo? Según yo, pese a mis dudas, se trataba más bien de esto último: organizar a la sociedad en un esquema dinámico de democracia radical, como ya lo había interpretado un poco por intuición. Quizá no fue casualidad que, meses después, un sector del PRT se escindiera y formara una corriente (junto con no militantes)

denominada Democracia Radical y que de sus filas, negándose voluntariamente como DR, surgieran algunos de los más entusiastas promotores del FZLN.

El resultado de la Consulta —continúo— fue significativo, pues en tanto las otras preguntas tuvieron resultados superiores al 90 por ciento por el *sí*, en la 4, fuera de las comunidades indígenas, sólo votaron por *sí* 53.2 por ciento, y en las comunidades indígenas 49 por ciento. En la 5 los resultados fueron similares. Votaron por *sí* 48.7 por ciento y en las comunidades indígenas 48.2 por ciento. De aquí se concluyó que casi la mitad de los encuestados no estuvo de acuerdo en que el EZLN se convirtiera en una nueva fuerza política, ni solo ni junto con otras organizaciones. Era un dato significativo que quizá ya revelaba, en 1995, la relativa desconfianza que en la actualidad existe sobre las organizaciones políticas (que mucha gente asocia a los partidos políticos).

Las tareas a cumplir no parecían tener fin. Necesitábamos más de 40 mil promotores en todo el país y por lo menos diez mil mesas de votación⁴⁰, manuales y explicaciones sencillas. Hacíamos colectas (yo era el encargado de las finanzas), Briseño organizaba tocadas de rock en diversos puntos del país, con la colaboración de grupos musicales establecidos que gratuitamente se lanzaron en giras a lugares insospechados. Se hicieron bailes, uno en el Salón Colonia del Distrito Federal, donde se inventó que las compañeras “ficharan” por bailar para reunir más fondos (“fichar” quiere decir cobrar por bailar una pieza musical, fuera el hombre el que la sacara a bailar, o fuera la mujer al hombre o entre sexos iguales pues ya desde entonces los zapatistas eran muy liberales respecto a las preferencias sexuales). Creo recordar que ahí surgieron algunos romances, quizá por saberse en riesgo al salir del salón de baile, ubicado en una zona muy brava y peligrosa de la ciudad de México. Y a propósito de las finanzas que yo tenía que manejar, hubo una ocasión en que tuvimos una asamblea en San Cristóbal, donde alquilamos un salón en un hotel. Hicimos una colecta para pagar el alquiler. Entre la gente había también delegados indios de la zona de Los Altos. El paquete de monedas, consistente en una bolsa de plástico, era de 280 pesos, aproximadamente, donde había monedas de diez centavos y de veinte que ya estaban fuera de circulación desde hacía varios años. Había también un billete de dos pesos, también fuera de circulación, que era casi igual, a simple vista, a uno de 200 pesos. Narro esto porque pienso que da una idea de la pobreza de los delegados de los pueblos indios de Chiapas, y de su falta de actualización en asuntos bancarios. Quise cambiar las monedas en los comercios vecinos al hotel, y nadie quiso, pero no porque no necesitaran cambio, como todos los comercios del mundo, sino porque no tenían en caja los 280 pesos. Fui entonces al hotel Casa Vieja, y el ingeniero Espinosa me mostró varios recipientes de plástico llenos de monedas. No me las cambió, se las regalé para su “colección” y puse de mi bolsa los 280 pesos. Esto da idea de las desigualdades sociales en San Cristóbal, ciudad donde predomina la pobreza, sobre todo entre la población indígena que vive de la venta de sus artesanías. Nunca más volví a regatear por los precios de los bordados o de las muñecas que hacen las indias de la región.

Para quien no conozca los índices de calidad de vida en los municipios más pobres de Chiapas (o que ya los haya olvidado), me permito comparar dos municipios del país: el más rico, Monterrey, y el que tenía el mayor índice de marginación en Chiapas y en el país, Mitontic. El índice de calidad de vida en Monterrey era en 1994 de 99.29 por ciento, el de Mitontic era de 0.42 por ciento. Esto quiere decir que Monterrey tenía un índice de calidad de vida 236 veces más alto que Mitontic. Y si comparamos este municipio de Los Altos con

⁴⁰ Se instalaron 10,032 mesas y 1,858 asambleas de votación.

Ginebra, Suiza, esta ciudad tenía un índice 700 veces mayor. Y todavía se pregunta mucha gente por qué se levantaron en armas. Pero regreso al tema de la consulta.

Se hicieron colectas con los dirigentes de los partidos (y dato curioso, el PRD dio menos dinero que el PT), en sindicatos de trabajadores, organizaciones campesinas y urbano-populares, entre las llamadas personalidades, y hasta entre empresarios pequeños, medianos y grandes (los del Barzón cooperaron y algunos hasta fueron tiempo después a ver a *Marcos* en sus camionetas de lujo, aunque haya sido para sacarse la foto con él). Se necesitaba mucho dinero para boletas, manuales, propaganda, urnas, etcétera. Se hizo una colecta de llaves de bronce, para venderlas por kilo. En fin, se hizo todo lo que dictaba la imaginación y, finalmente, se pudo hacer la consulta (27 de agosto) que logró convocar a un poco más de un millón de ciudadanos mexicanos y alrededor de 100 mil extranjeros de muchos países. Me acuerdo que se comentó que hasta un serbio se dio tiempo para votar en medio de la inestabilidad que vivía la antigua Yugoslavia.

Pese a los resultados, la Consulta no fue miel sobre hojuelas. Los *ultras/sectarios* no colaboraron como estaba previsto: en algunos estados donde tenían una presencia significativa no hicieron bien su trabajo; en otros, donde presumían estar, como Durango, la CND era fantasma. Mejoraron las cosas, hay que decirlo, cuando *Marcos* envió un video que fue exhibido el 8 de agosto en el Zócalo de la ciudad de México, y en el que el *Subcomandante* mencionó al Movimiento Proletario Independiente, a la Coordinadora Nacional de Organizaciones Sociales Independientes (Cnosi) y al Sutura-100 fuertemente agredido en esos días por el gobierno. Pero también porque hubo un texto de *Marcos* en apoyo al Sindicato de Ruta 100 que leyó Benito Mirón. Ese video me salió caro gracias a un problema de coordinación. Me llamaron para que fuera por él a SCLC y ya que estaba allá me dijeron que fulano ya se lo había llevado a la ciudad de México. Me dio un gusto enorme, como puede suponerse, pues además de las molestias del viaje el chistecito me costó más de dos mil pesos (de entonces) entre avión, taxis, hotel y comidas. Pero como quiera que sea, valió la pena, pues gracias a ese video, del que traje una copia (por si las dudas), la Consulta tuvo menos problemas por la colaboración de los *ultras/sectarios*, ahora agradecidos con *Marcos*. La forma es fondo, decía Jesús Reyes Heróles. ¡Cuánta razón tenía!, por lo menos en este caso.

Después de la Consulta Nacional fuimos a Oventic, pues el *Comandante David* era el representante del EZLN en el Comité Directivo. Oventic es un pequeño pueblo en una meseta de las muchas montañas en la zona. Es principalmente tzotzil. Por estar en donde está es frío, muy húmedo y los vientos son tan fuertes que golpean (no es metáfora). El acceso era por un camino no pavimentado que en épocas de lluvia lo hacían casi intransitable, por un lodo chicloso en el que se hundía uno hasta la cintura. Esa vez me fui con Andrés Becerril (reportero de *Excelsior*) y con José Gil Olmos (de *La Jornada*), en una camioneta pick up 4x4 que Andrés conducía con la pericia propia de quien anda por esos lugares desde hace tiempo. Los Pastores por la Paz (en su mayoría estadounidenses) llevaron dos autobuses, y todos los demás se transportaron como pudieron.

Llegamos con una densa niebla que comenzaba a levantarse. Nos esperaba la comunidad. En un estrado en alto estaba el *Comandante David* y algunos de sus lugartenientes. Se acordó con él un orden de oradores y fue su decisión que al final hablara Rosario Ibarra. Se dieron resultados de la Consulta y se trató de explicar su significado. Habló Rosario, y como escribí en un artículo (7/09/95), “todavía no terminaban los aplausos cuando un señor, que para ser miembro del CNR de la CND tuvo que pasarse por representante de Jalisco sin vivir allá, pidió la palabra para entregar un documento que en

estricto sentido tenía que haber entregado (si hubiera tenido la necesaria humildad para el trabajo en equipo) a la comisión de la que forma parte.” No estoy seguro, y no quisiera nombrar injustamente a alguien inocente, pero creo que fue Álvarez Icaza. Si no fue, alguien me podrá corregir, pero sí recuerdo que él se registró por Jalisco, teniendo su domicilio en el Distrito Federal.

Después, “para no quedarse atrás, una señora también del CNR de la CND [que sí recuerdo quién era: Carlota Botey], habló ante la multitud para no decir nada. El chiste era que no cerrara el acto Rosario Ibarra.” Fue algo así como una rivalidad con Rosario y, por supuesto, una demostración más de los afanes protagónicos de los *ultras/sectarios*. El *Comandante* estaba visiblemente molesto, pero como es un diplomático no dijo nada, pero me hizo notar que registraba el comportamiento de Carlota, ya entonces identificada claramente con los *ultras*. Cuando salimos del poblado ya era tarde, casi de noche y la niebla se había convertido en lluvia, una lluvia torrencial. Varios de los vehículos estaban hundidos en el lodo, y simplemente no podían salir. Conseguimos grandes cuerdas, y entre varios tratamos de sacar los camiones, pues sin ellos muchos no hubieran podido regresar a SCLC. Los *ultras*, significativamente, no hicieron ningún esfuerzo por ayudar: se acomodaron en uno de los autobuses de los Pastores por la Paz y ahí se quedaron.

Logramos sacar del lodo varios vehículos, y terminamos mojados y enlodados hasta la cintura, con mucho frío. Flora Guerrero, su esposo y yo buscamos refugio para secarnos y eventualmente dormir, pues no había condiciones para regresar a esa hora de la noche. Nos acercamos a uno de los autobuses, y todavía estábamos en la puerta de éste cuando los *sectarios/ultras* (ahora en este orden) nos dijeron, a coro y casi en sincronía perfecta, que *para nosotros* no había lugar, que nos fuéramos al otro autobús donde estaban los Pastores. Y, como escribí en el artículo citado, “nos fuimos, y en el otro autobús, en el que todos eran extranjeros, nos dieron la bienvenida y uno de ellos durmió en el suelo para cederme su asiento dado que yo no llevaba bolsa de dormir. A la mañana siguiente, la misma señora que quiso cerrar el acto del día anterior sin ser invitada [Carlota], se me acercó para intentar una disculpa que no quise oír, pues me la estaba dando después de diez horas de haber demostrado su nivel de calidad humana. En mi ingenuidad siempre había creído que en momentos de adversidad había solidaridad social. Pero se me olvidó que así como en las catástrofes hay pillos que abusan de la desgracia de los demás, también hay sectarismos extremos que obnubilan a la gente para ser generosos.”

En ese artículo del 7 de septiembre, que titulé “Renuncio a la CND”, dije al final:

Por lo anterior, dos gotas que colmaron el vaso de mi paciencia y flexibilidad, declino públicamente a lo que fue público: el honor de formar parte, por propuesta del CCRI-CG del EZLN, del Consejo Nacional de Representantes de la CND, y *renuncio a lo que queda de ésta, por no reconocerme en lo que la transformaron los sectarios aludidos.*” (Las cursivas son de ahora. Nota de 2004.)

Quiero citar a continuación algunos fragmentos de un texto que leí en una de las reuniones del Consejo de Representantes de la CND en San Cristóbal de las Casas, el 26 de marzo de 1995 (cinco meses antes de mi renuncia). En este escrito se verá que mi renuncia a la CND no fue producto de una mala noche en un autobús sino, como dije, de la gota que derramó el vaso.

Al Consejo Nacional de Representantes de la Convención Nacional Democrática:

LA CND EN EL MOMENTO ACTUAL (Documento interno)

El papel de la CND, como lo he entendido, y asumo que puedo estar equivocado, es promover la organización de la sociedad, más allá de los partidos y de las agrupaciones gremiales y economicistas, para luchar mediante la vía no militar por la democracia, la justicia y la dignidad, además de mejores condiciones de vida para todos. En otros términos, el papel de la CND es hacer nuestras las razones y aspiraciones del levantamiento del EZLN, sin más armas que la conciencia y la razón, la voluntad de cambio y la organización de abajo hacia arriba (democrática) de la mayoría social del país. Más preciso todavía: atender el grito desesperado de los indígenas y los campesinos pobres de La Selva chiapaneca, ampliarlo a todo el país y, sin armas, generar un movimiento tal que la existencia del EZLN, en tanto fuerza armada, resulte innecesaria como opción para el cambio que queremos.

Pero no es éste el papel que ha jugado la CND. Lejos de incluir, de extenderse por todo el país, de desarrollarse, ha excluido, ha marginado, ha proyectado una imagen de sectarismo e intransigencia, no de tolerancia y flexibilidad donde quepan todos los que de una u otra forma y por una u otra razón no coinciden con la política gubernamental, con el llamado régimen de partido de Estado, con el autoritarismo como forma de ejercicio del poder, con lo que representan las fuerzas más retrógradas del país ni con los intentos que persistentemente se hacen desde fuera (y desde dentro) por socavar nuestra soberanía como nación.

A mi manera de ver la CND está pasando por un momento de crisis, por lo menos potencial. Veo tres opciones en perspectiva: 1) su división o fractura, 2) un nuevo arreglo basado en una discusión sana y honesta, lo cual supondría una reorganización que impidiera la sobre representación de corrientes y organizaciones además de los detectados afanes hegemónicos de organizaciones y/o personas, y 3) que cada quien, como convencionista, haga lo que juzgue pertinente en su ámbito de influencia en la lógica, por supuesto, de los principios y objetivos que determinaron la fundación de la CND en Aguascalientes, Chiapas, en agosto de 1994.

La impresión que tengo, y sigo hablando a título personal, es que ciertas corrientes han actuado de tal forma que hacen obvio que quieren dirigir la CND, bien porque creen poseer la verdad y entonces excluyen a quienes no comulgan con ellos, bien porque quieren llevar a la CND al fracaso. Para mi, y lo digo sin ambages, quienes se han esforzado en los hechos por dividir a la CND o llevarla al fracaso son 1) los sectarios, que en Tuxtla llegaron a decir que el EZLN y *Marcos* son reformistas, y 2) quienes objetivamente, independientemente de sus intenciones conscientes, le hacen el juego al gobierno impidiendo en los hechos que el pueblo mexicano, así de diverso como es, se organice para combatir la política del régimen y al régimen mismo.

Tales afanes de dirigir la CND se han manifestado por tres vías principales: 1) dividiendo por medio de alianzas cupulares y excluyentes; 2) por medio de la

sobre representación para ganar espacios (y votos) en el CNR y en la Comisión Coordinadora, y 3) hablando y decidiendo a nombre de la CND sin mandato de ésta. El colmo fue la reunión del CNR del 28 de febrero de este año a la que sólo fueron convocados algunos, crearon comisiones y resolvieron excluir a quienes les estorbaban. Error medio corregido posteriormente, pero sin curar la herida causada por ese procedimiento irregular y sectario.

El resultado de estos procedimientos, que yo creía ya superados desde principios de los ochenta, es que la CND ha excluido a muchos, en primer lugar a los perredistas (y aclaro que no pertenezco a ningún partido), en segundo lugar a muchos que pertenecen a ONG o a movimientos que no están incluidos en ciertas organizaciones urbano-populares, indígenas o campesinas, y en tercer lugar a intelectuales honestos que desde sus tribunas y estudios han defendido las causas populares. Siendo las organizaciones urbano-populares, indígenas y campesinas muy importantes, razón por la cual deben estar en la CND, no son unitarias como quisiera el EZLN (y así lo ha expresado claramente), ni son los únicos representantes de la sociedad que suscribe los principios y objetivos de la CND. De este modo, la CND ha devenido una organización *excluyente* y no lo que tenía que ser: *incluyente*.

Personalmente creo, y con esto concluyo, que la fractura de la CND no es conveniente, pero tampoco su continuación por la vía de las exclusiones, el sectarismo y los afanes hegemónicos de personas u organizaciones. En el país, fuera de las pugnas y discusiones en la cúpula de la CND, hay miles y miles de convencionistas (o que se sienten convencionistas) de buena fe que cotidianamente desde antes de la fundación de la CND han estado trabajando pacíficamente por todo aquello por lo que el EZLN se levantó en armas. Una división irremediable de la CND podría influir negativamente en mucha gente e incluso perjudicar seriamente al EZLN y a sus bases de apoyo. Pero la sectarización por hegemonías de una corriente que en las sesiones de la CND vota invariablemente en contra de otras corrientes, independientemente de argumentos y razones en los debates, tampoco permitirá el desarrollo de la Convención.

Si la CND es un mosaico verdaderamente plural de corrientes y personas, con diferentes historias, biografías, propósitos y maneras de actuar (estrategias y tácticas), no se puede pensar que haya acciones uniformes, aunque puedan coordinarse de vez en cuando (por ejemplo para marchas o mítines o actos de insurgencia civil). De la misma manera que en grandes marchas miles de personas han dicho “todos somos Marcos” o “todos somos zapatistas”, en todo el país millones de personas podrían tener derecho (y orgullo) a decir “todos somos convencionistas”. Esto sería, en mi opinión, el mayor éxito que podría tener la CND en su etapa actual. Después de lograr este éxito, quizá podría pensarse en una verdadera organización de organizaciones que articulara las grandes luchas que el pueblo mexicano tendrá que llevar a cabo. Pero esto será después, no por ahora en las condiciones en que estamos. Organización que no surge de abajo hacia arriba, democráticamente y bajo relaciones de respeto a la diversidad no es organización que represente sino organización que controla o tiende a controlar a sus supuestos representados. De esto ya estamos fastidiados en México. No queremos más congresos del trabajo, ni cetemes ni cenecés ni

partidos como el PRI. Lo que representan estas organizaciones es parte de lo queremos cambiar.

Fraternalmente, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 26/03/95.

El texto anterior, contra lo que yo pensaba en ese momento, gustó y sirvió de base, para un texto más extenso firmado por otros tres convencionistas (10 de mayo de 1995). Sin embargo, cuando apareció en *La Jornada* mi renuncia a la CND, no faltó quien me dijera que el “rayo de Zeus” caería sobre mí.

Durante el periodo de preparación de la consulta Gloria Benavides fue liberada, y nunca quedó claro por qué, si las acusaciones eran las mismas que contra Elorriaga, éste tendría que permanecer en la prisión. Se interpretó que era una señal del gobierno federal para facilitar el diálogo con el EZLN, y también una carta de presentación del nuevo secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet Chemor, en sustitución de Moctezuma (3 de julio de 1995). Pero el diálogo no se facilitó, razón por la cual, como ya señalé, los zapatistas promovieron la consulta. Era una forma de presión, pienso, independientemente de otras posibles interpretaciones. Dicho sea de paso, el gobierno federal, concretamente el licenciado Luis Maldonado Venegas, director general de gobierno de la Secretaría de Gobernación, en oficio del 3 de agosto de 1995 dirigido al Comité Directivo Promotor de la Consulta Nacional, dijo, en síntesis, que los zapatistas no podían viajar más allá del lugar del Diálogo, para promover la Consulta. No estuvimos de acuerdo, pero como claramente el gobierno decía que no habría garantías para su seguridad, interpretamos que era mejor que no viajaran por el país.

En esos días, además de la expulsión de sacerdotes extranjeros que trabajaban en Chiapas, algunos de ellos desde hacía muchos años, el Vaticano nombró a Raúl Vera obispo coadjutor de Samuel Ruiz. Raymundo, quien tuvo que cambiar sus oficinas al Centro Don Bosco, me explicó que un obispo coadjutor normalmente es el que sustituye al que está en funciones. Si la jerarquía eclesiástica pensaba que Vera sería conservador, muy pronto pudo percatarse de que no fue el caso, razón por la cual lo mandaron después a la diócesis de Saltillo, capital de Coahuila, más o menos a principios del año 2000.

Otro suceso muy inquietante fue el asesinato de campesinos pertenecientes a la Organización Campesina de la Sierra del Sur, en Aguas Blancas, estado de Guerrero, cerca de Coyuca de Benítez. Los autores de la matanza de 16 campesinos y uno que murió posteriormente, fueron de la policía judicial del estado. Los muertos fueron ejecutados, según testigos, con tiro de gracia en la nuca. Los policías dijeron que era en legítima defensa, y mostraron las armas que les sembraron a los muertos. También fue asesinado el magistrado Abraham Polo Uscanga, según se dijo por asesorar a los trabajadores de Ruta-100 para que evitaran la privatización del transporte público y el gran negocio que ésta significaba para los amigos del entonces jefe del Departamento del Distrito Federal, Óscar Espinosa Villarreal. En una palabra, los gobernantes daban muestras de mano dura, de intolerancia, de corrupción y de descomposición interna, ésta ya advertida desde el asesinato de Colosio y luego, en septiembre del mismo año, de José Francisco Ruiz Massieu (secretario general del PRI en el momento de su muerte). El poder olía mal, en realidad apestaba y, sin embargo, con sus representantes el EZLN tenía que dialogar. Si uno lee, aunque sea por morbosidad, el libro en dos tomos de Marco Antonio Bernal Gutiérrez y Miguel Ángel Romero Miranda, titulado *Chiapas: crónica de una negociación*, se corre el riesgo de sufrir fuertes dolores estomacales, y no atribuibles precisamente a una tifoidea.

Las cosas fueron diferentes de como ahí se pintan. El gobierno de Zedillo fue tan turbio y tramposo como el de su antecesor, y tan mediocre como el de su sucesor.

3. ALEJAMIENTO

3.1. Entre la Consulta y la Mesa sobre derechos y cultura indígenas

Después de mi renuncia a la CND pensé, como me había dicho alguien, que me caería encima el “rayo de Zeus”. No estaba muy preocupado pues fue una decisión muy meditada, que no quise discutirla con nadie y que, por lo mismo, fue sorpresa para todos los que la leyeron en el periódico. Había una pequeña piedra en mi zapato que quizá influyó en que no me importara si *Marcos* se molestaba conmigo.

En agosto de 1994 le envié al *Subcomandante* una carta invitándolo a participar en un libro que iba a coordinar por solicitud de Pablo González Casanova. El 15 de septiembre me contestó diciéndome que tanto él como el CCRI-CG aceptaban y que, en cuanto tuviera tiempo me enviaría su contribución. En junio recibí un extenso texto en el que estaba la posición del EZLN (en realidad de *Durito*, un escarabajo inventado por *Marcos* para sus narraciones) sobre la transición a la democracia, que era el tema del libro. Mi contrariedad fue que, antes de que me llegara el texto, apareció publicado en *Excélsior* y en *La Jornada*, algo que no se acostumbra hacer pues era un ensayo solicitado expresamente para un libro, y, además, con ofrecimiento de pago. Mi molestia aumentó porque el mismo día en que lo había leído en los periódicos me llegó el original para el libro, en la noche. Y dado que en mi original decía (y lo conservo): “*Al: Doctor Octavio Rodríguez Araujo*”, en tanto que en los periódicos decía: “*Al Señor Tal y Tal*”, me pareció que habían sido éstos los que habían sustituido mi nombre por “Tal y Tal”. Como soy paranoico iba a reclamar por escrito, pero tuve el buen tino de hablar antes a *La Jornada*, y ahí me aseguraron que en el original que recibieron decía “Tal y Tal”. ¿Por qué, entonces, el tal y tal de La Selva me había quitado del texto para los periódicos? Me pareció una descortesía y me creaba un problema con las instituciones que editaron el libro, pues en él aparece, obviamente, el texto que *Marcos* me envió, donde en lugar de tal y tal dice mi nombre. El que lo leyera y conociera también el texto en los periódicos, publicado después en el segundo tomo de los libros editados por Era con los documentos del EZLN, podría haber pensado injustificadamente que fui yo el que sustituyó el *tal y tal* por mi nombre, como una maniobra personal para dar rienda suelta a una supuesta egolatría.

(En una carta del *Subcomandante Insurgente Marcos* a quien esto escribe, me pidió, a nombre propio y del CCRI-CG, que el pago por la autoría del ensayo solicitado para el libro *Transición a la democracia. Diferentes perspectivas* lo hiciera llegar, en dólares, “a los obreros y obreras de la fábrica Alfa Romeo de Arese, Milán, Italia, quienes se encuentran en lucha por su dignidad.” Y se me proporcionaron los datos del *Sindacato dei Lavoratori Autorganizzati Intercategoriale*, para la atención de Luigi Malabarba. A continuación me decía: “Sé que puede extrañar esta solicitud, pero resulta que los zapatistas queremos dejar claro que, como es evidente, nuestra lucha se circunscribe a “4 municipios del suroriental estado mexicano de Chiapas.”)

Por lo anterior, más la fatiga de la Consulta y de una reunión previa del CNR de la CND en Puebla, donde hubo fricciones muy fuertes y declaraciones en la prensa interpretadas como una ruptura inminente de la CND, no fui a *La Realidad*, donde se iba a

entregar a *Tacho* y a *Marcos* el resultado de las consultas nacional, internacional y la juvenil realizada en septiembre y donde se iba a reunir, no me acuerdo si en la misma fecha, la Cocopa con el EZLN para definir algo sobre el diálogo nacional y las mesas acordadas con el gobierno a principios de septiembre. Hubo otra razón por la que no quise ir: no estuve de acuerdo en que las mesas de trabajo propuestas por el EZLN para el diálogo con el gobierno comenzaran con el problema de los derechos indígenas. Lo comenté con algunos compañeros y coincidimos en que no parecía ser la mejor estrategia. Interpretamos que era una suerte de reducción de las demandas de la *Primera Declaración de la Selva* a la cuestión indígena que, en nuestra opinión, debería ser algo así como un resultado o una conclusión de otros cambios de alcance nacional más sentidos, como necesidades, por la población no indígena (mayoritaria en el país). Guardé mis dudas en un cajón de mi cerebro, y me dispuse a hacer otras cosas que estaban pendientes.

Esa vez o días después, estaba en casa trabajando, con un delicioso café humeante, cuando recibí un fax. Era un fax muy raro, o por lo menos así me pareció, pues no entendí nada. Lo dejé pasar aunque el mensaje venía de San Cristóbal. Al día siguiente recibí el mismo fax. No había teléfono del remitente. Seguí sin entender nada.

Sólo por curiosidad hablé con un enlace de SCLC, quien resultó ser el autor del fax, y me dijo “vente de inmediato, te esperan”. Llegué en el último vuelo, ya de noche. Me instalé en el hotel y volví a hablar por teléfono. Se me dijo que a las 3 de la mañana una camioneta pick up se estacionaría en una calle, enfrente de un lugar. Me subí a la camioneta con un chofer que yo no conocía, y en vez de emprender el viaje hacia el sur fuimos al norte. Para entonces ya no era un vehículo, en el que yo iba, sino varios. En caravana fuimos a diversas comunidades y recogimos a algunas personas con pasamontañas. Después supe que eran comandantes. Creo que entre éstos iba *David*. Cuando llegamos a la carretera sin pavimentar, ya en camino a lo que yo había conocido como Guadalupe Tepeyac, era de día. En un alto que hicimos en el camino le pedí al chofer del vehículo de punta que me cambiara pues la camioneta en que yo iba era de muelles, no de amortiguadores, y mi cuello estaba a punto de explotarme (recuérdese que tengo problemas en las cervicales). Una compañera, sin ningún titubeo pero con mucha solidaridad, cambió su lugar por el mío. Hay una gran diferencia entre los amortiguadores y los muelles en carreteras llenas de baches y piedras. Llegamos a *La Realidad*, fue mi primer contacto con ese lugar. Está entre Guadalupe Tepeyac y San Quintín, según recuerdo por los mapas detallados que desde el principio del movimiento tenía en mi cubículo de la Facultad de Ciencias Políticas. En esos mapas mi ayudante Horacio Perea, que es priísta, pero muy inteligente y que ahora está terminando su tesis doctoral en Barcelona, ponía alfileres de colores marcando las zonas de hostigamiento y cerco militar a las comunidades.

Cuando llegamos a *La Realidad* hubo personas, de las que no quiero acordarme, que me pusieron cara larga, así como diciendo “¿tu qué haces aquí?” Es curioso cómo gente cercana a uno de golpe se siente como si le robaran cámara o algo así. Hay personas muy competitivas, probablemente acomplejadas o no muy seguras de sí mismas, que no toleran estar en segundo lugar o en el que creen que merecen. Pero, en fin, que conste que yo no quería estar ahí. Opté por recostarme en una de las bancas hechas con troncos partidos a lo largo y a la mitad, y traté de dormir pues estaba muy cansado.

Ya entrada la noche desperté y observé que había gente del otro lado de la barrera de soldados zapatistas. ¿De qué se trata?, pregunté. *Marcos* llamó a la prensa, me dijeron. Como yo tengo credencial de *La Jornada* fui. Tomaron mi credencial y un rato después me dejaron pasar. *Marcos* estaba rodeado de periodistas. Me paré por ahí y cuando terminó la

conferencia se me acercó el *Subcomandante*. Fue mi primer encuentro personal con él, me tomó del brazo y me dijo “¿cómo le va, maestro? Lo reconocí por el sombrero”. Me condujo hacia la valla zapatista y me señaló a Carlota Botey que casi se paraba de puntas para que la vieran, “Quiere hablar conmigo, sin duda, pero la voy a hacer esperar y no la voy a recibir. Tráigase a su grupo”. ¿Cuál?, le pregunté. “Rosario y los demás”. ¿También Flora?, pues estaba con Rosario en ese momento. “No, ella no”. Pasé la valla de regreso a las bancas y les dije que pasaran. Rosario me dijo algo así como ¿y por qué no nos lo dice el *mayor Moisés*? Me pareció una pregunta impertinente, pues era como decir ¿y tú por qué, quién eres para decirnos que pasemos? Pienso que era el cansancio de todos, pues Rosario siempre fue muy amable conmigo, creo que hicimos una buena amistad desde su primera campaña a la presidencia de México. Lo que no me pareció correcto fue lo que *Marcos* le hizo a Carlota, quien —según supe después—, estuvo esperando hasta que ya era de día, y no fue recibida. Un jefe rebelde, que habla de democracia y de pluralidad, puede ser también bondadoso. Podía haberle dicho, incluso por mi conducto, que no la iba a recibir y ya, ella sabría si insistir o retirarse. Pero no, la hizo esperar hasta que era obvio que no se iba a dar el encuentro que ella deseaba, o quizá necesitaba. No sé qué quería plantearle o explicarle, pero no le dio la oportunidad de hacerlo. Las actitudes personales de la gente hacia los demás hablan mucho de la calidad humana de las personas, y si bien Carlota había tenido, no una sino varias actitudes muy desagradables, groseras y atropelladoras, eso no quiere decir que todos tengamos que ser como ella. Además de bondadoso, un jefe rebelde también puede ser educado, como lo era cuando le convenía (¿no lo fue con Elena Poniatowska o con Danielle Mitterrand e incluso con Oliver Stone a quien le prestó su caballo y le regaló su pipa?). Una cosa es estar al mando de un ejército y otra tratar a los demás como si fueran sus subordinados o, peor, sus enemigos. Carlota, a diferencia de Álvarez Icaza, por ejemplo, nunca dijo, que a mi me conste, algo en contra de *Marcos* o de los zapatistas en general, pese a que hizo causa común con los *ultras/sectarios*, y estaba en su derecho. ¿Pero no fue *Marcos*, por instrucciones o no del CCRI-CG, el que planteó una tregua con éstos, incluso apoyando al Sutauc-100 el 8 de agosto? Lo hizo, interpreto, porque el EZLN los necesitaba para la Consulta Nacional, y de ahí que se nos pidiera, a todos, a *ultras* y a no *ultras*, que pospusiéramos nuestras diferencias. Dígase lo que se diga, *Marcos* actuaba como un político, con las ventajas y desventajas del atributo. No digo que esté mal, pues además de estratega militar era y tenía que ser un político, pero un político puede ser un *buen político* o un *mal político*. Yo, por ejemplo, no soy político y cuando lo he intentado nunca me sale bien. Cuando tuve que decirle el mensaje de *Marcos* a Flora Guerrero, que estaba con nosotros y de nuestro lado y había tenido siempre actitudes positivas (además de haber diseñado el logotipo de la CND), ella se quedó estupefacta, se sacó de onda como está de moda decir. Y con toda razón. Pero quizá no supe cómo decírselo, pues definitivamente no soy político, y menos diplomático. *Marcos* tenía todo el derecho de decir con quién iba a conversar en ese momento. Era su derecho, como el de invitar o no a alguien a su casa. Pero un político puede buscar las formas para decir las cosas, como por ejemplo “después de ustedes la recibo a ella” o algo así. Pero no fue el caso, sino un simple “ella no”. No lo sé, pero quizá me extendiendo en este punto, que podría ser irrelevante, porque luego, meses más tarde, me ocurrió a mí, algo que ya me esperaba pues soy un pésimo subordinado, de hecho soy insubordinado y rebelde y, desde luego, no soy partidario del culto a la personalidad. Cuando hice mi servicio militar tuve tantos arrestos, por insubordinación, que me vi precisado a repetirlo un año más si quería obtener mi cartilla militar; pero el capitán instructor fue tan inteligente que en mi

segundo año me hizo instructor con grado de subteniente, y fue así como logré conseguir mi cartilla. Y el capitán, aclaro, no tenía estudios universitarios.

Nos llevaron a una pequeña cabaña en la que sólo había sillas y unos banquitos, iluminada por velas. Conversamos, hubo chistes, regaños, etcétera. A mi me preguntó *Marcos* qué se decía en los medios intelectuales sobre el zapatismo y demás, concretamente qué pensaban los intelectuales que no estaban participando en las tareas de la Convención o en la Consulta. Le conté de los que estuvieron reunidos en la comida anual que le organizaba Eduardo Guerrero del Castillo a Pablo González Casanova, que había sido unos días antes, y de la opinión de Víctor Flores Olea y Horacio Labastida, sin entrar en detalles. *Marcos* no dijo nada, y ya, nos fuimos. Eran como las cinco de la mañana. Nos regresamos en el jeep que había conseguido Sergio Rodríguez y como conmigo ya éramos más, viajamos muy incómodos. Para colmo, el jeep era también de muelles, no de amortiguadores. Desayunamos en el mercado de Comitán. El café era intomable, parecía insecticida.

Luego, mi contacto en SCLC me llamó la atención porque no había entendido la clave del fax. Descubrí que jamás podría ser espía, pues ciertamente no la había entendido y, la verdad, era más o menos obvia, una vez que me la explicaron. Otra cosa que descubrí en *La Realidad* fue que en vez de que me cayera el “rayo de Zeus”, fui atendido con mucha deferencia, tanta que me sentí incómodo y le pedí a *Marcos* que nos habláramos de tu. Error. La confianza a veces es contraproducente. Como yo era “de adentro”, padecí varias descortesías que no tuvieron que soportar otros intelectuales que ni siquiera se habían ensuciado las botas, y esto siempre me ha molestado desde que era niño. Recuerdo que cuando contaba con unos diez años de edad había una farmacia en la esquina de mi domicilio. Un día mi padre estaba enfermo y me envió por unas medicinas. Llegué a la farmacia y trataba de pedir las medicinas y atendían a otras personas primero, siendo que habían llegado después de mí. Cuando finalmente me preguntaron qué quería les reclamé a las muchachas de la farmacia y me dijeron: “bueno, es que tu eres como de casa”. Me arrepentí de “ser de casa”, pero tal vez se me olvidó cuando le propuse a *Marcos* que nos habláramos de tu.

Después de eso me fui a Argentina y a Uruguay, como ya lo mencioné páginas atrás, y allá me enteré de más aspectos de los que uno lee en México sobre el Frente Amplio que se convirtió en una palabra: el *frente amplismo*. Cuando regresé, a finales de octubre o principios de noviembre, el EZLN seguía insistiendo en la idea de un frente amplio opositor, a pesar del fracaso de éste en febrero de ese año. Era una buena idea. La CND no sectaria, que también fue llamada “democrática” y a veces “amplia”, se seguía reuniendo, pero ahora en lugares distintos a los de antes. Uno de esos lugares era un pequeño teatro de la librería El Juglar, en la colonia Guadalupe Inn del Distrito Federal, donde ya nos habíamos reunido a veces desde febrero.

Por las razones que hayan sido me siguieron invitando a las reuniones, a pesar de que yo ya había renunciado a la Convención. Ahí conocí al arquitecto Fernando Yáñez por una cita que hicimos por teléfono. Yáñez había sido detenido cuando yo estaba en Sudamérica. El pretexto del gobierno, con base en sus fichas policiacas, fue que era el *Comandante Germán*. Pero la Procuraduría General de la República tuvo que sobreseerle ya que si Yáñez era dirigente del EZLN entonces estaba protegido por la Ley para el Diálogo y si no era dirigente entonces no había por qué detenerlo. Nuestra conversación no fue muy interesante ya que, por obvias o supuestas razones, no hablamos de política.

Uno de los problemas que se plantearon repetidamente desde el fracaso del MLN y luego de los muchos y fallidos intentos de convencer a los *ultras/sectarios* de la pertinencia de un frente amplio opositor, fue si se rompía de plano con la CND y se formaba otra paralela o qué hacíamos. Era claro que no se podía seguir con los *ultras/sectarios*, pero ¿qué podía hacer un grupo cuyos componentes a veces podían estar en reuniones o trabajar políticamente y a veces no? En una de esas juntas en El Juglar hice notar que los que estaban ese día no estaban en el anterior y quizá no estarían tampoco en la siguiente reunión. Había excepciones, desde luego. Personalmente nunca encontré respuesta a mi pregunta, y sigo sin conocerla. La política es muy absorbente, no se puede hacer, bien, solamente de 11 a 14 horas, y luego continuar en la tarde antes de la telenovela o del partido de fútbol. Lo que estaba demandando el EZLN era mucho más que eso, aunque en esos momentos, con gran realismo (interpreto), los zapatistas estaban proponiendo un gran diálogo nacional, la creación de comités civiles de diálogo en todos los lugares posibles y crear muchos *Aguascalientes* (razón por la cual impulsé uno en Rosario, Argentina). Esa tarea sí era posible para los desbalagados miembros de la CND, muy democráticos y plurales, pero que no representábamos a muchos, cuando representábamos a alguien. En esa época o un poco después, si mal no recuerdo, José Santos dejó de hacer causa común con los *ultras/sectarios*. Se le dio la bienvenida con palmadas en la espalda, pues era dirigente de algún movimiento que en estos momentos se me ha olvidado cómo se llamaba. Diego García y su compañera también estaban de este lado, junto con su organización que ya mencioné. Rodolfo Chávez, dirigente campesino, también. José Antonio Almazán y otros, del Sindicato Mexicano de Electricistas, estaba en estas filas. Y así por el estilo, pero no contábamos con mucha gente. Debo añadir a Genaro Domínguez, quien sin romper con los *ultras/sectarios* acudía a nuestras reuniones y compartía tareas con nosotros. Hasta la fecha somos buenos amigos. Los no democráticos, pues ya me aburrí de llamarlos *ultras/sectarios*, seguían haciendo lo mismo y con las mismas actitudes, no sólo en México sino en el extranjero. Reproduzco mi artículo que publiqué en esos días. Nota anticipada: el de la grabación en Massara Carrara fue José Álvarez Icaza, lo que no me extrañó, aunque no lo dije en aquellos días; y fue posible saberlo por la copia de la cassette enviada por las personas que lo entrevistaron para la radio italiana, mismas que resultaron no sólo ser simpatizantes zapatistas sino cercanas a la corriente abierta y democrática.

Contra el dadaísmo (*La Jornada*, 23/11/95)

Si no estuviera en México pensaría que estaba en México. El 20 de noviembre, en la amnesia total, parte de los mismos, llamaron a lo mismo que se ha llamado desde la fundación de la CND y particularmente desde el 5 de febrero de este año con el Plan de Querétaro que se aprobó pero se frustró gracias a los mismos.

No es juego de palabras; es más bien una síntesis del dadaísmo estructural que caracteriza a nuestro país. Dadaísmo, sólo para recordar, fue la escuela de arte que suprimía cualquier relación entre el pensamiento y la expresión. Cuentan que cuando el escritor surrealista André Breton estuvo en México, a finales de los veinte, nuestro país le llamó poderosamente la atención porque superaba el surrealismo; era dadaísta, dicen que dijo.

Una vez más se llama a formar un frente amplio y plural de todas las fuerzas progresistas en contra del régimen político dominante y en contra del neoliberalismo, y lo mismo: diseminarnos por todo el país, sumar inconformidades, buscar estrategias de lucha comunes y luchar por la democracia y la justicia social. ¿Será necesario citar las convocatorias para la conformación de la Convención Nacional Democrática, para el Movimiento para la Liberación Nacional, los implícitos de la Consulta Nacional y para el Diálogo de la sociedad que se está llevando a cabo, todas ellas lanzadas por el EZLN? ¿Será necesario recordar el esfuerzo de Cuauhtémoc Cárdenas durante todo el sexenio de Salinas por el mismo objetivo y el vacío que los mismos le hicieron incluso para la formación del MLN? “Entonces llegamos a la conclusión (dijeron a *Proceso*, 12 de junio de 1995) de que la figura de Cárdenas era importante como representante de una de las fuerzas que podrían adscribirse al MLN, pero no aceptábamos sujetarnos al vértice del ingeniero, porque tenemos diferentes situaciones políticas, distinta cultura, distinta historia.” Y lo mismo dijeron respecto de Rosario Ibarra, “que se ha montado sobre la CND con muchísima habilidad y fluidez” (*ídem*) con la meta de lograr el renacimiento del PRT (partido al que nunca ha pertenecido). Y, aunque parezca increíble, uno de ellos dijo lo mismo en Massa Carrara, Italia (hay grabación) respecto del *Subcomandante Marcos* el 20 de septiembre pasado: que estaba bajo la influencia de los trotskistas y que se entromete mucho en la CND.

Muchos estamos de acuerdo en construir una nueva opción, como “vehementemente” convocó uno de los mismos el pasado 20 de noviembre, pero cuesta trabajo entender cómo se construirá esa opción bajo exclusiones y en la lógica de que el único vértice que se acepta para un movimiento amplio y plural es el que ellos encabecen. Falta humildad, falta honestidad y, aunque está fuera de moda, falta autocrítica.

Lo mejor para el gobierno y su proyecto neoliberal en curso es la ausencia de unidad de las fuerzas progresistas amplias y plurales que luchan por la democracia, por las libertades, por la justicia, por la defensa del petróleo y sus derivados como recursos estratégicos de la soberanía nacional, por la no privatización de la seguridad social, por la no privatización de la educación, por la no privatización de los ferrocarriles y de otros servicios públicos. Pero unidad amplia y plural de fuerzas democráticas y antineoliberales quiere decir una sola cosa: unidad amplia y plural de fuerzas democráticas y antineoliberales, y esta unidad no se construye con exclusiones ni con afanes hegemónicos sino con tolerancia a la diversidad y democracia interna para que dirijan o coordinen quienes sean electos para esta altísima responsabilidad.

Si no es con el EZLN, con las bases del PRD y de otros partidos, con maoístas y trotskistas, con Sutura-100, con intelectuales y artistas, con movimientos urbano-populares, con organizaciones campesinas, con las mujeres organizadas en la lucha por sus justas reivindicaciones, con, en fin, todas las víctimas no sólo del capitalismo sino del neoliberalismo (su forma más brutal y salvaje de capitalismo después de los primeros años de la primera revolución industrial), si no es con todos ellos y los que me faltaron de mencionar, no hay unidad posible ni unidad efectiva para sustituir el actual

régimen por otro en beneficio de los más y, por lo mismo, del país como nación soberana. Urge esta unidad, pero también humildad y modestia para alcanzarla con una profunda vocación democrática. Sin ésta, la unidad que se logre no será democrática y si no es democrática, el movimiento al que se aspira no será democrático y el país que se pueda reconstruir tampoco lo será. Debemos acabar con el dadaísmo, hacer coincidir el pensamiento y la expresión, demostrar en los hechos esta coincidencia.

Hubo todavía un par de reuniones en *La Realidad*, pero no recuerdo las fechas. A ambas fuimos unos pocos, los que ya éramos llamados en ciertos medios “el círculo interno”, cualquier cosa que haya querido decirse con tal expresión. En una de ellas se planteó de manera más firme la organización de un Encuentro Nacional de Comités Civiles del Diálogo de la Sociedad (que se llevaría a cabo en Tepoztlán, Morelos a principios de diciembre de 1995). En otra entrevista con el *Subcomandante* se nos pidió que fuéramos pensando en una lista de intelectuales para participar como asesores e invitados del EZLN para el diálogo con el gobierno, no para la mesa sobre derechos y cultura indígenas, que ya había sido sugerida desde principios de octubre, sino para otra referida a la democracia y la justicia.

A principios de diciembre fuimos a Tepoztlán, en el estado de Morelos y lugar que gente supersticiosa asocia a temas mágicos y energía cósmica. Ahí, con la colaboración de los líderes de un movimiento iniciado a finales de agosto de 1995, contra un posible campo de golf, se llevó a cabo el Primer Encuentro de Comités Civiles del Diálogo de la Sociedad, como ya fue mencionado. Los líderes del movimiento, que tenían entonces el gobierno después de haber expulsado a los gobernantes anteriores y a sus policías, no me simpatizaron, y no porque se hubieran opuesto al proyecto de KS (Kladt Sobrino-Club de golf), sino porque el nuevo alcalde (Lázaro Rodríguez) se arreglaba como si quisiera parecerse a Emiliano Zapata, bigote incluido, pero con una expresión en los ojos típica de un ladino. Rosario y yo lo comentamos.

Aunque la CND era ya una ruina, hubo muchos delegados, sobre todo de estados donde nunca hubo división (como el mismo Morelos), para los cuales la Convención seguía siendo una realidad. La propuesta, como la entendí, fue que con CND o sin ella, y cada quien como los entendiera, formara *comités de diálogo* en su lugar de residencia, de trabajo o en su escuela. ¿Cuáles eran los temas? Principalmente los planteados en la pregunta 1 de la Consulta Nacional. “Donde haya diferencias insalvables [escribí en un artículo del 7 de diciembre], sea por necesidad de unos, sea por sectarismo, sea por lo que sea, pues que se formen distintos comités: unos serán clasistas, otros serán pluriclasistas, otros sentirán que no tienen nada que ver con las clases sociales, etcétera... pero serán si así lo quieren quienes de veras intenten formarlos. Si esto se lograra [añadí], podríamos decir que la sociedad, pese a los éxitos del sistema por individualizarla, se recompone, se socializa, se asume como sociedad y no como mera suma aritmética de individuos.”

Fue un año verdaderamente agitado, en el que hubo de todo y una lucha de mucho desgaste con los *ultras/sectarios*. Como no sé casi nada de cuestiones indígenas, que era el tema que se había acordado discutir, sólo me asomé a una reunión que hubo en SCLC, pero en la noche de año nuevo me fui a Oventic, muy abrigado como me recomendaron José Gil y Andrés Becerril, que sabían de lo que estaban hablando.

3.2. El FZLN y la Mesa *Democracia y justicia*

En Oventic, a media tarde, me fueron a buscar de parte del *Comandante David*. Me entrevisté con él y me preguntó cómo sentía que estaban los ánimos de la gente (refiriéndose a la población no indígena). Le dije que se esperaba otra declaración zapatista que presentara una alternativa a la casi desaparecida CND (pensando en los comités civiles de diálogo y en la posibilidad de un Frente Zapatista de Liberación Nacional que ya nos había adelantado *Marcos* en una de las reuniones en *La Realidad*). Me contestó que la estaban esperando, pero que no sabía a qué horas llegaría. Me permití sugerirle que, por si acaso, preparara un discurso pues la gente, sobre todo los periodistas, estaba a la expectativa de alguna novedad y ya la noche estaba muy avanzada.

Al filo de la media noche *David* leyó un documento, breve, pero interesante y bien estructurado. Me pareció percibir ciertas figuras retóricas propias del marxismo. María Novoa, que estaba junto a mí a la hora de la lectura, coincidió conmigo. Me dio gusto escuchar reflexiones propias del marxismo precisamente de parte del comandante zapatista con el que más simpatiqué y que hasta la fecha recuerdo con aprecio (sólo a él le regalé mi libro *Izquierdas e izquierdismo*, gracias a Guillermo Michel que me hizo el favor de dárselo en uno de sus viajes recientes a la zona).

Creo recordar que fue esa vez que hice amistad con Xose Abad y Carlos Vázquez, de Galicia. Xose es un gran fotógrafo que tiene su estudio en Coruña. De Carlos ya escribí antes. A ambos les debo, no la explotación del trabajo intelectual del que fui objeto (pues me hicieron dar muchas conferencias desde Vigo hasta Coruña y Oleiros), sino mi conocimiento de esas tierras donde nació el primer Araujo, que allá es Araújo. No escatimaron tiempo y esfuerzos para llevarme a visitar una gran cantidad de ciudades y pueblos, de restaurantes y mesones, de museos, universidades e iglesias, todo ilustrado por las explicaciones eruditas de quien no sólo conoce bien su país sino que lo aprecia. Viaje inolvidable.

Un poco después de la media noche, es decir en las primeras horas del 1 de enero, llegó la *Mayor Ana María*, vestida con un pantalón negro y una blusa blanca de corte elegante y buen gusto. Sobre la blusa traía un chal, en hombros y espalda. Me sorprendió, pues el frío no era de broma, y el viento era tan fuerte que los que pudimos nos protegimos ubicándonos junto al templo, cerca de las escaleras al mismo, para evitar que nos golpeará el aire enfurecido. Ella, sin embargo, no parecía sentirlo. *Ana María* leyó la *Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*.

Según yo, esta *Declaración* es la síntesis más importante y clara del ideario del EZLN. Es un documento que, pese a errores comunes en el uso del lenguaje, es de una enorme riqueza conceptual, una obra maestra —lo digo sin ironías— de filosofía política contemporánea. Si el autor fue *Marcos*, mi respeto y admiración, aunque no coincida del todo con el planteamiento.

Visto ahora, a diez años de haberse presentado, es de destacarse la agudeza política del autor, por ejemplo al señalar lo que cito a continuación, que igual podría haber sido escrito la semana pasada u hoy.

El Partido Acción Nacional, el más fiel aliado de Carlos Salinas de Gortari, empezó a mostrar sus posibilidades reales [*sic*] de relevar al Partido Revolucionario Institucional en la cumbre del poder político y a enseñar su

vocación represiva, intolerante y reaccionaria. Quienes ven con esperanza el ascenso del neopanismo olvidan que el relevo de una dictadura [*sic*] no significa democracia, y aplauden la nueva inquisición que, con careta democrática, habrá de sancionar con golpes y moralina los últimos estertores de un país que fue asombro mundial y hoy es referencia de crónicas policiacas y escándalos.⁴¹

O este otro párrafo en referencia al proyecto del sistema:

Por un lado el proyecto de país que tiene el poder, un proyecto que implica la destrucción total de la nación mexicana; la negación de su historia; la entrega de su soberanía; la traición y el crimen como valores supremos; la hipocresía y el engaño como método de gobierno; la desestabilización y la inseguridad como programa nacional, y la represión y la intolerancia como plan de desarrollo. Este proyecto encuentra en el PRI su cara criminal y en el PAN su mascarada democrática.

Y no menos importante, porque incluso es tema de debate hoy y sobre todo a partir de los cuatro capítulos del Foro Social Mundial (Porto Alegre y Mumbay):

Los proyectos de oposición independiente tenemos una carencia que, hoy, se hace más decisiva: nos oponemos a un proyecto de país que implica su destrucción, pero carecemos de una propuesta de nueva nación, una propuesta de reconstrucción.

Pero además de esta visión casi profética de la política mexicana y de lo que ha ocurrido, hay elementos que son dignos de ser recordados. El primero, que la idea del FZLN no descartaba que hubiera un movimiento más amplio, del cual podría formar parte el Frente, o no, según las circunstancias. Cito: “Una nueva fuerza política que forme parte de un amplio movimiento opositor, el Movimiento para la Liberación Nacional, como lugar de acción política ciudadana donde confluyen otras fuerzas políticas de oposición independiente, espacio de encuentro de voluntades y coordinador de acciones unitarias.” Se aclaró, eso sí, que el FZLN sería “una nueva fuerza política *con base en el EZLN*” (las cursivas son mías).

Se aclaró, asimismo, que el EZLN ha sido y es “parte, y no el todo ni su vanguardia” “en el esfuerzo por la transición a la democracia”, y que el FZLN sería un espacio en el que quepan todos los que luchen “por la democracia, la libertad y la justicia para nosotros y nuestros hijos” y *no quieran el poder* ni desempeñar cargos de elección popular o puestos gubernamentales en cualquiera de sus niveles. Para que no hubiera dudas, se afirmó que el Frente no sería un partido político y se enfatizó, una vez más, que no aspiraba al poder, sino que trataría “de incorporar esfuerzos organizativos no partidistas”,

⁴¹ Escribí *sic* después de “posibilidades reales” pues todas las posibilidades son reales, por lo que no es necesario decirlo, y también después de “dictadura” pues el régimen mexicano dominado por el PRI no fue una dictadura, aunque sí autoritario, en ocasiones muy autoritario. Dictadura es una palabra muy fuerte, que no debe gastarse por el uso, pues sería como faltarle el respeto a las víctimas de las verdaderas dictaduras. Desde luego, soy consciente de que los términos políticos son relativos, pero no tanto como para vulgarizarlos.

no para “la toma del poder político sino por la democracia de que el que mande, mande obedeciendo”. Y en la *Declaración* se convocó a:

Aquellos ciudadanos *sin partido*, aquellas organizaciones sociales y políticas, aquellos comités civiles de diálogo, movimientos y grupos, *todos los que no aspiren a la toma del poder y que suscriban esta Cuarta Declaración de la Selva Lacandona* se comprometen a participar en el diálogo para acordar la estructura orgánica, el plan de acción y la declaración de principios del Frente Zapatista de Liberación Nacional. (Las cursivas son mías.)

Se dijo, al final, y también para que no hubiera dudas, que “en su tiempo y condiciones, el EZLN participará directamente en la formación del Frente Zapatista de Liberación Nacional” y, para el efecto, a principios de marzo de 1996, en el II Encuentro Nacional de Comités Civiles para el Diálogo Nacional, en Poza Rica, Veracruz, el *Subcomandante Marcos* envió la lista de quienes formarían la Comisión Especial de Promoción del FZLN. Un buen grupo de aproximadamente 20 personas entre las que estaban varias de *las rosarios* y, desde luego, Sergio Rodríguez, Priscila Pacheco, Guillermo Briseño, Diego García, Hugo Moreschi, Antonio y Liza García de León entre otros. En ese Encuentro, al que no asistí, se exhibió un video de *Marcos*, según me platicó alguien, en el que abiertamente se deslindaba el EZLN de los *ultras/sectarios*, sobre todo porque, al parecer, éstos ya habían fundado el FAC-MLN a partir de otro encuentro, el suyo, pero de nombre similar al promovido por los zapatistas. En ese video se dijo también que las organizaciones políticas, quizá en alusión al PRT (que según parece había solicitado su ingreso al Frente), no podrían formar parte del FZLN. ¿Por qué no las organizaciones políticas y sí las personas (también políticas)? A nadie de fuera le quedó claro, y algunos interpretaron que el nuevo Frente podría resultar semejante, por cuanto a táctica política, a la posición de los *ultras/sectarios* en la CND: evitar que hubiera organizaciones políticas porque, como se recordará, no les era igual de fácil controlar personas que partidos, internamente disciplinados y con una cierta cohesión ideológica. (En septiembre de 1997, precisamente en la inauguración formal del FZLN en el salón Los Ángeles de la ciudad de México, *Marcos* explicó, en un documento enviado al acto, que lamentablemente el EZLN no formaría parte del Frente, que los zapatistas asistentes estaban como observadores y que la nueva organización de la sociedad sería paralela, una organización hermana del Ejército Zapatista pero separada de éste.)

Aunque tuve y tengo desacuerdos con el ideario propuesto para el FZLN, que no con su objetivo final, para mí es claro que se trata de una de las declaraciones políticas más importantes que se hayan hecho en México en los últimos años. No considero que sea éste el lugar para discutir mis desacuerdos con la *Declaración*, ni para exponer mis posiciones. Me interesan, sí, un par de pequeñas reflexiones:

1) si bien es cierto que donde un partido o un grupo político-militar ha tomado el poder a nombre de las masas, y que al cabo de un tiempo las masas no han sido las principales beneficiarias de ese poder en su nombre (no al menos en todo lo que aspiraban cuando apoyaron al partido o al grupo), no se ha probado que si el poder es ajeno a las masas y a sus deseos y voluntades, haya cedido a su presión, más allá de pequeñas concesiones (que sólo coyunturalmente han resuelto las demandas de la población, cuando no han terminado por ser usadas en su contra mediante mecanismos y subterfugios que sólo el poder puede llevar a cabo).

2) La sociedad (llamada civil o no, pues es irrelevante), es heterogénea; por esta razón se puede unir contra algo o por algo muy concreto, pero esta unión es de corta duración, pues no tardan en surgir las diferencias, incluso de estrategia. Bien decía Sergio Rodríguez Lascano, uno de los más entusiastas promotores del FZLN: “Conforme mayor es la definición, menor resulta la capacidad de aglutinar las luchas.”⁴² Esto se ha comprobado, al menos, en los capítulos del Foro Social Mundial y en otros movimientos altermundistas. Más todavía, después de casi diez años de la *Cuarta Declaración*, el FZLN sigue siendo un proyecto de pocos resultados, si alguno, al igual que los comités civiles de diálogo. Y la unidad con los grupos y organizaciones clasistas, con los famosos *ultras/sectarios*, no ha sido posible salvo en coyunturas muy específicas. Es más, los no democráticos y sectarios, de inmediato formaron su propio frente, el Frente Amplio para la Construcción del Movimiento para la Liberación Nacional (FAC-MLN), que le quiso hacer competencia al FZLN sin ningún éxito tampoco, pues en la actualidad no llega siquiera a proyecto o es un proyecto olvidado.

Mi escepticismo sobre la famosa “sociedad civil” era y es tal que le dediqué largos apartados en mi libro *Izquierdas e izquierdismo. De la Primera Internacional a Porto Alegre*. Cuando Ota Masakuni me pidió un artículo sobre el FZLN para un libro sobre el zapatismo que, supongo, se publicó en Japón, tuvimos desacuerdos sobre el papel de la sociedad y sus posibilidades en relación con el FZLN, e incluso con el EZLN. Él pensaba, porque así se lo había oído a Elena Poniatowska y a Carlos Monsiváis —según me dijo—, que millones de mexicanos apoyaban al EZLN y a la idea del Frente. Yo no estuve de acuerdo, y así se lo dije, añadiendo que si tenía dudas enviara a su hijo, quien ya había estado en México y hablaba español. Se comprobó, en 1997, que yo no estaba equivocado, después de una prolongada estancia del hijo de Ota en el país. Fue una opinión que expresé desde los primeros días de enero de 1996, a pesar de que, movido por el entusiasmo, le dije al *Comandante David* que me considerara el primer miembro del FZLN, al menos en Oventic.

Esa noche, después de la lectura de la *Mayor Ana María*, subí al estrado y le di un abrazo al *Comandante David*, cosa que me criticaron muchos pues —me dijeron— “a los indios no les gusta que los abracen”. Pero, esa vez al menos, *David* me respondió el abrazo (no lo volvía a intentar, por si las dudas). Yo estaba emocionado, y supongo que él muy contento pues todo el acto salió a la perfección, pese a que hubo un niño herido con uno de los cohetes que torció su trayectoria y fue a parar a las gradas donde estaba la población de Oventic. Cuando le dije al *Comandante* que me considerara en el Frente, me contestó algo así como “ya veremos”. Tiempo después, en una reunión de *petit comité* con *Marcos* le conté la anécdota y me dijo: “sí, ya veremos”. A pesar de mis dudas y desacuerdos con el FZLN, lo apoyé durante un tiempo, pese a que en realidad nunca formé parte de sus filas, aunque quién sabe, pues no recuerdo que se dieran acreditaciones y si se dieron no sé si tengo la mía, no lo recuerdo.

He de destacar que en las reuniones de discusión del FZLN hubo una, en la Facultad de Ciencias de la UNAM, que me llamó poderosamente la atención. Con base en la *Cuarta Declaración* se comenzó a discutir si los miembros de los partidos podrían entrar en el Frente o no. La consigna, o al menos eso parecía, era que no. Yo pregunté por qué las bases del PRD, por ejemplo, no podían estar en el Frente y sí los pequeños empresarios que le escamotean el salario mínimo y el seguro social a los trabajadores, como es común que

⁴² Entrevista de Anne Marie Mergier a Sergio Rodríguez Lascano, *Proceso*, México, 17/12/00.

ocurra en ese medio. Abelardo Márquez, de Veracruz, un joven con formación marxista, se sintió contrariado con mi pregunta y cambió de opinión para secundar la idea de que también participaran los miembros de base de los partidos (siempre en el entendido de que la afiliación al FZLN sería individual y no de organizaciones). Hubo otras intervenciones en el mismo sentido. Se llevó a cabo una votación y, por supuesto, perdí. Yo no estaba en la lógica de la consigna. Me pareció un absurdo, y me lo sigue pareciendo, pues es obvio que un militante de base de un partido, probablemente un trabajador explotado por un pequeño o mediano empresario (del Barzón, por ejemplo) es más importante para un frente como el propuesto, que su patrón. Muchos compañeros del PRD participaron con significativo entusiasmo, y a veces con los *ultras/sectarios* en contra, durante los tiempos de la CND. Nuria Fernández fue una de ellas. Es más, en el desfile del primero de mayo de 1996, un pequeño grupo de personas nos paramos en la esquina de La Alameda Central de la ciudad de México, en Avenida Juárez, con un cartel que decía FZLN. De todos los que desfilaron ese día, que fueron muchos sindicatos y un contingente del PRD en el que iban Cuauhtémoc Cárdenas y Gilberto López y Rivas entre muchos más, los únicos que levantaron la mano haciendo la señal de la victoria o con el puño cerrado, y que además gritaron repetidas veces E-Z-L-N, fueron los del PRD. Imanol Ordorika (en San Cristóbal a principios de julio de ese año), y quien es y ha sido militante del PRD, preguntó en el Foro sobre Reforma del Estado lo mismo: ¿por qué no se puede estar en ambos lados? Ahí estaba *Marcos*, pero que yo me haya enterado (pues no estuve en el Foro) nadie le dio una respuesta a Imanol, aunque quizá sí, cuando *Marcos* caracterizó al FZLN como el espacio que los partidos no han abierto para los ciudadanos sin partido, o algo así. A la fecha, 2004, a nadie parece preocuparle mucho esa inquietud, ya bastantes problemas tienen los del PRD con la construcción de su partido. Y el FZLN, acoto, no se ve muy saludable que digamos.

En esos primeros días de enero de 1996 me entrevistó Julio César López de *Proceso* (no Álvaro Delgado, que aparece también como responsable de la nota; él me hizo otras entrevistas). López no tenía buena fama entre los periodistas que se congregaban en el Hotel Casa Vieja, donde fue la entrevista. Cabeceó bien la nota: “Octavio Rodríguez Araujo: La sociedad civil no ha respondido a los llamados del EZLN”, pero luego dijo algo que sacó de contexto y lo puso en mis labios: “Nomás de pensarlo, confiesa Octavio Rodríguez Araujo, la faena de construir el FZLN le provoca fatiga”.

Esta última referencia del reportero tenía que ser aclarada, pues no fue eso lo que dije, no así como lo registró López. Cuando leí las revistas correspondientes a las primeras dos semanas de enero, le envié una carta a Carlos Payán, publicada en “El correo ilustrado”. Cito la carta por su importancia política, sobre todo en ese momento:

Apreciado Carlos: El señor Julio César López del semanario *Proceso* (15/1/96) me ha puesto en el mismo saco de los que “en general, señalaron no entender cómo una organización política no lucha por el poder” (en referencia a lo declarado por Heberto Castillo, Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto Rincón Gallardo, Arnaldo Córdova, Pablo Gómez y yo a *Proceso* de la semana pasada).

No hay una sola línea, ni siquiera una palabra mía en ese sentido. Para mí ha sido claro, desde principios de 1994, que el EZLN no lucha por el poder y, desde que conocí la *Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*, que el FZLN propuesto en ésta tampoco lucha por el poder.

Aprovecho para precisar que el “cansancio” del que hablé para *Proceso* (8/1/96) está citado fuera de contexto. Esto es, cuando dije que la idea de la

formación del FZLN me provoca cansancio, estaba haciendo alusión, en el curso y en la lógica de la entrevista, a los debates que un frente de tal naturaleza supondrá entre tantas posiciones diferentes en propósitos y en estrategias.

Y, finalmente, no renuncié, a la CND “luego de las diatribas políticas entre los moderados y los ‘ultras’ en la reunión de Querétaro”, como se dice en la página 13 del número 1001 de *Proceso*. La reunión de Querétaro fue a principios de febrero de 1995, mi renuncia a la CND fue siete meses después; y el debate sobre el MLN en aquella reunión no fue entre moderados y “ultras”, sino entre no sectarios y sectarios.

Hubo tal cantidad de confusiones y de desinformación en los periódicos que pensé necesario escribir un artículo explicando la diferencia entre el FZLN y el MLN. No reproduzco el artículo pues creo haber explicado ya el sentido del FZLN y sus diferencias con el MLN. Pero sí es conveniente mencionar que cuando se formó el FAC-MLN, en Acapulco, Guerrero, los corresponsales de prensa se confundieron, entre otras razones porque los fundadores de ese otro Frente, los *ultras/sectarios*, le llamaron a su acto III Encuentro por la Unidad y el Diálogo Nacional, parecido, para un lector poco atento, al Encuentro que se había llevado a cabo en Tepoztlán.

Tal como era mi compromiso con *Marcos*, hablé (enero de 1996) con intelectuales, políticos y periodistas de alto nivel para preguntarles si aceptarían ser asesores del EZLN o invitados. Les expliqué 1) que era una *preinvitación*, y 2) que en ningún caso tenían que sostener las mismas tesis de los zapatistas o siquiera simpatizar con ellos como movimiento armado, etcétera. Unos, como Enrique González Pedrero, me pidieron que los dejara pensar, pero otros, como su esposa, Julieta Campos, me dijo de inmediato que sí. Al rato Enrique también dijo que sí, al igual que Víctor Flores Olea una vez que pude hablar con él pues había fallecido su madre a principios de enero. Y así seguí hablando a uno por uno (y a unas también) hasta que llegué a los más difíciles, como Santiago Creel que me pidió participar como invitado, al igual que José Agustín Ortiz Pinchetti, quizá porque ambos eran consejeros electorales. ¡Cómo cambia la gente con el tiempo! (me refiero a Creel). Me aceptaron 43, incluso personas que nunca han sido o han pretendido ser de izquierda como Denise Dresser, Julio Faesler, Federico Reyes Heróles o Germán Dehesa. Otros, de larga trayectoria de izquierda, me dijeron que, por la edad, no podrían asistir, como Adolfo Sánchez Vázquez y Horacio Labastida, pero que aceptaban y enviarían ponencia.

Con el concurso de otros colegas se formó una lista impresionante de alrededor de 300 personas y organizaciones. Fue un éxito rotundo cuando entre el 6 y el 17 de marzo aparecieron las listas de asesores e invitados. El gobierno se quedó huérfano de asesores, como se vio cuando la Mesa II (Democracia y Justicia) comenzó. Fue un gran golpe para Zedillo. Se demostró 1) que no tenía muchas simpatías en el medio intelectual, y 2) que los asesores con los que contó no eran de primer nivel y tampoco muy convencidos de lo que tendrían que defender.

No debe pensarse que la conformación de las listas de asesores e invitados fue un trabajo fácil en relación con EZLN. *Ellos* se manejaban a veces de maneras un tanto extrañas, por lo menos extrañas para mí. Trataré de explicarlo.

Lo primero que debo aclarar es que ni *Marcos* ni los comandantes daban órdenes fuera de sus ámbitos de jerarquía formal, por ejemplo la del EZLN. Pero al mismo tiempo sí daban órdenes, pero sutilmente: sugiriendo, solicitando una acción o tarea. Hasta ahí, más o menos fácil de entender, pues ninguno de los que estábamos colaborando con ellos

era su subordinado, ninguno era el cabo Gutiérrez o la subteniente Pacheco o el sargento Garrido. Sin embargo, la disciplina de trabajo funcionaba más o menos como en un partido clandestino, lo que quizá sea necesario explicar brevemente pues hace muchos años, salvo en casos excepcionales, que no están de moda.

En un partido clandestino los miembros de un grupo (célula, o como se le quiera llamar) tienen un responsable (político) que, a su vez, tiene ligas con un superior y así hasta la cúpula. Mediante ese superior se transmiten las órdenes, y su cumplimiento es supervisado por ese responsable que da cuenta de la calidad militante de cada uno de los miembros del grupo. Como el partido es clandestino, el miembro del grupo inferior no conoce al superior de su responsable (por razones de seguridad), o al superior de su enlace, por lo que está prácticamente imposibilitado para exponer sus quejas (que las puede tener) sobre el responsable político en las instancias superiores. Pero suponiendo que haya un conflicto con el responsable inmediato, entonces interviene una comisión de control, que viene de arriba y toma nota del asunto para resolver, si ha lugar, el conflicto. Pero si el responsable de célula es de la confianza de los dirigentes, el que sale perdiendo es el miembro de base, y quedará aislado o ya no tendrá la confianza de la organización.

Con este sistema de organización, basado en la confianza de la organización al militante y asumiendo que éste quiere tener esa confianza, el partido funciona muy bien, hasta que el militante pierde la confianza del organismo. Si éste es el caso, el militante puede ser expulsado o incluso muerto, según sea el tipo de partido de que se trate. Así funcionaron y funcionan las organizaciones guerrilleras, por ejemplo, siempre clandestinas.

Las células de un partido de este tipo se nutren de simpatizantes, que son personas a prueba y que realizan actividades secundarias o de poco peligro para la organización, como por ejemplo mensajería o pintas y reparto de propaganda. Si un simpatizante pasa las pruebas, entra en una célula de bajo nivel jerárquico y así podrá ascender o no, según su trabajo y lealtad a la organización. Debe añadirse que el responsable de un grupo es igual a los demás miembros de un grupo, en apariencia. Esto es, si fuera un grupo militar no tendría una barra más en su hombrera o en su manga, pero todos los miembros del grupo sabrían cuál es su papel y que él es el que transmite las órdenes y el que evalúa la actividad de cada quien. Es, en suma, el enlace, el que *se habla de tu* con los dirigentes, cuidando de mantener un bajo perfil o de no ser ostentoso con el papel de dirección que juega. Y un dato adicional, los miembros de una célula no conocen a los de otra célula, aunque pueden suponer, por ciertos detalles, que también son simpatizantes o militantes de la organización. Por lo mismo, los miembros de un grupo tampoco conocen a los responsables de otros grupos o a los enlaces de la dirección y, si reciben una instrucción de otra persona, lo más probable es que la acepten bajo la presunción de que es otro dirigente, aunque no se sepa cuál es su jerarquía en la organización.

Lo curioso del asunto es que este esquema funciona incluso de manera *inconsciente* para los simpatizantes o miembros de una organización o de un movimiento que, *conscientemente*, rechazarían un partido o una organización de este tipo. De aquí que cuando los mandos superiores le dan instrucciones a un grupo, y las mismas instrucciones a otro grupo, pareciera que se están duplicando las órdenes, pero en realidad se complementan. Pero como esto no se sabe en cada uno de los grupos, se crea confusión y todo lo que ésta supone.

Por increíble que parezca así funcionó el zapatismo civil, aunque muy pocos fueran conscientes de que así funcionaba y aunque los mandos medios y superiores no se lo hayan propuesto (o quién sabe). Bastaba decir “dice aquél” o “se dice allá” para que todo mundo

entendiera que las instrucciones (siempre planteadas como solicitudes o sugerencias) venían de *Marcos* o de uno de los comandantes del CCRI-CG. Esta es la razón por la cual todo mundo se fue de la Primera Sesión de la CND cuando se dijo que iba a llover: el que lo dijo tenía la imagen de ser de los de arriba. Así de simple, aunque luego se demostrara que no sólo no era sino que estaba en contra de *Marcos*. Este es un ejemplo, pero podría citar muchos más.

En el caso de las listas no hubo un responsable, sino varios. Pero eso no lo sabíamos los responsables individualmente, de ahí que surgieran problemas cuando fueron elaboradas, pues de repente aparecían listas de personas y organizaciones de las que los demás no tenían noticia, o algunas personas fueron preinvitadas dos veces por diferentes encargados de hacerlo, dando la idea de que no había coordinación. Sólo el de arriba y sus lugartenientes civiles más cercanos sabían de qué se trataba. Esto creó confusiones y hasta conflictos, y así fue también en otro tipo de actividades que se desarrollaron después, pues en ocasiones se daba una misma instrucción a dos personas distintas y se duplicaba la actividad (como el video que fui a recoger cuando ya se lo habían dado a otro) o, peor, diferentes instrucciones sobre una misma actividad a personas también distintas, como ocurrió con la fecha del Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, que se realizó en *La Realidad*. Cada uno de los “responsables” decía que “aquél” había dicho, pero se trató de fechas distintas. Fue necesario aclarar este punto, y no recuerdo quién tenía la razón, pero el Encuentro se llevó a cabo a principios de abril de 1996 y fue exitoso.

En una de esas reuniones con *aquél* (del grupo al que yo pertenecía), se me invitó a ser coordinador, junto con Gustavo Esteva, del grupo de asesores de los comandantes para la elaboración de la agenda de la que sería la Mesa II sobre Democracia y Justicia. Me presenté en San Andrés por ahí de mediados de febrero. Todo muy bien, pero unos días después llegó Julio Moguel afirmando que él era también coordinador. ¿Tres coordinadores? Esto creó un conflicto personal que tuvo que presentarse a los comandantes. Pero éstos, con una cultura distinta a la nuestra (de *grillos* de la capital), no parecían entender cuál era el problema y, de manera elíptica, muy propia de ellos, dejaron las cosas como estaban y más o menos dieron a entender que Gustavo y yo estábamos bien como co-coordinadores. Pero hubo algo que no les gustó: que hubiera conflicto entre nosotros por algo que quizá ellos consideraron una nimiedad, y que quizá sí era una tontería sólo explicable por rivalidades antiguas entre nosotros, entre Julio y yo (él con antecedentes maoístas y yo con antecedentes trotskistas). Pero, además, el compañero tenía, para mi gusto, problemas de personalidad: en una de las conferencias de prensa que daban los comandantes, los asesores nos parábamos atrás de ellos. Julio llegó tarde y se paró delante de Gilberto López y Rivas. Gilberto le dijo que estaba muy grueso para vidriera y que buscara otro lugar pues no lo dejaba ver. Julio se movió hacia la derecha y se paró delante de mi, que soy más bajo de estatura que Gilberto. Entonces le dije que no importaba, que ayer yo ya había salido en la foto. Creo que se molestó. El protagonismo de la gente se revela con más frecuencia de lo que pueda pensarse. Y algo deben tener las cámaras fotográficas, pues muy poca gente se resiste a ellas, y menos cuando esas cámaras las portan los fotógrafos de prensa. Los chamulas, más inteligentes, cobran por la foto, y argumentan que las cámaras les roban el alma. Los intelectuales, al igual que los políticos, no somos tan inteligentes. Cuando nos pide un canal de televisión que vayamos a los estudios para una entrevista, vamos y ni siquiera nos pagan, a diferencia de lo que ocurre en los países desarrollados. En descargo, debo decir que hace años que no voy a una entrevista

de TV o de radio. Si quieren la entrevista que me la hagan en mi casa o en mi cubículo de la Facultad. Pero confieso que en aquellos años sí iba a los estudios, como fue el caso de una entrevista conjunta de Javier Solórzano y Carmen Aristegui a Jorge del Valle y a mí. Fui al otro lado de la ciudad de México, casi enfrente del aeropuerto (Multivisión), pero creo que lo hice, más que por promoción personal, para ganarle a Jorge ante las cámaras y no sólo en el diálogo del gobierno con los zapatistas.

Con Gustavo Esteva tenía desacuerdos, y serios, pero ya habíamos trabajado juntos en el Tribunal Electoral y desde entonces supimos manejar nuestras diferencias. No obstante, como había muchos tiempos muertos en los que no teníamos nada que hacer, sino esperar, tuvimos una discusión de tres horas sobre las bondades de la vida comunitaria contra las del individualismo urbano en el que he vivido siempre. Gilberto me felicitó por mi paciencia, y me dijo: Gustavo siempre quiere convencer a todo mundo de las maravillas de la vida en comunidad, pero yo no le hago mucho caso.

Tal fue el desconcierto de los comandantes sobre nuestras diferencias (me refiero a las habidas entre Julio y yo) que nos invitaron a que nos reuniéramos en un local aparte para tratar de lograr consensos, y nos dieron una explicación sobre cómo se construían consensos entre los indios. Hicimos el ejercicio, siguiendo la receta, y, sorpresa, lo logramos a pesar de que el grupo era muy heterogéneo. Personalmente, debo decirlo, aprendí una forma de discusión a la que no estaba acostumbrado, y luego dicen los no enterados, y la delegación del gobierno en el diálogo, que los indios no saben nada. Qué equivocados estaban. Había mucho que aprenderles.

Hubo un punto por el que tuve una cierta fricción con el *Comandante Tacho*. Y esto fue cuando les dije a los comandantes que lo que estaban planteando era, si no imposible, sí muy difícil de aceptar en la lógica de la unicidad del Estado, que es una defensa de las clases dominantes cada vez que ven amenazado su poder. Dije también que no pensaba que un régimen político pudiera desmantelarse en una mesa de diálogo, lo cual fue interpretado como un cuestionamiento a la validez del diálogo con el gobierno. En otros términos, no sólo estaba advirtiendo que el gobierno no cumpliría los acuerdos a los que pudiera llegarse, sino que sobre ese punto se cerraría, al igual que sobre la exigencia de plurijuricidad constitucional implícita en la cuestión indígena propuesta por el EZLN. Lo que yo estaba diciendo parecía oponerse a lo que se había firmado entre el gobierno y el EZLN sobre los derechos indígenas, el famoso acuerdo de San Andrés que después el gobierno no respetó. Lamentablemente yo tenía razón, pero decirlo a unos días del 16 de febrero (día de la firma de los acuerdos), fue más que anticlimático. Raymundo Sánchez y Enrique Flota, que estaban ahí, casi me dan de patadas debajo de la mesa. Fue impolítico de mi parte decir que el gobierno no iba a aceptar los acuerdos de San Andrés, pero, con toda la pena, yo no soy político sino politólogo, y como politólogo yo sostenía la hipótesis de que no se iban a respetar esos acuerdos (mismos que no se han respetado hasta la fecha). Creo que desde esa vez, si no es que desde antes, *Tacho* no simpatizó conmigo pese a que, como a muchos les consta, intenté caerle bien. Hay veces que las personas no se caen bien, incluso después de las primeras impresiones que no siempre son correctas. Lo que sí sé es que nadie me dijo que yo, como asesor, tenía que darles por su lado a los comandantes reunidos en San Andrés. De hecho, en el discurso de *Marcos* a los asesores, en la noche del 18 de marzo, se aclaró que los zapatistas no pretendían que se avalaran sus posiciones políticas, ni que dijéramos cosas que les agradaran, sino que nos expresáramos con entera libertad y que fuéramos consecuentes con las ideas que nos habían llevado a tener “el

reconocimiento nacional e internacional, en no pocos casos...”.⁴³ Eran palabras, sólo palabras.

Pero ahí sólo se dieron las primeras fricciones. Por esas mismas fechas o un poco después, el *Subcomandante* me preguntó si estaría dispuesto a coordinar al grupo de asesores para la Mesa sobre Justicia y Democracia. Le dije que sería un honor y que pondría mi mayor esfuerzo, etcétera. Estando en *La Realidad*, en una de esas larguísimas esperas, en las que uno no hace nada, de repente se me acercó Antonio García de León y me preguntó si aceptaría coordinar la mesa de organizaciones sociales y participación ciudadana. ¿*What?* ¿Y eso quién lo dice?, le pregunté. Pues viene de *allá*, me debe haber respondido Antonio. Y entonces le dije algo así como “además de que me degradaron me quieren mandar a coordinar precisamente a todos con los que me enfrenté durante año y medio (los *ultras/sectarios*). Pues no, no acepto.” Y no acepté, pero además pedí una explicación. Solicité una entrevista con *aquél*, le mandé un mensaje con el *Mayor Moisés*, me enojé y dije que no coordinaría nada, que por lo menos me hubieran enviado a la mesa sobre democracia política e instituciones públicas, que es mi especialidad desde hace más de 30 años, etcétera. Hablé con Sergio Rodríguez, a quien veía mucho en aquellos años, y que era una de las personas cercanas al papado zapatista y, en fin, busqué una explicación. Nada. Silencio, y peor, como si de golpe me hubieran salido unas extrañas y peligrosísimas manchas en la cara, fui aislado. Como si nadie quisiera que lo vieran conmigo, no fueran a pensar que éramos del mismo grupo y quedaran excluidos también. Tom Hanks en *Filadelfia*, sin el Oscar.

Ya dije antes que soy explosivo y que puedo ser muy brusco verbalmente. Pues en esa ocasión despotriqué, sobre todo porque no se me dieran explicaciones ni derecho a audiencia. ¿Cómo se hablaba de nuevo constituyente y de una nueva constitución si no se respetaba mi derecho de petición consagrado en el artículo 8° de la Constitución vigente? En la noche del 18 de marzo el nuevo coordinador, Antonio García de León, quien por cierto sigue siendo buen amigo, les pidió a todos los asesores reunidos que se ubicaran al centro del graderío. Naturalmente no me moví: me quedé con mis ayudantes, que también estaban ahí, en el lugar en que estaba. Todavía más, le pregunté a *Tacho* a qué hora llegaba *Marcos* (pues todavía quería aclarar las cosas con él), y me contestó que no me impacientara, que recordara que el tiempo indígena era diferente al de nosotros. Antes de esto *Tacho* leyó un pequeño discurso en el que hizo referencia a las palabras y pensamientos de nosotros, los asesores, y que tanto las palabras como los pensamientos podían ser usados como armas, armas para una buena causa y no para herir al compañero. Y como fue el caso que cuando pronunciaba estas palabras me veía a mí, me sentí aludido, pero también preocupado. Rápida y mentalmente revisé mis escritos anteriores tratando de recordar a quién había insultado o herido con alguno de ellos. No recordé ninguno, salvo los referidos a los *ultras/sectarios*, de lo cual no tenía que arrepentirme pues releyéndolos ahora he llegado a la conclusión de que fui muy suave con ellos. Pensé, entonces, que la aparente alusión no era a mis escritos, sino a mis exabruptos cuando me quisieron poner como coordinador de la mesa sobre organizaciones sociales. Bueno, quizá en este punto sí tenía razón. Horas después me di cuenta de que estaba siendo paranoico por la misma situación extraña que se había creado a mi alrededor. Y lo supe cuando llegó al frente el *Subcomandante* y leyó un texto en el que hizo referencia al discurso de *Tacho* y citó casi

⁴³ Véase el “Mensaje a los asesores e invitados a la Mesa II”, *EZLN. Documentos y comunicados, op cit*, T. 3, pp. 193 y 194.

las mismas palabras. Obviamente no era una indirecta, pues *Marcos* no iba a escribir un mensaje para decirme lo que me podía haber dicho por medio de uno de los enlaces de su confianza. Soy vanidoso, ya lo he dicho, pero no ególatra. Sin embargo, algo me llamó la atención (además de que nunca entendí para quién o quiénes estaba dirigido el mensaje sobre el uso de las palabras). Todos sabemos que el lenguaje corporal y una cierta mirada tienen significados. Cuando *Marcos* se dirigía a las gradas me vio de reojo pues, como ya dije, yo estaba con mis ayudantes a un lado de los demás, y desvió la mirada para no verme ni saludarme siquiera con un movimiento de cabeza, y yo traía puesto el mismo sombrero por el cual, aparentemente sin verme, me reconoció la primera vez que fui a *La Realidad*. Para mí fue obvio que yo ya tenía *tache*, paranoias aparte.

Mi mal humor cambió cuando *Marcos* se dirigió al centro, al lugar en que estaban los demás asesores, muy bien portados y en el sitio en el que les dijeron que debían estar. Muchos, que era la primera vez que veían al *Subcomandante*, se lanzaron, perdiendo toda compostura, como *fans* de un cantante famoso, a tomarle fotos, regalarle un libro o pedirle un autógrafo. Me dio risa a la vez que pena ajena, y a partir de ahí me puse de buen humor, ya no me sentí mal por estar excluido. Hay cosas peores, como el ridículo. (Años después, el 6 de marzo de 2001, hubo una situación semejante en Tepoztlán, Morelos. Ahí *Marcos* criticó el culto a la personalidad, pero creo que lo disfrutaba.)

Y a propósito de *fans*: cuando estábamos en San Andrés discutiendo la agenda, llegó Alan Arias, asesor del gobierno en el diálogo y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas. Estaba vestido de traje azul, delgado, y con mocasines. Me preguntó dónde podría ver a los comandantes zapatistas, pues el campo enemigo, es decir el del gobierno, no comunicaba con el frente del edificio, donde los comandantes daban sus conferencias de prensa. Le sugerí un lugar, a un lado de los arcos frontales del edificio. Se estacionó ahí y con mucho frío, parándose en un pie y luego en otro, estuvo más de una hora esperando a que salieran los comandantes. Quería verlos, un asesor del gobierno. Dato curioso y elocuente, creo. En mayo de 2004 Alan me regaló su libro, sobre el EZLN, publicado en 2003, con una dedicatoria interesante: “para Octavio, con mucho aprecio y admiración. Un tema común...”. Lo leeré con curiosidad, pues su posición como asesor del gobierno en la Mesa II fue más bien débil.

Días después, por ahí del 21 o el 22 de marzo, participé en la sub-mesa “Democracia e instituciones públicas” de la Mesa II, en una suerte de monólogo pues la delegación gubernamental y sus asesores parecían mudos. Querían conocer, quizá para que pareciera diálogo, cuál era la caracterización de los zapatistas sobre la democracia. Me permití proponer una, tomada del artículo 3° constitucional, pero sin citar la fuente. Los asesores del gobierno, entre los que estaba Alan Arias, no estuvieron de acuerdo. ¡El gobierno en contra de la ley fundamental que debiera regir sus acciones! Ciertamente no hubo diálogo, pero tampoco intentos de parecer inteligentes (me refiero a los del gobierno).

Posteriormente a los sucesos narrados tuve la convicción de que, de zapatista de primera bis, había pasado a zapatista de tercera, si no de quinta o que ya, para los zapatistas de verdad, había dejado de serlo. Recuerdo que dije que apoyaría a los zapatistas a pesar de los zapatistas. Así era mi molestia. Pero luego las cosas se arreglaron un poco, casi nada, como comentaré a continuación.

Quizá por afecto o porque quiso mediar, Sergio me explicó unas semanas después que había escuchado por ahí que no había sido *Marcos* el que me excluyó de la coordinación de asesores para la Mesa II, sino *Tacho*, porque le tenía un aprecio especial a García de León, pues se conocían desde tiempo atrás. Creo que fue una mentira piadosa,

pero quise creerla, o tal vez era verdad. Nunca lo supe, y ahora no importa. Sin embargo, en mayo, Sergio me transmitió una invitación para que coordinara la mesa sobre democracia y soberanía nacional del Foro Especial para la Reforma del Estado que iniciaría en SCLC a finales de junio o principios de julio. El 23 de mayo le escribí a *Marcos* y, entre otras cosas le dije:

Aunque no es un tema en el que sea especialista, algo sé del asunto. Después de mi no aceptación en la Mesa II, que al parecer provocó algún desconcierto, pero que nunca pude explicar personalmente, tuve un periodo de reflexión y me dije, al final de ésta, que, bueno, así es esto y como Zapata vive, la lucha sigue. Así es que ahora, en lugar de ponerme moños, acepto y adelante. Todo esto en el entendido de que el Foro, por ahora pospuesto, se lleve a cabo y yo esté en México, pues tengo algunas invitaciones al extranjero, concretamente a GB y a Francia.

Uno debe saber cuándo ser humilde. Sólo los necios y los soberbios, que siempre he criticado, se mantienen en sus trece, quizá por eso se dice que es de sabios cambiar de opinión. Fue así como seguí participando, ya no como zapatista de primera bis, pero tampoco como zapatista de quinta. Dejémoslo en tercera. Para limar asperezas, por si quedaban algunas, el 12 de junio de 1996 le envié a *Marcos* un ejemplar del libro *Transición a la democracia. Diferentes perspectivas* que acababa de salir de imprenta y, además, el libro de Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX* que, pensé, podría servirle para documentar sus escritos, y siempre bajo la presunción de que no lo venderían en *La Realidad*. En carta anexa le expliqué que me iba a Europa y que, por lo mismo, no podría estar en esos días en la mesa de diálogo y que quizá tampoco llegaría a tiempo al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, el llamado “intergaláctico”, programado para finales de julio y principios de agosto de 1996.

3.3. El Intergaláctico

No pude asistir al Encuentro Americano de principios de abril de 1996. Pero invité a dos de mis alumnas a que fueran como traductoras, una de inglés-español y la otra de alemán-inglés-español. La primera era *chicana*, es decir estadounidense de padres mexicanos (Jenny R.), y la otra alemana, de Berlín, llamada Anja O. A Anja la volví a ver en Berlín en 1997, a Jenny no la volví a ver después de que terminó mi curso. Lo que quiero narrar fue la impresión de esta compañera cuando regresó del Encuentro. Le pedí que nos hiciera (a mis alumnos y a mí) un comentario de su viaje y sus experiencias. Lo hizo, pero al final de su charla dijo algo que nos conmovió a todos: que en Chiapas había descubierto su identidad, porque en Los Ángeles no era gringa ni mexicana, y ahora sabía que era mexicana nacida en Estados Unidos. Y lo dijo con lágrimas en los ojos y la voz quebrada. Para mí esa fue la mayor recompensa por haberla invitado y, como no estuve en el Encuentro, una experiencia que justificaba de sobra su organización.

Anja, estando yo en Berlín, me invitó a una reunión de un grupo alemán que apoyaba a Chiapas. Ahí me llamaron la atención dos planteamientos de algunos compañeros: a) que para el Encuentro Intercontinental en España (1997) los zapatistas eran “iguales” a todos los demás y que, por lo tanto, no serían invitados como tampoco lo serían

los sindicatos, los partidos y los intelectuales, y b) que no se aspiraba a ninguna clase de organización, ni siquiera coordinación, “porque en el momento en que se organiza un movimiento surge una dirección y ésta, invariablemente, se convierte en una burocracia que, en consecuencia, inhibe la espontaneidad de las masas y las formas libres de asociación y de acción” (notas textuales que tomé gracias a la excelente traducción de Anja). Otra cosa ocurrió en España, pues los zapatistas sí fueron invitados, pese a la opinión del Comité de Berlín en apoyo a Chiapas, pero no los partidos ni intelectuales reconocidos. Tiempo después la compañera alemana vino a México con una carta del Comité de Berlín en mi contra, por un artículo que publiqué el 5 de agosto de 1997 (sobre mi experiencia en aquel país), pero me dio a entender que los que así se expresaron eran sólo los anarquistas y no todo el grupo. Nunca supe qué destino tuvo la carta que enviaron por medio de la compañera alemana, pero no me preocupó. Esa vez, y sobre todo por mi artículo, me habló uno de los cercanos a *Marcos* y me dijo que mi crítica a los anarquistas había sido muy severa y que él los prefería a los maoístas. La verdad, no supe qué contestarle, pues no me pareció que estuviera hablando en serio, ya que para 1997 el maoísmo no era significativo (ni lo sería después), en tanto que los anarquistas estaban cobrando fuerza aunque en corrientes muy diversas y con frecuencia confusas.

Regreso a 1996. Al Encuentro Intercontinental en *La Realidad*, también conocido como *Intergaláctico*, sí pude ir pues llegué a tiempo de Europa. Mi estancia en ese continente resultó muy interesante, además de que corrí con suerte. De este viaje ya escribí algunos aspectos en otro capítulo, aunque mucho más habría que decir, como por ejemplo que ahí Tessa Brisac me presentó a Régis Debray, quien llegó en bicicleta al café enfrente del teatro donde se estaba desarrollando un acto sobre movimientos sociales en el que se incluía al zapatismo mexicano. Después de las presentaciones intentamos conversar, en español, pero lo único que quería saber Debray era si yo todavía era trotskista y si era militante. Un interrogatorio extraño y, para mi gusto, fuera de lugar. Opté por conversar con una compañera que estaba a mi izquierda, quien era dueña de una galería de arte. Ella me consiguió una entrevista con Danielle Mitterrand.

En el teatro tuve que improvisar una breve conferencia sobre el EZLN, pero Tessa no me podía traducir pues creo recordar que estaba mal de la garganta, por lo que me tradujo el conocido sociólogo Yvon Le Bot, quien después escribiría un libro de entrevistas titulado *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*. A Yvon no le hizo gracia traducirme, y me lo echó en cara cuando estuvo en el Intergaláctico. Tessa, como todo mundo sabe, fue quien hizo, con Carmen Castillo, el famoso video *La verdadera leyenda del Subcomandante Marcos*.

Lo más interesante ocurrió en la Contra Cumbre del G7 en Lyon, Francia. Cuando me habló Braulio Moro a Londres, para invitarme, no pude decirle que no, y menos si me pagaban el viaje en el tren rápido, que fue mi primera experiencia en un ferrocarril que corre a más de 300 kilómetros por hora. En la noche de mi llegada di una conferencia muy larga. Al día siguiente conocí, en la mesa redonda en que participé, a Eric Toussaint entre otras personas para mí muy importantes por sus aportaciones intelectuales. A Eric lo he seguido viendo, y tuve el honor de presentar en México su conocido libro *La bolsa o la vida*. Posteriormente, a las 14:00 horas participé como primer orador en el gran mitin de cierre de la Contra Cumbre. En el gran auditorio había alrededor de 800 personas, la mayoría representantes de organizaciones sindicales francesas, además de otros países europeos, africanos y caribeños. De América Latina sólo estábamos al frente un delegado del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil y yo. Al terminar mi discurso sobre la

solidaridad internacional al movimiento zapatista de México, y emocionado con los aplausos, se me ocurrió ponerme de pie y levantar el puño derecho. Los del *presídium* (como se dice en México) se pusieron también de pie y el público hizo lo mismo y comenzaron a gritar E-Z-L-N varias veces. Confieso que la emoción estuvo a punto de desbordarme. Nunca me había imaginado a mí como orador en un mitin, y menos en francés (con una excelente traducción de Armando, un catalán trotskista que vivía en ese país). A veces pienso que en algunos lugares de Europa había (y quizá hay) más interés por el levantamiento indígena y el EZLN (y por *Marcos*, por supuesto), que en México. Creo que allá hay más comités de apoyo a Chiapas que en nuestro país, lo que no entiendo muy bien es que en su mayoría sean anarquistas, algunos con una cierta dosis de Marcuse.

Después de la inauguración del *Intergaláctico* en Oventic, donde otra vez hicieron pasar a hombres y mujeres separados, nos trasladamos a *La Realidad*. En Oventic la *Mayor Ana María* leyó un texto de bienvenida en el que se enfatizaba el principio de pluralidad y “un mundo donde quepan todos los mundos” como alternativa al actual. También habló el *Comandante David*. Habría después mesas de trabajo, al igual que en los otros tres *Aguascalientes*, pero yo sólo estuve en la inauguración, ya que tenía que recoger en SCLC mi acreditación para la mesa especial en la que iba a participar, porque esta vez, por la mediación de no sé quién, pasé de zapatista de tercera a zapatista de primera bis. En el Centro Don Bosco tuve un problema con el sub-coordinador de la mesa especial. Así como los periódicos dicen ahora, en referencia a Carlos Ahumada: “empresario de origen argentino”, también —acoto— debería decirse en ciertos casos: “historiador de origen argentino”. Bien, este personaje me salió con la brillante iniciativa de que la mesa especial era sólo para extranjeros. Le argumenté que eso no era exacto, pues el coordinador de la mesa era mexicano (Carlos Monsiváis); él mismo, aunque de origen argentino, era mexicano; Luis Villoro y Pablo González Casanova también eran mexicanos, aunque el primero es de origen español. Juan Bañuelos y Oscar Oliva no sólo eran mexicanos sino de Chiapas. Lo que me quería decir el sub-coordinador o ayudante de Carlos Monsiváis, era que la mesa especial era para *personas especiales* (lo que por cierto molestó a muchos participantes en el Encuentro), es decir para intelectuales de primera y no de primera bis, para seguir con las metáforas; por eso fue que inventó que era sólo para extranjeros. La naturaleza es muy sabia al no haberles dado alas a los alacranes. La discusión se terminó cuando Paulina Fernández, encargada de los asuntos internacionales del Encuentro, me dio mi invitación firmada por *aquél* después de mostrársela al sub-coordinador. Confieso que nunca he entendido por qué cuando uno le hace favores a la gente, que había sido el caso con el ayudante de Monsiváis años atrás, se fabrican enemigos. Me acordé del refrán “Todo te pueden perdonar, menos un favor.”

Al Encuentro fui con Rosario Ibarra, Sergio Rodríguez y el resto del grupo con el que solía ir. Gracias a Rosario y a su indiscutible lugar entre los zapatistas, nos ubicaron en una cabaña seca, con techo y muros de media altura donde extendimos nuestras bolsas de dormir. Fue una buena cosa, pues en *La Realidad* llueve mucho y más en verano. El lodo era tan abundante que las botas de hule de la pequeña tienda del pueblo se vendieron todas en cosa de horas. Había más de mil personas de más de 40 países, además de los mexicanos. Entre la multitud, desparramada en una gran extensión, me encontré con varias de las personas que había invitado en Europa. Quedé gratamente sorprendido, y más al saber que, por ejemplo, Julian Stallabrass, de *New Left Review* y a quien invité en Londres, había tenido que viajar vía Cuba porque no consiguió lugar en los vuelos directos (llegó dos

días después de la inauguración). La capacidad de convocatoria del EZLN estaba más que comprobada.

Esa vez hubo problemas con los extranjeros. El Instituto Nacional de Migración, dependiente de la Secretaría de Gobernación, instaló un puesto cerca de la cabecera municipal de Las Margaritas, es decir antes de Guadalupe Tepeyac y de *La Realidad* (Gabino Vázquez se llama el lugar). Contra lo establecido en la legislación las autoridades migratorias habían comenzado a retener los pasaportes de los turistas y a tomarles fotografías. Los zapatistas nos pidieron a varios de los presentes que interviniéramos. Entre los que atendimos el asunto estuvimos Edgard Sánchez, entonces diputado federal, Superbarrio Gómez y yo. Éramos más pero no me acuerdo de todos. Teníamos copia de algunos artículos de las leyes respectivas, y además el director del Instituto era, casualmente, amigo mío, por lo que si algo se ponía difícil podía recurrir a él, y así se lo dije a los empleados del puesto migratorio. Este puesto, según mi interpretación, no debía estar ahí, pues no era frontera ni puerto marítimo o aéreo. Logramos que los extranjeros, que venían en autobuses, nos dieran a nosotros sus pasaportes, que no tuvieran que descender de los vehículos, que no fueran fotografiados y que no tuvieran que declarar en interrogatorios absurdos. Fue una actividad lenta y molesta, pero valió la pena. Un caso curioso que me relató Edgard fue que, estando él hablando con los extranjeros en el interior de uno de los autobuses, de repente todos pusieron cara de asombro e incredulidad cuando alguien detrás de Edgard les dijo que le dieran los pasaportes. Ese alguien era ni más ni menos que Superbarrio Gómez, vestido de amarillo, con calzones y capa rojos y con una máscara de luchador también amarilla. Además Superbarrio, de quien nunca supe su identidad verdadera, tenía como característica no ser precisamente delgado, sino todo lo contrario. El cuadro era surrealista, pues los extranjeros no supieron si Superbarrio era un funcionario de migración o un compañero, o un zapatista especial. Ellos lo que vieron fue una especie de superman gordo y con máscara, y que además les pedía sus pasaportes. Todavía me río cuando me acuerdo. Hicimos nuestro papel y logramos que todos pudieran pasar sin mayores impedimentos, pues no eran unos cuantos, fueron más de mil 500, entre ellos algunos famosos. Aún así, a John Ross, periodista estadounidense que trabajaba en México desde hacía mucho tiempo, le quitaron sus documentos migratorios, que estaban en regla. Se los rescatamos. John, por cierto, escribió un libro que se titula *Rebellion from the Roots. Indian Uprising in Chiapas*, que le valió el *American Book Award Winner* en 1995. La dedicatoria que me escribió John cuando me obsequió su libro, dice: “A Octavio, un gran maestro de ley de población general”. Pienso que fue una manera de agradecerme que le devolvieran sus documentos.

Presenté mi ponencia en una mesa que coordinaba Rhina Roux, y donde estaba también el ex guerrillero venezolano Douglas Bravo, ahora ecologista. Una de las intervenciones de Douglas, a quien conocía de años atrás en uno de mis viajes a Caracas, provocó de mi parte una réplica. Comenzó diciendo que le parecía inadmisibile que en la tienda de *La Realidad* se vendieran cocacolas, y criticó a los que pensaban que los indios quisieran refrigeradores y televisores. Me pareció un exceso de su parte, pues era como si nos propusiera que volviéramos al estado de naturaleza. Comenté que a los zapatistas les gustaba la coca cola, que el *Comandante Tacho* era prácticamente adicto a esa bebida, de la cual se tomaba varias botellas al día, que a los albañiles en la ciudad de México les servía como energético, por el azúcar, y como ayuda para aguantar las largas jornadas bajo el sol. Asimismo, le pedí a Douglas que le preguntara a los zapatistas que estaban ahí sentados, si no querían refrigeradores ni televisores, así como medicinas de patente y no sólo medicinas

tradicionales. Por prudencia, ya que estábamos en zona zapatista, no le recordé que las mejores cubas se sirven con coca-cola.

En la mesa especial, que en mi turno se hizo casi imposible por la tormenta y la lluvia que golpeaba sobre el techo de lámina, tuve una discusión rara con Alain Touraine, casi a gritos pero no porque estuviéramos enojados sino para podernos oír. Cuando al año siguiente lo vi en un restaurante de Montparnasse se hizo el disimulado para saludarme. Tuve que hacer lo mismo, en reciprocidad. No es de mis autores preferidos, debo añadir, y menos cuando intenta predecir el futuro (prospectiva, le llaman). Esa vez mi aliado fue James Petras, quien es un sólido marxista aunque ahora, como ya lo mencioné, haya caído en ciertos excesos interpretativos. Le Bot y Touraine, dicho sea de paso, sostenían que los zapatistas no eran socialistas. En ese momento llegó el *Mayor Moisés* y le pregunté si ellos aceptaban el socialismo como alternativa. Seco como es, el *mayor* dijo, “sí, claro”, y se fue. Sólo levanté los hombros, como diciendo ¡ya ven!, pero preferí no decir nada. La duda ya estaba resuelta.

Unos dos o tres días después un periodista cubano le preguntó a *Marcos* sobre el socialismo, y el entrevistado contestó que el hecho de que la construcción del socialismo hubiera fracasado en la Unión Soviética, porque fue construido sobre una mentira, no significaba que, como alternativa al capitalismo, hubiera fracasado. Esa entrevista fue el mismo día en que alguien le preguntó a *Marcos* qué haría de encontrarse con el *Che* Guevara, a lo que contestó: “Me pararía, le diría que se sentara y yo me iría”.⁴⁴

Tengo la impresión de que a mucha gente no le gusta que los zapatistas no sean antisocialistas y que vean en el socialismo una alternativa, mediante métodos y estrategias ciertamente poco ortodoxos, por comparación con lo que pensaban los bolcheviques y otros posteriormente. Esta es una de las razones por las que dije antes que, a pesar de mis desacuerdos con la estrategia y el ideario propuestos por los zapatistas para el FZLN, no los tengo con su objetivo final.

Mientras esperábamos que comenzara la lectura de las relatorías habíamos unos cuantos en las sillas de la explanada, y en el estrado un pequeño conjunto musical interpretando melodías. Cuando tocaron *Cartas marcadas*, que dicen que es la preferida de *Marcos*, hubo quienes se pusieron de pie, como cuando se escucha en una ceremonia el himno nacional. No doy nombres, pero les comenté que era sólo una canción. No les hice gracia. Me temo que entre mucha gente había (o hay) un cierto culto a la personalidad, cosa que ya me había comentado Rhina, preocupada. Pero cómo evitarlo. Es natural, creo, pues la admiración por alguien es inevitable, y *Marcos*, pese a sus defectos (que todos tenemos, pues no somos arcángeles), tenía mucho de admirable en ese entonces y esto no se le podía regatear. Lo que estábamos viendo en el Encuentro no era algo que pasara desapercibido, ni siquiera para el gobierno mexicano, que hubiera querido que no fuera nadie, y menos de lugares remotos en el extranjero. Si sólo hubieran ido jóvenes, muchos de ellos tipo *punk*, quizá no hubiera tenido la repercusión que tuvo, pero la presencia de famosos y de muchos más que eran muy representativos en sus países, aunque no estuvieran en la lista de *especiales*, convirtió al Encuentro en noticia mundial. Cuando un periodista le preguntó a *Marcos* qué esperaba del Encuentro, dijo algo así como “no tenemos ni idea”. Puede ser, pero lo que resultó debe haberle entusiasmado. Era una victoria más frente al gobierno que seguía obstaculizando el diálogo y también la vida en las comunidades zapatistas.

⁴⁴ Véase nota de Herman Bellinghausen en *La Jornada*, 04/08/96.

Yo me fui antes de que terminara, en cuanto supe que salían unos microbuses para San Cristóbal. Hice bien, si acaso fue cierto lo que me contaron. Dijeron algunos que al medio día se le ocurrió a alguien de los jefes zapatistas que todo mundo debería estar en la explanada, y que los que argumentaron que el sol les hacía daño fueron de alguna manera forzados a seguir las instrucciones. Hubo, me dijeron, varias personas que sufrieron insolación, en algunos casos severa. Yo no hubiera obedecido, de ninguna manera, pues no puedo tomar el sol más de media hora sin peligro serio. Fue una exageración lo que pensé, pero cuando me contaron la anécdota recordé un texto de Pérez Gay sobre Pol Pot, en pequeño, claro. Si fue cierto, fue un error. Como quiera que sea, esa noche yo estaba muy a gusto cenando en el Hotel Casa Vieja, con un excelente vino, luego de un reparador baño con agua tibia. Mi huída fue muy oportuna, aunque no me pude despedir de nadie, cosa que lamento, pues a algunos amigos no los he visto desde entonces.

3.4. El final: de zapatista a *zapatólogo* y algunos lances

En la tercera fase de la Mesa II del diálogo de San Andrés (segunda semana de agosto de 1996) la delegación gubernamental y una parte de la Cocopa se manifestaron en contra de que los zapatistas pudieran salir de territorio chiapaneco, es decir no más allá de los territorios bajo su control y de los sitios acordados para las conversaciones. Bernal incluso decía que sólo podrían salir una vez que se firmaran los acuerdos de paz. El diputado del PRD, César Chávez, sostuvo una posición contraria, apegada a la Ley para el Diálogo: pueden circular por todo el territorio nacional, siempre y cuando estén desarmados, y tenía razón. Herman Bellinghausen nos brindó una extraordinaria pieza de la estupidez gubernamental en una célebre entrevista a Marco Antonio Bernal (*La Jornada*, 8/08/96). Reproduzco una parte porque en verdad es muy elocuente:

HB-- [Hay] miembros de la Cocopa, que fueron los que hicieron esta ley, [que] declararon ayer que la ley protegía a los zapatistas para transitar por toda la República.

MAB--Bueno, eso lo dice un diputado, pero otro diputado de la Cocopa dice totalmente lo contrario. Habría que decirles que lo aclaren.

HB--¿Y que dice la ley al respecto?

MAB--La ley es una ley para el diálogo, la conciliación y la paz digna en Chiapas. Tiene un alcance específico. La ley suspende las órdenes de aprehensión mientras dure el proceso de diálogo. La ley protege a todos los miembros del EZLN en su traslado a la sede del diálogo. Eso es lo que dice la ley.

HB--¿Eso es para los que tienen orden de aprehensión?

MAB--Sí, así es.

HB--¿El *comandante Tacho* tiene orden de aprehensión?

MAB--No lo sé. No tengo ese dato.

Todo mundo sabía que *Tacho* no tenía orden de aprehensión en su contra. Ninguno de los comandantes indígenas. Pero el cuatro que le puso Herman a Bernal fue suficiente para que éste demostrara no su estupidez, porque es inteligente, sino la estupidez de las órdenes que había recibido. Además, eran dos cosas distintas: una, que aquellos que tenían (y tienen) órdenes de aprehensión gozaban de libertad mientras no fuera suspendido el diálogo (y el diálogo, para quien no lo recuerde, no se puede suspender unilateralmente), y la segunda,

derivada de la anterior, que gozaban (y gozan) de sus derechos constitucionales, incluida la libertad de tránsito. Fue por esta razón que el *Comandante Germán* tuvo que ser liberado, como ya fue dicho antes, pues su libertad de tránsito, de acuerdo con la ley, no se circunscribía a Chiapas o a una zona de este estado. De otra manera dicho, ningún dirigente zapatista, real o presunto, tenía arresto domiciliario, municipal o estatal, por lo que podían y pueden circular por todo el territorio nacional.

La idea de los zapatistas, en ese momento, era promover el desarrollo del FZLN. Y en el marco de esta idea fue que a principios de octubre de 1996 fuimos a *La Realidad* por uno o más zapatistas que atenderían la invitación del Congreso Nacional Indígena que se llevaría a cabo en el Centro Médico del Distrito Federal.

Fui invitado por Sergio Rodríguez como miembro de la delegación de asesores del EZLN para ir a *La Realidad*. Acepté, a pesar de que en esos momentos yo me sentía excluido, un zapatista de quinta. Debo decir que Sergio, no siempre fácil de trato, se mantuvo cerca de mí mientras muchos otros compañeros se habían alejado, según mi percepción, desde que fui “degradado” en marzo y yo me enojé. Él, hasta donde me consta, intentó mediar con *Marcos* para acercarnos. Como viajábamos con frecuencia a *La Realidad*, y allá teníamos que esperar largas horas, tuvimos muchas conversaciones en las que yo le planteaba mis dudas políticas y mis desacuerdos con varias de las actitudes de *Marcos*, no sólo conmigo sino con varias personas más. Para mí el *Subcomandante* era muy temperamental y no se distinguía mucho de los políticos de cualquier parte del mundo, sobre todo en el uso de las personas. Los políticos confunden con frecuencia la lealtad con la incondicionalidad y yo, para bien o para mal, nunca he aceptado ser incondicional de nadie. No podría serlo pues soy de temperamento rebelde y, por si no fuera suficiente, muy crítico, tanto que en ocasiones he afirmado, cuando me preguntan a qué me dedico, que soy crítico profesional. La famosa frase, ya citada, sobre el “rayo de Zeus” no era una broma, aunque a veces se decía en tono poco serio. Varios compañeros fuimos “víctimas”, o así lo interpretamos, del “rayo de Zeus”. Un día, reunidos en un encuentro sobre las izquierdas, organizado por Enrique Semo en la ciudad de Puebla (1999), coincidimos varios de los *excluidos* en una de las comidas en el hotel, y recuerdo que comentamos que deberíamos de formar un club. Hasta la fecha, cada vez que nos vemos hacemos la misma broma. Y bromeamos al respecto porque al ser excluidos no nos pasó nada, seguimos haciendo lo que antes hacíamos, superándonos en la medida de nuestras posibilidades. Malo para quienes su compromiso con el zapatismo les provocó problemas laborales, sentimentales y familiares para luego encontrarse al margen, excluidos, desechados después de haber dado lo mejor que pudieron.

El sentido de pertenencia es más importante de lo que normalmente pensamos. Alguna vez un amigo creyó que me ayudaba invitándome a la cena de navidad con su familia, para que no estuviera solo, pues me había divorciado recientemente. Fui, pero me percaté de que *no pertenecía*, es decir que yo no tenía nada que hacer ahí, pues todos formaban parte de una familia, salvo yo. Amablemente me despedí y me fui a casa a leer una novela. A esto me refiero sobre el sentido de pertenencia. Cuando estaba en *La Realidad*, el día en que se resolvió que la *Comandante Ramona* sería la enviada al Congreso Nacional Indígena, yo estaba en una hamaca que me prestó José Antonio Almazán, mientras otros formaban grupos. Como el sentido de pertenencia es un problema muy subjetivo, y que tiene que ver principalmente con un sentimiento (obvio), yo me sentía aislado. Al igual que en la cena de navidad, yo podía haber adoptado otra actitud: integrarme, pero mi sentimiento de no pertenencia me aisló. Es un tema muy sutil, y no soy

filósofo ni sicólogo como para tratarlo científicamente. Pero cuando uno no entra en una conversación, por ejemplo, uno siente que no pertenece: si todos los demás están hablando de experiencias comunes en las que uno no participó, es lógico que la conversación se sienta ajena, quizá por eso los ingleses hablan del clima, como los apasionados de un deporte hablan de éste y del partido del sábado —porque creen, equivocadamente, que a todos nos interesan los deportes—. Hay gente muy adaptable y que se integra fácilmente, pero no es mi caso, ni tengo el temperamento adecuado. Pero, en fin, no es el momento ni el lugar para autosicoanálisis. El hecho es que esa vez tuve la sensación de que ya no pertenecía, y en cuanto supe que Herman Bellinghausen se iba para enviar su nota desde Comitán, me fui con él. Fue mi último viaje a *La Realidad* (suena paradójico). Aun así, fui al Congreso Nacional Indígena y luego al Zócalo, el simbólico 12 de octubre, donde habló *Ramona* y donde dijo “nunca más un México sin nosotros”. Me entusiasmó ella y la unión de miles y miles de indígenas de todo el país, y resolví que seguiría participando en favor de los zapatistas desde mi trinchera, es decir con lo que sé hacer: hablar y escribir, aunque no lo haga muy bien, y “sin jefes” —valga la figura.

Y fue así como pasé de zapatista a “zapatólogo”, si el término es aceptable. Era, al menos por comparación con mucha gente, un especialista en el tema, no en cuestiones indígenas, pero sí en lo que se refiere al movimiento, a su aspecto político, que es mi área de trabajo.

Entre octubre de 1996 y septiembre de 1997 (y todavía en 1998) me dediqué a escribir y a dar conferencias sobre el tema (más esporádicamente en los años siguientes). Uno de los aspectos que me interesaba desentrañar era la ubicación ideológica del discurso zapatista. Dije antes que éste tenía ingredientes anarquistas, o por lo menos atractivos para la gente de esta corriente, como se vio con mayor claridad que en México, en España, durante el Segundo Encuentro *Intergaláctico* (en España el anarquismo, en sus muchas variantes, está más generalizado que en México). Pero una cosa es que un discurso tenga una cierta dosis de anarquismo, y otra que sea anarquista. Quise entender más allá de posibles simplificaciones, y encontré en un extraordinario libro de Ellen Meiksins Wood⁴⁵ un apoyo crítico y una expresión que me permitiría intentar la caracterización de ese discurso zapatista. La expresión, que tomé prestada de esta autora, fue *el posmarxismo*, y mi caracterización la publiqué primero con el título “La nueva izquierda posmarxista (una crítica)” en la revista *Convergencia Socialista* (septiembre de 1997). Este texto después lo incluí en mi libro sobre las izquierdas y el izquierdismo (ya mencionado) para referirme a las nuevas izquierdas. Michael Löwy, en el prefacio a mi libro en la edición francesa dice, quizá con razón, que “no se puede identificar la nueva izquierda con esta corriente [la posmarxista]; aquélla es mucho más diversa y plural, y no podría reducirse a una corriente doctrinaria.” Es probable, pero para ese encuadre usé varias de las categorías distintivas del discurso zapatista, comenzando con su énfasis en la sociedad civil, en la pluralidad, en el desdén por los partidos y en el rechazo a la toma del poder para cambiar el estado de cosas. No deja de ser curioso que los lectores de mi texto no hayan asociado su contenido con una crítica al discurso zapatista (que por cautela no mencioné, pues no consideraba que mi análisis fuera completo). Incluso en una de las presentaciones de mi libro (2002), alguien comentó que hubiera valido la pena que incluyera un análisis, crítico o no, de los planteamientos del EZLN en el capítulo que le dediqué a las nuevas izquierdas. No le pude

⁴⁵ *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, 2000. (Versión original en inglés: 1995.)

contestar que ya lo había hecho, porque, como ya dije, era un implícito que, por lo visto, sólo yo entendía.

Tiempo después leí otro libro, casi desconocido por tratarse de una edición del autor en 1952. Ahí encontré, entre otras, una propuesta que era muy original hace más de 50 años: el mandar obedeciendo. El libro es del coronel republicano Manuel Estrada y su título es, significativamente, *Democracia sin partidos*, publicado en México donde él vivía después de exiliarse de España. (Don Manuel, quien fuera mi amigo, era el padre de mi también amigo Julio Estrada, compositor muy conocido). El planteamiento de Estrada es interesante, pienso, porque nos sugiere formas de lucha, y de organización de la sociedad, semejantes a las zapatistas. Y lo más sorprendente es que tales coincidencias relativas (pues no se parecen en todo) tienen que ser verdaderas coincidencias pues el libro en comento es casi desconocido y, si conocido antes, olvidado en la actualidad. Si Julio no me lo regala, nunca me hubiera enterado de su existencia, como ocurre con frecuencia con los libros publicados por sus autores, casi siempre al margen del mercado.

En 1998 (mayo), presenté en París un texto con motivo del 150 aniversario del Manifiesto Comunista, que titulé *A look of the Communist Manifesto in the proposal of the EZLN*, y así otros que fueron publicados en libros colectivos y revistas científicas. De conferencias y participación en coloquios y seminarios, ya mejor no digo nada, salvo que fueron muchas.

Explico lo anterior para que se entienda mejor qué quise decir con mi conversión de zapatista en zapatólogo. Como dijera *Marcos* en su discurso ante la CND del 8/8/94, “nos haremos a un lado, pero no nos vamos”, yo me hice a un lado (o me hicieron a un lado), pero no me fui. ¿Cómo no entusiasmarse (y conmoverse) con el EZLN y la lucha de los pueblos zapatistas cuando uno lee cosas tan bellas, humildes y fuertes a la vez, como el discurso de *Dalia* en San Sebastián de los Reyes (España)? Cito:

“Queremos entregar a todos ustedes los símbolos de la lucha y la resistencia zapatistas que se presentan al Segundo Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo.

“El primer símbolo es una mazorca, que es el símbolo de nuestra resistencia.

“El segundo es un poco de tierra rebelde de las montañas del sureste mexicano, que es el símbolo de nuestra historia.

“El tercero es un palo de madera, que es el símbolo de las armas de nuestra lucha.

“El cuarto es una estrella disfrazada de piedrita, que es el símbolo de nuestro camino.

“El quinto es que nosotros hayamos llegado hasta acá.

“El sexto es que ustedes hayan venido hasta acá.

“El séptimo símbolo es este encuentro en el que estamos todos juntos”.⁴⁶

Debo añadir a mis defectos descritos que soy un sentimental sin remedio. Es por esto que la causa zapatista, independientemente de mis desacuerdos con la estrategia que han seguido el EZLN y *Marcos* en particular, ha incidido en mí más allá de preocupaciones políticas o de intereses científicos o académicos.

⁴⁶ Nota de Herman Bellinghausen, *La Jornada*, 28/07/97.

Pienso que esto no lo ha entendido *Marcos*. No ha entendido que el paso de muchos (y el mío) por el zapatismo no fue por su discurso, a veces agudo, bien informado y con pretensiones de originalidad, sino porque detrás de él están los indios, esos notables seres humanos que, aunque no fueran indios (distinción que no me inquieta), han demostrado al mundo el valor de la dignidad y el orgullo de luchar por lo que creen. Por eso preocupa, y quizá moleste, que en ocasiones en lugar de sumar se reste, y a veces con denuestos y ofensas por delante. ¿O no fue una ofensa poner en duda la ética de dos profesores “que han dado clases de ética y que han escrito algunos libros sobre el tema” en referencia precisamente a Adolfo Sánchez Vázquez y Luis Villoro Toranzo? Y podría poner más ejemplos, algunos de consecuencias dramáticas, pero no fueron públicos.

No voy a repetir aquí la polémica que se desató a partir de las cartas “Tres” y “Tres bis” de *Marcos*, publicadas en diferentes medios en septiembre y octubre de 1999 (la polémica se puede consultar en extenso en *La Jornada* de esos meses). Reproduciré, esto sí, mi artículo del 30 de septiembre en el que, según todas las evidencias posteriores, tuve *la osadía* de criticar a *Marcos* y llamarlo irresponsable. Y lo reproduzco porque fue a partir de ahí que se me hizo vacío incluso entre quienes, en el zapatismo llamado civil, no habían dejado de hablarme cuando fui degradado como zapatista y cuando dejé de serlo para convertirme en zapatólogo. El vacío fue mayor, obviamente, entre los que se mantuvieron como intérpretes (no voceros, pues nadie puede hablar a nombre del EZLN) del pensamiento zapatista y defensores de lo *políticamente correcto*.

La extraña lógica de *Marcos* sobre la UNAM (*La Jornada*, 30/09/99)

En la carta tres del *subcomandante Marcos* (25/09/99) me sorprendió la falta de sentido dialéctico de su autor.

En su “moción a la moción de la moción” *Marcos* reprocha a los eméritos no haber explicado a los estudiantes que el gobierno y rectoría no cumplen ni cumplirán ningún compromiso, ya que sabían (como todo mundo) que el gobierno no ha cumplido hasta la fecha los acuerdos de San Andrés. ¿Qué quiere decir *Marcos* con esto? ¿Qué el EZLN no sabía, cuando aceptó el diálogo con el gobierno, que éste no cumple frecuentemente con sus compromisos? ¿Si alguien le hubiera dicho al EZLN que el gobierno no cumpliría sus compromisos no hubiera aceptado el diálogo y la firma de los acuerdos de San Andrés como conclusión? ¿Se le escapó al EZLN que hay una gran cantidad de ejemplos en la historia en los que ha sido clara la traición de los gobiernos a sus compromisos? La historia de los indios de Chiapas y de los pobres de todo el mundo está llena de ejemplos de incumplimiento de los gobiernos. El EZLN y *Marcos* en particular no pueden ni podían ignorar esto. Lo sabían, y sin embargo buscaron el diálogo, como sabían que mientras éste se llevaba a cabo el gobierno continuaba con sus tácticas de contrainsurgencia y de provocación en la zona de influencia zapatista.

Más adelante *Marcos* escribió: “Cuando menos dos de los ocho eméritos han dado clases de ética y escrito algunos libros sobre el tema. Días antes de que el CGH discutiera la propuesta de los 8 eméritos, el señor Ernesto Zedillo Ponce de León amenazó con el uso de la fuerza pública ‘si la generosa y lúcida

propuesta de un grupo de maestros' no era aceptada, ¿es ético sostener una propuesta que necesita el argumento de la amenaza de la represión para mostrar su 'generosidad' y 'lucidez'?" Este párrafo es muy delicado y de una enorme irresponsabilidad de su autor. ¿Nos diría *Marcos* que el EZLN es responsable de quienes se han disfrazado de zapatistas para asaltar autobuses en Chiapas? Obviamente no, como tampoco los eméritos son responsables del uso de su propuesta que hayan hecho Zedillo y no pocos universitarios de derecha. Nadie ha acusado al *subcomandante*, que yo sepa, de falta de ética, porque se ha comercializado mundialmente su imagen, pues es claro que él no es responsable del hecho. La propuesta de los eméritos no necesitó ni necesita "el argumento de la amenaza de la represión para mostrar su generosidad y lucidez". Es más, sus autores nunca calificaron su propuesta de generosa ni de lúcida, fue el gobierno y, de nuevo, tampoco de esto son responsables los eméritos.

En otra parte de su carta, *Marcos* pregunta: "¿Es *ultra* pensar que la rectoría de la UNAM y el gobierno no van a cumplir su palabra, no importa que firmen o prometan lo que sea?" Y la respuesta es más sencilla de lo que parece: la pregunta debería ser otra. Si los estudiantes iniciaron una huelga contra la "actualización" de las cuotas en la UNAM, y luego añadieron otras demandas, seguramente no fue para demostrar cuán opositores eran, sino para presionar, porque no se elevaran las cuotas y para detener la adecuación de la universidad a los lineamientos neoliberales del régimen. Si la huelga no es para mantener cerrada la universidad y para hacerle el juego a la Coparmex⁴⁷ y afines, los que confiamos en la ética de los estudiantes en general (con las obvias excepciones) tenemos que suponer que la huelga es para lograr algo posible, un medio para obligar a las autoridades a negociar condiciones para el levantamiento de la huelga a cambio de algo, como por ejemplo, el compromiso de garantizar un congreso en el que se discutan la legislación actual de la UNAM, sus formas de gobierno, si debe ser o no gratuita, sus planes de estudio, etcétera. ¿O alguien piensa con seriedad que una huelga universitaria (en sólo 27 por ciento de las dependencias de la UNAM) puede cambiar sin más las bases y la orientación de la universidad más importante del país sin negociar con quienes detentan el poder? Si fuera así, ¿entonces para qué el pliego petitorio del CGH? ¿A quién está dirigido el pliego petitorio si no a las autoridades? ¿Para qué, si no es para buscar compromisos de éstas? Se puede creer o no en la buena fe de rectoría, pero la única solución posible (y deseable) para el conflicto universitario, es el diálogo, la negociación. De otra manera, tendría que pensarse en la fuerza, y si se ejerce de un lado es lógico que también se ejerza del otro y no lo queremos, como tampoco queremos que el gobierno siga usando la fuerza contra los zapatistas.

¿Y que contestó *Marcos* sobre mi artículo? Escribiré en cursivas el texto de *Marcos* y en redondas mis comentarios.

El doctor Rodríguez se pregunta: "¿Qué el EZLN no sabía, cuando aceptó el diálogo con el gobierno, que éste no cumple frecuentemente con sus compromisos? Si alguien le hubiera dicho al EZLN que el gobierno no cumpliría sus compromisos no

⁴⁷ Confederación Patronal de la República Mexicana.

hubiera aceptado el diálogo y la firma de los Acuerdos de San Andrés". [Nótese que en su respuesta soy el "Dr. Rodríguez" y que antes (el 15 de septiembre de 1994) era el Dr. Rodríguez Araujo. Esta diferencia, en los códigos del lenguaje popular, quiere decir que no tuve madre, pues Araujo, como ha sido mencionado, es mi apellido materno.]

La respuesta es: No, no sólo no sabíamos, sino que estábamos firmemente convencidos que la sociedad civil nacional e internacional iban [sic] a generar una presión tal que obligaría al gobierno a cumplir sus compromisos.

En esta respuesta *Marcos* patinó, y cayó en una contradicción. Primero dijo que no sabían y luego dijo que estaban convencidos de que la presión social obligaría al gobierno a cumplir sus compromisos. Ergo, sí sabían que el gobierno no cumpliría, pero que finalmente lo haría por la presión social nacional e internacional. Pero, además, sí sabían porque yo se los dije a los comandantes en San Andrés, y *Tacho* se molestó conmigo, particularmente cuando afirmé que no pensaba que un régimen político pudiera desmantelarse en una mesa de diálogo y que el gobierno no aceptaría una exigencia de plurijurisdicción constitucional, que es el implícito en la cuestión indígena en la perspectiva del EZLN y en los Acuerdos de San Andrés. (Quizá fue entonces cuando caí de la gracia del CCRI-CG, pues *Tacho* no es precisamente el más blando de los *comandantes*.)

La irritación de *Marcos* era evidente cuando dijo: "*por su parte, el doctor Rodríguez se permite afirmar que soy un irresponsable y lo son todos los que no coincidan con él, de acuerdo, me han dicho cosas peores, pero no podrá afirmar que soy un inconsecuente, espero que él pueda decir lo mismo.*"

Y no lo diré yo, pues sería pedante de mi parte. Le dejo otra vez la palabra a *Marcos*, en una carta que me envió con fecha 15 de septiembre de 1994. En mi carta yo le decía que, por mi trayectoria académica y política, pensaba que mi solicitud (de un ensayo para un libro que estaba coordinando), era legítima, queriéndole decir que no tendría razones para desconfiar de la seriedad del proyecto. La respuesta de *Marcos* sobre este particular fue la siguiente:

En lo personal le digo, sinceramente, que no tiene por qué argumentar sobre la legitimidad de su solicitud. Su trayectoria independiente está fuera de toda duda y su ser consecuente ha sido ratificado muchas veces. Me alegro que el Doctor González Casanova haya invitado a coordinar ese libro a gente como usted, de rigor científico y posición crítica frente al poder (algo ya muy escaso entre la "inteligentzia" mundial). Saludo que, en medio de los "reflexivos" abandonos de banderas justas que provocó el derrumbe del campo socialista, usted (y otros) se mantenga firme, del lado de la justicia (que, en México, es del lado de los millones de desposeídos). Me alegro que el Octavio Rodríguez Araujo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en los finales de los 70's e inicios de los 80's, sea el mismo (en ideales y esfuerzos) al que navega en este inestable fin del siglo mexicano. Nuestra lucha tendrá éxito, a no dudarlo, por la sencilla razón de que la historia, la pequeña y olvidada, está del lado nuestro.

¿Qué puedo decir después de tales elogios? En primer lugar, que el *Subcomandante* cambió de opinión sobre mi modesta persona. ¿Por qué? Porque un día le dije que no aceptaba coordinar la mesa que se me proponía y, años más tarde, porque lo llamé irresponsable. Por otro lado, no le llamé irresponsable *por no coincidir conmigo*, sino por las implicaciones de

lo que estaba diciendo sobre el documento de “los eméritos” y por las posibles repercusiones de su escrito en un conflicto universitario que al parecer no entendió y quizá tampoco quiso entender.⁴⁸ Ninguno de mis alumnos, en 38 años de actividad docente en la UNAM, podrá decir que lo reprobé o le puse una baja calificación por no coincidir conmigo en mi clase. Ese rasgo de inmadurez emocional, si alguna vez lo tuve, hace muchos años que no forma parte de mi personalidad. ¿Cuál será el diagnóstico para alguien que, cuando no está de acuerdo con otra persona, la insulta o que se piensa a sí mismo como un *big brother*, por encima del bien y del mal, con derecho a juzgar de manera sumaria a los demás por su trayectoria política y su ética como personas? ¿Será por esto que Magdalena Gómez, en misiva a *La Jornada* (14/10/99) referida a las críticas de *Marcos* en sus cartas Tres y Tres bis, se preguntó: “¿A cuántos más nos dará el veredicto del ‘ni modos, eran aliados’?”

Hago un alto aquí, pues ya le dediqué demasiado espacio al punto. Es obvio que *Marcos* me tomó animadversión. Me congratulo, por lo tanto, de que no aspire a tomar el poder y que no haya tenido ni tenga influencia en la UNAM, donde trabajo. Él seguirá en lo suyo, y yo en lo mío. Sólo espero que no le pase lo mismo que a la hechicera del cuento: que cuando fue ignorada, desapareció.

4. A MANERA DE EPÍLOGO

Mi entusiasmo no era ya el mismo de antes cuando parte de las bases de apoyo del EZLN llegaron a la ciudad de México en la famosa “marcha” (en autobuses) de los 1,111 zapatistas (septiembre de 1997). Fui al Zócalo más que todo para observar la reacción de la población ante los zapatistas. Fue muy positiva y enorme. Había tal cantidad de gente que mejor le propuse a una amiga de entonces, con quien me encontré allá, que nos fuéramos a tomar un café a Sanborn’s de Los Azulejos. Era un acto simbólico de nuestra parte, pues ahí habían estado los antiguos zapatistas (los de Emiliano Zapata) cuando la ciudad fue suya por muy breve tiempo (porque no quisieron el poder).

Ya en esos momentos se hablaba de que el EZLN no formaría parte del FZLN, lo cual no me era muy claro, y menos después del éxito de la marcha al Zócalo, ésta sí a pie. Al día siguiente, en el Salón de baile Los Ángeles, se llevaría a cabo la inauguración del congreso fundacional del Frente. Me encontré con varios amigos europeos con los que conversé un rato mientras llegaban los zapatistas para atestiguar el acto. Me pareció que eran escépticos sobre el futuro del FZLN, y coincidí con ellos. Creo que el comunicado que envió *Marcos* decepcionó a muchos compañeros mexicanos. Como que se esperaba otra cosa y no sólo el aval del EZLN mediante la presencia de sus bases de apoyo en calidad de observadoras. Intuí que el Frente, que en mi opinión había avanzado poco desde enero de 1996, no sería tarea fácil; pero como yo era externo, más zapatólogo que zapatista, opté por no comentar mis impresiones. Lo que era un hecho es que los 1,111 no habían ido a la ciudad de México sólo para atestiguar la fundación del FZLN y para participar en una asamblea del Congreso Nacional Indígena al que fueron invitados por segunda vez (hubiera bastado una pequeña delegación). Su misión era demandar el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés y la desmilitarización de las zonas indígenas de Chiapas. El EZLN intentaba, una vez más, y después del *intergaláctico* en España, presionar al gobierno para

⁴⁸ En otro documento de finales de octubre de 1999 (“La P. D. toma la cámara... de video”), debo reconocer, *Marcos* matizó algunas de sus apreciaciones sobre el CGH.

que cumpliera sus compromisos. La capacidad de convocatoria de los zapatistas quedaba fuera de duda, pero había un problema: el gobierno no sólo no ve ni oye, sino que el pragmatismo de los tecnócratas los ha llevado a desestimar las marchas y las concentraciones sociales, como si se preguntaran ¿qué porcentaje de la población significan cien mil en un país de cien millones de habitantes?, para responderse: muy pequeño.

Las marchas y las concentraciones de franjas de la población en una plaza pública son, por otro lado, engañosas. La naturaleza de las multitudes, dijo alguna vez James Petras, es llegar fácilmente e irse pronto. En otros términos, la gran cantidad de gente que recibió a los 1,111 no garantizaba compromiso alguno con el proyecto del Frente; aunque sí mucha solidaridad con los zapatistas y quizá un poco de curiosidad por verlos, pero no más (aunque parezca suficiente). La cuestión era, más bien, ¿qué avances estaba obteniendo el FZLN, es decir la organización de la sociedad y los comités civiles de diálogo?

Los zapatistas habían logrado un espectacular apoyo de amplios sectores sociales en México y en el extranjero, pero varios de sus imaginativos esfuerzos no habían fructificado: la CND, el MLN y ahora el FZLN que yo insisto en decir que en casi 21 meses (a septiembre de 1997) tuvo avances muy poco significativos, al menos por comparación con las expectativas, y que a la fecha (diciembre de 2004) es probable que esté más debilitado, no lo sé. Me temo que mi afirmación de enero de 1996 (“La sociedad civil no ha respondido a los llamados del EZLN”), registrada en *Proceso*, no fue una mera ocurrencia. Pienso que el EZLN ha apostado mucho a la llamada “sociedad civil” y que ésta no ha estado a la altura de las circunstancias a pesar de la presencia de amplios contingentes cuando han sido convocados.

El primer diálogo con el gobierno se llevó a cabo a partir de una declaración de guerra y de la presión social por una paz digna. El segundo diálogo, si así se le puede llamar, se logró también por la presión de la sociedad, es decir con la demostración zapatista de que contaba con apoyos y simpatías de bases sociales y de líderes de opinión tanto mexicanos como extranjeros, y a pesar del fracaso del MLN.

Sin embargo, esa presión social y de la opinión pública no fue suficiente para que el gobierno cumpliera sus compromisos sobre los derechos y la cultura indígenas, es decir para que el diálogo tuviera sentido y continuidad. Cuando *Marcos* en su respuesta a mi crítica de 1999 dijo que estaban firmemente convencidos de que la sociedad civil nacional e internacional iba a obligar al gobierno a cumplir sus compromisos, quiso decir, en mi interpretación, que sin esa presión no sólo no los cumpliría sino que el diálogo no llevaría a ningún lado.

La impresión que tuve entonces fue que, desde que se suspendió el diálogo con el gobierno (2 de septiembre de 1996), se inició una especie de bifurcación entre la lógica del EZLN y la del FZLN. La preocupación del primero era la lucha por hacer valer los acuerdos de San Andrés mediante una ley y las necesarias reformas constitucionales, la preocupación de los promotores del Frente era organizar a la sociedad por un nuevo esquema democrático y crear una organización política de tipo diferente.⁴⁹ El comunicado de *Marcos* del 13 de septiembre de 1997 (fundación del FZLN) no tenía, para mí, otra interpretación. Sentí que se estaba confirmando un cambio en el esquema de prioridades iniciado por el EZLN desde septiembre de 1995, cuando se planteó la Mesa I sobre

⁴⁹ Para una caracterización del FZLN, véase su propia página en Internet, y en particular <http://www.fzln.org.mx/modules.php?op=modload&name=News&file=article&sid=203&mode=thread&order=0&thold=0#ques>.

derechos y cultura indígenas (y que en aquel entonces, como ya lo señalé antes, no me pareció correcta como estrategia a seguir).

Pienso que una de las razones de la suspensión del diálogo, además de haber sido resultado de la consulta con las bases de apoyo del EZLN, fue el hecho de que el gobierno se había echado para atrás sobre los acuerdos de San Andrés y que no se veía ningún avance al respecto. Quizá la pregunta que se hicieron los dirigentes zapatistas fue: ¿Cómo avanzar en la Mesa II sobre democracia y justicia si antes no se resolvían favorablemente las demandas de los indígenas para sí mismos? La lógica parecía ser aplastante y la pregunta muy pertinente, pero no estoy muy seguro de ninguna de las dos cosas. Y no estoy seguro porque, en mi opinión, la fórmula expresada en la *Segunda Declaración*: “*Para todos todo*’ dicen nuestros muertos. *Mientras no sea así, no habrá nada para nosotros*”, de alguna manera fue invertida al comenzar por la cuestión indígena en la Mesa I, en lugar de, por ejemplo, por la democracia y la justicia (que se dejó para la Mesa II). El “*mientras no sea así*” se hizo a un lado o se olvidó, y la misma fórmula, en la *Tercera Declaración*, quedó de la siguiente manera: “¡Para todos todo, nada para nosotros!” que es muy semejante a la anterior pero no es igual. Faltaba el “*mientras no sea así*”. Es decir, tratar de cambiar el régimen político en primer lugar, más otras precondiciones que habían sido señaladas desde la *Primera Declaración* y en decenas de comunicados. El famoso viaje a la capital del país, de los comandantes y el subcomandante del EZLN en marzo de 2001, que convocó a miles de personas a su paso por varios estados de la República (además de extranjeros famosos y no famosos), se enfrentó a un régimen político poco receptivo a las exigencias indígenas y opuesto a la propuesta de cambios jurídicos de la Cocopa que, rigurosamente, es una versión disminuida de los acuerdos de San Andrés. Si los tres poderes de la Unión son definidos, en su composición y límites, por un régimen político determinado a su vez por las principales fuerzas económicas y políticas (que distan mucho de ser de izquierda), no se ve muy claro cómo se satisfarían las demandas indígenas con sustento legal y no de facto como, finalmente, se han llevado a cabo en las zonas zapatistas. Entiendo que la idea del FZLN era convertir una presión social de miles en una presión de millones, y con ésta doblegar la soberbia del poder y los intereses que defiende. Pero algo ha fallado. ¿Para empezar, dónde están los 20 que formarían la Comisión Especial de Promoción del FZLN? Dos, por lo menos, y que yo sepa, están en el club de los excluidos. Y, por otro lado, pienso que se ha depositado demasiada confianza en la llamada sociedad civil, tanta al menos como los socialistas, en el pasado, depositamos en la clase obrera que no siempre se enteró de que había partidos que hablaban en su nombre (o enterada, no le importó). Pero este tema sería motivo de otra reflexión, quizá innecesaria pues caería en el ámbito del “*si hubiera...*” que no conduce a ninguna parte pues lo que se hizo ya se hizo.

Al margen de ese cambio de prioridades en la estrategia (repito, según mi percepción), sigue siendo necesario un verdadero y serio debate sobre las tesis zapatistas. Al tiempo, quizá cuando sea *políticamente correcto*, cuando de verdad se acepte la pluralidad y cuando, por lo menos a escala, sea realidad un mundo donde quepan todos los mundos y no solamente los que comulgan con la misma idea.

Quizá nos falte todavía la serenidad suficiente para debatir, como trataron de enseñarnos los comandantes zapatistas cuando estábamos en San Andrés: buscando construir consensos y no avasallando al contrario o intentar derrotarlo. En mi ya larga trayectoria entre las izquierdas de México y otros países (más de 40 años) he encontrado muy poca gente que anteponga los posibles puntos coincidentes a las diferencias y que sepa o quiera distinguir entre enemigos comunes y quienes son compañeros de viaje aunque

haya diferencias. Si somos rigurosos, todos y cada uno de nosotros siempre tendremos diferencias pues, como dice el refrán, cada cabeza es un mundo. Pero, ¿serán mayores las diferencias entre quienes luchamos por un mundo más justo, menos desigual, además de libre y democrático, que las habidas con quienes defienden lo contrario para mantener sus formas de dominación y los privilegios que derivan de éstas? No lo creo.

He querido decir a lo largo de este libro que no siempre estuve de acuerdo con la estrategia del EZLN y que, sin embargo, lo apoyé y me comprometí con su lucha hasta donde fue posible y en lo que sé hacer como intelectual. Es curioso, pero al escribir todo lo anterior por momentos me pareció que las diferencias políticas o de opinión influyeron en las personales y éstas en las primeras, dando la impresión de que las diferencias personales hacían imposible seguir en el mismo barco. ¿O es al revés? Como vivencia personal puedo afirmar que mi desprendimiento como zapatista, y mi ascenso y descenso de categoría, tuvo mucho que ver con diferencias personales, sobre todo de trato. Otros compañeros del club de excluidos quizá no estarían de acuerdo, pues uno fue marginado porque firmó un desplegado que “no estaba en la línea” y otro porque defendía un planteamiento sobre las autonomías indígenas diferente al de no sé quién en el EZLN, para citar sólo dos ejemplos. Pero aun así, si los puntos de diferencia se hubieran discutido y si de verdad se hubieran buscado elementos comunes, los problemas derivados de opiniones distintas se hubieran resuelto. Pero ahí intervino el trato personal: la descalificación y a veces la injuria, que ciertos temperamentos aceptan, pero otros no. Cada quien podría escribir su propia experiencia, y no anticiparía resultados pero sí hipótesis. Puede ser que un día les proponga a los excluidos un libro de experiencias, algunos(as) aceptarán, otros(as) no, pero podría ser interesante.

Como quiera que sea el zapatismo no es ni ha sido una suma de sinsabores para algunos; ni siquiera para mí. Como le dije a una amiga de entonces, no muy convencida al principio (especialmente por su feroz oposición al culto a la personalidad que percibía en la gente): *hay que estar*, no podemos quedarnos al margen como si no pasara nada. Si durante años hablamos de nuestro interés por cambios, y los partidos conocidos poco hicieron, directa o indirectamente, quizá los zapatistas hagan más. Estoy hablando de la primavera de 1995; y entonces, como lo he señalado al principio de este capítulo, yo estaba más entusiasmado que en 1997 y que ahora. Pero mi entusiasmo no tiene nada que ver, por fortuna, con la importancia de la lucha que iniciaron los zapatistas desde antes de que supiéramos de ellos.

Es probable que si hubiera terminado el libro que inicié en 1994 el resultado hubiera sido otro, un escrito académico producto de una investigación a fondo. Pero quiso el destino, como dicen los que creen en él, que lo dejara inconcluso. Hay muchos libros de este tipo. A mí me interesaba, desde 1996, otro tipo de libro, pero la prudencia me decía que me esperara. Si mis vivencias en el zapatismo las hubiera contado en 1996, por ejemplo, tal vez me hubiera autocensurado más que ahora, pues eran momentos mucho más difíciles para los zapatistas (con lo que no quiero decir, entiéndaseme bien, que ahora las cosas sean fáciles y que el peligro para sus comunidades haya desaparecido), pero, además, en 1996 no habría guardado la misma distancia que ahora y los bosques siempre se ven mejor de lejos, sin el estorbo de los árboles, por majestuosos que sean. Hay, como creo haber dicho anteriormente, un tiempo para cada cosa, y para mí ese tiempo ya llegó, antes de que mi memoria sea más débil o mis recuerdos más borrosos.